

C I N V E S T A V / D I E

Doctorado en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas

**FEDERICO GAMBOA: ANÁLISIS DE UNA FORMACIÓN
(1878 – 1893)**

Presenta: José Julián Vázquez Robles

Directora de Tesis: Dra. Susana Quintanilla Osorio



Federico Gamboa
(1864 – 1939)

Resumen:

La investigación educativa ha privilegiado el estudio de los procesos formales, sus actores y características, pero poca atención le ha brindado a los procesos de formación de vida a partir de perspectivas que trasciendan lo escolar. Las experiencias, el conocimiento o la información no comienzan (ni terminan) o se circunscriben a los ámbitos institucionales, como la escuela y los recursos alrededor de esta. Una de las fuentes básicas para el conocimiento de los procesos formativos de los individuos y las colectividades son los llamados papeles personales (autobiografías, diarios, memorias, diarios íntimos, correspondencias). Los relatos de vida en primera persona no son resultado de un accidente o la casualidad; poseen una estructura, un objetivo (por lo menos general) y están articulados mediante estrategias narrativas que van desde los asuntos que se omitieron hasta la propia selección de los momentos y sucesos. En este sentido, las fuentes testimoniales pueden servir a manera de faro para intentar responder aquella pregunta que dice: ¿cómo se llega a ser lo que se es? (Nietzsche, 1888, *Ecce homo*). Para esta investigación, la autobiografía del escritor y diplomático mexicano Federico Gamboa (1864 – 1939), *Impresiones y recuerdos* (1893), son el personaje y la fuente principal que me permitieron intentar responder la pregunta-paraguas.

Abstract:

Educational research has privileged the study of formal processes, actors and features, but has given little attention to the processes of formation of life from perspectives that transcend the school. The experiences, knowledge or information are not limited to institutional settings, such as school and resources around this. One of the basic knowledge of the learning processes of individuals and group's sources are called personal papers (autobiographies, diaries, memoirs, diaries, correspondence). The stories of life in the first person are not the result of accident or chance, have a structure, a target (at least generally) and are articulated through narrative strategies ranging from the issues that were omitted until the proper selection of the moments and events. In this sense, the testimonial sources can serve lighthouse way to try to answer that question says: how one becomes what one is? (Nietzsche, 1888, *Ecce homo*). For this investigation, the autobiography of the writer and diplomat Federico Gamboa (1864 - 1939), *Impressions and memories* (1893), are the main character and the principal source that allowed me to try to answer the umbrella question.

Dra. Patricia Díaz García
Este sueño será mi mejor lección de vida,
porque fue construido a dos voces.
Gracias por haber sido viento y mapa de navegación
en esta travesía.

La Beca Nacional del Programa Nacional de
Posgrados de Calidad del CONACYT (2010 – 2013)
ha sido la principal fuente de financiamiento
para la elaboración de esta Tesis

Índice

Introducción.....	7
I. El confeso.....	28
1.1 Federico...	
1.2 Federico... la bohemia	
1.3 Federico... la ciudad... la sociedad	
II. Los trazos sueltos.....	69
2.1 Infancia y entorno familiar	
2.2 Sujetos e ideales	
2.3 Ambientes formales	
III. La otra educación.....	123
3.1 Periodismo	
3.2 Teatro	
3.3 El corazón también aprende a leer	
IV. El <i>Plumitif</i>	177
4.1 El joven escritor	
4.2 Círculos literarios / Lecturas	
4.3 Burocracia y arte	
Conclusiones.....	235
Bibliografía.....	242
Anexos.....	250

Introducción

El que no sabe lo que le pasa,
hace memoria para salvar la interrupción
de su cuento, pues no es enteramente desdichado
el que puede contarse a sí mismo su propia historia.
María Zambrano, *El hombre y lo divino*, 2005.

Esta investigación analiza los procesos de formación de los individuos, a partir de una perspectiva que trasciende lo escolar, apoyándose en los llamados papeles personales. El personaje que sirvió de base fue el escritor y diplomático mexicano Federico Gamboa (1864 – 1939). La fuente principal fue la autobiografía, *Impresiones y recuerdos*, que Gamboa publicó en 1893, así como el ejercicio memorialista que el escritor realizó durante más de cuarenta años, con los siete textos de la serie *Mi Diario, mucho de mi vida y algo de la de los otros*, cuyo primer número apareció en 1908 y el último en 1996.

Cuando hago mención de los procesos de formación me estoy refiriendo a un universo en el cual todas las variables tienen un peso y cada una de ellas está interconectada con el todo. Es decir, en la formación de un individuo es tan importante la suma de las partes, como las partes en sí mismas.

Ante la pregunta de Nietzsche de ¿cómo se llega a ser lo que se es? (*Ecce Homo*, 1888) se puede decir que todos aquellos sucesos que le acontecen al individuo durante el trayecto de vida, en tanto experiencias (en *lo que le sucede*, y no en *lo que sucede*), así como la información a la que está expuesto, los códigos sociales y culturales de su época, el entorno familiar (en caso de contar con ellos) o los conocimientos que adquiriera, entre otras variables, posibilitarán que éste construya, modifique o elimine una serie de conceptos sobre cuestiones heterogéneas, tanto frente a sí mismo como a los demás.

Peter Gay dice al respecto: “los hombres construyen su experiencia, pero esta construcción es una colaboración entre las percepciones equívocas, generadas por la angustia, y las correcciones hechas por el razonamiento y la experimentación” (1992: 19). Por ello, no es gratuito afirmar que la formación es un proceso complejo que no se limita a una infancia llena de lujos o pletórica en su miseria, a una preparación académica tal o cual, a ser hombre o mujer. Además de estas particularidades hay que

considerar que las experiencias están estrechamente vinculadas a una serie de conceptos e ideales, especialmente en el ámbito de lo cultural, que conforman la visión de lo que en la época y estratificación social se considera aceptable o indeseable. A la par, hay que entender que la capacidad de razonar las experiencias variará entre individuos, así como las experimentaciones que cada uno lleve a cabo en una existencia.

Las experiencias no comienzan (ni terminan) o se circunscriben a los ámbitos institucionales, como la escuela y los recursos alrededor de esta. En el proceso formativo de un individuo aparecen una serie de espacios (calle, trabajo, diversiones...), actores (amigos, familia, parejas sentimentales...), recursos (escritos y manuscritos...), ritos, mitos y saberes que variarán en cuanto a asimilación, tanto en forma como en fondo, de acuerdo con las propias necesidades, deseos, posibilidades y mentalidad del sujeto.¹

La investigación educativa, en estos casos, ha privilegiado el estudio de los procesos formativos en los ambiente formales, sus actores y características, utilizando una serie de fuentes que van desde los libros de texto hasta los manuales de conducta escolares; pero las obras autorreferenciales no han sido tomadas como eje o centro del análisis.

Los relatos de vida en primera persona no son resultado de un accidente o la casualidad; estas narraciones hablan de experiencias y lo hacen a través de la articulación de sucesos, escogidos para un fin determinado (especie de carta de presentación). Como lo señala Jorge Larrosa “este tipo de textos [...] podrían ser un buen ejemplo [...] de lo que podrían ser las formas tradicionales de transmisión de ese saber de experiencia que tiene que ver con lo que somos, con nuestra formación y nuestra trans-formación” (2003: 37). En este sentido, las autobiografías, los diarios, las memorias, los diarios íntimos o las correspondencias se presentan como una fuente cuya riqueza posibilita el conocimiento de los procesos formativos de los individuos y las colectividades.²

¹ Sobre el proceso de formación se retoman algunos aspectos de Susana Quintanilla (1991) (1996); Jorge Larrosa (2003).

² Tomar el yo como eje rector de un texto es, de acuerdo con las muchas investigaciones sobre el tema, un asunto con historia propia. Desde el trabajo de Georges Gusdorf (1956), quien es considerado el iniciador de los estudios sobre la escritura autobiográfica, sabemos del carácter occidental de los textos memorialistas. Roy Pascal (1960), quien señala a las *Confesiones* de San Agustín (397 – 398 d.c.) como el punto de partida de la autobiografía, nos recuerda la exigencia cristiana de la confesión de los pecados, así como el autoexamen. Para otros, como Silvia Molloy (2001), las crónicas de conquista y descubrimientos, así como las confesiones ante tribunales (Inquisición) han sido consideradas también como tangencialmente autobiográficas. Se tiene como uno de los textos más recurrentes el de Philippe

Para la historia de la educación, los textos de carácter autorreferencial pueden ayudar cuando se busca estudiar el proceso de formación de una persona, especialmente en aquellos ambientes y espacios que traspasan los muros escolares, y todo lo que ahí se congrega. Ciertamente es que los ego-documentos dicen mucho de quien los escribe, pero también dicen mucho de cómo se concebía, por ejemplo, la historia (figuras heroicas, patria, libertad), la literatura (lo costumbrista, lo romántico) o dónde y cómo se educaba la gente (calle, escuela, familia, religión). Susana Quintanilla dice al respecto: “Este viaje por las genealogías, la rutina familiar, la infancia, los salones de clase, el ambiente estudiantil y la bohemia citadina de finales del siglo XIX y principios del XX adquiere sentido en tanto permite adentrarnos en la vida social de aquella época” (1991: 89).

Todo escrito memorialista se asemeja a una brújula, y con ella es posible navegar por la cartografía de lo cotidiano y el yo, en sus inevitables encuentros y desencuentros. Sin embargo, para aprovechar las corrientes y salvar los meandros en estos viajes, es recomendable hacerlo en compañía y con precauciones.³

De los géneros memorialistas, la autobiografía se caracteriza por ser un relato en prosa en el cual narrador, autor y personaje tienen la misma identidad. Apoyándose en su memoria, el autor cuenta de forma retrospectiva aspectos y sucesos de su vida personal, íntima, de sus experiencias, de aquello que le pasó y considera como una parte importante del proceso de formación de su personalidad.

Durante un tiempo, y dado el estigma de estar con un pie en la ficción y otro en lo *real*, la autobiografía transitó por varios estadios. Silvia Molloy consideraba que el primer problema era que las autobiografías pocas veces habían sido leídas autobiográficamente, ya que “se le había contextualizado dentro de los discursos hegemónicos de cada época, se les declaraba historia o ficción y rara vez se les adjudicaba un espacio propio”(1991: 12). Es decir, había que superar la idea de que la autobiografía era un género mudo o menor, atrapado en explicaciones reduccionistas o en los laberintos de la verdad o la ficción, y si lo que se buscaba era que el texto impusiera sus propias condiciones y límites, había que dejarlo expresarse desde el

Lejeune de 1975, *El pacto autobiográfico*, con su análisis sobre las múltiples posibilidades de estudio (histórico, íntimo o psicológico). En este breve repaso hay que mencionar a Paul De Man (1979) y su aportación en cuanto a la prosopopeya (conferir una máscara, dar un rostro) como el tropo que rige toda autobiografía.

³ Gente como José Pozuelos Yvancos, desde la teoría literaria; Silvia Molloy, con la mirada puesta en los casos hispanoamericanos, y Nestor Braunstein, desde la psicología, son una buena opción para que, al momento de asomarse al laberinto, se evite el vértigo. En los terrenos de la formación, Susana Quintanilla y Jorge Larrosa forman parte de la travesía.

lugar donde fue creado (a partir del *yo* que narra). Aún más, como ya lo propuso la propia Molloy:

Decir que la autobiografía es el más referencial de los géneros – entendiendo por referencial un remitir ingenuo a una realidad, a hechos concretos y verificables – es, en cierto sentido plantear mal la cuestión. La autobiografía no depende de los sucesos sino de la articulación de esos sucesos, almacenados en la memoria y reproducidos mediante el recuerdo y su verbalización (2001: 16)

Quien rememora, ya sea de forma oral o escrita, suele presentarse como un historiador, un testigo con cierta utilidad pública o como un vínculo entre un grupo (o gremio) y el resto de la sociedad. Pero en este acto de exhibir el *yo* al escrutinio del otro no debe asumirse la acción como una simple transcripción de sucesos. En palabras de José María Pozuelos: “quien dice *yo* narra su vida pasada [...] como la *verdad* y construye un discurso autenticador, el autobiográfico, que pretende sea leído como la verdadera imagen que de sí mismo testimonia el sujeto, su autor” (2006: 24).

Este discurso autenticador queda fuera de la discusión de los parámetros de la verdad o la ficción. Se acepta que el que narra, reconstruye su pasado, sin embargo, no por ello se entiende que el texto memorialista es el equivalente a un muro de mentiras o ilusiones.

En julio de 1893, Rafael Obligado hizo una reflexión acerca de la autobiografía recién publicada de su amigo y colega Federico Gamboa. Fue a través de una carta que Obligado publicó en los periódicos *La Prensa* y *El Nacional* en Buenos Aires, Argentina (posteriormente fue replicada en el periódico mexicano *El Partido Liberal*, 23 de septiembre de 1893), la cual pretendía, además de hacer un breve análisis del texto, contestar a los cuestionamientos que algunos personajes hicieron acerca de la poca importancia que dicho escrito podría generar entre los lectores: “olvidan que una autobiografía, cuando es sincera, es el estudio de un caso humano [...] lo que en este caso importa es el hombre en sí mismo, el estudio de sus pasiones, su manera de ver y sentir cuanto le rodea”.

Al momento de poner el acento en el sujeto, como el punto a partir del cual se podría entender este tipo de textos, Obligado colocaba el debate sobre la verdad y la ficción de un escrito autobiográfico en un segundo plano, pues más allá del concepto de sinceridad – entendido como parte de un grupo de valores de gran peso en la identidad de un ciudadano que se preciara de ser moderno y digno de estima por sus

pares y la sociedad de la época –, lo substancial estaba, y está, en el qué, el cómo y el por qué narra el sujeto. Al leer la definición de autobiografía tan usada de Philippe Lejeune (1975), es fácil encontrar algunos de los elementos anteriores: “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (1991: 48). Continuando con la carta de Obligado, en alguno de los párrafos puede leerse:

Salta a la vista que pones empeño en aparecer hombre de mundo. Tenorio retirado sin mayores aventuras ni estocada alguna. ¿Es esto sincero? Lo es ciertamente, porque tu obra es honrada de la primera á la última página; pero en mi sentir, en tal prurito hay influencias exóticas, virus inoculado, microbios de *allende* y una cierta dosis de naturalismo infantil [...] ¿te has detenido donde el decoro termina y asoma la licencia? Como soy incapaz para la crítica no acierto con la respuesta.

Además de la elegancia de Rafael Obligado para no traspasar los límites de la amistad, especialmente para no herir el ego de su colega Gamboa, destaca su mirada frente a este tipo de textos autorreferenciales, en la que le concede a priori categoría de verdad, en tanto honesto, pero destaca eso que él llama “influencias”, “virus”, “microbios” y especialmente el acto de interrumpir la narración justo en la línea entre lo permitido y lo prohibido, las cuales pueden leerse como una serie de pistas posibles para develar algunas de las estrategias narrativas del confeso.

Para estudiar la articulación de los sucesos que hace el autor, ya sea por incluirlos o al momento de evitarlos o simplemente olvidarlos en su ejercicio de recordación, primero hay que dejar que el texto aparezca como es, aceptarlo, que imponga sus condiciones incómodas, y así disfrutar sus indeterminaciones, sus logros involuntarios, sus ambigüedades o contradicciones, su naturaleza híbrida. Eso sí, es saludable tomar en cuenta lo que Pozuelos propone cuando señala que:

La descripción del espacio autobiográfico implica siempre una sustitución de lo vivido por la analogía narrativa que crea la memoria, con su falsa coherencia y “necesidad” causal de los hechos, pero que unas veces tal sustitución será una impostura y otras veces no, dependerá en ese caso de su funcionamiento pragmático (2006: 34).

Para poder diferenciar las “sustituciones”, es necesario adentrarse en la narrativa y en quien narra, es decir, por un lado, hay que analizar los propósitos de quien decide compartir su historia, la forma en cómo y para qué vincula estos trazos de

vida, qué campos temáticos provee, cuáles omite y la manera en que transforma los acontecimientos en episodios narrativos. Un punto importante dentro de las características de la autobiografía es la calidad de quien escribe como su propio censor. Esto es, que es él quien decide, selecciona y discrimina los pasajes que habrá de compartir con los lectores. Omitir algunos sucesos o experiencias está lejos de ser un simple olvido, o una incapacidad para recordar, hay que leerlo más como una estrategia narrativa, ya que esos pasajes no incluidos generalmente estorban o distraen del objetivo principal que es presentarse de una u otra manera, según las necesidades del autor.

Por otro lado, la reconstrucción de algunas de las variables que forman parte de la biografía del individuo, así como de la vida social, cultural y económica de la época, en tanto sujeto histórico, permite contrastar o en su caso corroborar la narración del confeso con las otras formas de contar un mismo suceso, un entorno o la serie de prácticas de la llamada vida cotidiana. Esto, sin olvidar que los otros ejercicios memorialistas de la época, la prensa escrita y los demás componentes de la cultura escrita también pueden ser utilizados a fin de completar los colores y figuras del cuadro.

Por ello, para esta investigación se buscó responder, en la figura de Gamboa, a través de su obra memorialista, la pregunta-paraguas de cómo se llegar a ser quién se es, además de articular otras más: ¿cómo se presenta el autor? ¿Cómo pretende ser reconocido? ¿Qué experiencias comparte? (duelo, amor, enfermedad, felicidad) ¿Qué espacios escoge? (hogar, calle, ciudad) ¿Cómo articula los sucesos? ¿Qué tácticas de autovalidación utiliza? (testigo, historiador) ¿De qué se disculpa? ¿Qué omite?

Las autobiografías son generalmente escritos seductores. Y aunque dependerá de la habilidad de quien narra, así como de los medios que posea, para hacer de la narración una historia atractiva y enriquecedora, en todos los casos, aun en los fallidos, será siempre un carnet de identidad, resumen de las excusas y el mejor de los ejemplos de lo que significa decirle a los otros “este soy yo”, y “así fue como sucedió”. No está de más recordar que para muchos de los lectores de este tipo de textos, estos funcionaban como un manual de formación y un modelo de educación sentimental, especialmente cuando se buscaba construir la propia “sentimenteca”, en términos de Patrick Chamoiseau (Eribon, 2004: 37).

Impresiones y recuerdos (1893) (Consultar Anexo B. *Impresiones y recuerdos*. El texto por sí mismo) es un esbozo autobiográfico fresco, o como dice José Emilio Pacheco, “es un libro habitable” (Gamboa, 1994: XII), y por ello, principalmente, habitado. Personajes, espacios y conceptos conforman estos recuerdos que, a través de las impresiones, nos habla de qué pensaba u opinaba el autor en asuntos como el amor y las amistades o la forma en cómo vivía los problemas ante la falta de ingresos o el futuro, en el mismo sentido que por aquellas heridas que le ocasionaron las mujeres y la pasión.

Para María G. García Barragán (1995), basándose en la tesis doctoral de Seymour Menton (1952, *Life and Works of Federico Gamboa*, New York University) *Impresiones y recuerdos* presenta cierta adhesión, en cuanto al sentimiento y la poesía, al libro *Cartas de mi Molino* de Alphonse Daudet (relatos publicados en primera instancia en diversos periódicos franceses entre 1866 y 1874). José Emilio Pacheco opina que elegir como unidad de composición el cuento parecido al de Daudet, fue un acierto de Gamboa, porque “este tipo de cuentos “sin ficción” [...] contribuyeron a la tradición cuentística mexicana tanto como los *Cuentos frágiles* de Gutiérrez Nájera, los *Cuentos del general* de Riva Palacio y los *Cuentos románticos* de Justo Sierra” (Gamboa, 1994: XII).

Sin embargo, el texto autorreferencial es una sola carta de presentación y volumen único de excusas. Como ya lo señaló alguna vez José Emilio Pacheco, estos capítulos “tienen valor como relatos en sí mismos. Sin embargo, el todo que forma *Impresiones y recuerdos* es superior a la suma de sus partes” (Gamboa, 1994: XII). Pero también es una fuente documental que habla de cómo una persona decide presentarse ante los demás, y de las estrategias narrativas que un confeso utiliza al momento de construir el escenario de su particular obra. Las experiencias relatadas conllevan la mirada del autor sobre diversos asuntos, pero ante todo, dan una idea clara de cómo pretende dibujar su entorno, así como la forma en que decidió perfilar a los personajes que lo acompañarán en su autorretrato, es decir, el ambiente, los colores, los ruidos de fondo o las situaciones que le interesan destacar para que su obra emergiera bien definida.

Impresiones y recuerdos habla de una psique, pero también de una cultura; de formas de ver la vida; de experiencias que forman, que generan conocimiento o modifican conductas, que articulan acciones o tomas de decisiones de quien narra. Esta autobiografía, en todo momento habla de un sujeto, de la educación sentimental

de este y de la posición de un escritor frente a la vida que utilizó el concepto de juventud como mejor carta de recomendación y evidencia irrefutable del porqué debía de transitar, especialmente en la carne y los colchones de las mujeres (en plural), así como en la calle, el periodismo, el teatro y muy en especial, según el autor, en las letras, amparado esto último en su uniforme de diplomático. Pero también es una fuente rica en detalles y matices, en la cual algunos personajes y muchos hábitos de la sociedad mexicana finisecular son coprotagonistas.

En el conjunto de la dimensión literaria (veracidad, claridad, coherencia, búsqueda artística), *Impresiones y recuerdos* es un documento testimonial desde el cual se puede estudiar el proceso de individuación, esos ritos de carácter iniciático que llevaron a Federico Gamboa a transformarse en un “hombre de letras”, concepto que para Gamboa era una suma de diversas variables, y resultado de esfuerzos concretos, mismos que analizo más a detalle en el capítulo cuatro. El escritor mexicano, en este acto de escribir una autobiografía (y publicarla) devela el carácter bifronte de toda escrito de esta naturaleza: acto de conciencia que construye una identidad, un yo. A la par de un acto de justificación del yo frente a los otros (lectores). Aún más, en muchas ocasiones, en el acto de reunir los fragmentos dispersos, el sujeto termina construyéndose un personaje que en muchos casos se sobrepondrá al del individuo que relata, porque como lo resumió Néstor Braunstein “somos los costureros y los encuadernadores de nuestras vidas. Con recuerdos nos vestimos... o nos disfrazamos” (2010: 11).

De acuerdo con Álvaro Uribe (2009), la voluntad de Gamboa por construir un personaje literario con base en la persona del escritor, el presentarse como un protagonista real y comprobable, así como el mapa que dibuja con especial cuidado en las “coordenadas geográficas de una existencia bohemia”, convierten a la autobiografía gamboína en un texto provocador para quien busca estudiar los procesos de formación de un individuo en tanto ejercicio narrativo que dice mucho más de lo aparenta.

Gamboa, al presentarse, buscaba ser aceptado, o como señala Larrosa: “lo que transmiten no pretende ser comprendido y sabido, sino aceptado y acogido de una forma siempre plural en una vida humana siempre particular y concreta” (2003: 37). Pero para ello, Federico necesitaba hacer un retrato, con detalles, justificaciones, sucesos, emociones vividas, y así blindar la presentación.

Los diecisiete capítulos que componen *Impresiones y recuerdos* narran una historia, aquella que Gamboa decidió compartir, que consideró le serviría de carta de

presentación y de explicación de sus conductas. También aparecen en el texto los posicionamientos en diversos asuntos que pueden generalizarse en las líneas de su trato y experiencias con las mujeres, su configuración como hombre de letras y sus vivencias como diplomático. El período que cubre la autobiografía de Federico Gamboa es de los catorce a los veintiocho años de edad (1878 – 1892).

En el panorama de las letras mexicanas, *Impresiones y recuerdos* fue un ejercicio insólito⁴, no solo por la edad de quien lo escribía (28 años), que rompía con el supuesto de que este tipo de textos se escribía en edades más avanzadas; sino por el tipo de asuntos que el autor decidió narrar, y que para muchos lectores pudo suponer el acceso a ciertas experiencias en los terrenos amorosos, a partir de la visión de un varón; la intencionalidad del mismo de hacerlo público y, principalmente, por la manufactura del texto, cuyos argumentos hilvanados demuestran una clara idea de autopercepción y un objetivo específico de Gamboa por presentarse (y de paso excusarse), y construir una personalidad alrededor de la figura del hombre de letras, que ha vivido en carne propia los efectos de la pasión y la piel femenina.

Lo que Gamboa hizo en este texto fue darle sentido y estructura a una narración, la cual estaba soportada en una serie de experiencias pasadas; sucesos que se circunscribían a su persona, es decir, cosas que le pasaron a él, que lo obligaron a pensar sobre ello o que le generaron dolor, alegría o cualquier emoción directa y no cosas que sucedían en el mundo. Por ello, el acento debe ponerse, primero, en la voluntad de Gamboa por dar a conocer algunas de sus experiencias, sin soslayar el hecho de que este acto es, en sí mismo, el gran motor que incita a escribir una autobiografía, ya que la puesta en circulación de *Impresiones y recuerdos* se produjo cuando Gamboa estaba buscando formar parte activa de la esfera pública del México decimonónico (aunque, como cronista desde un periódico, ya había dado algunos pasos para ello), especialmente en la ciudad de México. Segundo, el carácter de comparecencia que tiene este tipo de escritos, en que lo importante no solo es decir “he actuado así porque estas circunstancias me obligaron, me encaminaron o funcionaron como variables para tejer la red de mi destino”, sino que, mientras el autor

⁴ Federico Gamboa no fue el primer escritor mexicano que escribió y publicó una autobiografía. En 1857, Juan Díaz Covarrubias dio a conocer una serie de artículos y bocetos de cuentos con rasgos autobiográficos denominado *Impresiones y sentimientos*. Pedro Castera entregó en 1882 una colección de doce cuentos con cortes autobiográficos bajo el título de *Impresiones y recuerdos*. Estos relatos, de acuerdo con Donald Gray Shambling, pueden clasificarse de la siguiente manera: “los que recuerdan con sátira el pasado del autor; los que presentan amores en la vida del autor; los que idealizan a la mujer o al amor, que como poesías en prosa; los que se dedican a exaltar a Dios y moralizar con tono místico” (Flores Monroy, 2008: 123).

va justificando sus pasos, sus acciones y conductas, se construye una imagen, principalmente como un hombre que nació para ser escritor, al mismo tiempo que se presenta como un joven ciudadano que ha probado la manzana prohibida, una y otra vez, que ha viajado en más de un colchón de “esas hembras que de fingir amores se mantenían” (Gamboa, 1965: 1265), y que ha padecido más de un descalabro amoroso.

Sería fácil suponer que, particularmente para los investigadores en este tipo de narrativas, el ego es una de las características más obvias, pero en general, los autores de este tipo de textos están conscientes de las opiniones que generarán el ventilar aspectos de la vida privada, especialmente cuando la sociedad mexicana finisecular era proclive a resguardar los asuntos íntimos detrás de las cuatro paredes de una casa, o exclusivamente para el consumo interno. Para Federico Gamboa, según se puede leer en entrada fechada un 11 de julio de 1893, un texto autobiográfico era, ante todo, un ego-documento:

Uno de los amigos [...] comunicame encareciendo reserva, que hace pocas noches, en el Ateneo, en corrillo presidido por O.L., que llegó a la iracundia, se destrozaron los tales “Impresiones y Recuerdos”, llamándolos, amén de otros nombres, “egoístas”... ¡Hombre! – digo yo, - ¿y qué otro carácter puede ostentar un libro autobiográfico?... ¡Vaya un descubrimiento! (1908: 119)

Lo anterior, no invalida la riqueza de las autobiografías en tanto fuentes documentales. El ejercicio de un sujeto que busca relatar sus experiencias, asumiendo que habrá personas interesadas en leerlo, comprenderlo, perdonarlo o aceptar su o sus posturas en el texto, es consustancial a las estrategias narrativas que se requieren para construir un discurso capaz de funcionar como espejo del que escribe.

A fin de vincular lo que el autor narra en la referida autobiografía, con las otras formas de narrar (y otros temporalidades) que utilizó para armar su obra memorialista, elegí utilizar la serie denominada *Mi Diario*, en los cuales, como observa José Emilio Pacheco, “Gamboa practicará su credo estético, recogerá en vivo historias, personajes, escenas, frases, lugares, atmósferas” (1977: 31).⁵

Para Federico Gamboa estos diarios eran la continuidad de su autobiografía (1920: 42), aunque el tratamiento para estos textos fue diferente, ya que según el

⁵ Además de estos, opté también por espulgar entre la obra narrativa de Federico Gamboa, especialmente en las novelas, ya que diversas experiencias del autor fueron utilizadas en dichos textos, con las consabidas reflexiones, mismas que me ayudaron a entender un poco más sobre aquellas experiencias que para el escritor mexicano resultaron especiales o en algunos casos, fundamentales en su desarrollo de vida.

autor, entre lo escrito y lo publicado debía, al menos, mediar diez años a fin de no lastimar conciencias o ser considerado un oportunista. Una de las características de estas anotaciones es que suelen ser de corte telegráfico, con el tufo de micro crónicas, alternados reportajes o esbozos de instantes, en los cuales muchos nombres aparecerán velados en forma de iniciales.

Los diarios son narraciones casi paralelas a los hechos y eso marca una clara separación del ámbito autobiográfico, el cual tiene un espacio de reflexión entre lo vivido y lo escrito. Sin embargo, para el caso de los diarios de Gamboa hay que hacer algunas precisiones.⁶ Primero, el asunto del tiempo que medió entre lo escrito y lo publicado. El texto que inauguró la serie, *Mi Diario I* fue impreso y puesto en circulación catorce años después de haber sido escrito, hasta 1908, cuando Gamboa ya estaba disfrutando del éxito de *Santa*. En esa misma situación aparece *Mi Diario II*, el cual fue publicado diez años después de concluido, en 1910. *Mi Diario III* (1920) apareció en librerías dieciséis años después de escrito, entre otras razones, por su exilio de cinco años. *Mi Diario IV*, vio la luz veintiséis años después, en 1934. Por último, *Mi Diario V*, apareció en 1938, un año antes de la muerte del escritor, y tiene un espacio entre su escritura y publicación de veintisiete años.

Estos datos permiten suponer que el autor pudo haber omitido, corregido o hacer adendas a estos textos. Él mismo confiesa que revisaba lo escrito en sus diarios, y nada ni nadie le impedía alterar lo escrito o simplemente pulirlo. Por ejemplo, para la entrada de fecha 30 de julio de 1892 llama la atención que, al momento de leer la descripción sobre su segundo viaje a Río de Janeiro y la sensación que le causa la vista de la bahía, incluya un fraseo, al final del asiento, como el siguiente:

Secreto deseo de arrodillarme frente á belleza tanta; belleza que hace enmudecer, pensar en el *Divino Artífice*, oculto allá [...] Los espectáculos de esta magnitud tienen que volver creyentes aún á los incrédulos más honrados [...] *La propia naturaleza grita que cree. Es el ¡ ¡ ¡ CREDO !!! elocuente y mudo de las cosas grandes* (Gamboa, 1908: 11).⁷

⁶ La autobiografía presenta diferencias con todos los otros géneros memorialistas. Por ejemplo, se diferencia de la biografía, básicamente en que en esta última la identidad del narrador y el protagonista del relato no son la misma. Para el caso de las memorias, la autobiografía posee un carácter más íntimo, versa sobre el desarrollo de una personalidad en terrenos más personales, mientras que las memorias tocan generalmente hechos, personajes y situaciones externos de la vida individual, es decir, se centra en el relato de una época antes que de una vida. Los epistolarios son narraciones casi paralelas a los hechos, mientras que la autobiografía conlleva un proceso de reflexión, un espacio de tiempo más amplio entre lo vivido y lo narrado, por eso se dice que al diario le falta la dimensión temporal retrospectiva.

⁷ Cursivas mías. Los signos de admiración están transcritos tal cual aparecen en la edición de 1908.

Gamboa, para esa fecha (1892), estaba escribiendo *Impresiones y recuerdos*, vivía como quería, solía tener trato con literatos y gente de dinero, era soltero, estaba aún fresca en su memoria la vida de fiel asistente a bailes, paseos, teatros y especialmente su trato con las mujeres caídas y las gozosas casquivanas. Por ello no deja de sorprender que hable del *Divino Artífice* o el acto de creer. Se puede entender si se le dimensiona al año de publicación del Diario: 26 de febrero de 1908, porque para esos años ya estaba casado, tenía un hijo, plena autoconciencia de su papel de escritor y sujeto público, amén de que, después de publicar *Santa*, Gamboa comenzó su reconversión al catolicismo (mismo que formó parte de su educación familiar), asunto que puede verse claramente, por ejemplo, en la entrada del 20 de agosto de 1905, en la que hay una reflexión sobre lo que le dejó el haber vivido dos años, seis meses y catorce días en Washington:

Este comienzo de regeneración que palpo dentro de mi torcido individuo, lo debo exclusivamente a la atmósfera respirada en mis soledades en Washington, y sin reservas las proclamo [...] Nada importa que mi salud física venga tan maltrecha y trizada, si me diste, en compensación, la salud del espíritu, al que fortaleciste y renovaste (Gamboa, 1934: 72, 74).

Esta “regeneración” es palpable también en *Reconquista*, que si bien se publica en 1908, fue terminada dos años antes. Es esta la novela en la cual Gamboa hace pública su regreso a las prácticas del catolicismo, los motivos, así como las críticas a su andar o incluso a las clases que tomó de joven, especialmente frente al positivismo y la Escuela Nacional Preparatoria. Por ello sostengo que el comentario sobre el *Divino Artífice* parece más la prosa de Gamboa converso, de casi 41 años, que la de Gamboa el joven que aún saborea las prerrogativas de ser soltero, bohemio y aspirante a escritor.

Otro tipo de comentario, como el que se puede leer en la entrada de fecha 2 de agosto de 1892, en el cual Gamboa realiza una diatriba sobre la lejanía que existe entre los hombres de letra de la Argentina, Chile o Brasil con los correspondientes mexicanos y la falta de ganas de lograr el acercamiento, “ni siquiera a través de la garrulería de nuestros diarios o de la nebulosidad presuntuosa de nuestras revistas blancas, azules, modernas o precursoras” (1908: 44). O Gamboa era adivino y se adelantó a la fundación de la *Revista Azul* (1894) y la *Moderna* (1898) o es una feliz coincidencia de nombres y futuros. Creo que es una adenda del escritor, de nueva

cuenta, pues suena más al contexto que vive Gamboa para 1908, cuando se publicó el diario por primera vez.

Preciso es aclarar que el ejercicio memorialista y sistemático de Gamboa no era tampoco novedoso, ni se encontraba fuera de las prácticas culturales de la época. Antonio Saborit anota al respecto:

Juan Nepomuceno Almonte se tomó el cuidado de escribir un diario. La misma apetencia tuvo el músico Melesio Morales. Ignacio Manuel Altamirano llevó el suyo y, además, un antojadizo *livre de raison* en el que quiso controlar las deudas de su dulcero paladar. Gamboa también asumió el carácter de figura -esa otra singularidad pública que los hombres de letras se inventaron desde el romanticismo-, y dejó testimonio escrito de los ecos de sus actos. Hay que insistir: aplicarse en el diario resultó insólito, aunque no extraordinario ni nuevo. Gamboa, a diferencia de Almonte y Altamirano, escribió su diario para que le leyeran. Esta era la diferencia entre dos ejemplos de la escritura privada del final del siglo XIX mexicano (1996).

La voluntad de ver publicados su sentir y pensar; la práctica metódica de llevar registro de sus acciones o reflexiones en forma de un diario durante más de cuarenta años, es lo que coloca a los textos memorialistas de Gamboa en otro nivel, que bien valen una misa y un estudio.⁸

En el primer diario que publicó Gamboa se puede encontrar una entrada con fecha 14 de junio de 1892, en el cual el también diplomático se preguntaba: “¿qué importa, si las obras de la índole de “Mi Diario” no son, en definitiva y en la mayoría de sus páginas, sino puerilidades y egotismo?” (Gamboa, 1908: 12) y un año después, 14 de noviembre de 1893, se puede leer:

⁸ José Juan Tablada (*La feria de la vida* y *Las sombras largas*) Nemesio García Naranjo (*En los nidos de antaño*), Guillermo Prieto (*Memorias de mis tiempos*), Victoriano Salado Álvarez (*Memorias. Tiempo viejo, tiempo nuevo*), José Vasconcelos (*Ulises Criollo*), Jesús E. Valenzuela (*Mis recuerdos*), Antonio García Cubas (*El libro de mis recuerdos*), Rubén M. Campos (*El Bar. La vida literaria de México 1900*), Ciro B. Ceballos (*Panorama mexicano. 1890 – 1910. Memorias*), Juan de Dios Peza (*De la gaveta íntima: memorias, reliquias y retratos*), Juan Sánchez Azcona (*Estampas de mis contemporáneos*) entre otros más, registraron el pasado, anotaron los sucesos significativos de un país, o sus experiencias frente a la vida, reflexionaron sobre cómo se vivía, cuáles eran algunas de las costumbres sociales, fiestas, celebraciones, ritos, describieron la forma de vestir, los cantos o la vida cotidiana. Sin embargo, de estos nombres, y hasta donde se tienen noticias, ninguno de ellos publicó, primero, una autobiografía, y segundo, un diario en vida, sino que, mayoritariamente circunscribieron sus textos al género de las memorias, casi siempre cuando se encontraban en edad avanzada (sin que por ello pierdan valor literario e histórico), enfocándose a una serie de registros de nombres (de personas, espacios, etc.), de sucesos y “grandes acontecimientos”, reconstruyendo prácticas de los burgueses, clasemedios y el pueblo (sin desaprovechar la oportunidad para criticar estas o cuestionarlas); la descripción de algunas diversiones populares, e incluso dibujando las características de los llamados “tipos nacionales”, pero, repito, ninguno de ellos publicó un texto en el que pretendiera decirle a los demás: este es mi historia de cómo llegué a ser lo que soy.

Continúa mi colección de autógrafos y yo continúo trasladándolos á estas páginas que alguna vez han de ver la luz, no obstante que con ello acredítome de egotista y de ególatra; bien sabe Dios, sin embargo, que no me guía la inmodestia de que adolezco en un grado no mayor ni menor que cualquier otro **plumitif** militante, nó, guíame otro móvil que, por noble, no quiero consignar; el despierto lector que lo adivine, no me ha de censurar, y el torpe que no dé con él, no me preocupa, me resultan igualmente inútiles y vanos sus aplausos que sus censuras (Gamboa, 1908: 67 – 68).

Gamboa se reconoce presumido, pero como cualquier escritor, y hace una muy clara separación de aquellos que él considera sus iguales y aquellos a los que ni ve ni oye, y no le importa escuchar nunca. Pero lo principal, es que se abroga el derecho de ser testigo, enlace necesario entre lo que sucede en el mundo y los lectores, los “inteligentes” por supuesto. Esta, es otra de las características de sus diarios, en donde así como intenta bordar una complicidad con el lector idóneo, desacredita constantemente al crítico que él llama poco serio, al anónimo, al público que en más de una ocasión llamará ignorante, aunque lo reconozca necesario si se pretendía vivir de la literatura.

De los textos que Gamboa pretendía legar, además de su obra memorialista, novelas, obras de teatro y artículos periodísticos, se sabe que el escritor fue un coleccionista de recortes de periódicos y revistas, especialmente de aquellos que hablaban de él, como artista, como político o como invitado cotidiano a eventos públicos y privados.⁹

Estos trozos de papel, acompañados de sus conferencias, discursos, pláticas o en algunos casos caricaturas sobre su persona, formaban parte de una colección de textos que él menciona en sus diarios con el título de “El proceso de mis obras”, entendiendo la palabra proceso no como una historia sobre las formas o estilos que desarrolló para construir sus novelas u obras de teatro, sino como un seguimiento de su vida, en tanto hombre de letras y hombre público.

⁹ Federico Gamboa solía juntar las piezas sueltas en casos o sucesos que tuvieron un efecto directo o indirecto en su persona. Por ejemplo, en 1925 (31 de octubre), Isidro Fabela lo calumnió en el periódico *Excélsior*, llamándolo “traidor a la patria” y presentó como pruebas una fotografía, así como una carta comprometedor, supuestamente firmada por Gamboa, dirigida al ex embajador de los Estados Unidos en México, Henry P. Fletcher (1917 – 1920). La querrela se resolvió hasta mayo de 1926, a favor de Gamboa, mismo que se desistió de ejercer acción penal en contra de Fabela. Gamboa armó un expediente completo del caso, mismo que, en palabras del autor fue legado a su único hijo, y que hoy está en calidad de extraviado.

Antonio Saborit encontró hace algunos años uno de estos cuadernos, el tomo VI, y opina que “la confrontación de estas notas con la versión impresa de Mi diario certifica la propiedad del cuaderno y descubre algo de la estrategia del diarista” (2002), estrategia que va más allá de ser un coleccionista o un hombre ordenado.

Tuve la oportunidad de poder revisar este cuaderno, gracias a la generosidad de Antonio Saborit, y efectivamente comprobar que Gamboa, además de escrupuloso y limpio en cuanto a la colocación de los recortes, por tamaño y de acuerdo con el tema, así como previsor, al numerar las páginas y al tachar los espacios en blanco para evitar, quizás, posibles anotaciones o comentarios que no provinieran de su pluma, guardaba desde cartas que le escribían sus amigos como Balbino Dávalos o Heriberto Frías; recortes de periódicos que anunciaban sus obras; el oficio en el cual le notifica Joaquín D. Casasus (5 de enero de 1909) que la estación de empalme del ferrocarril Pan-americano con el ferrocarril nacional de Tehuantepec cambiaba de nombre de San Gerónimo al de Gamboa; críticas desfavorables hacia su personas y sus textos, las alabanzas; sus condecoraciones y pertenencias a clubes, sociedades literarias o instituciones como la Cruz Roja; las pocas traducciones que hicieron de sus escritos, como las anotaciones que hizo Gamboa en su visita a la tumba de Washington (que habrían de aparecer en Mi Diario III, 1920), que John Hubert Cornyn pasó al inglés para el The Mexican Herald, un 27 de febrero de 1910; entrevistas como la publicada en “Artes y Letras” del domingo 8 de noviembre de 1908, en la cual se lee que su color favorito es el rojo, su heroína de ficción es Ofelia (don Quijote y Athos los héroes) y su anhelo es “ser independiente por el producto de mis libros”, hasta caricaturas, como la que apareció en México en la Revista Nacional un 16 de diciembre de 1909, en la cual una empleada doméstica le dice al señor de la casa: “Me ha dicho la señora que, para castigarlo, no le sirva en el almuerzo más que libros”, a lo que el señor contesta: “Está bien. Puedes traerme Santa de Federico Gamboa”. El aludido escritor anotó a un lado de la caricatura: “¿qué querría decir?”; costumbre que puede encontrarse en casi todo el cuaderno, aunque no es muy revelador ni entra en grandes diatribas, se puede decir que es casi una pequeña muestra que certifica su presencia.

En mi opinión, este ejercicio de supervisión (por llamarlo de algún modo) de Gamboa era parte de la configuración que como hombre de letras fue armando en el tiempo. Una de las características de este escritor mexicano es que desde temprana edad se asumió como un sujeto moderno, es decir, un hombre de su tiempo, que habitaba la ciudad moderna, en todos sus escondrijos y oportunidades, que veía en

Europa (cuyo epónimo era París) la fuente de la eterna civilización, que creía en el progreso y en el futuro, y especialmente, que podía ver de frente y a los ojos a los literatos famosos (Emilio Zola y Edmond Goncourt, en París, en octubre de 1893). Para Leonor Arfuch, “los géneros considerados canónicos [...] fueron consustanciales a esa invención del sujeto moderno” (2013: 21), y para el caso de Gamboa esto encaja a la perfección. Además, como lo señaló alguna vez José Emilio Pacheco: “hay que admirar el valor del joven Gamboa que se empeñó en ser moderno y contemporáneo de sus contemporáneos europeos desde su primer libro” (Gamboa, 1995: X).

De Federico Gamboa se puede decir que, como escritor, es un caso especial en la historia de la literatura mexicana, porque más allá de lo difícil que resulte englobarlo en un cierto grupo o constelación, su trayectoria como un hombre de letras habla de un alto sentido de la individualidad, con una marcada tendencia a auto percibirse como un narrador cuya misión era trascendental, pues fungía como un testigo de la historia (y de su historia), especie de vínculo conector entre lo que sucedía, la obligación de contarlo y el público. Para Gamboa, escribir y publicar novelas debía alejarse de las categorías del ocio, para ser valorada como una aportación cultural, especialmente cuando estas eran fruto del pensamiento crítico y la reflexión moral.

Gamboa consiguió imprimir en sus escritos una voz propia y peculiar, la cual aún suena como un eco, mismo que nos habla de obsesiones y búsquedas personales (las reacciones de la piel y el deseo entre varones y mujeres como mejor sello), de un distanciamiento de los estilos narrativos de sus antecesores en las letras mexicanas – que si bien no lo convierte en el único en cometer este tipo de “parricidio” (Emilio Rabasa como otro ejemplo) sí lo posiciona en un escalón aparte –; así como de una dedicación y disciplina en el oficio de escribir, reconocida por más de uno de sus colegas.

Que Federico Gamboa, como testigo y actor de una época, merezca la pena ser estudiado por diversas miradas no es una ocurrencia; los textos y escritos que dejó, amén de ser una muestra de la riqueza narrativa de un sujeto, han motivado a muchos investigadores y escritores a seguirle la huella a este mexicano tan global como particular. De la vida y obra de Gamboa se han dedicado gente como María Guadalupe García Barragán, José Emilio Pacheco, Antonio Saborit, Álvaro Uribe, Margo Glantz, Manuel Prendes, Rafael Olea Franco, Adriana Sandoval, Fernando Curiel Defoseé y

Cristopher Domínguez, entre muchos otros.¹⁰ La obra que mayor atención ha recibido por parte de estos y otros estudiosos es, en definitiva, *Santa* (1903), la cual continúa reeditándose (y eso explica muchas cosas), seguida por *Suprema Ley* (1896), y sus textos autorreferenciales.

Las tesis de licenciatura, maestría y doctorado que pude localizar utilizan de forma mayoritaria, y en este orden, las novelas *Santa*; *Suprema Ley* y *La Llagu* (1913). Los acercamientos van desde las corrientes literarias, los análisis de contenido y de estilo, las adaptaciones cinematográficas (las tres obras mencionadas fueron llevadas, en distintas fechas, al cine), hasta el paso de Gamboa por el mundo de la diplomacia, así como una especie de espejo y testigo fundamental del Porfiriato. En bibliotecas extranjeras existen tesis, especialmente en la búsqueda de grados de maestro y doctor. Los norteamericanos – inevitables vecinos –, desde temprana época (si consideramos que Gamboa murió en 1939), tomaron a este escritor mexicano como una especie de Virgilio para conocer de placeres, culpas, pecados y gozos de los mexicanos decimonónicos, especialmente los apellidados porfirianos. Como un ejemplo están los trabajos de Townsend (1935), Ward (1941) o Menton (1952); hasta llegar a últimas fechas, del otro lado del Atlántico, con la tesis de doctorado de Filología Hispánica en la Universidad de La Rioja, España, de Manuel Prendes Guardiola (2002).¹¹

Gamboa es visto, para muchos de los referidos, como un prototipo del ciudadano porfiriano, hijo de la clase media y testigo directo de la vida que se desarrollaba en las calles, los paseos, los bailes y en los centros de diversión nocturna de la capital de la república mexicana. En vida, Federico Gamboa publicó con su nombre ocho novelas, cinco obras de teatro, una autobiografía, así como cinco diarios, un ensayo sobre la novela en México y una cantidad indeterminada, pero se sabe que jugosa, de artículos para periódicos y revistas. Escribió poesía, algunos cuentos, hizo traducciones y adaptó al menos tres obras musicales francesas al español. Su primera novela fue en 1889, durante su estancia en Guatemala. Ese mismo año fue aceptado como miembro

¹⁰ La obra narrativa de Federico Gamboa fue analizada en su momento tanto por consagrados como emergentes escritores y poetas, ya fuera Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén M. Campos, Amado Nervo o José Juan Tablada. Para 1909, Leonardo S. Viramontes, publicó en México un estudio sobre la obra y vida de Gamboa, bajo el título de *La novela en México y el realismo en el arte. A través de "Reconquista", último libro del Sr. D. Federico Gamboa*. Después de muerto (1939), Gamboa fue motivo de homenajes y estudios, especialmente desde la Academia Mexicana de la Lengua (1940), con plumas como la de Nemesio García Naranjo, entre otros.

¹¹ El profesor John Charles Chasteen, de la Universidad de Carolina del Norte, cumplió en 2010 uno de los sueños y anhelos más acariciados por Gamboa: ser traducido a un idioma distinto del español. En un trabajo editado por la citada universidad, apareció: *Santa: A Novel of Mexico City, by Federico Gamboa*.

extranjero de la Academia correspondiente de la Real Española de la Lengua (contaba con veinticuatro años). Para 1892, ya en Argentina, publicó su segunda novela, y así continuó de manera frecuente, con espacios en blanco especialmente cuando sufrió descalabros económicos, durante las travesías para cumplir con sus funciones diplomáticas o por la misma carga de trabajo, hasta conformar un árbol de textos que irónicamente seguimos bautizando con un solo nombre: *Santa* (Consultar Anexo A. Obra narrativa).

Impresiones y recuerdos inauguró la carrera de memorialista de Gamboa, y forma parte de una continua y disciplinada labor, envidiable por donde se le quiera ver, la cual cubre un período de más de sesenta años de la historia de un individuo, y por qué no, de un país.

Impresiones y recuerdos, que Pacheco definió como “un testimonio inapreciable de lo que significó ser joven en el México de los primeros años porfirianos [...] estas viejas páginas de adolescencia, estas jóvenes memorias de ultratumba” (1994: XII - XIII) y la serie *Mi Diario* – que Vicente Quirarte plantea como “la más importante novela del realismo y el naturalismo mexicanos; supera las obras de Rafael Delgado y José López Portillo e, incluso, en ocasiones, las propias obras de ficción escritas por Gamboa” (2011: 164 – 165) –, que hoy se pueden consultar en su casi totalidad, y que a pesar de las irremediables pérdidas, como por ejemplo todo lo escrito para el año 1920¹² y 1924, o algunos meses como de agosto 1913 a mediados de abril de 1914, son fuentes que igual develan como ocultan a quien las escribió, que funcionan como una especie de mapa de una formación, ya sea porque uno quiere adentrarse en ese primer ejercicio que suele asociarse a la frescura de una persona que está en plena construcción de sus fronteras o de ese ejercicio sistemático de un escritor que suele presentarse como orgulloso hijo de su época.

Pero estos textos son, en definitiva, el cordón idóneo cuando uno quiere adentrarse en los laberintos de la narrativa de un *yo* que se presenta ante el público.

No es una exageración decir que tanto la autobiografía, al igual que sus diarios, son la dote de Federico Gamboa,¹³ siempre y cuando se aboque uno en mirar estos textos con detenimiento, es decir, respetando lo que le enseñaba el abuelo de Jean

¹² En la edición de 1996 que realizó CONACULTA, *Mi Diario VII* (1920 – 1939), presenta un error, al poner el año de 1920 con dieciocho anotaciones, del 1° de enero al 27 de enero, que en realidad corresponden al año 1921.

¹³ Guillermo Sheridan menciona: “(José) Bianco (1988, “Parafernaria”, *Ficción y Reflexión*, México, FCE) [...] propuso una peculiar analogía: la obra de un autor equivale a la dote; el cúmulo de su papelería privada equivale a un valor parafernaria, el de los bienes de una mujer por fuera del contrato matrimonial, lo que era sólo suyo, su propio, inalienable, capital” (Tablada, 1992: 6).

Paul Sartre, según su propia autobiografía: “no basta con tener ojos; hay que aprender a usarlos” (1990: 101). Y esto no es una advertencia, es simplemente una alerta, pues estamos frente a una existencia que, como cualquiera, mezcla lo caótico como lo cotidiano, sin olvidar que cuando uno intenta aproximarse a cierto trazo de vida, estamos frente a la “inasible verdad de una experiencia ajena” (Arfuch, 2013: 48).

Afortunadamente, aunque a Gamboa se le ha querido constreñir con el corseé de los ismos (naturalismo – Porfirismo), o se le ha supuesto ensombrecido por la “fama” de su novela *Santa*, este escritor mexicano, a 150 años de distancia, aún tiene mucho que develar.

El capitulado de este trabajo obedece, grosso modo, a dos grandes vertientes: lo que el autor omitió u olvidó incluir en el texto y lo que el escritor quiso compartir. En este sentido, se armaron cuatro capítulos.

En el primero se trabajó con las variables de juventud y orfandad, ya que ambos conceptos funcionan como parte esencial de las estrategias narrativas que el autor utilizó para construir su discurso autenticador, especialmente al servir estar variables como la base de una explicación por las acciones, los excesos o las omisiones cometidas durante los años que el texto contempla. De igual manera, la categoría varón se recupera en este apartado, ya que ser varón no significa una identidad de género fija, única y/o compartida por todos aquellos individuos del sexo biológico hombre, pues “no es un término transparente, evidente por sí mismo o radicado en el cuerpo (sino) un estatus socialmente construido, (y) disputado constantemente” (Núñez Noriega, 2008: 50). En este sentido, hubo que buscar las referencias de la época respecto a la calidad de varón, para vincularlas con las experiencias que el autor decidió compartir con sus lectores.¹⁴

Estas aventuras, especialmente las llamadas correrías nocturnas, tuvieron como principal escenario la ciudad de México, durante el período denominado el Porfiriato. Por ello se realizó una radiografía apretada de dicho momento histórico, especialmente en la figura de una ciudad que comenzaba a despuntar por ser el vórtice de todas las oportunidades en la misma medida que era temida como el hoyo negro de

¹⁴ Es inevitable pensar que, si en lugar de estudiar a un varón, cuya vida bohemia implicaba trasnochar y tener trato con hetairas y mujeres ajenas al concepto de virtud de la época, hubiese sido el estudio de una integrante del llamado bello sexo, con las mismas características de comportamiento que el varón, y que hubiese escrito sus memorias o reflexiones sobre su vida, estaríamos frente a las memorias de una mujer que rompía con el orden social de la época y que difícilmente hubiese escapado del epíteto de mujer pública, antes que ser considerada una bohemia que anhelaba convertirse en escritora.

todas las virtudes, especialmente para los “débiles”. Aunando a lo anterior, destaca la insistencia de Gamboa en hacer de su pasado bohemio un camino necesario para su posterior transfiguración en hombre de letras. Las diversiones, prácticas y rituales de la clase media, a la que pertenecía el escritor, se utilizan como una forma de hacer este cruce entre sociedad, ciudad y personaje.

El capítulo dos está dedicado a lo que consideré fueron las omisiones más significativas que Gamboa hizo al momento de (r)elaborar su historia de vida. La infancia y su entorno familiar (el espacio privado), ocupan la primera rama de este árbol de olvido selectivo. Si bien dentro de la autobiografía no hay una sola mención de estos parajes, en los diarios, hay algunas pocas anotaciones que hacen referencia a dichos momentos y espacios. El espacio biográfico, en este sentido, resultaba incompleto sin la participación de dichas variables, por ello intenté reconstruir el mayor número de datos al respecto.

Las figuras del padre y la madre, me sirvieron para desarrollar la segunda rama. De nueva cuenta, en el texto autobiográfico ambos personajes eran menos que una sombra. La insistencia del autor por hacer de su orfandad una especie de excusa perfecta, hace resaltar la figura de ambos progenitores en su historia de vida. De igual manera que el caso anterior, hubo que recurrir a sus diarios, a las memorias de otros escritores, artículos de periódicos de la época, así como a la correspondencia entre parientes para poder obtener una imagen de los padres, así como para comprender el por qué el autor había decidido excluirlos de su narración de experiencias.

La tercera rama es acerca del paso del joven Gamboa por los ambientes formales de la educación. Dado que en su texto autorreferencial, e incluso en sus diarios, la información sobre su estancia en las escuelas parecía no ser primordial para la formación del autor, me aboqué a juntar las piezas sueltas, las comparé con algunos datos que encontré en los archivos, y los cotejé contra las prácticas e investigaciones que sobre la vida escolar hay de la época, con el afán de entender la estrategia narrativa que el autor buscó al anular por completo la escuela y su capacidad para generar experiencias o saberes.

Para Federico Gamboa, la educación, esa que formaba y daba los medios para sobrevivir, así como regalaba emociones o las más dolorosas experiencias, estaba en tres espacios fuera de los llamados formales: el periodismo, el teatro y las mujeres. De estos asuntos trata el capítulo tres. La vinculación que todas estas variables presentan, con la conversión de Gamboa a la religión de escritor, es algo que intenté dejar al

descubierto. Huelga decir que el autor construyó gran parte de su discurso alrededor de la figura de las mujeres, y especialmente al trato y efecto que ellas tuvieron en su educación sentimental, la cual puede entenderse como la principal lección de vida del escritor, por lo menos en su perspectiva.

Lo aprendido durante su etapa de periodista, y especialmente por su estancia en los entretelones del mundo del teatro, le permitió a Gamboa construir, en su narrativa, espacios fundamentales para explicar sus acciones, así como la elaboración y reelaboración de conceptos como amistad, mujeres públicas, amor, adulterio, sexo o diversiones. De igual manera, las tres variables (mujeres, teatro, periodismo) se presentan, en la pluma del escritor, como los escalones necesarios para ser nombrado hombre de letras, aún más cuando de estas variables se obtenían no sólo las lecciones de vida o la práctica de la pluma, sino las anécdotas que le permitirán armar su obra narrativa y dramática.

En el capítulo cuatro, rescatando lo que el autor quiso compartir con sus lectores, me enfoqué en el joven aspirante a artista, que en su paso por la vida se fue preparando para las grandes ligas, y que consiguió, tras muchos esfuerzos, según sus recuerdos, dar el gran salto y abandonar su doncellería literaria.

Trabajar en la diplomacia mexicana fue más que una oportunidad para conocer países o personas, fue el mejor de los salvavidas que el autor pudo utilizar frente al poco crédito del oficio de escribir, así como una especie de credencial de presentación frente a los lectores de obras narrativas, especialmente de manufactura nacional. Aunando a lo anterior, o gracias a estos traslados y por razones del oficio, Gamboa aprovechó sus andares para integrarse en los círculos literarios de países como Guatemala o Argentina (especialmente), los cuales le permitieron no solo someter sus propias obras al escrutinio de sus pares, sino conocer y acceder a otras lecturas que formaron parte de sus viajes y la convivencia con otras testas (masculinas, por cierto).

Estos puntos, a manera de remate, abrieron otra senda para buscar comprender la vinculación que Federico Gamboa enhebró entre su labor desde la “nobleza de la burocracia” y su obra narrativa, así como los efectos que este pacto de complicidad tuvo en su construcción como individuo, en tanto hombre de letras y personaje.

Capítulo I

El confeso

La vida debe ser una educación incesante.
Hay que aprender, desde que uno
empieza a Hablar hasta Morir.
Gustave Flaubert a George Sand,
Correspondencia, febrero de 1869.

“Me parece que fue ayer y, sin embargo, tenía yo entonces 14 años” (Gamboa, 1893: 7). Este es el primer párrafo que Federico Gamboa escribió para su autobiografía *Impresiones y recuerdos* (1893). Pero la vida de Gamboa definitivamente no comenzó a los catorce años, aunque el autor se esmerase en puntualizarlo de esta manera.

Al escritor mexicano le tocaron, antes de escribir este primer texto memorialista, tres grandes momentos que la historiografía ha registrado como el Segundo Imperio (1864 – 1867), la República Restaurada (1867 – 1876) y el Porfiriato (1877 – 1911). Gamboa nació a finales de 1864, justamente cuando el siglo de los desengaños (*Nigromante dixit*) abría un nuevo escenario en el cual se podía contemplar la decoración de toques monárquicos, con personajes variopintos; guiones llenos de anhelos, pero ajenos a las particularidades de la región.

La familia del también diplomático estuvo cerca de Maximiliano; conocieron de las ventajas que daba el tuteo con el poder, así como las caídas estrepitosas. Después de la muerte de Juárez (1872), los Gamboa Iglesias recuperaron un poco de aliento con Sebastián Lerdo de Tejada, pero principalmente, suspiraron con la posibilidad de que José María Iglesias (hermano de la madre de Federico) legalizara su aspiración y regresaran a la época de las vacas gordas. El destino fue contrario a los deseos, Porfirio Díaz se quedó con la silla, y de nueva cuenta, la familia conoció de necesidades, exilios y hambre.¹⁵

Si para Gamboa los recuerdos debían comenzar a partir de los catorce años – época en que su padre había iniciado un largo y tortuoso peregrinar en busca de sustento para los dos hijos menores (Soledad y Federico) –, es un asunto que parece

¹⁵ Los asuntos sobre la familia de Gamboa se tratan a detalle en el capítulo dos.

estar más en concordancia con el sentir del autor acerca de “los reveses de la suerte tan comunes en personas sin fortuna” (Gamboa, 1893: 7)¹⁶.

A Gamboa le tocó en la ruleta de la vida ganar y perder; así como quedar huérfano de madre a los diez años, y de padre a los dieciocho. De la familia nuclear a la orfandad total había un paso, y en el México decimonónico era prácticamente un lugar común el perder a los padres a temprana edad, así como las prerrogativas, el respaldo o las ventajas de una red de apoyo.

Gamboa se presenta en su relato autorreferencial como un individuo cuyo proceso de formación estuvo marcado particularmente por su condición de huérfano y desclasado temprano, aunando a ese estadio líquido denominado juventud – período que el autor expande a su gusto y pertinencia (de los 16 a los 33 años) –. Además, para Gamboa, estas condiciones (joven, huérfano y nuevo pobre) estaban vinculadas estrechamente a un fogoso temperamento latino que, según insistió el autor, no escogió, sino que le fue asignado al nacer. La conjugación de estas variables, básicamente, fue la principal rima en la cual el pasado, llamémoslo bohemio, de Gamboa, se correspondía casi naturalmente a un presente literario y sosegado.

Para este capítulo me interesa hurgar entre esas variables, así como en las coordenadas que Gamboa fue dejando alrededor de la imagen del bohemio, las cuales pasan necesariamente por las costumbres y hábitos de una clase social apenas bosquejada (la clase media), pero ya lo suficientemente pujante como para ser tomada en cuenta por propios y extraños, así como por las características que bordean a la ciudad de México, en tanto capital del país, lugar imán y espacio georreferenciado por más de una metáfora.

1.1 Federico

El concepto de orfandad (el cual explora Federico Gamboa a detalle en la primera parte de *Apariencias*, 1892), funciona a manera de lazo tensado, donde él será el único equilibrista; y es mucho más que un pretexto, es la dupla del otro gran concepto en la

¹⁶ El padre de Federico, Manuel Gamboa, es el mejor ejemplo de este tipo de personas: fue igual gobernador del estado de Jalisco como miembro activo del gobierno movedido de Benito Juárez antes de la llegada del príncipe austriaco; participó en el fugaz sueño del príncipe Maximiliano y pagó con creces el resto de sus días por la utopía en trabajos varios; descalabros continuos que terminaron construyendo la figura del vencido, por lo menos la que Federico Gamboa asumió como parte fundamental de sus recuerdos y formación.

formación de Gamboa: la juventud, espacio acuoso que puede moverse de acuerdo con la historia, la anécdota o el suceso que cuente el autor. Pedro, el personaje de la citada novela de 1892, frente a los dieciséis años de edad, es barnizado así: “Su juventud naciente le exigía el cumplimiento de sus prerrogativas, le esbozaba para lo futuro esas mujeres peripuestas y amables que habían de existir como una necesidad de la moda y un resultante del progreso que desconocía aún” (Gamboa, 1965: 41).

Para Gamboa, el concepto de juventud, más que una cuestión biológica o una definición de la medicina y/o la sociedad, era una etapa de la vida que involucraba la posibilidad de hacer, la obligación de ser y la necesidad de explorar. Varias veces en sus diarios habló de su juventud como un asunto que se daba por terminado, o que llegaba a su fin. Una de ellas tiene que ver con su entrada al mundo de la diplomacia, justo cuando le entregan el nombramiento correspondiente, y él a cambio extiende una peseta: “Con esa propina se marchaba mi humor alegre; se marchaban mis hábitos de bohemio; mi vida tenía que transformarse, tomaba otra faz, perdía mi juventud con sus independencias y sus irresponsabilidades, con todos los encantos de los 20 años” (Gamboa, 1893: 165). Otra es por motivo de una despedida. El romance con una norteamericana había sido tormentoso, y la separación inevitable. Así, después de dejarla en el tren rumbo a San Francisco, Gamboa anotó el 11 de octubre de 1897: “Tristísimo he regresado á la ciudad, como regresamos de los cementerios cuando en ellos dejamos para siempre algún ser querido. ¡Y vaya si quería yo á mi juventud!” (1910: 56). Una más gira alrededor de su matrimonio. En *Mi Diario II*, en asiento fechado 8 de diciembre de 1897, a catorce días de cumplir 33 años de edad, se puede leer: “A vuelta de muchas reflexiones, asesto á mi juventud el tiro de gracia. Hoy me presenté en el Registro Civil para contraer matrimonio, y el mes entrante seré un hombre casado” (1910: 57).

Gamboa se presentó en varios de sus textos memorialistas como un joven, y aquí hay que entender el concepto de juventud como un ser que oscila aproximadamente entre los doce años y los treinta años de edad, un sujeto “inocente”, en el sentido de ser incapaz de tomar buenas decisiones, especialmente cuando no cuenta con las figuras del padre y la madre como rectores y censores de su comportamiento. El hecho de abandonar la escuela de jurisprudencia, es para Gamboa un motivo casi lógico por su condición de huérfano y, por supuesto, a la juventud que lo envolvía con sus 20 años; a la letra: “me preparaba sin ningún aliciente, porque ya había quedado huérfano, ya no tenía á quien obedecer ni á quien dar gusto; podía

seguir mis impulsos propios, tan malos y tan románticos como los de cualquier muchacho de mi edad” (1893: 57). A la par, Gamboa se presentaba como un ente, por decirlo de alguna manera, autorizado y obligado a descubrir el mundo, a probar todo lo que este ofertaba, y por supuesto, a equivocarse y caer; ello, como parte de la imagen de un joven-varón que el autor reelabora en su autorretrato por escrito.

Amado Nervo, contemporáneo de Gamboa, escribió en sus apuntes e ideas (para un libro que no escribiré): “La juventud no está hecha para pensar, sino para amar, para emprender, para luchar. El pensamiento es función de la madurez, como la manzana es fruto de octubre” (1991, Tomo II: 963). Ciro B. Ceballos, por su lado, reflexionó al recordar sus aventuras en La Alameda: “allí conocimos a nuestra amante primera; allí comenzamos a ser literatos; allí tuvimos los primeros amigos; allí principiamos a sentir los humanos rencores; allí comenzamos a ser perversos, por empezar a ser hombres” (2006: 223), o como lo propuso Ignacio M. Altamirano en *Clemencia* (1869): “éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en vísperas de morir” (2002: 38).

Julio Jiménez Rueda reflexionó: “juventud bohemia, como era natural en una época en que predominaba en los hombres de letras la influencia de una Francia pecadora y artista” (1939: 363). Gamboa, de nueva cuenta, al describir a su amigo de parrandas, el pianista Teófilo Pomar: “Joven, libre y con dinero, encontró un cariño y se hundió en él, dejando a un lado las preocupaciones burguesas, que empequeñecen los impulsos nobles y ridiculizan los nobles sacrificios” (1893: 133), o al recordar sus primeros escauceos amorosos, a los veintiún años, con mujeres más experimentadas que él en la materia:

La juventud nos impone sus exigencias [...] ¿Que es cosa de la edad? Ya lo sé, y por lo tanto disculpable. No haya cuidado, la ilusión ha de desvanecerse más pronto de la que deseáramos, y el desencanto anticipado, el más espantoso de todos los castigos, vendrá a quitarnos una venda que no debiera perderse nunca (Gamboa, 1893: 136 – 138).

Esta idea de que cada placer, especialmente los vinculados a la figura de pecado, tiene su correspondencia directa con un castigo, tiene el eco de buena parte de la educación religiosa judeocristiana de ese siglo mariano. Durante su estancia en Buenos Aires, Gamboa recuerda en su Diario que cierta noche encontró a su criado en “dulces coloquios” con una mujer, misma que fue echada a la calle, y que él, en “cómica seriedad”, tuvo que actuar el papel de tutor que regañaba al fámulo, sin

embargo, en esa nota fechada el 12 de mayo de 1893, se preguntó: “¿qué diablos voy á reprochar á un mocetón de dieciocho años, que disfruta de su juventud en donde puede?” (Gamboa, 1907: 103)

De acuerdo con las investigaciones de Pablo Piccato (2010), de las características de la juventud mexicana en este período sobresalen un alto grado de violencia, así como el consumo de alcohol en proporciones serias; esto, sin dejar a un lado cuestiones como la iniciación sexual en terrenos de la prostitución, las enfermedades venéreas, los papeles cerrados de cada género o el abandono habitual de los varones frente a las mujeres y los hijos.

A pesar de que Gamboa reconocía que la educación durante la crianza y desde la familia de origen eran parte de su formación, pareciera ser que la evolución hacia la adultez implicaba no hacerle caso a todas esas enseñanzas, ya que la voz interna, la voz del varón que pugnaba por ser bautizado como adulto, es la que hacía de canto de las sirenas; como si parte del rompimiento entre el niño y el adulto implicara desaprender lo aprendido, amén de que este tipo de conversiones encontraban sustento en el hecho de que “todos” habrían de transitar similares caminos, lo que convertía, en el discurso de Gamboa, a los instintos de la carne y las reacciones frente al deseo como un terreno universalmente masculino. Gamboa, en su autobiografía, anotó:

Por dentro nos sentimos hombres; algo interior nos asegura que por allí han pasado y pasarán todos, y aunque la moral casera, la que nos ha nutrido desde niños, repruebe el hecho, encogemos los hombros, el recuerdo está demasiado vivo, aún tenemos impresas las facciones de la amante, el eco de su voz, sus promesas, y nos sentimos atraídos, vencidos antes de luchar; una atracción muy distinta de la de la novia, mucho menos pura – ¡oh! no hay comparación, pero que nos seduce más precisamente por eso (1893: 137).

Ciro B. Ceballos hizo una recreación, que se antoja casi fotográfica, de lo que los varones decimonónicos solían presentar respecto al común comportamiento frente a sus congéneres en esa lucha abierta por sobresalir como individuos masculinos y demostrar que ser hombre pasaba necesariamente por la constante y ansiosa idea de retar a todo aquel que, con una sola mirada, lo dudara:

- ¿Le gusto?
- Sí, por “bonito”

- Más bonita será su hermana
- Era frecuente encontrar en la acera, de pie, a cinco pasos de distancia uno del otro a dos transeúntes mirándose fijamente, sin parpadear como si de hipnotizarse trataran.
- ¿Es usted muy hombrecito?
 - No tanto como usted pero lo meo
 - Pues véngase conmigo al callejón
- En la calleja se atacaban poseídos de un rencor feroz cual si fuesen enemigos mortales desde mucho tiempo atrás. Unos minutos antes, se habían visto por primera vez
- ¿Te ha hecho algo?
 - Se me quedó mirando muy “feo”
- (Ceballos, 2006: 298 – 299)

Boccacio (Aurelio Garay) en sus “cuentos fugaces”, en el periódico el *Diario del Hogar*, escribió el 7 de marzo de 1886, respecto de las fiestas del carnaval: “El cuadro es viejo, ya se sabe que en los días de Carnaval el gran teatro Vergara se transforma en una verdadera taberna flamenca, en la que á lo mejor salen á relucir las navajas de Albacete y los revolvers, vuelan las sillas y las botellas”. Federico Gamboa, al respecto del público que asistía al *Moulin Rouge* en París, escribió su propia reflexión al respecto:

La enorme diferencia con nuestros pasatiempos análogos en Hispano-América, en los que es de rigor presentarse hecho una armería, no tolerar ni estornudos vecinos, reñir con el primero con que tropezamos [...] porque nos miró, porque no nos miró, por nada; y pegarle un tiro al lucero del alba” (1893: 276).

En lo que se refiere a las peleas de box, los gallos, las corridas de toros y la lucha grecorromana, Gamboa se presentó francamente en completo desacuerdo, y en muchos casos, calificó estos espectáculos como decadentes, salvajes o aburridos. A él, como joven, le gustaban las carreras de caballos, gozo que lo acompañará buena parte de su vida diplomática.

Los varones decimonónicos, durante gran parte de su existencia, mantuvieron una batalla abierta para evitar que se les considerara unos infantes (Gamboa señaló que en sus primeras aventuras nocturnas en Nueva York, Gervasio, su guía, mucho mayor que él, solía burlarse de los miedos del joven de dieciséis años llamándolo “nene”); se les asociara a lo femenino (mujeril, afeminado o maricón) o se les juzgara incapaces de ostentar las “características” que delimitaban el mundo del adulto masculino (proveedor, preñador, protector, guía, ejemplo, etc.).

A este respecto, Gamboa tenía una idea muy clara ante una “desviación” del carácter masculino, opinión que no distaba mucho de las emitidas por hombres de ciencia, juristas o intelectuales de la época, y así lo anotó en *Mi Diario I* en asiento fechado 1 de febrero de 1893, tiempo en el que vivió en Buenos Aires:

Muéstrame un amigo, exigiéndome, y con razón, la reserva más absoluta, cinco cartas anónimas que le endereza un pederasta, que por él está que se perece de lujuria nauseabunda. Un verdadero emético la tal lectura, indecente, indecente; aquello es de un enfermo que se revuelca en el limo pestilente de una perversión genésica! Mi amigo, que sospecha quién es él, un pseudo-señorito de buen origen, consúltame si deberá dar parte á la policía. Opino por la afirmativa, desde luego, agregando que no vendría mal al depravado mocito, una señora paliza previa. Queda de contarme lo que resulte (Gamboa, 1908, 81).

El que un varón quisiera abandonar el “primer puesto”, ese sitio privilegiado, que por lo mismo exigía la demostración de la pertenencia al grupo de forma constante, era considerado un asunto que podía generar, entre otras cosas, el desequilibrio entre los integrantes de la sociedad; un atentado directo a los principios de la virilidad, entre los cuales destacaba la idea de valor o la capacidad y obligación de procrear, así como el contagio (en términos de enfermedad) a los integrantes más inocentes o menos avezados.

En los códigos de la virilidad que formaron parte de la educación de Gamboa, es casi obvio encontrar este tipo de sentimientos o pensamientos frente a todo aquello que no sonara a varonil, ya que la presión social (con su consecuente exclusión del gremio); las ideas (desde la Iglesia hasta la ciencia o las leyes civiles) que correlacionaban lo femenino con lo débil – necesariamente tutelado, inferior o igual a niños y ancianos, o a la incapacidad para enajenar sus propios bienes, tomar decisiones o controlar sus deseos, y la necesaria dependencia del varón –; y todo aquello que permitiera la asociación de hombre con poco varonil, estaban en el ámbito de las faltas a los deberes para con la sociedad y por ende a la patria. Gamboa escribió en *Metamorfosis* de 1899, que un varón rechazara su virilidad, era equivalente a dejar de sentir “el instintivo movimiento de júbilo que asalta a todo varón al hacerse pública su patente de virilidad generadora” (1965: 487).

La legislación respectiva sobre delitos contra la moral, cuyo caso más emblemático puede verse en la detención, exhibición y exilio de algunos de los asistentes a un baile entre varones en noviembre de 1901, que *El Universal* llamó “el

baile de los afeminados”, y *El Imparcial*, “el baile escandaloso”, y que para la posteridad sería el caso de los 41; aunando al argumento de la ciencia médica, el cual consideraba a toda persona “no masculina” como un degenerado, enfermo o desviado, generaban un ánimo contrario y dispuesto para el escarmiento frente a todo individuo que rompiera con el molde propuesto. Muchos años después, al recordar una visita al “Cabaret de Unter den Linden” en Berlín, Alemania, Gamboa anotó, en asiento fechado 12 de agosto de 1909, de *Mi Diario V*, una reflexión en el mismo tenor, con casi dieciséis años de por medio con la nota anterior:

Animado interior y muy concurrido [...] tipos sospechosos en ademanes y fisonomía; mujeres elegantes y desenvueltas [...] Es este el “panino” (lugar de reunión) de los homosexuales [...] Los homosexuales de ambos sexos, forman ranchos aparte [...] me contesta el literato alemán [...] que nos acompaña a la mesa: la plaga cunde e invade todas las esferas sociales [...] ¿Asco? No precisamente, más bien me provoca el morboso panorama, cierta conmiseración no exenta de repugnancia física. ¡Qué diantre! no es uno de balde, un normal y un amador retirado de la mujer. Tengo para mí que estos desdichados antes reclaman hospital y clínica, que gendarme y cárcel. Enfermos son, quiéranlo o no, y hay que curarlos (1938: 59).

Manuel Gutiérrez Nájera, para 1881, ya había anunciado su descontento y su reprobación por el acto del travestismo que, todo parece indicar, se practicaba con motivo del carnaval, por lo menos en la ciudad de México. En un artículo titulado a propósito “Locuras de carnaval”, el famoso cronista entrelazó ideas, adjetivos y conceptos, todo ello en el afán de construir un argumento que defendía, de una u otra manera, aquellos terrenos que hablaban de varón, igual a ser superior:

Dada la organización, uso y carácter de nuestra sociedad, se comprende que los niños se vistan de hombres: eso cuadra admirablemente a sus inclinaciones, sus deseos y sus costumbres. Se comprende más todavía que la mujer adopte el traje masculino, siquiera sea para no confundirse con los hombres que se disfrazan de mujer. Lo que no se comprende ni se explica es que el hombre, ser de superior inteligencia y superior formalidad, abdique tan fácilmente de ese emblema de respeto que se llama pantalón y tenga valor bastante para guarecerse en una falda de mujer. Al lado de esta locura palidecen y se olvida todas las locuras de Carnaval (Gutiérrez Nájera, 2007: 77).

En asiento fechado 24 de febrero de 1910, se puede leer que a Federico Gamboa no le gustó la puesta en escena de *Salomé* de Óscar Wilde, la cual calificó de

“abominable y delirante, la florescencia natural de aquel talento enfermizo y desequilibrado por culpa, será, de sus desviaciones ultra-patológicas” (1938: 136). Por cierto que en las memorias de Arthur Conan Doyle aparece un comentario similar para Wilde en la forma de vinculación entre homosexualidad y enfermedad: “Pensé en ese momento, y todavía lo pienso (1924), que la evolución monstruosa que lo arruinó era patológica y que un hospital y no una corte policiaca era el lugar para su consideración” (Robb, 2012: 332).

¿Qué pensaba Gamboa de las observaciones que hizo Heine, uno de sus autores favoritos, sobre la homosexualidad? ¿Qué pensó de que su adorado Flaubert anotó en su correspondencia que pagó para ser “palpado” por un jovencito en un baño en el Cairo en 1850? De eso no he encontrado evidencias entre sus textos, así que dejo las preguntas solo a manera de provocación para futuras elucubraciones.

Dentro de *Del Natural* (1889), destaca una de las historias, “La Excursionista”, y no solo porque uno de los personajes, “Miss Eva”, siendo varón, se hace pasar por mujer y acepta el galanteo de otro hombre, sino por la intención del autor de hacer del acto de travestismo un mero pretexto, ya que el masculino en cuestión lo que buscaba era “palpar por sí mismo, si sus muchos connacionales desperdigados en la República lo ayudarían en su empresa guerrera (invadir México)” (Gamboa, 1893: 225).

Gamboa justificó que la historia no estaba sustentada en ninguna anécdota o suceso real, que buscó destacar el hecho de que cada día más americanos se arriesgaran a visitar México sin temor a ser asaltados o violados, y muy en especial quería exhibir las costumbres y hábitos de un lagartijo, y aunque mencionaba tres tipos de ellos: rico, aficionado e imitación, él pretendía desnudar a “ese niño fino que vive en preocupación perpetua del cuello de sus camisas, de las herraduras de sus caballos, de la librea de su lacayo, del *baccará* de su club y de las bailarinas del teatro” (Gamboa, 1893: 228), quien por cierto, y según confesión de Gamboa, sí existió y tenía una vida pública activa.

En una anotación de *Mi Diario I*, en asiento fechado 2 de marzo de 1893, Gamboa relató una anécdota que le compartió el secretario de la legación de Alemania, acerca de un incidente ocurrido a un colega (y la esposa) del teutón en Constantinopla. Lo destacable del caso es que en la primera edición de este diario, publicado en 1908, al referirse a la violación de la mujer (delante del marido), por parte de unos turcos, no existen signos de admiración o mayor comentario respecto al hecho, sin embargo, cuando se hace mención de que el marido sufrió una suerte igual,

el suceso se encuentra acompañado por tres signos de interrogación: ¡ ¡ ¡ violaron al marido delante de la esposa! ! !¹⁷ (Gamboa, 1908: 91), mismos que hacen suponer que era mucho mayor el daño sufrido por el esposo, no sé exactamente si por el hecho de haber sido violado o por haber sucedido frente a la esposa.

Quizá fue la combinación de los hechos lo que hizo que, tanto para el editor como para el mismo Gamboa, fuese necesario distinguir un suceso del otro, y hacer hincapié o resaltar la violación del varón. El colega de Gamboa concluyó el relato con estas palabras: “Por pudor [...] el gobierno de Alemania no quiso intentar una reclamación diplomática” (Gamboa, 1908: 91).

En el mismo tenor de lo que Gamboa asimilaba como el ser varón, pero en contraste, destaca la saña que el autor imprime a sus comentarios en *Apariencias*, respecto de aquel varón, que siendo ya un viejo, quiere hacerse pasar por joven. La burla, la mofa, el señalamiento social y en algunos casos la exclusión, son una muestra de que la juventud, para Gamboa, era un tiempo con fronteras cerradas y castigos claros, pues fuera del período de gracia, cualquier individuo que osara poner los pies fuera de ella se convertía en una especie de anacronismo viviente que iba directo al salón del ridículo y el desprecio. Como señaló en la referida novela, “las canas [...] son un arma de dos filos [...] pueden ser lo más respetables o lo más grotesco” (Gamboa, 1965: 90), y se refiere al hecho de que el personaje de don Luis, abogado cincuentón, anduviera en amoríos con una mujer mucho más joven que él. Hecho que rompía con la reputación del otrora hombre serio y digno de respeto.

Pedro, el personaje joven y quien habrá de enamorarse de la joven esposa de su mentor, al hacer una lista de las actitudes sospechosas del sustituto de padre, al igual que cuando se pone caviloso frente a la decisión de este por contraer matrimonio con la casi niña Elena, lo va delineando como un sujeto al cual le estaba fallando una de las cualidades más apreciadas de la época: el autocontrol (el dominio de sí mismo), concepto que Manuel Carreño defendió y utilizó como eje de su afamado manual de urbanidad: “Acostumbrémonos a ejercer sobre nosotros todo el dominio que sea necesario para reprimarnos en medio de las más fuertes impresiones. Las personas cultas y bien educadas no se entregan jamás con exceso a ninguno de los afectos del ánimo” (1896: 349).

¹⁷ Para la edición de 1995, CONACULTA, la frase aparece únicamente con los signos de admiración para abrir y cerrar.

La frontera entre la juventud y la vejez, en el pensamiento de Gamboa, se puede percibir en tres momentos: a) cuando se adquiría cierta responsabilidad laboral, en el entendido que esta obligara a mudar de hábitos y comportamientos, o lo que es lo mismo, siempre que la investidura y las obligaciones fueran superiores a los deseos y costumbres de la persona; b) cuando se realizaba el acto público del contrato civil por excelencia, el matrimonio y c) cuando la edad biológica comenzaba a dejar lejos los treinta años (y más aún cuando se ha corrido demasiado), como reflexionaba Rafael Bello, protagonista de *Metamorfosis* (1899): “Si no viejo con sus cuarenta años, sí se sentía en los lindes de la vejez, gracias a lo mucho y de prisa que había vivido” (Gamboa, 1965: 507).

El Nigromante, por su lado (1855), también había planteado que cualquier individuo que ocupara un puesto que no le correspondía, autorizaba a los demás para señalarle sus defectos y usarlo como un mal ejemplo, como el colmo de las suplantaciones. Para este caso, las mujeres, según Ignacio Ramírez, tampoco estaban exentas de los pecados del acto espurio:

No me ocupo de la niña ni de la cincuentona que quieren parecer jóvenes, porque la primera es una fastidiosa y la segunda una demente; detesto con todo mi corazón en materia de coquetería y de amores, lo prematuro y lo póstumo. Hay una pena para los goces inmaturos, y debe haber otra para los goces de ultratumba (1974: 136).

Además de los aspectos que Gamboa solía vincular al concepto de juventud: violencia, ciertos códigos de virilidad, y la distinción ante todo lo femenino, en tanto débil, segundo, menor o tutelado; el consumo del alcohol fue otro tópico que no solo interesó al autor, también formó parte de las diatribas de los hombres de ciencia, los juristas o los intelectuales de la época. En la obra narrativa (novelas en especial) de Gamboa es fácil encontrar el consumo del alcohol en parentesco directo con la juventud, así como con los varones descarriados, las mujeres pecadoras, o como un tipo de elixir capaz de hacer olvidar a las personas, pobres en su mayoría o de clase media venida a menos, su condición de esclava, y crear la ilusión de ser iguales a los otros (y a los ricos hacerlos descender y comportarse de manera ordinaria).

En *Suprema Ley* (1896), hay una descripción de Gamboa, vívida, de un viaje que termina en tremenda borrachera entre empleados y jefes (de un juzgado de lo penal), donde las copas “socialistas y confianzudas, con el tuteo en cada burbuja y las confidencias pornográficas en cada enjugada de boca; copas vengadoras de añejas

represiones” (Gamboa, 1965: 317), cumplen con su trabajo de hacer sentir a los vencidos, aunque sea momentáneamente, iguales a los jefes, y a estos, repentinamente puestos en hinojos, hermanos de desgracia de los descamisados.

En las memorias y los ensayos de varios escritores decimonónicos es común encontrar dicho problema asociado especialmente a los varones. Julio Sesto escribió: “Lo del alcoholismo en México [...] hace bastantes destrozos en la clase media, que es, en la nación, la clase en que radica las mejores energías vitales, y es, por su cultura y abnegación, modelo de dignidad” (1910: 233). Aurelio Garay, en su minarete, el *Diario del Hogar*, escribió el 14 de marzo de 1886: “Los bailes de máscara en el teatro Nacional, Hidalgo y Arbeu han tenido esa animación que da la gente de bronce, producida no precisamente por la alegría de Momo, sino por la de Baco”. Durante una cena en el café “El cansino” (Habana, Cuba), frecuentando por bohemios del rumbo, en la que Gamboa fue a entregar una hoja que faltaba para un artículo, se puede leer en asiento fechado 3 de mayo de 1917: “Insisten por que tome yo algo. ¿Y qué más he de tomar que una envidiaza, que les confieso de verlos tan contentos? ¡Ah!, para mí ya se agotó ese líquido, que mucho apuré cuando joven, y aun después” (Gamboa, 1995 E: 463).

Y así como Gamboa acepta que las bebidas alcohólicas formaron parte de su andar por la vida, también aparece el espectro de los juegos de cartas, aunque este vicio lo adquirirá ya casado (33 años de edad), y alcanzará su punto más alto en mayo de 1901 (36 años), con un escándalo que lo colocó en el asiento de los vituperados sociales. En asiento fechado 9 de marzo de 1898 se puede leer que, el obtener el nombramiento de profesor conferenciante sobre descubrimientos geográficos en la Escuela Nacional Preparatoria, le permitió a Gamboa equilibrar su presupuesto “harto desequilibrado por el demoníaco microbio de mi afición al bacará y al poker. Fenómeno extraño: sólo en México el tal microbio se acomoda en mi organismo, pues jamás, hasta hoy, he jugado á nada en los varios países extranjeros en que he vivido” (1910: 59).

De dicha conjugación, alcohol y juego, se puede leer en *Mi Diario III*, asiento fechado 11 de abril de 1901: “En las madrugadas, contrito y maltrecho, impónense los derivados de existencias semejantes: se va uno a cenar y a beber a las fondas nocturnas y de pelea, a sufrir vecindades abochornantes, a codearse con todo tipo de gente” (Gamboa, 1920: 60). Rubén Darío, en su propia reconstrucción de los hechos vividos, también abordaba el vicio de la embriaguez, que los médicos de la época

transformaron en enfermedad alcohólica. A la letra: “Claro es que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías. Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud” (Darío, 1913: 167).

Rubén M. Campos en su obra *El bar* (1900), no por nada bautizó a los intelectuales y artistas vencidos por el alcohol como las víctimas del bar, y aclaraba que no solo ellos concurrían, también estaban los jóvenes, esos “ociosos para quienes la vida sonríe, que hallan muy sencillo tener una hora de disipación [...] un día [...] una vida [...] no saben que el alcohol que [...] fue un placer y un pasatiempo [...] con los años se convierte en una necesidad [...] en un vacío” (Campos, 1996: 192). En la lista encabezaba el primer sitio Francisco Baunet, para continuar con Bernardo Couto, Jesús E. Valenzuela, Julio Ruelas, Raúl Clebodet, Jesús F. Contreras, Ricardo Castro, Felipe Villanueva, José Torres Ovando, Abel Salazar, Heriberto Frías, Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín Villalobos, Carlos J. Meneses, Jesús Villalpando o Alberto Fuentes, y fueran estos escritores, poetas, virtuosos del violín o el piano, entraban en la relatoría de defunciones. Ciro B. Ceballos prefirió definirlo así: “La metrópoli, máxima cloaca del país, se ha distinguido siempre por la propensión marcada de sus habitantes al alcoholismo” (2006: 61).

Julio Sesto se esmeró en poner el dedo en la llaga, y puntualizaba, a favor de Porfirio Díaz, “El pueblo [...] no sabe ni le importa la cosa pública. Es un pueblo que zozobra en un mar de alcohol [...] es incapaz de gobernar al país o de elegir a quien lo gobierne” (1910: 267). Gamboa anotó en *Mi Diario I*, en asiento fechado 20 de febrero de 1894, después de casi tres años de vivir en el extranjero y recién arribado a la Ciudad de México: “hoy por hoy, los sitios preferidos para una gran mayoría para ocuparse en los más serios asuntos de cualquier orden, son las cantinas! Hasta á la broma lo echan algunos: yo despacho en la cantina tal... yo en la cantina cuál” (1908: 196).

Para Gamboa el asunto del alcohol no parece que haya sido precisamente una calamidad, pero sí una costumbre, o por decirlo de otro modo, parte de la aventura de ser joven y varón, y por tanto, vivir de noche entre las hijas de la alegría.

Lo que queda claro cuando uno revisa las obras memorialistas de Gamboa es que fue una persona afecta a todo tipo de convivencias sociales, y no me refiero solo a los bailes, paseos o fiesta, también incluyo este acto de compartir el pan y el vino con amigos, intelectuales, contemporáneos, grandes maestros, invitados extranjeros,

compañeros de oficio de la diplomacia o simplemente conocidos. Durante su exilio, por ejemplo, es común encontrar entre los muchos asientos fechados la visita de algún amigo, ya sea caído en desgracia como él o plenamente adaptado a los cambios y rupturas, así como los condiscípulos, las esposas de antiguos jefes, los amigos de sus amigos, los jóvenes o viejos consagrados, los poetas o los empresarios. Su vida social, desde joven, se puede leer como: cené en (y con)..., fui invitado a la comida de..., el baile de anoche..., desayuné con... inopinada visita de..., asistí a la conferencia de...

Por supuesto que ser un sujeto tan sociable hace suponer que tuvo muchos amigos, o por lo menos que solía ser una buena compañía para las tertulias como para las parrandas. Rubén Darío, en su autobiografía, regala una estampa de un Gamboa locuaz, amigo de todos, literato y afecto a conservar registro de muchos de estos detalles de vida:

Fui invitado a las reuniones literarias que daba en su casa don Rafael Obligado. Allí concurría lo más notable de la intelectualidad bonaerense. Se leían prosas y versos. Después se hacían observaciones y se discutía el valor de estas. Allí me relacioné con el poeta y hombre de letras doctor Calixto Oyuela [...] Con Federico Gamboa, entonces secretario de la Legación de México, que animaba la conversación con oportunas anécdotas, con chispeantes arranques y con un buen humor contagioso e inalterable, y que ha producido notables piezas teatrales, novelas y otros libros amenos y llenos de interés [...] Así pasábamos momentos inolvidables que ha recordado Federico Gamboa, con su estilo ágil y lleno de sinceridad, en las páginas de su "Diario" (1913: 160 – 161).

Suele decirse que la gente escribe como habla, pero para el caso de Gamboa, parece que no fue así. No por lo menos en la mirada de sus contemporáneos, así como la de sus estudiosos. En un artículo titulado "Del natural, el primogénito de Federico Gamboa", firmado por el Dr. Ortega, de fecha jueves 6 de febrero de 1890, se puede leer: "De continente simpático, vivaz, insinuante, habla con despejo, hace citas oportunas y produce alegría en cualquier grupo. Si sus escritos estuviesen a la altura de su verbosidad, de su buen decir, Gamboa, por lo menos gozaría de universal fama". José Emilio Pacheco considera que únicamente *Impresiones y recuerdos* "es el único equivalente en prosa de lo que debe de haber sido la célebre conversación de Gamboa" (1994: XIII).

Manuel Puga y Acal (Brummel), también recuerda a Gamboa como poseedor de un carácter "bullicioso y travieso" siempre pendiente de la belleza femenina, listo

para expresar su famoso “¡Jesús me ayude! Espontáneo, sincero, vibrante” ante una mujer hermosa, amigo de las fiestas, de los domingos en la Alameda, El Hotel Iturbide o en Reforma, los lunes en casa de Fanny, los jueves en casa de Consuelo Silva y Valencia, donde hacía de pianista improvisado, mientras los demás degustaban aquellos “*vol au-vent* de mole de guajolote, creación eximia del genio culinario lírico del ministro hoy sin cartera Lic. Protasio Tagle”; o lo que estaba dispuesto a pagar por la admiración y la compañía de las féminas, según se puede leer en el artículo “A Federico Gamboa: carta abierta acusando recibo de su libro *Impresiones y recuerdos*, publicado en Buenos Aires”, del 14 de septiembre de 1893, en el periódico *El Partido Liberal*:

Obsequiabas á una encantadora *demi-mondaine*, y ella [...] tuvo la de creer en tu cambio de carácter y de posición al verte encarrilado en la carrera diplomática, y al oírte decir que querías deshacerte de unas casitas, deseando no tener propiedades en la República. Al día siguiente [...] ¡cómo te reías, cómo reímos, cuando me referiste que acababas de pagar las sonrisas, enviándole una casa de cartón acompañada de la correspondiente escritura de donación *inter – vivos*! (Brummel)

Manuel Gutiérrez Nájera, en un artículo titulado “Federico Gamboa” y firmado como *el Duque Job*, a propósito de la aparición de *Impresiones y recuerdos*, en el periódico *El Partido Liberal*, el 27 de agosto de 1893, habló de un Federico “de buena cepa (que) viene de familia distinguida; (por lo tanto) estaban y están abiertos para él los salones elegantes”. Y aunque Gutiérrez Nájera lo describió como alguien que podía perderse entre el mundo de la noche, y uno que otro exceso, lo dibujó en lo general como “despierto, vivaracho, decidor, de brío y arrestos, sin llegar nunca á pependenciero [...] pobretón siempre casi y siempre alegre; enamorado, no de una mujer sino del sexo, inteligente, agudo, sano de espíritu, aunque venialmente pecador de cuerpo”.

Federico Gamboa, entre el grupo de bohemios, era conocido como *El pajarito*; de acuerdo con la memoria de Jesús Emilio Valenzuela, porque cantaba una canción que comenzaba así: “Un pajarito que yo tenía / se me voló (*se me escapó*, de acuerdo con Amado Nervo) / y una muchacha que yo quería / se me murió. / Así son todos los que se quiere, / así son todos, como eso dos: / unos se marchan y otros se mueren / y el hombre dice, vaya por Dios” (Valenzuela, 2001: 108). Para José Juan Tablada, en sus recuerdos, fue porque Gamboa:

No tenía más *don* que el de su singular ingenio y sí una popularidad que le había asignado el simpático nombre de pájaro. Era el pájaro o el pajarito Gamboa, para sus amigos íntimos y aún para sus admiradores desconocidos y gozaba entre ellos de una leyenda mundana, tan caprichosa y matizada como el vuelo y el plumaje de las aves, a quienes la voz de la calle lo asimilaba, por el nombre, a lo menos (1991: 146).

Imposible dejar pasar la ironía de Tablada, cuando hace hincapié en el único don de Gamboa. Tablada, quien incluso iba en el mismo barco con Gamboa al exilio (1914) a Texas, y que en algún momento celebró la obra de Gamboa (consultar capítulo cuatro), por otro lado, anotó en su diario, el sábado 7 de octubre de 1905, los comentarios más irónicos, casi furiosos en contra de Gamboa. Justo es aclarar que el diario de Tablada no fue publicado mientras el autor vivió, sin embargo, el hecho de dejar por escrito sus pensamientos permiten suponer que no estaban destinados a ser quemados u olvidados.

De acuerdo con Amado Nervo, fechado el recuerdo el 23 de junio de 1895, así como había un Federico sonriente, “excepcional”, también estaba el Federico académico, hombre de letras, intelectual irremediable y obligado, casi en el extremo de aquel simpático conversador, que se perfilaba:

Con el paraguas debajo del brazo, la mirada perdida en la contemplación de yo no sé qué espejismos, la fisonomía sombreada por una meditación pertinaz, y el andar reposado, por esas calles de Dios aspirando humo azul de su puro [...] serio y grave, lee en un salón rodeado de sus amigos, un capítulo de alguna de sus hermosas novelas, con voz pausada y monótona (Nervo, 1991, Tomo II: 31).

Por ejemplo, a los 28 años, en su autobiografía, Gamboa se presentó ante los lectores como una persona que, con catorce años de edad, las anécdotas de su tío sobre las amargas batallas de la vida lo “ponían caviloso, aunque las comprendiera apenas” (1893: 10). Juan Carlos Belgrano describió a Gamboa como “atormentado”, y este último anotó en su diario el 21 de octubre de 1892 al respecto de la observación: “la encuentro exacta, fotográfica casi” (Gamboa, 1908: 65).

En los diarios de Gamboa es común encontrar referencias a la muerte, o a sus dolores causados por el amor, a lo que él llama una “neurosis de refinado”, siempre hilada a miedos, especialmente conforme pasan los años, mueren sus amigos, pasa por crisis amorosas o cuando la suerte le resulta adversa en lo laboral. Como una muestra, el escritor anotó el 28 de diciembre de 1895: “persígueme la obsesión de la

muerte; imagínome que se interpone y me trunca el libro... Y hace unas cuantas noches, en que tuve un feroz ataque de mi neurastenia, lo que más me afligía era no haber terminado mi novela” (Gamboa, 1908: 260).

Gamboa reconoció que cada vez que escribía se acentuaban los síntomas: nerviosismo, insomnio, mal humor; en entrada fechada 26 de febrero de 1899 se puede leer: “Atácame inopinadamente una instantánea paralización circulatoria que me acobarda y obliga á desabotonarme el cuello de la camisa. ¿Será la muerte?” (Gamboa, 1910: 105); porque parece que una de sus obsesiones favoritas era preguntarse (19 de mayo de 1896): “¿Cuál será el libro que me trunque?” (1908: 267). Parafraseando a Miguel de Unamuno, cuando habla de Espinoza (*El sentimiento trágico de la vida*, 1912), se puede decir que: “como a otros les duele una mano o un pie o el corazón o la cabeza, a Gamboa le dolía la vida”.

Lo cierto es que ya fuera como joven afecto a la fiesta, la risa y el consumo de bebidas espirituosas, o como un hombre de letras en constante estado de tensión, que recuerda en mucho a la figura de Flaubert (consultar capítulo 4), Federico Gamboa utilizó como explicación las coordenadas de huérfano, joven y varón, siempre a su favor.

1.2 Federico... la bohemia

Federico Gamboa asumió la vida del bohemio como un paso necesario para convertirse en un hombre de letras y utilizó principalmente su obra *Impresiones y recuerdos* para dar cuenta de ello. Gamboa construyó una narrativa en la cual parece que no tenía la menor intención de ocultar su pasado, sino por el contrario, quería exhibirlo para que el lector pudiese entender este periodo como una época de aprendizaje, de tránsito, el cual se convertía en una metamorfosis obligada para mudar de piel, y que a la par autorizaba al autor a poder hablar del amor, las mujeres y los hombres porque él, el que escribía, había vivido entre ellos, los había observado y estudiado, siempre como un protagonista y testigo privilegiado.

El duque Job (Manuel Gutiérrez Nájera) publicó el 27 de agosto de 1893 en el periódico mexicano *El Partido Liberal*, un sabroso artículo titulado simplemente “Federico Gamboa”. Acerca del autor y de la autobiografía decía:

Es Federico Gamboa este libro [...] El Federico más inacadémico posible; el despejado y listo bohemio, muy parecido a los pintados por Mürger¹⁸, gastador contumaz é impenitente de su amor, de su salud y de su ingenio. Estas *Impresiones y recuerdos* [...] me dan cabal idea de la transformación que ha operado en el bohemio que colgó los hábitos á tiempo, en el gitano que dejó la hampa y es hoy un escritor, un verista, acaso un psicólogo sin saberlo [...]

No obstante, Gutiérrez Nájera dejó ver que ese Federico bohemio no había muerto del todo, aún quedaban rastros de esas noches de correrías y mujeres, de esas “viruelas locas del amor”, que precisamente se podían encontrar en algunos capítulos de la autobiografía, pues, de acuerdo con el Duque Job, era palpable en el texto “esa falta de escrúpulos que le permiten decir con cierta encantadora ingenuidad cosas y cosazas que no son para dichas, y mucho menos cuando se trata de uno mismo”.

Gutiérrez Nájera, quien era solo cinco años mayor que Gamboa, solía alabar las crónicas que Federico escribía en el *Diario del Hogar*, y este tipo de artículos dan cuenta de la estima que el duque Job tenía por el audaz confeso. Gutiérrez Nájera habló de transformación, y aquí se podría aventurar la hipótesis de que efectivamente para los amigos de Gamboa el otrora bohemio, en tanto parrandero y afecto a las “mujerzuelas de tarifa”, había cambiado, o simplemente había conseguido escapar a tiempo de las garras de la bohemia, la cual solía cobrar el peaje en forma de muerte, y dejar atrás un aroma a excesos y escándalo.

Para Gamboa, los terrenos de la bohemia, en su relato de vida en primera persona, ocupaban los dos lados de la moneda: el lado amable en el capítulo VI (“Un salón artístico”) y el lado nocturno, decadente y peligroso en el capítulo VIII (“Ignorado”) el cual tiene como figura central, y pretexto para dar pie a otra lección sentimental de la vida de Gamboa, al pianista, contemporáneo de Federico, Teófilo Pomar.

En el capítulo VI¹⁹, de la mano de la ex-cantante de ópera y periodista Fanny (Natali de Testa, inglesa de nacimiento), quien escribía crónicas artístico – musicales en *El Diario de Hogar* y después en *El Nacional* con el pseudónimo de “Titania”²⁰, y que fue compañera y amiga de Gamboa en el oficio del periodismo (aunque ella era

¹⁸ Henri Mürger (1822 – 1861), escritor francés cuya obra *Scènes de la vie de bohème*, (Escenas de la vida bohemia, 1847-1849) le dio fama y dinero.

¹⁹ Este capítulo apareció en el periódico mexicano *El Partido Liberal* con fecha 27 de agosto de 189, con el nombre de “Federico Gamboa, Impresiones y recuerdos: Un salón aristocrático”.

²⁰ Según Federico Gamboa, Titania “puntualizaba los defectos que el público no advertía; realzaba cualidades, fundó una o dos reputaciones [...] Esto y sus descripciones técnicas de las *toilettes* femeninas en las fiestas del gran mundo” (1893: 100).

considerablemente más vieja que el veinteañero Federico), sirve de marco para que el autor describa para el lector, lo que él mismo definió como un “genuino *five o'clock tea*” (Gamboa, 1893: 97).

Estas reuniones, que se celebraban en el elegante Hotel Iturbide (hoy Palacio de Iturbide, en la calle de Madero) todos los lunes de seis a diez de la noche, aparecen ricamente esculpidas por Gamboa como elegantes e inteligentes, donde la concurrencia hablaba más de un idioma, los oficios eran varios, aunque predominaba el ámbito artístico; salón en el cual las divas europeas eran invitadas referenciales y amenas.

El Hotel de Iturbide se erige como el único sitio que Gamboa puede evocar con el tufo de un Salón parisino, en el mejor sentido de aquellas descripciones que seguramente Gamboa leyó con afecto y admiración sobre las tertulias de la princesa Mathilde, por ejemplo, en la correspondencia de Flaubert, entre otros. Es este edificio, de larga historia y apenas inaugurado como hotel en marzo de 1885, Gamboa construyó un lienzo que tiene fecha: 1886 – 1888, pues a finales del 88 Gamboa partió con su nuevo uniforme diplomático, especie de salvoconducto que lo libraría de todo mal, y de todo contagio, especialmente de esos bohemios a la mexicana. Para las fechas en que sitúa estos recuerdos, Gamboa aún no publicaba ninguna novela, andaba gastando sus 22 años, tenía una posición fresca dentro del mundo del periodismo con su columna de crónicas llamada “Desde mi mesa”, la cual publicaba regularmente en *El Diario del Hogar*, con seudónimo francés (*La Corcadriere*).

Gamboa no escribió sobre el salón de Titania como un espacio en el cual se puedan detectar o sombrear un encuentro entre iguales (intelectuales), o ese lugar en donde el campo político y el campo literario (al mejor estilo de Bourdieu) entraban en profunda imbricación. Aquí la narración nunca menciona a los mecenas, mucho menos deja entrever las figuras de poder. Este híbrido entre crónica y cuento parece servirle a Gamboa como un contrapeso frente a los bailes de trueno y todas aquellas diversiones que comenzaban cuando la tertulia elegante terminaba y que como sello final tenían al sol anunciando un nuevo día, de preferencia, un nuevo día laboral.

Estos hombres y mujeres que frecuentaban el salón de Fanny, son una pequeña muestra de esa bohemia tranquila, que no se desvelaba, que ejercía su derecho a divertirse al amparo de los marcos referenciales europeos del salón burgués (sea como un té inglés o como una reunión parisina), que bailaba armoniosamente y

cantaba en buen tono, siempre al amparo del pianista de moda, el artista destacado o el virtuoso extranjero.

De acuerdo con los recuerdos de Gamboa, al Hotel Iturbide llegaban “desde la esposa de un ministro extranjero, hasta periodistas de la víspera y nulidades perpetuas” (1893: 97 – 98). Para no perder la costumbre, el elemento femenino será el que más destaque en la narración de Gamboa. El autor hace que la presencia de cantantes, mexicanas y extranjeras, que igual encantaban como compartían una confidencia con el aspirante a escritor, dominen la escena.

Eso sí, Gamboa subrayaba la presencia de estrellas del firmamento cultural mundial, que vivían su mejor momento de gloria y esplendor. Si la clase media mexicana aspiraba a ser cosmopolita, este tipo de reuniones son el ejemplo más acabado. Aquí se necesitaba dominar (o mínimo hablarlo con fluidez) el inglés y el francés, se requería contar con experiencia en el mundo del teatro, fuera como espectador crítico o como autor respetado, se debía saber llevar una conversación de buen tono y actual, bailar los ritmos de moda y especialmente tener el oído musical entrenado para aplaudir a las visitas o callar respetuosamente ante la interpretación de una artista.

En estas reuniones, una diva como la soprano italiana Adelina Patti, la que hizo llorar al presidente estadounidense Abraham Lincoln en una presentación en la Casa Blanca o ser merecedora de los versos de José Martí, cantó el famoso vals del beso (Il Bacio), con lo que Gamboa aprovechó para dejar en claro que las mujeres mayores que él (la Patti tenía para ese momento 43 años) no le alteraban el ánimo amoroso, aunque sí una adoración especial, “sin la menor idea carnal, sin el menor deseo grosero, como si de repente hubiera vuelto yo a ser niño y el ángel de mi guarda, ese ángel que sólo existe al borde de la cuna, me cantara sus goces y sus juegos” (Gamboa, 1893: 103 – 104). Eso sí, el autor no perdió la oportunidad para hacer el engarce entre la melodía, la mujer y una reflexión sobre el amor: “sí, me dije, así, sólo así puede existir el amor: sulle labra (sic)!...” (1893: 104). En los labios si pudiera, te daría un dulce beso (Sulle labbra se potessi, dolce un bacio ti darei), dice el vals. Quizás para el bohemio Federico, únicamente en los labios, en el beso, o en la imposibilidad de dar el ósculo es el espacio idóneo para el amor, en tanto juego de fuerzas que prometen felicidad, siempre y cuando se aspire a él, con intensidad, y con un poco de audacia.

También desfilaron en estos recuerdos personajes importantes de la escena cultural como Luisa Théo con sus “ojos impregnados del boulevard parisiense, maliciosos y acariciadores, causando estragos” (Gamboa, 1893: 102) o Anna Judic, Clementina de Vére y Adela Gina. Los músicos como Gustavo Campa (amigo de Gamboa de la escuela), Alberto Michel y Ricardo Castro, las primadonnas mexicanas Soledad Goyzueta y Rosa Palacios de igual manera son utilizados en la narrativa como integrantes de un ritual de una vez por semana, siempre en los lindes de la decencia y las búsquedas intelectuales.

El varón que aparece citado con amplitud, no podía ser otro que un escritor, con un pasado ligado a las mujeres, en plural. Ignacio Manuel Altamirano, treinta años mayor que Gamboa, aquel que se presentaba ruidosamente como “soy indio, indio puro, indio por los cuatro costados!” (Gamboa, 1893: 104), es el personaje que habla, con una conversación que atrapa y que para Gamboa, es una fuente que brotaba “con una naturalidad encantadora, (ya que) hablaba de clásicos griegos y latinos, de literaturas extranjeras, de la nacional, con un aplomo que demostraba su conocimiento antiguo de ellos” (Gamboa, 1893: 105). Diecisiete años después, con la publicación de *Mi Diario II* (1910), Gamboa copió un discurso que dio frente a Porfirio Díaz, el 28 de septiembre de 1898, en el cual pueden leerse comentarios como:

Veo á Ignacio Ramírez, á Ignacio Altamirano, y elevan mi espíritu, les doy mi admiración y mi aplauso, pero fuera del tipo físico, no me resultan indios; si acaso ellos alardean de serlo, es por inocente coquetería de hombres superiores; son los primeros en comprender que su raza no produce individualidades de su talla; que ellos son la prodigiosa resultante de ignorados, la cristalización inaudita de algún grande hombre de hace muchos siglos, y no obstante su alarde, ignoran el habla de sus padres, visten como nosotros, se ilustran, piensan, escriben y obran mejor que nosotros; interésanse por sus pseudo-hermanos, con el mismo compasivo interés que despiertan en blancos y mestizos, sobre los que ostentan superioridad innegable. Su opaco color, no es sino una equivocación de la naturaleza. (Gamboa, 1910, 73 – 74)

Lo cierto es que Gamboa dibujó la figura de Altamirano como un ser culto, que leía a los clásicos y cuya generosidad no se limitaba a los intelectual, ya que gustaba de compartir, incluso con su esposa escuchando, sus “aventurillas galantes – en las que es fama tuvo siempre el Maestro buena estrella – sin consecuencias” (Gamboa, 1893: 105). Lo que queda claro es que los textos memorialistas no sólo funcionan para

dejar entrever la educación sentimental de un sujeto o los procesos de formación y transformación de un individuo, sino también las figuras de una época, los conceptos, deberes y características que solían asociarse a ambos géneros, así como las dinámicas sociales, ya fueran estas del llamado mundo intelectual, como las prácticas populares o los hábitos de una cierta clase social.

Gamboa utilizó el espacio de Fanny para hablar de una bohemia, digamos, con aroma europeo, y con características a la mexicana, en el cual el baile jugó un papel muy importante de la dinámica de cada lunes, aunque el cierre de cada tertulia tuviese que ser al mejor estilo inglés, con las notas del piano entonando *God save the Queen*, y con esto, se puede apreciar algunas de las particularidades de la clase media mexicana, que gusta de ese estilo que en arquitectura se le conoce como churrigueresco.

Si bien se sabe que el joven cronista y escribano de un juzgado de lo penal fue un asiduo a lugares como La Concordia, que fue un café lujoso y muy exitoso, de acuerdo con Clementina Díaz y de Ovando, lugar en donde “se dieron cita los bohemios a la salida de la velada literaria o del concierto” (2000: 97), Gamboa no llevó sus recuerdos de bohemio a esos lares.

El citado café fue parte importante de la vida citadina, al grado que en 1906, su gran amigo, Ángel de Campo, publicó en *El Imparcial* (21 de enero), en su crónica dominical “La semana alegre”, una reflexión con un artículo titulado “El México que desaparece. La Concordia”, sobre el cierre de dicho lugar. De Campo describió este café – nevería – restaurante de primera clase, que tanto en la semana santa como en las grandes festividades era el espacio de referencia familiar, como la plaza en la cual “hicieron sus primeras calaveradas nuestros antepasados; ahí llevaron a cenar a la gente de teatro; ahí jugaron a hombres de mundo [...] ¡Cuántos bohemios después de la velada literaria o musical, prolongaron la crónica en torno de una mesilla de aquel rincón!”(1991: 296).

La cantina Nueva Orleans, fue otra referencia entre los bohemios, además de ser frecuentada, según el *anecdotario confidencial*, como lo llamaba Ceballos, por políticos “de verdadera influencia y poder, los cortesanos más allegados al Dictador como Manuel Romero Rubio, Rosendo Pineda, el Maquiavelo del Partido Científico, Joaquín Redo, José Castellot o José Castellanos” (2006: 79), sin embargo, tampoco mereció la atención de Gamboa para ser incluido en su texto memorialista, especialmente vinculado a su pasado bohemio.

En este capítulo cuatro de *Impresiones y recuerdos*, Gamboa será el guía, presentándole al lector a cada uno de los personajes que pasaron por ahí, delineando la imagen de Fanny como la mujer exitosa, intelectual, artista y anfitriona, y recalcando lo rico y variado que resultó para su formación el asistir a estas tertulias, ya que el aprendizaje de departir igual con la encumbrada cantante de origen francés y alma parisina, como con el reputado escritor mexicano y el ejemplar violinista americano, por sí mismo justificaban su estancia y participación, a un grado tal que, algunos años después, a su regreso a México después del año y medio que vivió en Guatemala (1890), ya con el uniforme y las formas del ministerio de relaciones exteriores, Gamboa remató el capítulo, en favor de un comentario de la hija de Fanny, así: “también yo gustaba más de mí entonces, cuando fui bohemio” (1893: 109). Claro, un bohemio más afrancesado, y menos chilango, si se me permite semejante anacronismo.

Gamboa no puede dejar de compartirle al lector ese otro espacio de la diversión bohemia, el lado oscuro de la luna, y en el título, “Ignorado”, regaló otra estampa de su propia recreación. Para este capítulo, el nombre de Teófilo Pomar,²¹ además de servir de guía y compañero por los bailes públicos (es decir, los de peor reputación), también funcionó como el enlace entre Gamboa y una mujer que, según el autor, formó parte muy importante de su educación sentimental.

Teófilo Pomar fue un compositor de danzas muy apreciadas por la sociedad mexicana de la época, especialmente entre los pertenecientes a la clase media, pero que, de acuerdo con los recuerdos de Gamboa, perdió la estima y el reconocimiento de estos por irse a vivir con una mujer, que se deduce, no era de las llamadas “decentes”, y por su participación en los referidos bailes. Gamboa lo recuerda primero como un asistente a lugares como el Hotel Iturbide o en tertulias de “buenas familias”, pero cuando Gamboa se anima y entra en los terrenos sombríos de los bailes públicos, habrá de descubrir que así como él, Pomar formaba parte activa de ese bosque lleno de sátiros.

El momento que recrea Gamboa, habla de Pomar como un joven artista, conocedor de todas las Magdalenas, autor de danzas que hacían soñar al joven Federico, motivos por los cuales era una persona que inspiraba respeto y simpatías en Gamboa. Pero también era la voz que le habría de advertir sobre los costos que se pagaban por andar retando a las normas y códigos sociales del momento:

²¹ Hay quien dice que dicho pianista sirvió como base para formar a Hipólito de Santa, pero el propio Gamboa señaló en su autobiografía que le sirvió como modelo para el personaje (fugaz) de un pianista en su novela *Apariencias* (1893: 135).

– ¿Al fin vino vd? – me preguntó sin dejar de tocar. Lo que es ahora, ya no dejará vd. de venir nunca; va vd. á encariñarse con estas reuniones, á necesitarlas; pero á la larga – agregó bajando la voz y obligándome á acercarme al teclado – las odiará vd. y se arrepentirá de haber venido (Gamboa, 1893: 124).

Este pianista incansable, cuya obra fue vasta y muy requerida, le compartió a Gamboa los subibajas de la pasión que le tenían atado a cualquier empleo con tal de poder llevar dinero a su pareja. Gamboa no dejó pasar la oportunidad y recreó ese ambiente de los bailes de mala fama, donde “sólo se escuchaba la conjugación del verbo amar en su forma más espontánea y los masculinos me asqueaban y las femeninas me entristecían” (1893: 125), pero que no por ello dejará de asistir, cumpliendo así la profecía de Pomar.

Cuando Gamboa pone el acento en los asistentes, el cuadro cobra verdadero color, ya que esos sujetos que no tienen nombre, sí demuestran comportamientos que los pone en correspondencia directa con el consumo de alcohol (en exceso), las actitudes violentas, y la siempre disposición a los golpes por cuestiones reales o imaginarias. Años después, en *Metamorfosis*, Gamboa recreó a estos hombres y mujeres que formaron parte de ese río nocturno, cuyo cauce podía desembocar en un baile, un paseo o en una casa de fiestas, acompañados siempre del ruido y la algarabía como parte indisoluble de la ciudad de México; cuyos integrantes practicaban todos los preceptos contrarios a lo que la Iglesia católica proponía o los hombres de ciencia anunciaban como la única manera de superar el mote de incivilizados. En la pluma del escritor:

Por la acera de enfrente comenzaba a distinguirse grupos ruidosos, animadísimos [...] que soltaban risotadas, carrereaban, hacían el perro, el gato, toda el Arca de Noé [...] Eran los turbulentos clientes [...] los que cenan o beben en las fondas que cierran al alba, o a falta de cosa mejor, confórmanse, ellas con el placer de andar al aire libre [...] ellos, encantados de llevar una mujer al lado y de suponerse hombres y perdidos. Una desbandada trágica, humana y doliente [...] y mientras para en el hospital o en el presidio, de veras besa, de veras ama y de veras mata (Gamboa, 1965: 508).

Estos ciudadanos fueron sus compañeros de juerga, pero nunca sus amigos o iguales. Porque Gamboa insistió en su reconstrucción por diferenciarse de ellos, lo cual resulta interesante, ya que si bien formaba parte del grupo, intentó en todo momento

destacar del grupo. Esto puede entenderse como parte de la estrategia narrativa del autor que, en todo momento, se autodenominó diferente, distinto, ya que si bien asistió a estos lugares, él, que había vivido en otros países, que venía de mejores épocas y “buena cuna”, se presentó como un ser “sin arrepentimientos ni temores, dueño absoluto de mi salud y de mis actos – por lo cual sin duda los trataba tan mal –” (Gamboa, 1893: 128 – 129). Eso sí, aceptó que los obreros, o esas personas que llamaba gente de razón, le generaban envidia, especialmente porque creía que aquellos que tenían un empleo fijo, con horario matutino y vespertino, pero jamás nocturno, dormían en sus camas y no se mecían entre las notas de baja ralea y los brazos de cortesana cualquiera, sino en la figura de la mujercita honesta, el matrimonio, la familia y el hogar (supuestos siempre como lugares de paz, tranquilidad, orden y futuro).

Pomar, este pianista y compositor, aparece en una nota en el periódico *La Patria*, el miércoles 23 de setiembre de 1885, como parte del segundo aniversario de la sociedad mutua de obreras mexicanas, “La Buena Madre”, en el Teatro Principal, en el cual se anunciaba que acompañaría al piano al sr. Luis Garduño, quien cantaría una romanza (*Non e Vere*) y en un segundo momento, tocaría al piano una pieza de su autoría llamada Fantasía de Rigoletto (para el año siguiente vuelve a aparecer en el programa del tercer aniversario de la misma sociedad, de igual manera aparecerá para el año de 1889 en el quinto aniversario). El periódico religioso *La Voz de México*, el jueves 22 de noviembre de 1888, trae una nota que anuncia que, el otrora famoso pianista, tocaría en el restaurant del teatro Nacional los jueves y los domingos. Este tipo de notas certifican el relato de Gamboa respecto de la caída de Pomar, cuyo final fue el abandono total de la música para integrarse a la infantería, contagiarse de cólera y morir. Gamboa sitúa este recuerdo cuando está en Guatemala (1888 – 1890); a lo sumo: 26 años.

Se puede inferir que Gamboa dejó de frecuentar estos sitios hasta que fue aceptado en las filas de la diplomacia, asunto que lo convirtió en un retirado precoz de los ambientes nocturnos de mala nota, aunque al momento de ser cesado (1893) del servicio público, Gamboa retomará brevemente estas andanzas. Sin embargo, el mismo autor utilizó ese pasado como parte importante de su explicación en el texto autorreferencial, y ahí se pueden apreciar algunos de los procesos de formación, en ese antes que habla de un joven varón que durante un buen tiempo estuvo en la búsqueda de brújulas, anclas o quizás de su propia sombra. Para Gamboa, este tipo

de pasado estaba vinculado, más que a los excesos del alcohol o las drogas, a un momento de crecimiento y aprendizaje que conllevaba, por un lado, ruido, mujeres y fiestas y por otro, el alejamiento de los principios clasemedieros de familia, grupo o matrimonio.

De igual forma, este paso por los ambientes bohemios, tanto los claros como los oscuros, tuvieron como efecto directo el que Gamboa no estableciera vínculos con una sola mujer, especialmente por los códigos sociales que hablaban del noviazgo como paso esencial para construir un matrimonio enfocado a la reproducción, de hijos, normas y reglas. Para el escritor, el bucear tan seguido entre las aguas turbulentas de la noche, sabiéndose y aceptándose como una especie de transgresor social, necesariamente educaban, aunque no siempre de manera positiva: “Nada eran la soledad de mi persona y la de mi cuerpo, si á la interna de mi alma en formación comparábalas” (Gamboa, 1908: VII).

Resulta ocioso tratar de comparar el pasado bohemio de Gamboa con los espectros de Baudelaire, Rimbaud o incluso el mismo Flaubert. Las particularidades mexicanas de la época, tanto en lo social como en lo cultural, marcan una distancia difícil de sortear, sin embargo, sabemos que para muchos escritores mexicanos de la época, y por supuesto para Gamboa, las referencias europeas, especialmente las parisinas, eran la vara con la que se podía medir una estatura, tanto en lo intelectual como en los asuntos de la reputación literaria. Por ello, no deja de llamar la atención que, a pesar de dedicarle un capítulo a su estancia de siete meses en París (la favorita del planeta, como él le dice), Gamboa hizo comentarios que dejan a la ciudad luz en un estatus menos divinizado y más proclive a ser casi de carne y hueso:

París no es una perfección cual nosotros creemos desde el fondo de nuestro terruño; tiene muchos y grandes defectos. En mi sentir, descuellan dos principales: el aburrimiento que de cuando en cuando le invade á uno y la abundancia de hispano-americanos” (1893: 303).

Pierre Bourdieu propone, para el caso francés, que “los novelistas aportan una contribución importante al reconocimiento público de la nueva entidad social, especialmente al inventar y difundir la noción misma de bohemia, y a la construcción de su identidad, sus valores, sus normas y sus mitos” (2005: 91).

Sí, de acuerdo, pero para el caso mexicano habría que puntualizar que la clase burguesa decimonónica no era un asunto terminado; la falta de industria y otras

variables son la ausencia que impide el desarrollo de un sector de la sociedad con capacidad de incidir en la vida social o cultural, y la actividad del artista o el bohemio estaba muy vinculada a una clase media, cuyos gustos y aficiones se balanceaban entre las ganas de parecer civilizado (que invoca el fantasma europeo como epítome, mezclado con conceptos tan moldeables, según la época, como educación, moral y trabajo) y una serie de prácticas que van desde lo cursi hasta lo romántico, pasando por las celebraciones, tanto cívicas como religiosas y de índole social, que hacen la vez de un gigantesco caldero, con un guiso de todas las verduras y muchos sabores.

Cierto es que la construcción de la identidad, los valores, normas y mitos de un escritor (llámesele bohemio o artista) puede emanar del vapor de la tinta por cada línea garabateada, pero no hay que dejar a un lado que ese aroma que exhala un libro al ser abierto, y leído, conlleva un hechizo que invierte los papeles y convierte al lector, en autor del texto, de un nuevo texto (o como señala Cristina Rivera Garza en *Los muertos indóciles* – 2013 –: “la actividad del lector que, al leer, escribe su propio libro”), en el cual la figura del escritor será un modelo fabricado en íntima colaboración con el que lee, y en algunas ocasiones, con el que escucha. Para el caso mexicano, hay que continuar hurgando.

1.3 Federico... la ciudad... la sociedad

Federico Gamboa habitó el “París de las Américas” (Southworth, 1903), desde su nacimiento hasta los 24 años de edad (1864 a 1888), con una ausencia en 1880, año en que vivió en los Estados Unidos (Nueva York). Los lugares en que transitó Gamboa, durante lo que él bautizó con insistencia como su juventud, fueron puntos que involucraban a la ciudad, en tanto áreas de confluencias y dinámicas, en la cual los bailes, paseos, diversiones (especialmente las desarrolladas al amparo de la noche), y las costumbres, rituales o hábitos de convivencia entre varones y mujeres, tanto de la voluble clase media (clase a la que perteneció el autor y para quien especialmente escribió), así como de buena parte de los habitantes de la capital del país, son aspectos vinculantes en la formación y transformación de un individuo. Aquí hay que aclarar que la época en que más disfrutó la ciudad Gamboa fue durante el Porfiriato, ya que es cuando ha quedado huérfano y se lanza a la calle a trabajar, para descubrir el

mundo del teatro, el periodismo, la vida nocturna y todos aquellos hechizos que durante su etapa de hijo de familia le estuvieron vedados.

En *Apariencias* (1892), el padre del personaje de Pedro, en su lecho de muerte, le dice: “¿Si vieras lo que me entristece dejarte en la peligrosísima edad en que te encuentras? Te tenía yo en una aldea para evitarte el contagio de los grandes centros que encierran enfermedades morales incurables” (Gamboa, 1965: 33). Y si para Gamboa la aldea era la familia, y la orfandad fue la catapulta que lo lanzó, junto con su peligrosísima edad, directamente hacia esas enfermedades morales, puede decirse que tuvo suerte, ya que el peligro de contagio y lo virulento de la peste no lograron alcanzarlo.

Ciudad de México, la que exigía primero al visitante y al local que se acostumbrase a “lo ruidoso de su voz, lo ciclópeo de su respiración, la multiplicidad de sus adornos, de sus edificios y de sus criaturas; a sus caprichos de mayor de la familia, a sus prodigalidades de potentado, a sus pequeñeces de mala crianza y a sus indecencias de viejo calavera” (Gamboa, 1965: 58), para así, después de haber aceptado las condiciones, hablar de una ciudad en la cual se podía, si se quería, ver “esbeltas torres [...] transeúntes alegres, mujeres atractivas [...] bien encarado el pensúculo, pensadores los volcanes, único el conjunto” (Gamboa, 1965: 58).

El reflejo de aquella capital de un país en constante tensión, habla igual de las formas de practicar la política como de los avatares de la vida cotidiana, pero en cualquier caso la ciudad de México muestra un rostro con muchas caras. Estas piezas, que los discursos han intentado agrupar en un todo, superan aquella dicotomía que había establecido Guillermo Prieto: la ciudad de los Palacios y la ciudad de los desdichados; incluso están por encima de la pura descripción, aunque se sienten tentadas más de una vez por ser parte de un párrafo poético: “la caricia femenina de la capital es llama sutil, esquiva salamandra que enciende la sangre y adormece con ensueños de dicha” (Ortiz de Montellanos, 1943: 30).

José María Marroquí escribió sobre la ciudad de México: “feliz combinación de altura y latitud, ocasionan en la ciudad una temperatura agradable [...] de suerte que ni en lo fuerte del estío nos ahogamos de calor, ni en el rigor del invierno nos helamos de frío” (1900: 98). La ciudad, a pesar de los olores (la *pestilenciosa ciudad* le dice Ciro B. Ceballos), o de los vecindarios, aquellos que Julio Sesto describe como las “diabólicas mansiones donde la higiene brilla por su ausencia [...] la jaula del perico; el petate en que ha dormido una generación; la puerta centenaria del inodoro; el mugroso taburete

de doña *Panchita*” (1910: 245), se convirtió en un imán, quizá porque, como lo propone Susana Quintanilla, había que “aventurarse a triunfar en el único sitio donde valía la pena hacerlo: la gran ciudad. Quedarse en la provincia era un síntoma de pobreza o de incapacidad intelectual, así como un desaprovechamiento de la política centralizadora del Gobierno Federal” (2008: 30).

Albert Camus afirmó en su libro *La peste* (1947): “El modo más cómodo para conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere.” Para el caso de la ciudad de México, en lo general, y a pesar del progreso o la estabilidad que pregonaba el gobierno, incluso por encima del progreso “real”, se trabajaba en donde se podía, aunque hubo personas que decían que muchos de los ciudadanos cargaban “con el pecado original de ser hija del presupuesto público y no de una revolución industrial” (Bulnes, citado en González Navarro, 1957: 388). De acuerdo con el mismo Bulnes, quien llamaba a Díaz el “redentor sublime de las clases medias”, el setenta por ciento de la clase media comía del gobierno (2008: 42 – 43). Si bien las observaciones de Bulnes deben considerarse al amparo de su posición dentro del entramado del Porfirismo, así como su posterior y penoso exilio, no deja de ser atractiva la idea de que el sueldo fijo, ese ingreso constante que permite hacer planes y contraer compromisos, puede ayudar a entender que sociedad y políticos se mancornaran por sus mutuas necesidades y conveniencias.

Si bien mucha de esta gente encontró en la administración pública un refugio y una fuente (de acuerdo con los tiempos) más o menos segura de ingreso, aunque otros recurrieron al pequeño negocio o el autoempleo por oficio, como lo recuerda Julio Sesto: “muestra la raza una marcada tendencia al comercio pequeño [...] hay una profusión de changarros de diversos ramos ó mixtos, casi todos estos pequeños establecimientos se llama la *Providencia* ó la *Guadalupana*” (1910: 175 – 176);

Dentro de las ocupaciones más comunes de esta clase media se encontraban los comerciantes, miembros del ejército, burócratas, empleados de oficina, técnicos, directores, gerentes, funcionarios de empresas comerciales o industriales, maestros, médicos, abogados o ingenieros. Todos y cada uno de ellos, buscó la manera de abrirse paso entre los caminos de la vida, cuidándose, cuando se tenía la suficiente conciencia, de no tropezarse con una sífilis o con un descalabro financiero. Los datos

duros hablan de una ciudad que crece y se expande, y hacen referencia a un mayor número de personas así como a un incremento en la apertura de pequeños negocios.²²

En lo que respecta a cómo se moría, puede apuntarse que la ciudad de México presentaba, en el ámbito nacional, el número promedio de años de vida más bajo (24 años), muy cerca de Morelos y el Estado de México y alejados del resto de los estados, cuyos promedios oscilan entre los 30 y los 50 años (como nacional se marcaba 31 años como promedio). El alto índice de mortandad (especialmente entre recién nacidos), se conservó por muchos años en un promedio del cuarenta por ciento. Este dato puede cruzarse con las variables de enfermedades infecto contagiosas, que en la época fueron una constante, destacando la diarrea o el tifo, con el mayor número de muertos.²³

Pero cuando hablamos de cómo se amaba, el abanico se abre, y las cartas apuestan por diversas formas de comportamiento y cohabitación más allá del llamado por la iglesia católica el sagrado sacramento del matrimonio.

Si bien era poca la cantidad de gente que se casaba por lo civil²⁴, en lo general, los amasiatos, las uniones libres, el concubinato y otras formas de redes emocionales y familiares también entraban en juego en el entramado social de la capital del país. Confrontado con el análisis de Ana Lidia García Peña y los divorcios (2006), se confirma la idea, pues la mayoría de los casos que tuvo que revisar los hubo de hacer por demanda de alimentos, ya que una gran parte de las mujeres que reclamaban no estaban casadas por lo civil, así que no podían iniciar un trámite legal de divorcio como tal.

Se sabe que muchas personas se casaban principalmente en el ámbito religioso, el cual no era tomado en cuenta por parte del estado al momento del

²² De acuerdo con la investigación de Ariel Rodríguez Kuri, en la ciudad de México entre 1856 y 1910, “el área construida de la ciudad pasó de 8.5 kilómetros a 40.5, prácticamente se quintuplicó y el número de colonias, para el periodo [...] rebasó las 35” (2011: 92). Es decir, esta ciudad crecía “demográfica, territorial y emocionalmente, principalmente por tres razones: la migración de todo tipo de personas por las guerras [...], la migración de las élites locales y grupos de clase media que huían de las exacciones y el proceso de la desamortización de los bienes de la iglesia” (Rodríguez Kuri, 2011: 81).

²³ “Para José Ramírez (1902), no sería improbable que un subregistro en los censos respecto al total de población, aunado a registro de defunciones que no reparaban en el origen geográfico de los fallecidos, estuviera elevando la tasa de mortalidad de la ciudad” (Rodríguez Kuri, 2011: 87). Sin embargo, las cifras que médicos y legistas recolectaron durante el período permite vislumbrar una ciudad en la cual la falta de higiene, entre otras variables, cobraba un precio muy alto.

²⁴ En el caso de hombres, por ejemplo en 1895, es de 1.07% por lo civil estando dentro del rango regular de matrimonio (17 – 30 años); las mujeres se casaba por lo civil sólo el 0.97% de las que estaban dentro del rango de edad regular de matrimonio (12 a 26 años).

levantamiento censal.²⁵ Este fenómeno también afectará a las cifras relativas al registro de los hijos, particularmente al momento de designar el origen del niño, pues el estado otorgaba una serie de prerrogativas a los niños que eran registrados como legítimos, en materia de protección (alimentación, educación, herencia, etc.) y marcaba una diferencia al respecto de los llamados ilegítimos. Como lo señala Moisés González Navarro:

Los nacimientos declarados ilegítimos andaban entre el 40 y el 45 por ciento del total de infantes registrados. *En el Distrito Federal la cifra solía ser escandalosamente alta [...] buena parte de los hijos ilegítimos no eran producto de la seducción o el concubinato, sino del matrimonio religioso, desconocido como tal por la ley civil [...] el concubinato puro y simple no tenía [...] la misma consideración social que el enlace eclesiástico, hasta entonces la fórmula consagrada por la costumbre para la unión de los sexos.* (González Navarro, 1957: 42 – 43)

Estas variables pueden servir para dar una fugaz radiografía de la ciudad decimonónica, pero resulta necesario engarzar estos datos con el periodo bautizado como Porfiriato para poder comprender un poco más a esa clase media a la que Gamboa dedicó tanto empeño para retratar en sus novelas y obras de teatro. Una de las características más relevantes de esta etapa fue que mucho de lo que ya estaba encaminado, se desarrolló, multiplicó o expandió con más o menos buenos resultados, como el ferrocarril, la inversión extranjera o la industria.²⁶ De igual manera se puede decir que la clase media no brotó de forma espontánea durante el régimen, pero encuentra en este espacio temporal diversas condiciones que le permitieron brillar y buscar una participación más activa. No está de más hacer hincapié en la participación activa de la sociedad en los destinos nacionales. Como lo escribió Emilio Rabasa, un

²⁵ En el Distrito Federal la función registral se instituyó en 1861; a partir del 11 de abril de ese mismo año se acuerda que se exonere a los curas de rendir el informe de nacidos, casados y muertos al gobierno. En el año de 1870 el Registro Civil adquiere su arraigo y carácter definitivo. En los años de 1866 y 1884 se expiden Códigos Civiles, que retomaban disposiciones del Registro Civil.

²⁶ El Porfiriato es también, fuera de la imagen del progreso y las comunicaciones, el espacio para el nepotismo, los amigos influyentes o la falta constante de observancia a cualquier regulación en diversas áreas, ya sean estas económicas o sociales. Es el tiempo para sentarse en la silla y abandonarla cuando la muerte reclame la presencia. Así como un secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, duró veintiséis años en su cargo (hasta el día de su muerte), o González Cosío como secretario de Guerra estuvo diecinueve años en el gabinete, o el mismo Limantour, quien ocupó la cartera de Hacienda durante diecisiete años, también se encuentran casos como los del gobernador de Querétaro, Francisco Cosío, con veintiséis años en el cargo, Próspero Cahuantzi con los mismos años, pero en Tlaxcala, Aristeo Mercado dos años menos que los anteriores, al frente del gobierno de Michoacán o Teodoro Dehesa, durante dieciocho años como gobernador de Veracruz, en resumen, como lo planteó Francisco Bulnes, “casi dos tercios de la población de la República, estaba gobernada por personas que habían disfrutado el poder más de quince años” (2008: 357).

representante de la época: “el general Díaz se mantuvo en el poder con la complicidad del espíritu público” (1998: 715); mismo ánimo que conforma la tesis de Paul Garner, quien afirmó que “la trayectoria de México durante el Porfiriato fue más una empresa colectiva que el reflejo de la contribución de un solo individuo” (2008: 400). Y anoto que en esta sumatoria de voluntades y destinos están incluidas las voces discordantes con el régimen.

La fe en el progreso y la ciencia, la esperanza de integrarse al mundo civilizado, en tanto nación con certificado de mayoría de edad, y la sugestiva idea de poder llevar una vida independiente, son algunos de los ejes que mantuvieron viva la emoción y el ánimo de muchos de los mexicanos de la época en el anhelo de poseer rostro y semblante definidos. No solo frente a los propios, sino de cara al mundo. Como apuntó Daniel Cosío Villegas, “el individualismo se acentuó notablemente entre los miembros de la clase media de toda la nación [...] Esto se debió en alguna medida a los avances [...] de la instrucción [...] a la difusión de la prensa y al mejoramiento general de los medios de comunicación” (1957, tomo IV: XVIII). Y Federico Gamboa fue un buen modelo en cuanto a individualismo.

La clase media mexicana del Porfiriato, que en su heterogeneidad parece un terreno de arenas movedizas, cuya pregunta del origen a veces ya no importa (se acepta lo híbrido como respuesta), pues es más urgente definir el presente, también se asoma y muestra algunas de sus características, especialmente en cuanto a su constante mezcla (aquí riman casi por igual indígenas, mestizos, criollos y extranjeros) y su pendular movilidad social, de igual manera nos habla de sus diversiones, momentos de ocio, y formas de comportamiento sexual, emocional o familiar, entre lo que podría llamar sus iguales, así como su tensa relación con los de abajo y los de arriba.

Francisco Bulnes, Enrique Molina Enríquez, Julio Guerrero, entre otros, intentaron clasificar a la sociedad mexicana de la época; aquí lo más destacable no solo fue la necesidad de hacerlo, sino los obstáculos con los que se toparon, pues como señalaba Molina Enríquez era “muy difícil delimitar cada uno de los múltiples agregados humanos que componen nuestra población; por la misma razón es muy difícil hacer de ellos una clasificación satisfactoria” (1909: 46). Aceptaba que estos grupos podían englobarse en clases altas, medias y bajas, pero destacaba que “no existen en nuestro país las clases medias propiamente dichas, es decir, clases medias

propietarias, pues los mestizos directores, profesionistas, empleados y ejército no son, en suma, sino clases que viven de las trabajadoras” (Molina, 1909: 279).

De los perfiles que distinguían a esta clase media destaca, en la visión de Peter Gay, la “desigualdad económica, social y política que prevalecía dentro de la [...] misma; (cuyas) divisiones jerárquicas fueron mucho más reveladores que cualquier solidaridad social” (1992: 30).²⁷ Se puede decir que había más diferencias entre los clase-medieros, que entre estos y los extremos.

Pensar a la clase media como un grupo atrapado, sin posibilidades de crecimiento o de sobrevivencia en el ritmo del país, es quitarle gran parte de su complejidad, es olvidar su participación activa en el devenir político, social y cultural del país y anular su diversidad y movilidad, componentes que le son propios, y que le definen y a la par es hacer caso omiso de los avances, la estabilidad financiera, y todas aquellas variables, como la famosa referencia a la paz Porfiriana – que Alfonso Reyes encapsuló para el tiempo como esa “estabilidad y bálsamo adormecedor para las heridas de la Patria [...] La paz ante todo, la paz como fin en sí, por cuanto ello presupone e implica, incluso la domesticación de ciertas salubres inquietudes” (1996: 53) –, que hicieron del periodo una oportunidad para la consolidación de muchos de los anhelos, como lo señaló ya Cosío Villegas, “en el arreglo de las finanzas públicas, la inteligencia y el tesón tenían que venir sobre todo del gobierno. Y en esto el éxito del Porfiriato es contundente” (1955: XXIII – XXIV); sin perder de vista que no todo fue una historia de duendes y hadas, como lo resumió Fernando Escalante: “Los ilustrados de entonces y los del siglo siguiente [...] encontraron orden [...] en el Porfiriato. Sin embargo, [...] hubo bandidos encumbrados y jueces corruptos, elecciones arregladas y arbitrariedades caciquiles, leyes de papel y políticos sin escrúpulos” (2005: 288).

La clase media del momento está compuesta igual por personas que cursan estudios superiores, viajan al extranjero y participan en la vida pública y política (los médicos, por ejemplo), que de aquellos que aprenden los aspectos más elementales en la escuela, pero que por su trabajo y propia adaptación a los tiempos, no solo generan un ingreso que les dé un poder adquisitivo capaz de cubrir aspectos como la vivienda, alimentos y diversiones, sino que les permiten entrar al juego social desde diversos ángulos. Lo cierto es que, en los parajes de la clase media, unos y otros se mezclan entre sí, por razones tan disímolas como primarias.

²⁷ Si bien la obra de Peter Gay se enfoca a la burguesía norteamericana y europea, es válido extrapolar este pensamiento, ya que el problema de la diversidad es una de las variables más significativas cuando se busca delimitar medianamente a aquellos que se pueden llamar miembros de la clase media.

Es muy probable que algunos empleados, comerciantes o artesanos de los llamados mestizos consiguieran que sus hijas, por belleza, comportamiento u otras cuestiones, enlazaran su vida con un abogado cuyo apellido (fuese de *gente decente* o de otros grupos), estudios o amistades le habían conseguido un puesto político de importancia o que por su propio trabajo tuviese un ingreso económico que lo colocaba en un mejor nivel social, y mediante esta unión, se constituía un núcleo familiar de orígenes mixtos, pero que buscará que su descendencia cumpla, al menos, los mínimos de educación y comportamiento que los padres ostentan o creen representar, aunque en este proceso se viva en perenne estado de tensión, o como lo señaló Norbert Elias, en la *curiosa paradoja* de la clase media:

Nada es más característico de la conciencia de la clase media que esta afirmación: las puertas de abajo tienen que seguir cerradas. Las puertas de arriba han de abrirse [...] (sin embargo) no se atrevía(n) a derrumbar los muros que cerraban el camino hacia arriba por miedo a que, en la conmoción, también cayeran los muros que la separaban del pueblo (2009: 99).

Aunque el pasado de una persona fuese “cuestionable” o sus orígenes “incierto”, por múltiples razones se podía dar un golpe de timón, como les sucedió a muchos mexicanos que cambiaron de fortuna, como lo narraba José Tomás de Cuéllar en *Baile y Cochino* de 1885: “nadie hubiera podido creer que la señora aquella era la madre de la señorita elegante, porque había tan sustanciales diferencias entre una y otra que parecía imposible la transformación de una hija procedente de madre de tan baja estirpe” (1979: 34). En 1893, Manuel Gutiérrez Nájera escribía: “Todo padre aspira a que su hijo suba en la escala social una grada más de la que él ha subido. El artesano quiere que su hijo sea comerciante, el comerciante espera que sea abogado, médico o ingeniero” (2007: 369). Y este acto de ascender no solo era, continuando con Nájera, una aspiración “legítima y conveniente”, sino el resorte necesario para hilar el destino de una persona con uno de los grandes conceptos de la época: el progreso.

Además, era una aspiración que establecía una correspondencia directa entre profesión, dinero y reconocimiento social. Federico Gamboa no era ajeno a estas concepciones, por ejemplo, su personaje Carmen, la madre abnegada y mujer engañada en *Suprema Ley*, se preocupa cuando se entera que el primogénito se meterá a trabajar en un taller: “¡su hijo de obrero, de artesano, cuando ella habría

anhelado verlo de médico, de ingeniero, encumbrado y lleno de honores y de renombre!” (Gamboa, 1965: 378).

Aun antes del auge del Porfiriato se encuentran alusiones tanto de los padres preocupados no solo en casar a la hija con otro de su “nivel” sino ocupados en evitar que la hija trunque semejantes esperanzas ya sea por encapricharse con un “mal partido” o por salir embarazada. Como ejemplo está el texto que Hilarión Frías y Soto, y otros autores, que en 1855 escribieron una serie de ensayos bajo el título de *Los mexicanos pintados por sí mismos*. En un diálogo con el aguador, por ejemplo: “El padre, que solo dejará *matrimoniar* á su hija con algun ricote usurero como él, comenzó á ver mal al que *desinquieta* á la hija” (Frías, 1974: 5), o en el discurso de la suegra: “- pero señor yerno, antes ahorco á mi hija, que dejarla casar, si he sabido que iba á ser la muger de un pedagogo!” (Rivera, 1974: 212).

Más allá de las búsquedas de un mejor futuro para los hijos o de creer que entre los extranjeros había la sangre necesaria para erradicar taras y atavismos, existían costumbres, ritos y pactos sociales que hablaban de ideas (e imaginarios) de la época. El español Julio Sesto, en un texto con claros tintes de agradecer a Díaz, resumía los imaginarios más señalados cuando se hablaba de clase media en el Porfiriato:

La clase media, que es, en la nación, la clase en que radican las mejores energías vitales, y es, por su cultura y abnegación, modelo de dignidad. También es esta la clase que norma las costumbres del país, en las que hay mucho que aplaudir y mucho que desechar. La gente, de común, es católica, y ostenta en su sala el retrato de la Madona Guadalupana. El orden que se nota en estas casa, lo mismo que la limpieza, encantan; la amabilidad y la prodigalidad cautivan; la hospital conmueve (Sesto, 1910: 233)

La repentina riqueza, por especulación, herencia, negocios, usura o prestamismo, tienen su contraparte con la repentina pobreza por quiebra, despido, enfermedad, conflictos legales, prisión. Ciro B. Ceballos menciona en sus memorias, ubicadas en pleno Porfiriato, a Benito Pérez “hombre de condición humilde, trabajador” que abrió un restaurante llamado *Maison Rate*, el cual alcanzó un éxito inesperado, y con ello el consabido enriquecimiento del dueño, o el caso de Doña Guadalupe Ortiz, digno ejemplo de los reveses de la fortuna:

Era una vieja gordísima, sudorosa, de indígena raza, de cuerpo bajo, de facciones groseras, sin inteligencia, ni educación, vestida con elegancia chillante, pero sin finura ni gusto. Había sido criada de un viejo rico, el cual, por una humorada frecuente entre los maniáticos, al sentirse morir le transmitió su fortuna, cuantiosa por cierto. La mujerona [...] se dedicó a gastar sus rentas, divirtiéndose a su modo lo mejor que podía [...] de continuo se le veía rodeada de muchachas solteras, bonitas o feas [...] solemnemente pobres [...] En su testamento la popularísima matrona [...] convirtió en legatarias a casi todas sus muchachas (Ceballos, 2006: 152 – 153).

Federico Gamboa anotó como un pendiente en su Diario (21 de junio de 1893) escribir una novela que tocara el asunto del enriquecimiento y sus repercusiones sociales, particularmente porque le habían comentado que una de las más encumbradas familias de México, lo era gracias a que “un ancestro (les) legó millones a sus herederos, á fuerza de denuncios de bienes “de manos muertas” (Gamboa, 1907: 111), y así, en todos estos casos, a la alza o a la baja, la clase media se reinventaba en cada paso, y la unión entre hombres y mujeres, era una de las tantas variables para ello.

Así sea por matrimonio o por divorcio, por dinero o por falta de él, por amores o pasiones, por el tipo de trabajo a la forma de vida, por amistades o enemigos, por destino o suerte, o por todas las posibles combinaciones que pudieran darse entre estas variables, la clase media aprovechó las condiciones (y en muchos casos las padeció en carne viva), que fueron resultado en buena medida de lo que Daniel Cosío Villegas llamó “la calma lineal del Porfiriato” (1955: 23), quizá como parte de la necesidad de establecer una identidad y así incrustarse como individuos con rostro propio en el rompecabezas nacional o tal vez como una respuesta ante los cambios, las novedades, ese juego de las mil posibilidades que estimulaba a tener más y mejores cosas (materiales y emocionales), o a lo mejor fue una estrategia frente a la búsqueda de privilegios y recompensas que prometía la ascensión social, o simplemente como parte del pacto de complicidad que firmaron muchos de ellos con Porfirio Díaz, como persona y personaje, como presidente o como el mejor ejemplo de movilidad social.²⁸

²⁸ Esto no quiere decir que todos los integrantes de la clase media estuviesen preocupados u ocupados en subir o bajar un peldaño en la escalera social. La misma diversidad de sus componentes permite inferir que una buena mayoría comenzó su historia en un espacio (más y/o menos cómodo) y no necesariamente terminó sus días de igual manera (con Bernardo Couto y su muerte en una habitación paupérrima, después de conocer las mieles de la comodidad, como mejor muestra).

La mayoría de esta clase media cargaba con el estigma de ser inconstante en el empleo, acomodaticia frente al sistema de gobierno en turno, con un ritmo de vida que no correspondía a sus ingresos y que presagiaba un desenlace apretado, dada esa vida que incluía el gozo del hoy, la acumulación de deudas y el pago a la suerte o la ayuda divina del mañana. Moisés González Navarro afirma que:

Al agudizarse en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX el desajuste entre precios y salarios, la prensa oficiosa atribuyó el rigor de la crisis a los vanidosos hábitos de la clase media [...] el empleado que ganaba 150 pesos mensuales estrenaba traje bimensualmente y corbata cada quince días, concurría dos veces por semana al teatro y otras tantas se paseaba en carretela por el Paseo de la Reforma; invitaba a beber a los amigos día con día y semanariamente a comer; y consideraba una obligación abonarse a la ópera y festejar los onomásticos de la familia. Si el sueldo no le daba para tanto, pedía prestado. Gracias a los préstamos, tenía coche, casa sola y una legión de empleados (1957: 390).

Adolfo R. Carrillo, en las bautizadas por él: *Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada*, dibuja el retrato de este sector, el cual aparece pringado de manteca y un poco de enojo, especialmente ante el sabor del exilio (tanto de Carrillo, como de Lerdo):

En mi muy amado país, la clase media tiene el estómago de Pantagruel: suele olvidar la honorabilidad en la primera cucharada de sopa. El burgués de mi tierra necesita, como Sancho Panza, el olor de la cebolla: sujetadle al tormento del hambre, privad su granero de maíz y su cocina de manteca, y le tornaréis de amigo en impecable enemigo (2011: 112).

De estos ritos, así como de las costumbres y hábitos de una buena parte de la clase media decimonónica, Federico Gamboa se presenta como un digno hijo de este grupo, incluso en su paso de niño acomodado a joven huérfano y necesitado de generarse los ingresos propios. Así, en su juventud, además de trabajar en un juzgado como escribiente, gracias a su hermano mayor, y mientras intentaba cursar la carrera de Notario, frecuentaba a la par los teatros, los paseos y se sumaba como un invitado frecuente a la vida diurna y nocturna de la capital.²⁹

²⁹ En la investigación de Rodríguez Kuri (2011) se desprenden del *Boletín del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal* (11 de diciembre de 1903) veintiún espacios dedicados a la comunidad, en un periodo que abarca desde 1881 a 1902, que igual se llamaban Plazuela Guardiola (1885), Plazuela de la Santísima (1887), Jardín Hidalgo (readecuación, 1896), Plazuela Concordia (1901) o Plazuela de San Juan (1902) El autor aclara que la fuente a veces no es clara en detallar si era inauguración o arreglos. La tabla completa en Rodríguez Kuri, 2011: 113.²⁹

Los llamados paseos, en los cuales era fácil la congregación de todo tipo de personas, no eran solo considerados como centros de recreo, ornato y diversión, sino que además, como lo escribió Alfredo Volante en un artículo para el *Diario del Hogar* (10 de abril de 1886), eran “tanto ó más indispensables que muchas de las medidas sanitarias e higiénicas prescritas para los centros populosos, puesto que tienden á purificar la atmósfera y á proporcionar á los habitantes un lugar en el que pueden ir a tomar el oxígeno indispensable á las funciones del centro circulatorio”. Como lugar ejemplar pone Volante a la Alameda, recién embellecida para ese año, así como el adoquinamiento de las avenidas de Plateros y San Francisco, espacio que se conocía como “boulevard”, el cual lo conformaban la hilera de calles formadas entre las dos citadas (hoy sería la avenida Francisco I. Madero hasta el eje central más o menos), donde igual se encontraban comercios, peluquerías, joyerías o restaurantes, pero sobre todo, espacios en los cuales se privilegiaba el tiempo para que la gente se reuniera a platicar y comentar los últimos chismes y noticias.

Durante buena parte del siglo diecinueve y principios del veinte, la ciudad contaba con lugares de recreo y esparcimiento al aire libre, a los que se les denominaba Tívolis; en ellos se realizaban fiestas cívicas y celebraciones particulares.³⁰

Antes de que Gamboa descubriera y utilizara estos espacios en la ciudad de México, Sebastián Lerdo de Tejada, en carta fechada el 26 de agosto de 1867, escribió: “Y por necesidad tuve que ir ayer a una comida, en el Tívoli del Eliseo [...] ¿Sabe V. qué era lo más notable del baile? Que algunas niñas han aprendido a *pintarse descaradísimamente*. Se hace gala de que no hay disimulo. Al menos así parece” (Fuentes Mares, 1972: 124), e Ignacio M. Altamirano los había convertido en motivo de sus reflexiones y diatribas el 11 de agosto de 1869 en su columna “crónica de la semana” que publicaba en el periódico *El Renacimiento*:

El Tívoli de San Cosme [...] es un bellissimo parque con grandes y frondosos árboles, [...] capaces de contener, ora tan solo á la amorosa pareja que desee encerrarse en un delicioso *tête à tête* y escondida en un nido de enredaderas y de flores, ora á la comitiva nupcial que venga

³⁰ El más famoso era el Tívoli de San Cosme (en la calzada de San Cosme, entre las actuales calles de Sadi Carnot y Serapio Rendón) el cual contaba con fuentes, cascadas, árboles y paseos franqueados por estatuas. El Tívoli del Eliseo, situado en la esquina de las calles de Puente de Alvarado en Insurgentes Centro, ocupaba un terreno de unos 6 000 m², plantado de árboles y con jardines en los que se localizaban diversas construcciones como restaurantes, salones de baile, boliches y quioscos de diversos tamaños. Algunas de estas instalaciones pertenecían a propietarios de fábricas de cerveza y cigarrillos. El Tívoli del Ferrocarril y el Tívoli Petit Versailles o el Romita eran otros de esta serie de lugares para recreo.

á celebrar allí la comida de boda, ora á la Diputacion entera de un Estado [...] que desee combinar sus trabajos parlamentarios entre botella y botella (1993: 465).

En estas crónicas semanales Altamirano exploró las costumbres de la clase media mexicana, así como la de los políticos y el pueblo en general. La manera en cómo describe los Tívolis, “el dulce asilo de los corazones enamorados” (1993: 465), invita a la reflexión, ya que parece que en el México decimonónico el tema del amor, los romances, las infidelidades y todo aquello que involucrara a más de una persona en el uso de sus sentimientos y cuerpo, eran parte de una cotidianidad que igual permitía la arenga sobre cuestiones de moral y decencia, como el suave comentario a manera de crónica. Incluso, se puede destacar un cierto aprecio por estos espacios, pues para la pluma de Altamirano, “la verdad es que la frescura y la belleza del sitio convidan á hablar de todo, y particularmente los sentimientos del amor y de amistad parece que encuentran allí savia de que alimentarse” (1993: 465), amén que el éxito entre la población permitió el crecimiento de estos lugares, y en muchos casos, su sofisticación. De nueva cuenta, por la pluma de Altamirano:

Mauricio Porraz (propietario del Tívoli de San Cosme), con el objeto de hacer mas grande esta Tebaida del amor y de la gastronomía, ha aumentado sus adornos levantando estatuas entre los árboles y las flores, haciendo kioscos elegantes y sobre todo colgando de los árboles mas altos del parque un nido para los amantes, un refugio entre las hojas y los pájaros, un verdadero capricho de hombre de gusto (1993: 465).

Con el tiempo, y en contraste, Ángel de Campo, bajo el pseudónimo de TICK – TACK, describió el negativo de la fotografía, destacando la participación masculina, pues las “mujeres” solo podían ser de la categoría de las “públicas”, ya que de acuerdo con el cronista, las familias, es decir, las agrupaciones de padre, madre e hijos, que se jactaran de ser decentes (y ajenas a la “leperocracia” que menciona Ceballos), no ponían un pie en este “club de varones”:

Los tívolis son tan viejos como la embriaguez, y tívolis tuvimos desde temprano en México; pero tales jardines se destinaron a las comidas de hombres solos o mal acompañados; a las convivialidades políticas con música de viento y cuerda, y brindis de ambos sistemas, y a las encerronas gastronómicas seguidas de juegos de bolos, champaña, discusiones acaloradas, aparición de coches de sitio con damas veladas

[...] A los tóvilis, pues, no concurrían las familias respetables (de Campo, 1991: 295 -296).

La clase media era partícipe activa, además de los llamados paseos, de las fiestas, especialmente de los bailes. Asistían para bailar en el Teatro Principal y se sabe que “los más frecuentados de la clase media fueron los organizados por las sociedades mutualistas. La “Isidro Hernández” festejó en 1890 su quinto aniversario con uno en el Nacional, al que asistieron cerca de 4,000 personas”. (González Navarro, 1957: 404). El Teatro Nacional, el Hidalgo o el Arbeu fueron de los lugares preferidos para la realización de los bailes de máscaras. Lo que se conoce como bailes de escote (de cooperación), que se celebraban el día de la candelaria (2 de febrero), era un pretexto perfecto y un ejemplo acabado de las muchas formas que adoptaba la clase media para generar posibles vínculos entre hombres y mujeres.

En 1886, Aurelio Garay (Boccacio) publicaba en su columna “Cuentos Fugaces” en el *Diario del Hogar* (18 de abril), acerca de la necesidad de esta clase media de lucirse y destacarse de entre los demás, porque, como decía el autor “aquí en México, á pesar de los pesares, lo ridículo, lo cursi, lo imposible, es no estrenar, no cambiar el tápalo de merino por el sombrero de paja [...] el que no aparece transformado el jueves santo, no es gente, no es nadie, ni cristiano ni nada”. Para Gamboa los bailes, aún muchos años después, conservarán el olor de la juventud, incluso en el exilio (1915); en asiento fechado 24 de junio, anotó en la Habana: “Los danzones del Malecón materialmente me podan años; por instantes me devuelven a noches juveniles” (1995 E: 258).

Tanto en las memorias de algunos escritores y poetas, así como entre los recortes de periódicos de la época, es fácil encontrar esta propensión de la sociedad mexicana por asistir a fiestas y celebraciones, fueran cívicas o religiosas, cuyas oscilaciones van de lo más cursi hasta lo más hierático, y en las cuales la música se convierte en elemento indisoluble de cualquier festejo, así como la poesía declamada en voz alta. Dichas costumbres, impermeables incluso contra el tiempo, se pueden observar, por ejemplo, en el enojo que Gamboa imprime en *Mi Diario VI*, con asiento fechado 27 de abril de 1914, cuando durante plena invasión yanqui en Veracruz, el pueblo continuaba con sus costumbres y hábitos: “Oh inconciencia de pueblo en disolución. El imbécil paseo dominical de carruajes, tan concurrido como siempre” (Gamboa, 1995 E: 137). Y con fecha 3 de mayo de 1914 se puede leer: “Música en Chapultepec; paseo de automóviles en Plateros y concierto en el Café de Chapultepec.

¡Cuánta inconciencia! ¿Seremos de veras un pueblo degenerado y sin remedio? San Ángel Inn a reventar” (1995 E: 138)

Los bailes, esos “sitios pecaminosos, reuniones mal afamadas”, (Gamboa, 1893: 129), los paseos, las fiestas y celebraciones formaron parte inevitable del México nocturno que le tocó a Gamboa, en tanto miembro de una clase media acostumbrada a ello, vivir y utilizar como centros de aprendizaje. En su autobiografía se pueden encontrar una serie de reflexiones negativas al hecho de vivir trasnochando y de baile en baile, pero pareciera que el autor no quería dejar pasar la oportunidad de hacer poroso el yo, para que así se asomaran los espectros de la juventud, en la otra escuela de la vida que era la existencia nocturna, con todo y los personajes y personas que le acompañaron a danzar entre las ansiedades y las búsquedas de este joven huérfano, periodista, estudiante y empleado público de apellido Gamboa e Iglesias.

Capítulo II

Los Trazos Suelos

El olvido no es un vacío, sino un laboratorio [...] el olvido, sirve para reinventarse presentes y futuros. Mauricio Tenorio Trillo, *Historia y celebración*, 2009.

Prolegómenos

Federico Gamboa tuvo una familia de origen cuyos integrantes fueron, en buena medida, proveedores de modelos de comportamiento tanto en lo cívico como en lo moral, así como los encargados de proporcionarle una educación esmerada que pasó por el aprendizaje de dos idiomas distintos al español (inglés y francés), y los medios para su buen desenvolvimiento en sociedad, especialmente frente a las prácticas y rituales de una clase media finisecular que veía en Europa el epítome de la modernidad y la civilización. De igual manera es fácil apreciar que, especialmente su padre, se preocupó y ocupó por darle una educación formal a Gamboa, la cual abarcó diversas escuelas e institutos, incluyendo la Escuela Nacional Preparatoria así como la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Sin embargo, el escritor mexicano, al momento de escribir su autobiografía y gran parte de sus diarios, no fue prolífico en estos datos y vivencias.

Reservarse ciertos pasajes de la vida, excluir aquellas experiencias cotidianas o dejar a un lado los ritos y sucesos en los ambientes familiares o escolares pueden entenderse, primero, como la incapacidad de cualquier sujeto de incluir en una narración el detalle de todo lo que le sucedió en la vida, ya que, como señala Néstor Braunstein:

A nadie le cabe el privilegio de mantenerse siendo el mismo a lo largo del tiempo, nadie podría exponer plenamente al yo y sus circunstancias. La memoria está desgarrada por lo imposible de recordar, por lo que fue consciente y sabido en su momento pero no pudo ser asimilado por el sujeto y quedó separado en la urdimbre del tejido (texto) de sus evocaciones (2010: 13).

En segundo lugar se puede leer como parte de la estrategia narrativa del autor. Quien se decide a relatar la forma en cómo llegó a ser quien es (o quien quiere o pretende ser), deberá seleccionar aquellas experiencias que considere más significativas o explicativas, es decir, aquellas que le ayuden y apoyen en su tarea de presentarse, y en muchos casos, disculparse. De la misma manera, desechará u omitirá las que estorben o no tengan cabida en el relato (organizado) de su vida.

Por supuesto que dependerá en gran medida de las capacidades o medios que posea el sujeto para narrar, si el discurso alcanza cierta coherencia y cohesión o no. Lo que busco destacar es que, la inclusión o la focalización de algunas de estas interacciones del individuo con los sucesos de la vida son igual de importante que la discriminación (o el silencio) de otros momentos, ya que ambos forman parte de la ruta de vida que se busca narrar. Braunstein lo resume así: “somos lo que recordamos (pero) somos también eso que olvidamos” (2010: 26).

Evitar hablar de algo, o prescindir de su registro, no parece ser una plácida laguna dentro de eso que nombramos memoria,³¹ sino una selección, un acto que implica decisión, especialmente cuando ello podría entorpecer la narrativa o desviar la atención del objetivo (consciente o no) planteado por el autor. Por ejemplo, en su autobiografía, Federico Gamboa comienza su historia a partir de sus catorce años y la lleva de forma cronológica hacia adelante hasta sus veintiocho años. Esta forma de narrar obliga a pensar que la infancia del autor, o no le resultó indispensable para contar su historia, es decir, decidió omitirla por no adecuarse al objetivo de la narrativa, o quizás los recuerdos eran demasiado dolorosos e incómodos para traerlos de vuelta al papel, entre otras hipótesis más. Sin embargo, al juntar las piezas de otros textos e investigaciones, la niñez de Gamboa tiene un peso específico en su proceso de formación que puede vincularse a una estrategia y a la vez a una especie de necesidad de reconstruir un pasado en el cual tuviese lógica y cabida su persona, como intentaré demostrar más adelante.

Como comenté, llama la atención que dentro de la narración de su vida en primera persona, rica en momentos, espacios, personajes y experiencias, Gamboa omita hablar, o desarrolle con cierta avaricia, tres aspectos de su existencia: infancia y entorno familiar; padres y los ámbitos de la educación formal.

³¹ Para esta investigación se define, de acuerdo con Néstor Braunstein, como la “capacidad de conservar la conciencia de algo que fue y ya no es bajo la forma de un recuerdo, como afirmación de un cierto saber sobre algo vivido, visto u oído en el pasado” (Braunstein, 2010: 15).

Intentar hilvanar esos momentos, que no se distinguen precisamente por ser abundantes o claros, permiten complementar el rompecabezas, darle sentido a muchas de las acciones de la persona, conocer del entorno social, político y cultural de la época, así como entender más sobre las estrategias narrativas del autor para hurgar entre los propósitos que subyacen en este tipo de narrativas. Como propone Susana Quintanilla, de las veredas que se presentan para abordar el asunto de la formación, “un camino posible es el de la reconstrucción histórica de sus orígenes, primeras experiencias y aprendizajes, así como el estudio de las escuelas por las que pasaron” (1991: 89).

Federico Gamboa, además de su autobiografía, continuó la labor en este género con la serie *Mi Diario, Mucho de mi vida y algo de la de otros*.³² Todos estos impresos hablan de sus experiencias, recuerdos y opiniones, para cubrir un espacio desde 1892 hasta 1939. Los diarios de Gamboa, como parte de este ejercicio, me resultan el equivalente al baúl de la abuela; caja llena de resonancias y letras, cuyas anécdotas, reflexiones o los datos duros se pueden leer como recuerdos útiles, especialmente a la hora de juntar las piezas y tratar de darles un sentido. Cinco diarios publicó en vida; dos extras se armaron a posteriori, y en total se cuenta con un recorrido de más de cuarenta años por la vida de un escritor, testigo y actor ciudadano, gozoso adherente a la imagen de don Porfirio, que en buena parte de ese tramo cultivó aquello que Vicente Quirarte definió como “esa otra forma de heroísmo llamada servicio público” (2011: 159), y que a pesar de exilios y famas, cruzó con ambos pies los siglos diecinueve y veinte. Aún con sus lagunas y años extraviados, los diarios de Gamboa conservan la capacidad de asombrar, e iluminar a quien quiera asomarse sin prejuicios.

Como un estilo recurrente, Gamboa solía hacer en sus diarios anotaciones cortas, una especie de elogio a la síntesis (o quizás un precursor de las formas de escritura de esta modernidad cibernética, con la maldición de los 140 caracteres). Quizás como un truco para evitar ser señalado como un difamador o un mal amigo, solía utilizar iniciales en lugar de nombres de personas, especialmente cuando existían diferencias entre ellos o algún tipo de problema. Cuando el aludido era del dominio público (como ejemplo, Arnulfo Arroyo, el agresor contra Porfirio Díaz; septiembre de

³² Los ejemplares de 1908, 1910, 1920 únicamente aparece como *Mi Diario*. Para el volumen IV, de 1934, ya aparece con el nombre de *Mi Diario, mucho de mi vida y algo de la de otros*. Dentro de la información de otras obras del autor, por ejemplo, en la edición de 1893 de su autobiografía *Impresiones y recuerdos*, se menciona como *Mi Diario. Intimidades, literatos y literatura*. En la edición de 1908 de la novela *Reconquista* aparece con dicho título como ya publicado.

1897); cuando la ocasión hablaba de cenas, eventos, sesiones, y los involucrados eran amigos, escritores o personajes de fama, entonces eran referidos por nombre y apellido. Para el caso de las mujeres, especialmente de aquellas con las que tuvo algún tipo de vinculación erótico-afectiva, el estilo se repetía. En los asuntos relativos a su familia fue avaro; para los dolores, especialmente en relación al fallecimiento de familiares cercanos, fue puntual, en extremo. Además, hay meses en los que no registra nada o muy poco y, en algunos casos especiales, como el señalado por él mismo como su “más sonada catástrofe social” (Gamboa, 1996: 72), con referencia a un asunto acaecido en 1901, esos dos meses, mayo y junio, no aparecen en el Diario correspondiente (III).

Cierto es que Federico Gamboa no fue muy prolijo en cuanto a las anotaciones, sin embargo, hay entradas que se desplazan en cuanto a referencias, reflexiones o simplemente en narrar lo ocurrido en la postura de testigo y enlace entre el lector y el mundo que él contempla, y en muchos casos, juzga. Entre los renglones, de pronto, brinca un dato, el nombre de una escuela, el compañero de las andanzas juveniles, la anécdota familiar, y en algunos asientos fechados, quizá, por efecto de la nostalgia, la edad, el país en el cual habita o simplemente como el fruto de una reflexión previa, se develan más a detalle los miedos y las obsesiones, los fantasmas del padre y la madre, la red afectiva creada entre los cuatro hermanos Gamboa Iglesias, el maestro que impartió cierta materia, el escritor o periodista que funcionó como ejemplo a seguir, siempre en los terrenos del trato con las mujeres, el perro en turno que solía acompañarlo en viajes y cavilaciones, la ciudad y sus recovecos, el mundo y sus catástrofes, la política y las monarquías, las ideas sobre literatura, las lecturas o los corajes, aventuras y decepciones de su existencia.

A fin de poder recuperar la mayor parte de los colores de semejante cuadro, he recurrido, además de los citados diarios, a la obra narrativa de Gamboa, – básicamente sus novelas –, las notas periodísticas de la época, las memorias de sus contemporáneos, los estudios sobre su persona y obra, así como a la revisión de archivos tanto en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Registro Civil de la Ciudad de México, así como los registros parroquiales del Sagrario Metropolitano de la misma ciudad.

2.1 Infancia y entorno familiar

En mayo de 1864 llegó a tierras mexicanas Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Lorena para cumplir con su papel de emperador bajo el título de Maximiliano I. Su antecesor, *el enemigo público del estado*, Agustín Cosme Damián de Iturbide y Arámburu, coronado cuarenta y dos años antes como Iturbide I, era ya parte del baúl de los agravios de la biografía política-social y cultural del México decimonónico. Siete meses después del arribo de Maximiliano, en los límites del año (22 de diciembre), nació en la Ciudad de México Federico Gamboa.

No he localizado el acta de nacimiento de Gamboa en el registro civil de la Ciudad de México.³³ Las consultas arrojan que no existe dicha acta en los libros de los años 1864 y 1865. Esto puede deberse a que su familia, como muchas de la época, no confiaban en los registros y los métodos establecidos desde los siempre tambaleantes o efímeros gobiernos en turno. Pero fieles a los hábitos de muchos mexicanos, la familia lo bautizó en el Sagrario Metropolitano el 26 de diciembre del mismo año bajo los nombres de José Federico Francisco de Paula Trinidad Demetrio Gamboa y Iglesias³⁴. En este caso no tuvo título nobiliario o pasado noble, perteneció más bien a lo que hoy se engloba en el término de clase media, “el núcleo modelo de la Nación, al decir de Ezequiel Chávez” (González N, 1957: 388).

Este escritor mexicano tuvo una familia de origen: un padre, quien tenía 44 años al momento de nacer Federico, una madre (para el mismo caso, 39 años) y hermanos. Aunque fueron trece hijos (Gamboa, 1938: 425), sobrevivieron solo cuatro: dos mujeres, Virginia y Soledad, y un hermano, José María, todos mayores que Federico (Consultar Anexo E. Árbol genealógico). En su autobiografía *Impresiones y recuerdos* es notoria la escasísima, casi nula, información sobre su familia e infancia. El padre aparecerá como una sombra fugaz; de la madre no hay una sola mención. Los hermanos son satelitales, presumibles, pero ni por asomo co-protagonistas.

No pretendo reconstruir en la totalidad estas ausencias, pero sí unir la información que he encontrado tanto en sus textos memorialistas, así como en sus novelas, al respecto y vincularla a otros escritos e investigaciones sobre la época, para montar puentes que me permitan inferir lo que estos sucesos, entornos y figuras significaron en su proceso de formación. No solo bajo la idea que Chateaubriand había

³³ Localicé en el Registro Civil únicamente el acta de matrimonio y defunción de Federico Gamboa.

³⁴ Archivo de la Parroquia del Sagrario Metropolitano. Bautismo de Españoles, Serie B. Rollo número 66. Volúmenes 47 al 52 (1860 – 1865) Registro 1418.

planteado en sus propias memorias: “los primeros sentimientos de mi vida son un reflejo de este carácter de mis padres”, sino porque los cismas o vivencias en la infancia, la orfandad, así como la imagen que Gamboa se formó sobre la figura paterna y materna, son igualmente importantes que sus amores, el entorno político-social que le tocó vivir, trabajos o países que le tocaron habitar, ya que para hablar de la formación de una persona, las etapas de la vida, el mundo de lo privado o la vida cotidiana en general forman parte de un mismo conjunto.

En el primer capítulo de su autobiografía, denominado “La última armonía”, Gamboa hace una suerte de paneo por los recuerdos familiares, pero los concentra en la casa de un tío y los adosa con conceptos como resignación, valentía y cambios de fortuna, lo que significa tener y después perder. Ese capítulo es el único que aborda directamente lo que se podría definir como el entorno familiar de Gamboa, y este pasaje gira alrededor de un piano, de la necesidad de empeñarlo para poder pagar deudas, o simplemente para comer.

Leonor Arfuch reflexiona, “el espacio biográfico bien podría comenzar por la casa, el hogar, la morada, en el sentido fuerte de *morar*: estar en el mundo, además de tener un cobijo, un refugio, un resguardo” (Arfuch, 2013: 28). Sin embargo, para Gamboa, este espacio no existe, no en su autobiografía. En sus diarios se asomarán unas anécdotas sueltas que efectivamente hablarán de cobijo, pero lo que persiste en toda su obra memorialista es una sensación de que fue el espacio público el único que el Federico estaba destinado a andar, y será en los cuerpos de las mujeres (y en las letras) en el cual construirá su espacio privado, especial, para *morar*, para apropiarse del mundo o para cuestionar su estancia.

El capítulo uno de *Impresiones y recuerdos* habla de pérdidas y de adioses. Cosas que eran parte de una rutina, de un nivel de vida, del estatus, de la paz del recinto familiar y que ahora ya no están porque la fortuna se ha encargado de arrebatarse sorprendentemente; que deja tristes a los que poseían (en este caso en la figura del tío y su familia) y ahora son desposeídos. El piano vertical de Rachals³⁵ es el eje a partir del cual giran tanto la presentación del autor, el pasado (de niños ricos), y el presente incierto – tan característico de la clase media de la época –; pieza de madera negra y blanca que reconoce Gamboa como el objeto que atestiguaba el estado de antigua bonanza, pero que para esas épocas, según su pluma, “diríase que lloraba su actual

³⁵ Pianos alemanes elaborados por Mathias Ferdinand Rachals, cuyos hijos formarán la prestigiosa casa Rachals&co. Se sabe que estos pianos eran muy solicitados en América, por su calidad y fácil ensamble “for tropical countries”.

horfandad” (1893: 8). Lo interesante es que Gamboa plantea a un primo, de su misma edad, a una prima y al tío como los sujetos de esa desgracia. En su caso, a partir de esos catorce años (1878), Gamboa también vive solo con su padre y su hermana Soledad (tres años mayor que Federico), la menor de las mujeres, pues Virginia, la mayor, estaba casada desde 1870 y José María desde 1877 y ambos viven fuera del hogar familiar. ¿Es coincidencia? No creo.

Entonces, ¿es él frente a la temprana pérdida de la madre, de la caída del padre tanto económica como de estatus? ¿Es el fin de la inocencia? ¿O es la propia interpretación de Gamboa frente a la que proponía Tolstoi (*Anna Karenina*): “todas las familias felices se parecen, y las desgraciadas, lo son cada una a su manera”? Puede ser, pero el principio de noria está en la entrada y confirma aquella idea de Néstor Braunstein: “debe haber un acontecimiento primero, basal, que sirva de ancla para comenzar el relato de las peripecias de una existencias [...] un exilio en el país de la memoria” (2010: 11)

A partir de esta especie de parto, Gamboa establece la variable de *revés de la fortuna*, como algo que debe tomarse en cuenta en la narración, ya que el futuro, la suerte o la falta de ella, es parte inherente, de acuerdo con el autor, en los sucesos de la vida. Como sentencia don Luis, el abogado cincuentón de la novela de Gamboa, *Apariencias*: “El porvenir, a mi juicio, es una palabra hueca; lo mismo puede depender su brillantez de causas seria que de causas baladíes” (1965: 52).

La lección es clara: la fortuna existe, pero frecuentemente se va. Estoicismo frente a las desgracias, y aprendizaje directo frente a dos conceptos que durante el Porfiriato formaron parte de las diatribas de la gente de letras, la élite en el poder, como los hombres de ciencia: la familia y el hogar. De acuerdo con los recuerdos de Gamboa, la pérdida de estatus y las nuevas aflicciones no le fueron ajenos, ya que:

El asunto acabó por llegarme a lo vivo; hízome valorizar los sufrimientos que a mi alrededor gemían; comprender la sublimidad de los grandes sacrificios íntimos, de esos que nunca van al vulgo, sino que se quedan en el hogar y lo engrandecen y santifican (1893: 14).

Gran parte de la infancia y juventud de Gamboa será una larga despedida, ya sea de manera definitiva como temporales, de las personas que conformaron su familia de origen, como de aquellos que circundaban esa primera esfera. Casos como los de su tío por el lado materno, José María Iglesias, o el del esposo de su hermana Virginia,

Ramón Alcalde, que acompañó a Iglesias en su huida del país, o el amigo de la familia Gamboa Iglesias, Sebastián Lerdo de Tejada, el cual, después de ocupar la primera magistratura, tuvo que salir huyendo y acomodarse en un segundo, tercero y cuarto espacio, lejos de la patria para la cual, con sus defectos o virtudes, trabajó. Adolfo Rogaciano Carrillo escribió, como si fuese la voz de Lerdo de Tejada: “la popularidad es en México tan irracional como efímera: suele alcanzarse en un día y perderse en 24 horas” (1890: 146).

En México existieron estos y muchos otros casos por las turbulentas y agitadas ondulaciones tanto en lo político como en materia de guerras intestinas, invasiones extranjeras, motines locales, revueltas, epidemias o alzamientos. Hombres y mujeres vivieron en carne propia estas sacudidas financieras, de las rutinas y en el ánimo, sin importar si se era viejo, famoso, provinciano, joven o niño, aquí a todos, o en su gran mayoría, les tocó jugar en la rueda de la fortuna.

Este tipo de sucesos políticos-sociales fueron el ruido de fondo de la historia decimonónica mexicana. Ecos de la batalla de..., el conflicto de..., la revuelta de..., el presidente interino número..., el triunvirato, el duende de su alteza serenísima y sus once coplas, las sombras de Juárez y las ironías del destino o el fantasma de Maximiliano y las campanas. Pero por cada levantamiento o revuelta hubo una contraparte que se vio afectada y que estaba más allá de quién o quiénes ocupaban el poder político: se trataba de personas muertas (ya sea por participación directa o indirecta), familias desmembradas, pérdidas de dinero y propiedades, cambios de estatus sociales o forzadas migraciones, y muchas otras consecuencias más. Para la sociedad mexicana de la época, cada suceso tenía un efecto directo que se resentía en el bolsillo y en la vida, ahora en positivo, ahora en negativo.

Niceto de Zamacois, en su obra *Historia General de Méjico* (1876 – 1882), hizo la reflexión acerca de todas esas familias que, como resultado de los cambios políticos (en este caso, el final del Imperio de Maximiliano y el inicio de la República Restaurada), terminaron en la miseria. El autor destacaba el papel de las mujeres mexicanas, especialmente en la figura de la madre, haciendo hincapié en que eran ellas las que salían a buscar el sustento, se humillaban, cambiaban de situación social, y todo esto lo podían aguantar con ese ánimo de resignación y humildad, tan propio de las ideas religiosas católicas de la época, y quizá porque los caminos se cerraban en una sola dirección: el hambre.

Nosotros hemos visto entrar, llenas de rubor y de vergüenza, á algunas tiendas en que se vende ropa hecha, esposas de individuos que han desempeñado buenos destinos, en solicitud de costuras para mantener a sus amados hijos [...] Esa pobreza y ese empeño en buscar una honrosa ocupacion para atender á las necesidades propias y de las personas que constituyen sus delicias, hablan muy alto en favor de todas las mejicanas, porque todas ellas, en las distintas revoluciones de los sistemas políticos, al ver sin destino á sus esposos, han dado al mundo ese ejemplo de resignacion y de virtud que nadie puede desmentir. (Zamacois, 1876 – 1882, Tomo 18bis: 1744)

En *Apariencias*, Gamboa describe precisamente la infancia de su personaje Pedro justo durante la intervención francesa y habla de miedos y angustias, de masacres sin sentido, de muertes heroicas, como de formas de comportamiento para no confrontar a los extranjeros a la par de los ánimos nacionalistas para luchar contra los invasores.

En esta galería de los afortunados y los desafortunados, Pantaleón Tovar escribió en 1855 de la recamarera como “una casta hija de la pobreza. Unas veces pertenece á una familia decente que fué rica, la cual mirándose arruinada, se disemina por esos mundos buscando amos á quienes servir” (1855: 100). Hilarión Frías y Soto, coincidía en lo general, y afirmaba: “hay una infinidad de chicas salidas de todas las clases de la sociedad que condenadas á la miseria buscan con el trabajo de sus manos un triste alimento” (1855: 50). De nueva cuenta, don Luis, protagonista de *Apariencias*, quien ya aprendió algo de la vida:

El mundo es así. Por una infinidad de pequeñeces se haces esos fortunones improvisados e insolentes, un matrimonio bochornoso, una bajeza a tiempo, un vaso de agua, un alfiler de corbata, un tintero que se vuelca, ¡qué se yo!, una niñería; se agrada a un potentado, a un gobernante, a un influyente y... hasta las nubes (Gamboa, 1965: 52).

Gamboa recuerda a su padre como el mejor ejemplo de los subibajas económicos y emocionales que muchos mexicanos padecieron durante esa época. A la letra: “Después de varios años, perdió el empleo, y de nuevo cruzó todos los calvarios inconfesados que en nuestro país recorren las personas decentes y desprovistas de bienes de fortuna, de súbito privadas de recursos” (1920: 41). Una constante en la prosa narrativa de Gamboa es esta idea de que la fortuna cambia de manos con facilidad, y las consecuencias, se padecen el resto de los días. Caer, para el varón y consecuente proveedor, significa algo más que perder el techo o la capacidad para

proteger a la familia. El desvío en el camino es una forma de sufrimiento dilatado, que hará del individuo un peregrino que vivirá al margen de la vida, cuyo concepto de olvido (social principalmente), incluye hacer tabla rasa del pasado de la persona, por importante (política, económica, cultural o socialmente hablando) o mínimo que este haya sido. Los días de gloria, sin el respaldo del ingreso o la fortuna en dinero y especies, son fácilmente trasmutables a días pasados, sin mayor alegoría.

En el capítulo segundo de su autobiografía, con el sugestivo título de “La conquista de Nueva York”, se puede contemplar el fantasma del padre, Manuel Gamboa. Pero este quedará eclipsado por las vivencias del hijo Federico, quien, como muchos de los conquistadores, quemará las naves para saturarse de todo lo que pueda tomar con su mano, hasta que lo regresan a México por los delitos de excesos y faltas a la moral. El padre, así, queda débilmente perfilado como una figura de autoridad, que de la misma manera busca acercarle medios al hijo para la construcción de su futuro, como castiga con rigor cualquier intento de rebeldía. Tanto en el referido capítulo, como en el tercero, “En primeras letras”, la hermana menor de Gamboa, Soledad, es nombrada únicamente como “mi hermana”, pero no pasa de ser comparsa, acompañante casi involuntario del exilio familiar. En el capítulo V, “Malas compañías”, el hermano carnal, José María, es nombrado de la misma y genérica manera, y al borde de esa línea del párrafo, desaparece.

Como la autobiografía no ofrece mayores datos sobre la infancia y entorno familiar de Gamboa, tuve que recurrir a sus diarios, los cuales tienen la ventaja de ser una serie de anotaciones escritas durante buena parte de su vida, y a pesar de las correcciones o adendas hechas entre la fecha de escritura y la de publicación, permitieron, por sobre la premura de la autobiografía, que el autor compartiera, de manera inconsciente o consciente, algunos datos, aspectos y reflexiones de su infancia y entorno familiar.

Con fecha de entrada 4 de enero de 1901, en *Mi Diario III (1901 – 1094)*, impreso en 1920, Gamboa hace mención de la casa número 4 de la 2a. calle del Reloj, en la Ciudad de México, y este es uno de los recuerdos que encontré como la ventana más amplia para poder contemplar su infancia / adolescencia y el entorno familiar; las otras anotaciones que uno puede hallar son frases cortas, puntualizaciones, en cambio, en esta ocasión, aparentemente motivado por una reflexión, que en sí misma permite (e invita a) un análisis sobre la imagen de Porfirio Díaz, la República y las dictaduras latinoamericanas, el autor se desborda, literalmente, rompe con el estilo que

ha mantenido y que mantendrá en casi todo ese ejercicio sistemático que implica llevar un diario. Un momento medianamente comparable será cuando reflexione a propósito de la muerte de Guillermo Prieto (*Mi Diario II*, 9 de marzo de 1897) y regale una estampa frugal sobre su vida como estudiante o las anotaciones que aparecen en el último de los diarios que publicó en 1938, *Mi Diario V*, el cual está enmarcado por los detalles de tal o cual evento al que asistió, en el definitivo mejor momento de su vida como diplomático. Con la sombra de don Porfirio como resorte emocional para el recuerdo y como eje que hará rotar los mismos, Gamboa rememora y pone en tinta tres momentos que habré de analizar: la toma de la Ciudadela, la caída de José María Iglesias y la muerte del padre.

El primero, que es el recuerdo que más se acerca a aquello que puedo llamar infancia de Gamboa, está vinculado al pronunciamiento de la Ciudadela (1 de octubre de 1871),³⁶ el cual será planteado como un parte-aguas en su vida. De acuerdo con sus recuerdos, a los siete años su “mentalidad infantil quedó deformada para siempre sobre puntos esenciales e importantísimos de historia patria” (1920: 32). En esta historia no hay una mano que meza la cuna, pero sí una, y derecha, la del diputado sinaloense de apellido Castellanos, con sus seis dedos, incluido el añadido al pulgar “rechoncho y pequeñín, de uña y todo [...] con el que me pellizcaba y agredía” (1920: 32), tal como recuerda Gamboa, quien dará entrada al miedo, a la noticia de la rebelión, al pasmo, a la ruptura de un convivio familiar, a tal grado que Gamboa se asombrará de que haya luna y preguntará: “¿No tendría miedo, como yo? ¿Cómo será que viendo los sucesos derrama su luz de plata, apacible e indiferente?” (1920: 33)

Descubrir el temor, la angustia y la zozobra ante la caballería que él solo recuerda como una sinfonía de sables y estribos, así como a la artillería que “sonaba fatídicamente a cadenas y hierros, a máquina pesada y torpe que, dando tumbos, caminara a ciegas azuzada por los hombres” (1920: 33); enterarse de la muerte de un íntimo y afligirse, según sus palabras, “hasta donde las infancias se afligen con la muerte” (1920: 31), significó grabar una lección en su cuerpo para el futuro, que él mismo sentenciará muchos años después del suceso, como una especie de carta de pureza de sangre: “nunca he gritado *vivas* a gobernantes ni gobiernos, [...] ni lo haré jamás [...] aprendí que para que vivan cualesquiera gobierno y gobernantes, fuerza es que mueran sus opositores y enemigos” (1920: 35). Esa particular noche, la noche de

³⁶ “Pronunciamiento de los generales Toledo, Cosío Pontones, Carrillo y Negrete, dijeron entonces que también contra el gobierno del señor Juárez [...] A costa de no poca sangre sofocó esa rebelión el general don Sóstenes Rocha” (Gamboa, 1920: 31).

su estreno ante el terror, está vinculada a la figura de la madre, la cual analizaré más adelante. Primero, quede este recuerdo en el tenor del miedo e infancia, que en apretado silogismo versa más o menos así: conocí de la guerra, me asusté y por ende no me adhiero a ningún grupo político.

Hay otro tipo de recuerdos en sus diarios que nos advierten que, en algunos casos, la imagen representada en letra comparte terrenos de dato duro y de interpretación. Además que permiten inferir que la postura de la familia era más proclive a los ámbitos monárquicos que a los llamados republicanos, especialmente por lo que Maximiliano y su estancia en México pudo haber significado en el entorno familiar, para quien el padre trabajó, cuyo secretario particular, José Luis Blasio, era primo de Gamboa (1996: 11), así como del conocimiento del idioma francés que Gamboa aprendió desde pequeño. En la entrada de *Mi Diario VII*, 21 de enero de 1923, a la letra dice:

La persistencia de los recuerdos infantiles: de muy niño, y sacudido de emoción hondísima, asistí con mis padres a la representación de la María Antonieta (¿de Giacometti?), por Adelaida Ristori. Desde entonces acá, ¡y mire usted que ha llovido!, no ha pasado un 21 de enero, ni uno solo, en que no me haya yo dicho, como si fuera un deudo del monarca francés [...] *ci-devant Place de la Révolution* (Gamboa, 1996: 105).

De acuerdo con el texto de Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña Histórica del Teatro en México*, dicha obra fue estrenada el 15 de enero de 1875 en el Teatro Nacional (Tomo III, 1895:187); la última función la dio el domingo 7 de febrero; efectivamente era una obra de Giacometti y fue una pieza muy aplaudida y comentada, dándole a la actriz italiana fama y prestigio entre “la sociedad educada é inteligente de la capital” (Olavarría, 1895: 184). Ignacio Manuel Altamirano, José Rosas Moreno, Justo Sierra y otros notables le dedicaron discursos, poemas, versos y reconocimientos. Gamboa para esas fechas contaba con diez años recién cumplidos. Unos años antes, con asiento fechado 12 de abril de 1911, en el último de sus diarios que publicó, Gamboa recuerda, durante un ataque de fiebre por la influenza, otra obra que le impresionó mucho en su infancia, se refiere al drama gótico-romántico de Victor Ducange, traducido al español por Juan de Grimaldi (1872) *El abate Lepée o la huérfana de Bruselas* (Gamboa, 1938: 355 – 356). En realidad se llamaba *El abate L'epée y el asesino o la huérfana de Bruselas* y en México aparece referido solo como *La Huérfana de Bruselas*; Olavarría y Ferrari habla de esta obra para 1874 y que en su

momento conmocionó a chicos y grandes. Fue puesta en escena en el Teatro Principal (Tomo III, 1895: 174).

Si Gamboa se emocionó o sufrió, más allá de cualquier impostura, es irrelevante; el recuerdo aquí cumple con la función de dejar en claro al lector que para Federico Gamboa, el escritor y diplomático, hubo un pasado en el cual se acudía en familia al teatro, a ver obras “serias” y no zarzuelas que eran consideradas como espectáculos populares (la asistencia al teatro en su etapa de juventud es asunto de análisis en el capítulo tres). Asimismo, que este pasado familiar está irremediablemente emparentado a Francia, pero a la Francia monárquica, es decir, a todo aquello que el autor quiere significar en torno al orden y la autoridad, especialmente si tomamos en cuenta la posición de Gamboa frente a las llamadas clases bajas, los indígenas y el pueblo en general, opinión por cierto, compartida por gran parte de los “científicos”, así como de cierta ala ilustrada decimonónica, que básicamente rondaba alrededor de la idea que las naciones y los pueblos de la Hispanoamérica requerían ser tutelados por caudillos, eso sí, de los que él calificaba como positivos. Vaya como un ejemplo aquel discurso que Gamboa pronunció frente a Díaz, en la Escuela Nacional Preparatoria, el 28 de septiembre de 1898:

Acabo de decir que las civilizaciones indígenas destruidas por los españoles nos quedan tan lejos como los esplendores del Egipto antiguo, y en efecto lo creo, en razón á que nuestro modo de ser es español y español ha sido. No hallo en la República entera vestigios ó hábitos indígenas; veo, sí, muchos degenerados todavía, un empobrecido rebaño de indios, el lamentable fin de una raza que apenas vestida de cuerpo, desnuda de inteligencia y exhausta de sangre, agoniza en silencio, sin dejar nada, ni siquiera deudos que la lloren (1910: 73).

Y aunque Gamboa aclara casi inmediatamente que si bien le vienen a la cabeza nombres como los de Benito Juárez, Ignacio Altamirano o Ignacio Ramírez, estos no podían considerarse *indios*, por mucho que ellos presumieran de serlo, ya que eso era por una “inocente coquetería de hombres superiores” (1910: 73), además que no eran, de acuerdo con el autor, torpes e ignorantes, mal vestidos e inmorales, ya que “su opaco color, no es sino una equivocación de la naturaleza” (1910: 74). Para Gamboa, además de los indígenas, existían otras trabas en la historia patria, por ejemplo, en sus diarios se pueden leer opiniones sobre la República, la cual “resultó, cuando no una aberración, una equivocación trascendental” (1920: 11), y el sufragio universal, “esa

imbecilidad sociológico – política” (1995 E: 57) así como los jurados que eran “imbecilidades democráticas” (1910: 57).

Dado el carácter de huérfano juvenil de Gamboa, puede entenderse que muchas de estas y otras imágenes, tengan como asidero y origen la voz de los otros, especialmente la de los familiares cercanos que sobrevivieron igual que él al destino y el naufragio económico – social. Como lo propone Néstor Braunstein, “el recuerdo no es una función individual, sino una construcción colectiva” (2010: 24). Y en este caso, la voz de los hermanos juega un papel importante – especialmente por la red de apoyo que se construyó entre ellos –, en el contenido de la maleta memorialista de Gamboa. En asiento fechado 11 de marzo de 1913 se puede leer: “Con copia de detalles, me cuenta mi hermana Soledad, cómo estuve a punto de morir de hambre cuando el sitio de México 67 (1867),³⁷ en que yo tenía apenas dos años y medio de venir al mundo” (1995 E: 74).

Al revisar los diarios de Gamboa es fácil comenzar a detectar la presencia de los hermanos y los sobrinos, ya sea en un evento, por motivos de duelo, por acompañamiento, por solidaridad ante los problemas, como invitados o como referencias de orgullo y gusto. José María Gamboa no solo fue el hermano mayor de Federico, también fungió en diversos momentos como una especie de tutor; le consiguió su primer empleo de escribiente en un juzgado de lo civil, de donde él era juez; y muchas veces intentó ser una especie de modelo, aunque no lo consiguió del todo (fue alcohólico). En la propia autobiografía de Federico se puede inferir que en alguna temporada vivió con su hermano. A la letra: “Cuando una de mis borrascas de juventud me arrojó lejos de la casa de mi hermano” (1893: 107). José María será presencia constante en periódicos de la época, no solo por su labor de abogado (que parece ser fue muy exitoso) sino por su paso en la Secretaría de Hacienda o en Aduanas. Encontré un soneto de José María Gamboa que creo, refleja bastante bien el carácter serio y dedicado, totalmente contrario a Federico, pero no por ello los convierte en seres ajenos, si no en personalidades diferentes, de la misma familia y orígenes, cuyas búsquedas los harán coincidir plenamente cuando ambos se aboquen a la diplomacia, y Federico decida alejarse de su ludopatía. A la letra el soneto que apareció en el *Diario del Hogar*, el 20 de diciembre de 1885:

³⁷ Elementos del ejército mexicano de la república, al mando del Gral. Porfirio Díaz se enfrentaron el 21 de junio de 1867 en las afueras de la Ciudad de México contra las tropas al servicio del ya destituido Segundo Imperio Mexicano al mando del general Ramón Tavera.

Prever para saber quiere la ciencia. Y saber para obrar el arte pide. Y en ciencia y arte augusto se divide. El progreso de toda la existencia [...] Fría e imparcial ha de decir la historia, que a ti, plantel magnífico, es debido [...] Por quien brindo entusiasta y conmovido, A ti, mi madre, a ti, Preparatoria.

En terrenos del Ministerio de Relaciones Exteriores, los hermanos Gamboa Iglesias ocuparon puestos de diversa importancia siendo José María el primero en llegar al escalón de subsecretario. Incluso cuando Gamboa fue cesado temporalmente (cosa de un mes) de su cargo de ministro en Guatemala en 1901, según nota de *El Diario del Hogar* de fecha 11 de mayo de 1901, repito, por aquello que él recordará muchos años después como su “más sonada catástrofe social”, la cual creo está vinculada a su etapa de ludópata que le hizo perder mucho dinero, y parece ser, un poco de prestigio y casi el empleo. El asunto es que José María, que aparece como el juicioso, el responsable, el abogado exitoso, pudo haber intervenido en la recontractación de Gamboa, o por lo menos así lo deja ver el autor en sus memorias, aunado al gran cariño que le tenía el eterno secretario del ramo, Ignacio Mariscal.

Sus hermanas, Soledad Gamboa de Sagaseta y Virginia Gamboa de Alcalde serán presencias constantes también, vínculos efectivos familiares, tanto de forma directa como a través de los descendientes. Por cierto, Soledad se casó (1 de mayo de 1884) con Miguel Sagaseta, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, quien en primeras nupcias engendró cuatro hijos, uno de los cuales será la esposa de Gamboa, María Sagaseta (otro, Miguel Jr., será secretario particular de Federico por varios años y vivirá con ellos en Guatemala y Washington; Manuel Sagaseta se casará con la segunda hija de José María). Es decir, Miguel Sagaseta era además de suegro, su cuñado.

Para el caso de Virginia, se encuentran asientos fechados como el del 17 de julio de 1897, en el cual se puede leer que, después de una relación tormentosa, Gamboa comparte que, “perdido de mi neurastenia, con pánicos terrores de morir súbitamente al acostarme, voy y me refugio en la casa de mi hermana Virginia, para que el cariño de la familia opere con su magia la cura de que tanto he menester” (1910: 37). Soledad (Chole), y su sobrina Guadalupe, viven una temporada con Gamboa y su esposa durante su estancia en Bruselas (1911 – 1913). Durante gran parte de su exilio Gamboa menciona en repetidas ocasiones a su hermana Soledad, aparentemente escondida en Veracruz, con la que mantiene nutrida correspondencia. Por ejemplo, de una entrevista que le hacen en el Galveston Daily News, publicada el 14 de enero de

1915, escribe con esa misma fecha: “despacho un ejemplar a México, con recomendación a mi hermana Soledad de que por lo pronto lo lea a los íntimos y, “caso necesario”, procure su reproducción en la prensa.” (1995 E: 210); además, la recomienda con amigos y viajeros que se topa en los Estados Unidos y que van a México, e incluso le envía ayuda económica de forma constante. Sus tres hermanos morirán antes que él. Y estas pérdidas serán para Gamboa un fuerte golpe. Sirvan como muestras las de sus dos hermanas:

Virginia. 08 de marzo de 1903: Estas mutilaciones incontrastables ¡cómo nos hieren si nos dan alcance en tierras extrañas! [...] yo he visto mi niñez distante, toda transcurrida bajo la guarda de mi hermana muerta, y me he querido a mí mismo, en lo antiguo, he querido a aquel yo, inocente y puro, muerto también hace un puñado de años (Gamboa, 1920: 230)

Soledad. 19 de mayo de 1917: Gravedad espantosamente cruel según por acaso y terceras personas he sabido, en la que dio muestra de la firmeza de su fe en Dios. Parece que se consumió lo indecible, como mi otra hermana, Virginia. Y la natural pregunta viéneseme a los labios: ¿Por qué muertes tan torturantes para dos mujeres virtuosas? (Gamboa, 1995 E: 467)

En su primer ejercicio narrativo largo, *Apariencias*, aparece un pasaje que bien podría ser el retrato de la familia Gamboa Iglesias, en un cierto momento, y por supuesto, iluminado por el recuerdo y la nostalgia, aunque no por ello pierde su fuerza descriptiva. El recuerdo viene del personaje de don Luis Verde, el más viejo del triángulo amoroso:

Veía el comedor de su casa en una de esas noches en que la sobremesa se prolonga [...] sazónada con el dulce calor de la familia completa [...] (el) jefe del hogar que habla reposada y gravemente, animado por la amorosa atención de los suyos [...] cuando mira con orgullo al mayor de sus hijos, estudiante profesional y baluarte de sus esperanzas; con tristes presentimientos al mala cabeza que le recuerda sus calaveradas juveniles; con planes de matrimonio en embrión, a la mujercita, y con gratitud a su esposa, la sufrida compañera de los años de prueba y los días de lucha (1965: 25).

El orgullo, José María, estudiante y próximo abogado. El “mala cabeza”, Federico, y la mujercita, Soledad, ya que Virginia está casada desde tiempo atrás e incluso ya es madre cuando Gamboa era un niño. La sufrida compañera, Lugarda.

El otro recuerdo que Federico Gamboa menciona como fundamental habla de una casa, grande, con diez balcones, de los cuales cinco de ellos permiten ver desfilar por la calle de san Ildefonso al vulgo y los gentilhombres, como igual se percibe, cerca del templo de santa Catalina, la soledad y el miedo de los habitantes de la Ciudad de México frente a las revueltas o los motines; una casa en la cual el desasosiego y las inquietudes eran la cotidianidad, dado los constantes zarandeos políticos de la época. Espacio íntimo que permitía por igual la concurrencia de la tía, los primos, los amigos del padre y todos aquellos adherentes a la causa de su tío por la vía materna, José María Iglesias (y amigo íntimo de Manuel Gamboa, padre de Federico), los “legalistas”, para hacer de ese refugio el lugar oficial de las reuniones, los lamentos, los consensos o las expectativas. Corría el año de 1876, y septiembre traía malas noticias para el futuro de ambas familias.

Siempre a partir de la memoria de Federico Gamboa se sabe que, incluso esa casa sirvió para que entre los dos pianos verticales que poseía la familia – que dice mucho de la categoría social y las prácticas culturales que ostentaba la familia –, se escondiera “la edición, húmeda todavía y oliente a imprenta, del primer manifiesto de mi tío; con tan buena suerte, que la tarde del cateo de nuestra casa, escaparon las hojas a las pesquisas policiales, y en tiempo y sazón pudieron ser distribuidas” (1920: 29).

Interesante que en las otras muchas páginas memorialistas de Gamboa no haya más referencias a José María Iglesias, dado que este último regresó a México en 1877 y, dada la cercanía de Manuel Gamboa con Iglesias, a la muerte de este (1883), se podría presumir que el tío (muerto hasta 1891) habría velado por sus sobrinos, pero, repito, en los textos de Gamboa no existe referencia ni mención de ello (ni de su tía, Juana Calderón Tapia de Iglesias, muerta en 1897, pero sí menciona a alguno de sus primos, especialmente a Manuel Iglesias), ni de convivencia, ni de ayuda por parte del tío materno. Quizá se debió a que, como lo escribiera Ángel Pola en *El Diario del Hogar* en un artículo titulado “En casa de las celebridades: José María Iglesias”, el domingo 17 de abril de 1887, José María Iglesias, “el inmaculado, gran publicista, inteligente y perspicaz político, verdadera gloria nacional, vive voluntariamente

enterrado vivo, desde hace diez años, en la casa número 1 de los Sepulcros, en Santo Domingo”.

Llegó el mes de noviembre (22) y a un mes de que Gamboa cumpliera los doce años de edad, el rompimiento entre Díaz e Iglesias resultó evidente, la Capilla no aguantó y José María Iglesias hubo de abandonar su sueño y el país, igual que Sebastián Lerdo de Tejada, y Porfirio Díaz llegó al poder. La familia Gamboa Iglesias sufrió un duro revés, pues el pariente y amigo había sido desplazado de la silla presidencial, obligado a emigrar y el futuro hacía eco de otros nombres, otros estilos, porque lo que había que adaptarse a las nuevas marejadas, y aunque el jefe de la familia ya no estuviese activo en la vida política y trabajara en los Ferrocarriles, ciertas cercanías, y los demonios del pasado los alcanzaron, con muy malos resultados.

En la narración destaca el momento en que los nuevos vencedores entran en la ciudad de México (día 23), primero, como siempre, aparece lo que Gamboa llama “la horda”, después llegarán los jefes, los líderes y el caudillo. Pero ante la llegada de esos hombres, según la narrativa de Gamboa, “mal vestidos, calzados de huaraches que producían despacible ruido en su roce contra los adoquines; armados de rifles, bayonetas y repletas cartucheras” (1920: 37), la ciudad, de nueva cuenta, por ocasión número N se aterrorizaba y preparaba frente a lo inevitable. A la letra del recuerdo:

Cerró el comercio sus aparadores y tiendas; el vecindario se atrincheró dentro de sus domicilios, y por las calles persistía el inacabable desfile, aquel rumor de agua embravecida y suelta que subía, subía sin descanso, venida de montes y sierras con quién sabe qué apetitos, que hambres atrasadas, qué propósitos siniestros (1920: 37).

Pero a pesar de los temores, y los rumores, a pesar de estar inundados por esos ciudadanos que Gamboa puntualiza “no sabían leer ni escribir” (1920: 38), le permitieron asistir a la borrachera histórica de la entrada del caudillo vencedor, eso sí, acompañado de un pariente maduro. A través de un cristal del afamado y clasemediero restaurante “La Concordia”, Gamboa fija el recuerdo de esa época con la figura del primer Porfirio Díaz, de aquel que entró a la Ciudad de México en noviembre de 1876, arrastrando su porte aún mestizo, aún indígena, aún salvaje. A la letra dice:

Yo, que no lo conocía, que por primera vez lo miraba, durante esos pocos instantes logré examinarlo y se me fijó para siempre; según se nos fijan las impresiones tempranas que por una causa u otra, sacuden y agitan nuestra infancia (1920: 39).

Gamboa conjuga que, debido a su edad cronológica, lo que él llama aún infancia (con casi doce años de edad) y aunado al sentimiento (estoy seguro generalizado entre los miembros de su familia) de saberse arrebatado del apacible lago burgués, y lanzado, junto con los suyos, a las agitadas aguas del océano desconocido (pero sí presentido) de la penuria, el personaje de Porfirio Díaz no podía entrar en el renglón de sus querencias:

Moralmente, no me resultaba "persona grata," debido a la atmósfera familiar de los últimos días. En vez de haber sido el mantenedor de los derechos de mi tío, era su enemigo, el que se le interponía, el que lo alejaba de la suprema magistratura, porque disponía de fuerzas y elementos mayores... Y por una lógica meramente infantil, me di a considerarlo como el enemigo de todos y cada uno de nosotros; nos había arrebatado algo, y me amohinaba no poder precisar qué sería lo que a mí en lo personal me habría quitado (1920: 39).

Sin embargo, cuando Gamboa se entera de las diligencias del general Díaz para rendirle honores al cuerpo de su padre muerto reconoce que, a partir de ahí, el agradecimiento que siente por él crecerá, y que por una serie de sucesos favorables, incluso llegará al cariño, y servirá como un contrapeso ante los eventos o actos futuros del general Díaz que sean contrarios al parecer de Gamboa.

Hasta aquí, dos de los tres recuerdos. Entre la noche de terror y la caída del tío, todavía falta diseccionar lo que la muerte del padre pudo haber representado en el proceso de formación de Gamboa, suceso que estudiaré en el apartado sujetos e ideales (2.2). Transcritas están las anotaciones, ahora viene este juego de los espejos que toda interpretación encierra.

No me atrevo a descalificar lo que Gamboa presenta como los eventos que le marcaron la vida, pero "recordar es re-presentar", como dice Braunstein (2010: 18), y en este caso no es la excepción. Me explico. Primero quiero hacer hincapié en que este tipo de sucesos son una narración hecha, si nos atenemos a la fecha del asiento, el 4 de enero de 1901; pero si se revisa la estrategia narrativa de Gamboa, e incluso por una nota que el mismo autor pone a pie de página, podemos leer que hizo revisiones para 1912; amén de que diversos sucesos, como su intempestivo regreso de Europa por el nombramiento fugaz (de un mes) como Secretario de Relaciones Exteriores en 1913, así como la aventura fallida que resultó ser el candidato a la presidencia por el partido Católico, de la mano del general Eusebio Rascón para la

vicepresidencia ese mismo año; aunado al inevitable y desgastante exilio que duró cinco años (1914 – 1919) retrasaron la publicación de dicho diario, que se verificó hasta el año de 1920.

Si acepto la fecha de 1901 es preciso destacar que Gamboa estaba en un muy buen momento como escritor: ya había publicado su tercera novela, *Suprema Ley*, en 1896, y cuarto de sus textos impresos, con gran éxito. Era sujeto constante de la prensa, tanto en su papel de hombre de letras, a quien pasados sus treinta años ya se le aplicaba el distintivo de *Don*, como por su participación dentro de la cartera de Relaciones Exteriores (dos años en Centroamérica), la cual plantea había sido desempeñado con éxito, o por lo menos así lo escribe en su diario el 29 de diciembre de 1900, tras la entrevista que sostiene con Porfirio Díaz, quien le dice: “El gobierno está satisfecho con el manejo de usted en Centroamérica” (1910: 285). Estaba casado por lo civil desde 1897 y por la iglesia en febrero de 1898, ya era padre de un varón en 1899³⁸, y era un invitado constante a los eventos que el presidente Díaz y Carmelita solían celebrar.

Si tomo la fecha de 1912, existen puntos dignos de ser mencionados. El más importante, es que para ese año Porfirio Díaz ya no estaba sentado en la silla presidencial, sino en París como caudillo exiliado (1911). Gamboa se encontraba en su mejor momento como funcionario público. Debido a la muerte del eterno Ministro de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, en 1910, Gamboa se quedó al frente del ministerio (sin abandonar su puesto de subsecretario del ramo), y aunque solo fueron 18 días, dice mucho de la confianza que le tenía Díaz. Gamboa formó parte de la comisión especial, para formar un protocolo mexicano que recibiera a los diplomáticos y personalidades que llegaron para la celebración del Centenario de la independencia mexicana. Una vez pasadas las fiestas, según pudo investigar Josefina Mac Gregor (2009), Gamboa no se entendió con Enrique Creel, quien fue nombrado como Secretario del ramo, y tras algunas negociaciones, Gamboa aceptó el nombramiento de embajador especial para España, y de ministro para Holanda y Bélgica. En el primer punto debía, entre otras cosas, dar las gracias al rey por la participación de este país en la celebración del centenario, y Gamboa aprovechó esta estancia para asistir a estrenos, fiestas, y “alternar” (precioso madrileñismo, anota él) con lo mejor de la

³⁸ En la edición de CONACULTA (1995) fijan el nacimiento del hijo de Gamboa y Sagaseta en 1900, y Gamboa lo anota en su Diario un 29 de julio de 1899. A la letra: “¡Dos y veinte de la madrugada! ¡Hijo mío! acabas de nacer, te saludo con un raudal de lágrimas. Eres el ESPERADO, el ADORADO, el BIENVENIDO!” (1910: 122) (1995: 76).

sociedad española, tanto en el ámbito literario como social. En su papel de hombre de letras está consumada su condición de escritor exitoso y muy conocido entre los lectores y la sociedad en general. Tiene en su haber seis novelas impresas, una más a punto de salir, tres obras de teatro representadas con éxito, y tres de sus obras memorialistas circulando en el mercado. Su novela número cinco, *Santa*, ya era, como lo ha señalado José Emilio Pacheco, “el primer *best seller* mexicano [...] (y) al mismo tiempo su contrario: el *long seller*, el libro que continúa leyéndose a lo largo de muchos años” (1995: XVI). Gamboa no siente mucha simpatía por Francisco I. Madero, a quien califica, según puede leerse en asiento fechado 12 de diciembre de 1912, como “un demente lúcido (quien) padece de logorrea, ecolalia y fuga de ideas” (1995 E: 57), sin embargo no es removido de su puesto, y se da el lujo de ir a recibir a Díaz en el muelle de la Plata.

Y si lo observo a partir del año de publicación, 1920, además de todo lo descrito anteriormente habría que puntualizar su exilio de cinco años (1914 – 1919), cuyas impresiones se pueden leer en *Mi Diario VI*, que publicó CANACULTA, gracias al trabajo realizado por el maestro Pacheco. La lectura de dicho diario deja un mal sabor de boca, especialmente porque es común encontrar la queja, la decepción y el coraje de ser un exiliado, después de haber estado en el grupo de los elegidos de doña fortuna. Las notas que corresponden a los años de 1912 a 1919 no solo conforman el más grueso de los volúmenes publicados, sino el más triste. El desconsuelo está bordado constantemente al enojo, especialmente porque él, su mujer e hijo se ven privados del confort, los viajes, las cenas con artistas o miembros de la nobleza, los eventos diplomáticos, las vacaciones y todo lo que implicaba estar en el primer círculo de la diplomacia y en el pináculo de la fama como escritor.

Me inclino por tomar estos recuerdos al tiempo de 1912 y 1920. Me explico. Estos recuerdos gravitan alrededor de la imagen que Gamboa se ha formado en esos años de Porfirio Díaz, al que, según sus palabras, “tanto le debo, como mexicano y como individuo” (1938: 382); imagen que no puede estar más que en el tenor del gran conductor de los destinos de ese barco de nombre México y alma de Titanic; del caudillo positivo, del único que podía y debía tutelar la patria, porque ante todo Díaz parece en gran parte de los diarios como el padre sustituto para Gamboa, y refiero esta idea al tenor de aquella que José Emilio Pacheco postula, al afirmar que Gamboa es “un desarraigado geográfico que en la sociedad porfiriana encuentra un sitio” (1995: XIV), y me parece que fue, ante todo, un hombre que buscó hacer de esa época de

bonanza el fin (en los dos sentidos de la palabra) de su vida. Para Gamboa ser parte del Porfiriato era algo más que una casualidad, era inevitablemente su sino, la playa en la cual habría de anclar para encontrarle sentido a sus días, aunque la vida, una vez más, le enseñó que solo era una etapa, una aventura con fecha de caducidad. Sin embargo, la nostalgia y el afán de pertenecer pudieron más que la terca realidad, y por ello muchos de los recuerdos de la infancia de Gamboa están vinculados, si bien a un cambio de fortuna, en primera instancia a una época de dicha, de bienes y parabienes, y que al tiempo de las pérdidas, aparecieron las compensaciones en la figura de Porfirio Díaz.

Aunado a lo anterior, el tipo de consignas que Gamboa elabora alrededor de sus recuerdos, como aquello de haber sido una especie de “agente libre”, de sujeto que no conoció de ataduras por ideologías o preferencias por gobiernos imperantes, necesariamente tiene que verse bajo la luz de los hechos acaecidos, pues Gamboa ha pasado por la tortura de ser perseguido político, especialmente por Venustiano Carranza, ha vivido exiliado de forma bastante precaria en la Habana, Cuba, principalmente, perdió la casa que se pudo comprar, en parte, con las regalías de *Santa*, así como a la mayor parte de la red de amigos y conocidos que sostenían su mundo laboral, intelectual y social; cargaba con el estigma por haber participado, aunque de manera muy rápida, en el gobierno de Huerta y por tener tatuado en todo el cuerpo el sello del Porfiriato, como si fuese lepra pestilente.

Néstor Braunstein propone que en todo relato autorreferencial la “verdad es directamente proporcional a la distorsión (propia y ajena) que se ha inyectado al acontecimiento” (2010: 25). Creo que para este caso, en sus diarios, esta verdad ha sido representada como un certificado de existencia, que aunque los otros intentaron destruir, Gamboa se empeñará en dejar por escrito, a manera de vinculación directa entre su paso por la diplomacia y su labor como hombre de letras, en tanto sujeto de prensa y personaje público. Como una manera impresa de oponerse al olvido y el tiempo, Gamboa recuerda, y lo hace tomando a Díaz como epónimo, y a su infancia cobijada como otra de sus cartas de presentación.

Creo sin embargo que, ya sea plagada de añoranza, o sombreada por el afán de idealizar el pasado como un espacio inamovible, lo que el autor termina compartiendo es aquello que podemos analizar como parte de su proceso de aprendizaje, siempre y cuando tengamos en cuenta las estrategias narrativas del autor, y vinculándolas a otras concepciones de la época, que para este caso, están

involucradas a conceptos como niñez y entorno familiar. José Tomás de Cuellar, en *Los mariditos*, escribió:

En la infancia se forma el carácter, en la niñez se prepara el niño para la juventud, sembrando en su espíritu, los gérmenes que vayan á desarrollar en el joven la ciencia, la fuerza y la conciencia; y preparado así pueda el joven llegar á hombre sobrio, casto y fuerte, para poder ser útil á sí mismo, útil á sus semejantes, y alcanzar una vejez larga y dichosa. Pero si en la infancia la falta de educación, la ignorancia y el amor excesivo y extremo, imprimen al párvulo un mal carácter y se lanza al niño después por el túnel de una instrucción enciclopédica y puramente didáctica, descuidando la parte educativa con relación á la moral y á las costumbres, saldrá al otro lado del túnel (1890: 226).

Creo que en esta cita están condensadas muchas de las ideas que en el siglo diecinueve fueron eje rector para las diatribas y las elucubraciones en diversos ámbitos. Para este caso, la infancia de Gamboa tuvo un brillo que lo marcó, destellos que presagiaban una caída que se explica fácilmente, según el autor, y una serie de lecciones que decidió formarían parte esencial de su andar y sentir en el resto de sus días. Por supuesto, también están las figuras rectoras, que bajo la coraza de madre y padre desfilan en sus escritos memorialistas, especialmente en sus diarios, porque, repito, en su autobiografía, ambos progenitores únicamente pueden ser explicados como ausencias, como principal pretexto para decir: si probé de todo fue por mi temprana orfandad. Y para la época y los discursos, no así necesariamente en las prácticas, sonaba exactamente a lo que los demás querían escuchar: la familia era el castillo en el cual todas las bondades vivían, y los padres eran una especie de reyes sabios y déspotas, cuya posición jerárquica autorizaba a premiar como castigar, pues todo lo que hacían debía entenderse en favor de los más inocentes y menos preparados: mujeres y niños. Ahora más a detalle: primero las damas.

2.2 Sujetos e ideales

Para el caso de la madre, el vacío en la autobiografía se podría entender, en una primera instancia, por la temprana orfandad de Gamboa, ya que al momento de la muerte de Lugarda Iglesias Inzaurraga (19 de julio de 1875),³⁹ este contaba con diez

³⁹ Aunque en las ediciones publicadas por CONACULTA (1994 – 1996) en la sección “Cronología” se fija la fecha de muerte de la madre para 1878, en los mismos diarios Gamboa anota en, al menos dos ocasiones, otra fecha: Entrada: 9 de marzo de 1897: (Hablando de Guillermo Prieto)... “lo conocí, al igual

años. El hablar poco de ella en sus diarios o el nunca hacer mención del nombre en *Impresiones y recuerdos*, también puede entenderse a que, en la época, los asuntos de índole familiar, aunando a lo que una madre representaba en el universo de significados, percepciones y normas de lo cultural y social, eran terreno de lo privado, de lo íntimo, de aquello que no tenía por qué ventilarse ante los extraños y en muchos casos ni siquiera frente a los propios; esto puede interpretarse como resultado de una forma de educación de la época, así como un estilo retórico que implicaba mantener fuera de la vista de los lectores los asuntos de mayor intimidad, especialmente si el hablar de ellas podía prestarse a malinterpretar el papel de las mujeres en las costumbres del siglo, así como poner en entredicho su honra o simplemente por considerarlo de mal gusto. Como lo explica el mismo Gamboa, aunque refiriéndose al hecho de compartir el sentimiento de pérdida con los lectores por la muerte del padre: “no he de consignar aquí nuestro dolor, esa clase de dolores se prostituyen cuando se hacen del dominio público” (1920: 40). De igual manera, y muchos años después, anotará en su Diario el 19 de enero de 1908, la noticia de la muerte de su sobrina de veintidós años, Mercedes, hija de su hermana Soledad: “¡Ah! Estos grandes dolores íntimos no debería uno mencionarlos, para que el contacto de nuestro prójimo no nos los empañe y prostituya” (1934: 263).

Gamboa perfila la figura materna como irremplazable, pues como anota en *Mi Diario II*, “no se ha descubierto hasta hoy ni paréceme fácil que nunca se descubra, un sustituto de nuestra madre, especialmente cuando es, como lo fué la mía, mujer virtuosa y santa”⁴⁰ (1910: 7). Llega incluso a vincular a las religiosas (monjas), con esa idea que se tenía sobre el “deber ser” de las mujeres, especialmente cuando eran madres (vivir y sacrificarse para y por los otros), amén de que en su reflexión concluye que en el fondo de toda *buena* mujer, existe una hermana de la caridad: “para mí la Hermana de la Caridad ha sido, después de mi madre, la santidad hecha mujer y la mujer más respetable” (1907: 108).

Aquí los adjetivos hay que entenderlos como conceptos, y tal cual reflexiona Jaime Labastida: “al formar conceptos, el hombre engendra, captura, concibe ideas: señala límites, marca fronteras y separa un objeto conceptual del otro” (2006: 11).

que a Don Sebastián Lerdo de Tejada [...] por los setenta [...] antes del 75 en que perdí á mi madre y que por eso no se me olvida”. (Gamboa, 1910: 17) (1995 A: 14). Entrada: 19 de julio de 1913: “En el mar. Trigésimo octavo aniversario de la muerte de mi adorada madre”. (Gamboa, 1995 E: 117).

⁴⁰ Dicha cita, si bien apareció en *Mi Diario I* (1908), en la dedicatoria “Para mi hijo, cuando sepa leer”, fue corregida para la edición de *Mi Diario II* (1910). Utilizo la corregida. A la letra dice: “Este prólogo-dedicatoria se publicó ya, aunque omitiéndose una palabra importante para su sentido, en el tomo I de «MI DIARIO.» Reprodúcese aquí con el objeto de que guarde su integridad de origen, —Nota del autor”.

Virtuosismo o santidad, amén de hallarse interconectado con el universo de símbolos de la religión católica, constituían algunas de las llamadas cualidades que toda mujer debía exhibir y practicar en la época, si es que se quería formar parte del grupo de las féminas “buenas” y “respetables”. El lugar de las mujeres en el entramado social dependía precisamente de respetar, promover y defender dichos conceptos, aunque en las prácticas sociales las categorizaciones de una mujer (buena o mala) se dirimieran más en el equívoco mundo de lo público y lo privado.

Que Gamboa asocie a su madre a estos conceptos es casi, para la época, un lugar común. Esto no excluye que así lo haya pensado o sentido, sin embargo, y tomando como eje algunos impresos del siglo diecinueve, es frecuente encontrar la descripción de la madre, atada idealmente al de esposa, ceñida a epítetos como: santa, tierna, honrada, buena, piadosa, cariñosa, bendita o virtuosa. Es decir, aquí la maternidad no solo es a mujer, sino a mujer casta, devota, obediente: el sujeto adjetivado.

Si bien se pueden encontrar cambios en el discurso a través de los años, respecto de las figuras de la mujer y el varón, la intención y necesidad de formar ciudadanos, al amparo de los términos: educado y civilizado, así como la asignación de cualidades y características para ambos sexos, fue una constante durante gran parte del siglo diecinueve. No pretendo hacer del accidentado mapa del siglo una planicie sin ríos o cordilleras, pero las investigaciones sobre la vida cotidiana de los mexicanos⁴¹ han colocado un reflector sobre la sociedad que, primero, resaltan la heterogeneidad de sus componentes; segundo, marcan una distancia clara entre prácticas y discursos; tercero, demuestran que, en materia de usos y costumbres sociales, los cambios son más lentos o menos drásticos que los cambios de régimen político y cuarto, reiteran las diversas acciones que se desplegaron sobre el hecho de clasificar y nombrar tanto lo femenino como lo masculino, sin olvidar a los grandes protagonistas del periodo: la familia, la maternidad o la convivencia social.

Es ahí, en esta forma de búsqueda social, así como en la reticencia de los mexicanos a los cambios, en donde encuentro que hay una especie de permiso para utilizar igual textos escritos en la mitad del siglo como en los esplendores del Porfiriato. Ahora sabemos que los esfuerzos por educar y parecer educados se multiplicaron o

⁴¹ Como ejemplos está la investigación exhaustiva de Daniel Cosío Villegas (1955 - 1965). *Historia Moderna de México*, con VII volúmenes, cuyos tomos III (1956) *La República Restaurada. Vida social*. Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy o el tomo IV. (1957) *El Porfiriato. Vida Social*, Moisés González Navarro. O el último de los trabajos editado por el COLMEX y el FCE (2004 - 2006) *Historia de la vida cotidiana*, 5 tomos.

tuvieron una mayor difusión en períodos como el Porfiriato, dada las condiciones económicas, sociales y culturales, así como las conjunción de variables como la paz; la permanencia en el poder de un mismo grupo; los desarrollos en materia de comunicación y transporte o asuntos como la migración. Sin embargo, los cismas políticos no impidieron que durante la República Restaurada, el primer período de Juárez o en los pocos años del Segundo Imperio, la sociedad continuara enhebrando normas de conductas o límites de actuación para cada integrante del conglomerado, sea en los núcleos familiares como en lo individual.

Como un ejemplo de lo anterior están las madresposas⁴² (en el discurso ideal), quienes debían formar parte de otro conjunto, definido especialmente por el Romanticismo, llamado el *bello sexo*.⁴³ Durante gran parte del periodo decimonónico mexicano a las madresposas, al igual que los varonpadres, se les sedujo, amenazó o invitó a la reflexión (tanto por las plumas masculinas como las femeninas), acerca de las conductas y prácticas que debían observar para ser considerados, antes que nada, ciudadanos-civilizados, y especialmente, elementos consustanciales del gran concepto decimonónico: la patria. La figura de la madresposa (y la de los varonpadres) se encuentra enlazada a lo que Andrés Molina Enríquez (*Los grandes problemas nacionales*), construyó como un todo, más allá de la madeja de conductas y prácticas sociales:

La palabra *patria* no es sinónima de *raza*, de *pueblo*, de *sociedad*, ni de *estado*. La palabra *patria* [...] responde a la idea de agrupación familiar [...] la palabra *sociedad* responde al concepto orgánico que la Biología ha dado a toda agrupación humana en que existe una mutua dependencia de vida y de funcionamiento en las unidades componentes; la palabra *estado* responde a la idea de organización política en que para la existencia social interior y para la acción exterior, las relaciones sociales han cristalizado en leyes escritas (1909: 359).

En el Código Civil del Distrito Federal (1884), Antonio de J. Lozano, encargado de las acotaciones para la edición de 1902, si bien destaca que las mujeres ya no son una “cosa”, ni están sujetas a los deseos carnales de los varones, las ubica dentro del ámbito de lo doméstico como el único espacio para su *plenitud*, especialmente para cumplir con sus “deberes” de madresposa, ya que:

⁴² El término lo tomo del trabajo de Marcela Lagarde (2003) *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, UNAM.

⁴³ Consultar: Montserrat Galí Boadella (2002). *Historias del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas.

No es racional ni justo extender su inferioridad más allá de las materias que exigen conocimientos especiales: y como al tratarse de la vida doméstica, la mujer tiene tanta ó más inteligencia que el hombre; y como, en fin, el cuidado de los hijos es tanto más eficaz, cuanto más vivo es el sentimiento, no es posible ya hoy negar á una madre el ejercicio del más sagrado de los derechos (Código civil, 1902: 96).

Por ejemplo, en las memorias de un contemporáneo de Gamboa, Ezequiel Adeodato Chávez (1868 – 1946), encontramos opiniones acordes: “Mi madre, tan bondadosa y servicial como mi padre, me enseñó a leer cuando yo tenía tres años [...] “Mi niñez, en la que tuve mis primeras intuiciones de lo infinito junto a mi madre (1968: Vo. I: 18 – 19); o a partir del recuerdo de un amigo de la familia Gamboa-Iglesias, con muchos años (y fama) encima, como es el caso de Guillermo Prieto (1818 – 1897), quien compartía con sus lectores:

Mi predilecto arrimo era mi madre, mis primas y las criadas. Ellas inventaban juegos y recitaban versos; leían “los desengaños de la vida” y el “Flor Sanctorum” y me declamaban trozos de Lope y Calderón de la Barca, que yo aprendía de memoria (1906: 18).

José Juan Tablada, siete años menor que Gamboa, y uno de sus críticos mejor camuflajeados, describe en sus memorias (*La feria de la vida*, 1937) la figura de la madre así: “de perfecta abnegación a la familia y bondadosa solicitud hacia quienes conocía. Era señora de clarísima inteligencia y de muy buen consejo, siempre dispuesta a conciliar los ánimos y a disculpar las faltas ajenas” (1991: 39). El mismo Gamboa, quien en asiento fechado 19 de julio de 1916, deja leer:

¡Cuadragésimo primer aniversario de la muerte de mi madre!
Maquinalmente canturreo a mis solas la elocuente estrofa del guitarrista cubano Sindo Garay, que le oí hará un año en el cuarto de Luis G. Urbina:
Mujeres, infames seres
que envenenaron mi vida,
menos tú, que tú no eres
como las demás mujeres
¡madre del alma querida!
(1995 E: 384 – 385)

La imagen que invocan de la madre (y mujeres en general), amén de las “virtudes” señaladas, pasa por la de una persona encargada de enseñar a los hijos las

primeras letras, así como de inculcar y transmitir los conceptos y prácticas religiosas (católicas en este caso), pues los conceptos y valores vertidos por la Iglesia Católica no fueron borrados del mapa por obra de una afirmación anticlerical o positivista, todo parece indicar que, como lo ha estudiado Alain Corbin, “el desvanecimiento de la hegemonía del catolicismo no fue masivo ni lineal durante el siglo XIX. [...] la Iglesia (contó) con las mujeres para perpetuar su influencia” (2005: 57). En *Mi Diario III*, por ejemplo, en referencia a un año nuevo (1901) se puede leer: “...mi mujer y mi hermana hanse prosternado a rezar las viejas plegarias de las casas católicas, que desde niño uno viene escuchando en la fechas memorables y sacras...” (1920: 5). Como muchos mexicanos decimonónicos Gamboa fue instruido en religión, en sus primeros años, específicamente por las figuras femeninas (madre, tía, hermana, etc.), con el catecismo el Padre Ripalda.⁴⁴ Dicho catecismo (impreso en 1591) y el catecismo del abad Claude Fleury (publicado en 1683), si bien salen de las escuelas mexicanas a partir de 1861, continuaron circulando entre las generaciones, dada la persistencia de los valores católicos de la clase media mexicana. Como reflexionó en sus memorias Victoriano Salado Álvarez: “Separados estaban ya la Iglesia y el Estado por disposición de Juárez y de Lerdo. Pero eso no empecía para que el libro principal y que tenía que aprenderse de preferencia fuera el catecismo del Padre Ripalda” (1985: 317).

El catolicismo de Gamboa es un asunto que tomará importancia dentro de su vida hasta su etapa adulta, especialmente a partir de 1903 (Entrada: 23 de enero de 1903/ Gamboa, 1920: 210), ya que durante su juventud parece ser que los caminos de la carne, la pasión y la vida nocturna, aunado a la condición de varón y huérfano que le sirvieron como pretexto, fueron mucho más fuerte que cualquier consejo o amenaza desde la religión católica. Sin embargo, esto no impidió que en gran parte de su obra narrativa sea fácil encontrar los llamados valores católicos relativos a la sexualidad, el papel de varones y mujeres o simplemente como un recurso dialecto que posicionaba a quien lo pronunciaba dentro de los escalones de la llamada “gente decente”.

Juan de Dios Peza, mentor en el periodismo de Gamboa y doce años mayor que él, en un texto titulado *Noche Buena*, utiliza la figura judeocristiana de Jesús (niño) para aglutinar los dos conceptos, a través de una especie de *salvación*, al “levantar á la mujer de la triste condición de esclava y de concubina, al rango de esposa y de madre

⁴⁴ El padre Jerónimo Martínez de Ripalda elaboró un catecismo destinado a los niños que fue el más ampliamente difundido y utilizado en México durante varios siglos. De formato económico, estructurado mediante preguntas y respuestas, sirvió como texto de lectura en las escuelas de primeras letras de fines de la Colonia y durante buena parte del siglo XIX.

honesto” (1900: 130). Federico Gamboa, como hijo de su época (más que de sus padres), responde a estos y otros conceptos, y hace de la figura materna un espacio de su memoria en el cual confluyen los recuerdos sonrosados, la “inocencia”, aquellos que se acomodan, de acuerdo con su forma de narrar, “entre las horas puras de mi infancia y el dejado amante de las caricias de mi madre” (1893: 36). En su cuarta novela, *Metamorfosis*, de 1899, Gamboa hace una descripción que considero es la que mejor resume la visión del autor frente a las madresposas, en tanto figuras femeninas:

Los secretos y divinos goces de la maternidad, que van comprándose a costa de otros tantos dolores, y van ajando las carnes y las bellezas de la madre, quien, sin embargo, los calla y guarda como dádiva celeste y tesoro preciadísimo a los que recurrirá a la larga, con el rodar de los años y cuando el hijo, por ser hijo, los pague con enormes réditos de ingratitudes y desvíos, y la madre halle en esas economías inagotables de amor y de ternura, caudal bastante con que perdonar de nuevo, sin cesar de idolatrarlo, al que la hizo llorar, aún antes de nacido (1965: 487).

Es de destacar que los guionistas del cine mexicano, del llamado época de oro (1939 – 1945), no tuvieron que inventar nada para crear a sus personajes femeninos, pues bastaba recurrir al modelo ya trabajado durante buena parte del siglo diecinueve. La instantánea de la madre queda atrapada en los movimientos pendulares de su matriz y de su capacidad de darlo todo a cambio de nada, o de lo que hoy los estudios feministas han dado en llamar la disolución de la identidad del sujeto, a cambio de esa nueva credencial que la autoriza a ser alguien de importancia dentro del conglomerado social.

Entre la escasa información escrita que Gamboa dejó sobre su madre, destaca la nota, ya referida con anterioridad, de *Mi Diario III* (1920), con fecha 4 de enero de 1901, cuya evocación involucra la figura protectora de la madre, especialmente frente a la de un niño a punto de cumplir siete años de edad, asustado y sin poder conciliar el sueño. El suceso era la celebración por el nacimiento de una sobrina (de su hermana Virginia), pero la noticia del pronunciamiento de la Ciudadela (1 de octubre de 1871) alteró el convite. Como la Ciudad de México volvía a ser presa del desorden y el peligro, Lugarda Iglesias llevó al niño Federico, a compartir su cama (“la ancha cama matrimonial de altas columnas y corona de bronce”), a aquel universo rememorado por Gamboa como el lugar al “que los vastagos sólo acostábamonos con motivo de señaladas y excepcionalísimas circunstancias” (1920: 33).

Aquí las normas de conducta propuestas (iglesia, ciencia o literatura) para los distintos miembros de la llamada familia pueden resultar de mucha ayuda para entender este tipo de comentario. Si me atengo, por ejemplo, a lo que señalaba uno de los textos normativos más famosos de la época, el Manual de Urbanidad de Carreño⁴⁵ (e.o. 1854), es común encontrar que, incluso entre los esposos, esté limitado el contacto físico, así como las muestras de cariño. A la letra: “Es altamente impropio que los esposos se hagan en sociedad demostraciones de preferencia y de ternura, [...] o que aparezcan siempre el uno junto al otro, ya sea que se encuentren en su casa o fuera de ella” (1896: 350). Y el dormitorio (y la cama matrimonial más aún), dentro del mapa familiar, era quizá uno de los espacios que mayor velo de prohibiciones tenía, ya sea por lo que subyacía (o suponían que subyacía), o por ser este el mejor monumento que evocaba un sinnúmero de términos, que iban desde lo moral hasta lo relacionado a la salud física y psicológica de la persona.

Gamboa se cuida que el texto no deje ver una serie de malas costumbres o una “pobre educación”, y sitúa a la madre como alguien que, ante todo, cumple con ese papel de protectora. Y ahí, en el territorio de los mimos o los cuidados maternos, la memoria de Gamboa borda a una mujer cuyo poder para calmarlo es capaz de devolverle el alma “al almario” y hacerlo sentir invulnerable. Gamboa se pregunta, “¿qué le puede a uno suceder al lado de su madre, ni quien es capaz de osar atacarnos, si ella nos defiende y ampara?” (1920: 34) Y corona la figura con el consejo que la madre le da: “pídele a Dios por todos, y duérmete... pero pide más por las pobres madres que mañana amanecerán sin hijos” (1920: 34), que si bien la sitúa como una mujer piadosa o empática con las de su género, no por ello deja de ser una frase que habla sobre el trasfondo de la historia social, cultural y familiar de ese México del *siglo de los desencantos*, como lo bautizó Ignacio Ramírez, el Nigromante. Creo que Gamboa está, de una manera u otra, consciente de lo que significa ir construyendo un recuerdo de alguien como la madre. Como lo señala Leonor Arfuch, esas “tempranas imágenes que quizás nos sea imposible recuperar y que por eso mismo constituyen una especie de zócalo mítico de la subjetividad” (2013: 28). Gamboa, en una nota de fecha 19 de julio de 1917 deja por escrito:

⁴⁵ Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre.

42° aniversario de la muerte de mi madre. ¡Toda una vida! Y el recuerdo llega dulcemente, cada año más dulcemente, con una constancia y una exactitud de ave que reintegrara a su alero, a posarse en la memoria y a teñir el día de melancolías suaves impregnadas de infinita ternura (1995 E: 488)

Ahora el turno para el líder de la familia. Manuel Gamboa Chavero, el padre,⁴⁶ aquel que quiso ocupar dos cuerpos en un mismo espacio, pero que según Federico Gamboa, aunque “se esmeró en suplir aquella falta, no pudo lograrlo” (1908: VI), es el que aparece, aunque de manera somera, en la autobiografía, especialmente en el capítulo II “La conquista de Nueva York”. Ya para el caso de los diarios, le sucede lo mismo que la madre, pues su presencia se da en raras y contadas ocasiones, sin embargo, y a diferencia de la primera, cuando Gamboa hace referencia a la figura paterna, suele elaborar más sus argumentos, principalmente para destacar las “virtudes” del padre, así como el orgullo por haberlo tenido como tal. En la dedicatoria que Federico Gamboa escribe para su hijo (1908), confiesa haber querido más al padre, básicamente porque tuvo más tiempo para tratarlo (hasta sus dieciocho años). En *Mi Diario V*, con fecha 8 de junio de 1909, se puede leer la descripción de un padre como un amuleto y una forma de hacer los honores:

¡No en balde y por dicha mía soy hijo legítimo de un condecorado en la gloriosa batalla de La Angostura— donde se le dio por muerto a consecuencia de la herida gravísima que con montura y todo lo echó por tierra,—varias veces mencionado en ese mismo “México a través de los Siglos” y otras historias, y que no teniendo más herencia que dejamos a sus hijos, sólo nos dejó su nombre sin mancha de mexicano probo y patriota. Bendito sea! (1938: 29)

La asociación de pobreza y honradez será, por decirlo de una manera, la conjugación predilecta de Gamboa al momento de hablar de la figura paterna. En *Mi Diario I*, hay frases que definen al padre como un “hombre honrado, y pobre consiguientemente” (1907: VI). En una entrevista publicada en *The Galveston Daily News* un 26 de septiembre de 1914, que Gamboa traduce para y transcribe en su *Diario (VI)*, se puede leer: “Soy un hombre pobre, un hombre muy pobre [...] y este

⁴⁶ Ingeniero y militar. Luchó en la batalla de 1847. Brevemente fue gobernador del estado de Jalisco (1855), participó en diversas batallas; trabajó para Juárez y en un momento cooperó durante el segundo imperio en las filas de la milicia; al final de su vida trabajó como directivo para la construcción del ferrocarril mexicano.

hecho lo ofrezco como prueba concluyente de que soy un hombre honrado” (1995 E: 188). Esto a comienzos de su exilio (1914).

Incluso convertirá esta rima en un solo concepto. Concepto que se verá acompañado por la queja y el lamento de Gamboa frente a la caída del padre, tanto económica como socialmente, y especialmente, por haber sido olvidado en la historia oficial, la historia de la construcción de la patria y por la sociedad. Y aunque muchos años después Gamboa develará en uno de sus diarios un pasado familiar pleno de comodidades (aunque temporal), parece que el autor prefiere recordar al padre como bueno y pobre y enterrar el pasado de bonanza, por muy efímero que este haya sido. Con fecha 23 de enero de 1900, Gamboa rememora que mientras sonaba el himno nacional de México, como una forma de darle la bienvenida en su papel de diplomático en un viaje por Costa Rica, la emoción le ganó, ya que con esa música “resucitaban á mi madre, la santa y la fuerte; á él, mi viejo, el general herido, el honrado sin tacha, el vencido de la vida y de la suerte, acabando en la pobreza y en el olvido” (1910: 177 – 178).

Así como la figura de la madre fue ligada alrededor de adjetivos como sacrificio y obediencia, la del padre se encuentra vinculada a epítetos como jefe de familia, ejemplo o proveedor, y aunque no sea nombrado como víctima, creo, también se puede percibir esa sensación. Al revisar algunas de las cartas que Manuel Gamboa le escribió a José Luis Blasio (primo de Federico Gamboa) se pueden encontrar frases como en junio de 1880: “yo tengo la costumbre de conformarme con la mala suerte” (Fondo DCLIV. 2. 207)⁴⁷ o por ejemplo, cuando el padre se vio obligado a regresar a Federico a la Ciudad de México para ver si podía enderezar su comportamiento, cosas como en abril de 1881: “la muerte de tantos parientes y amigos tan queridos, pueden más en la ausencia y cuando está uno tan susceptible para el enfriamiento” (DCLIV. 2. 222).⁴⁸ Creo que este tipo de sentir fue fielmente transmitido al joven Federico, que con sus 16 años de edad le tocó vivir las amarguras y pobrezas del padre vencido, quien por cierto tiene 60 años para esas fechas, y esa imagen es la que le permitirá colorear el recuerdo del eterno preocupado por proveer a la familia de sustento y ejemplo.

En una de las obras más demandadas de la época, *Los cantos del Hogar*, de Juan de Dios Peza, la cual desde su publicación en 1884 fue muy bien recibida por la

⁴⁷ Fondo Ernesto Cuevas Alvarado. Archivo José Luis Blasio. Serie Manuscritos de José Luis Blasio. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO.

⁴⁸ Fondo Ernesto Cuevas Alvarado. Archivo José Luis Blasio. Serie Manuscritos de José Luis Blasio. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO.

sociedad, como lo demuestran las sucesivas reimpresiones de la obra, abre su poesía con una dedicada al Padre: “Yo tengo en el hogar un soberano / Único á quien venera el alma mía / En su corona de cabello cano, / La honra su ley y la virtud su guía” (1916: 13). La importancia que se le asignará a la figura paterna, especialmente en el ámbito de lo familiar, se puede encontrar también en otros escritos. La autoridad paterna era, ante los ojos de la ley (que lleva una venda), un bien que había que proteger, alentar y fomentar para el beneficio de los núcleos familiares. J. Lozano (defendiendo la libre testamentificación, ya que este capítulo fue incluido en el Código Civil del D.F. de 1884) explicita que, a fin de “purificar los lazos de unión en las familias, eliminando el interés que los mancha y profana [...] la autoridad paterna se engrandece y levanta á la respetable altura que debe ocupar en el hogar doméstico” (1902: 655). En el mismo texto (artículo 79), a la letra dice: “cuando el hijo nazca de una mujer casada que viva con su marido, en ningún caso ni á petición de persona alguna podrá el juez del estado civil asentar como padre á otro que al mismo marido”.

Ser padre en México, durante buena parte del siglo diecinueve, se puede entender como un concepto que dentro de sí hace mención del jefe de la tribu, el que ordena, dicta y aconseja, el que provee pero también castiga, el que, a través del ejemplo, está obligado a mantener un nivel de lo moral, tanto en lo público como en lo privado. Para Andrés Molina Enríquez, el padre es el origen del todo: “Nótese que Jesús indica, desde las dos primeras palabras de su oración (el padre nuestro), el concepto de la divinidad como padre, y la noción de la sociedad como formada por los hijos de una familia” (1909: 354). En el Código Civil del Distrito Federal (1884), se vinculaba al marido (atado, al igual que las mujeres, a su “obligación de procrear”) con el oficio de la protección, alimenticia o psicológica, y el papel de guía: Artículo 192 “El marido debe proteger á la mujer; esta debe obedecer á aquel, así en lo doméstico como en la educación de los hijos y en la administración de los bienes”. Artículo 191 “El marido debe dar alimentos á la mujer, aunque esta no haya llevado bienes al matrimonio”.

Los deberes y derechos en una familia, de acuerdo con Molina Enríquez, no eran un asunto de imposiciones, sino de los sentimientos que se generaban por la acción correlativa, donde por la protección se pagaba y por la acción de proteger se adquirían derechos sobre los demás. Juego de compensaciones que, para el autor, generaba equilibrio en el núcleo familiar y sustento para los papeles de cada miembro de la misma.

Por la misma correlatividad que existe entre el deber y el derecho, si los padres tienen el deber de proteger y de sustentar a los hijos, han debido necesariamente tener el *derecho* de autoridad [...] los hijos al tener el derecho de reclamar de los padres protección y sustento, han debido tener el *deber* de la sumisión (Molina, 1909: 357)

En este tipo de visión, todos los deberes y derechos, concatenados, llevaban a la generación de familias estables, que, dilatadas, construían a la patria. Las jerarquías en el ámbito de lo familiar eran tan importantes como entre los miembros de la sociedad extendida. A fin de posibilitar el orden, el equilibrio y la convivencia, o como una vía para alcanzar el desarrollo, el progreso, amén que era directamente proporcional a lo que en esa época se derivaba del término civilización, las jerarquías jugaban un papel preponderante.

No bastaba que en el artículo 363 del Código Civil (1884) se especificara, por ejemplo, que “los hijos, cualesquiera que sean su estado, edad y condición, deben honrar y respetar á sus padres y demás ascendientes”, también las mujeres tenían que respetar a los varones, estos a sus mayores, los empleados a los jefes, los pobres debían respeto a los ricos, como lo señaló Manuel Carreño con toda decisión:

El pobre debe considerar que así como el premio de sus sufrimientos se encuentran en el cielo, así durante su mansión en la tierra su subsistencia, las comodidades que pueda alcanzar, el alivio de sus penas, dependen en gran parte, ya directamente, ya indirectamente, de las empresas que crea y fomenta el rico, y muchas veces de la generosidad con que este se desprende de una parte de sus rentas para socorrer sus necesidades [...] el pobre deberá honrar y respetar en el rico tan nobles atributos, prodigándole todas las atenciones a que sus virtudes le hagan acreedor (1896: 411).

Es decir, cada ser humano tenía un papel por desempeñar en el teatro de la vida y no todos podían ser iguales, pues las diferencias de clase, formación académica, edad, género, estado civil, e incluso hábitos familiares, “diferencias legítimas y racionales” según lo postulaba el mismo Carreño (1896: 53), construían sujetos que, ante todo, debían saber cuál era su papel en la vida y qué se esperaba de ellos. Para Molina Enríquez, desde una perspectiva “científica social”:

Constituida la familia, su evolución ha sido la consecuencia necesaria del desenvolvimiento natural de los sentimientos orgánicos [...] Esos

sentimientos constituyen al padre en jefe de la familia, a la mujer en persona subordinada al jefe, y a los hijos en derivación de la madre y sometidos como ella al jefe de la familia (1909: 349).

Por ejemplo, en el semanario de ciencias médicas, *El Estudio*, en sus notas clínicas, hay un texto con fecha 28 de abril de 1890 cuyo título explica bastante de su contenido: “El amor considerado como una neurosis”; pero que en su interior, aprovecha para hacer, antes que nada, una diferenciación de los involucrados en esta neurosis: “el hombre puede tener muchas ambiciones, las de la ciencia, las de la gloria, [...] dinero, [...] guerra, [...] la política [...] Las mujeres [...] no tienen más campo para sus ambiciones que el hogar, los triunfos de su belleza ó los placeres del lujo”.

La ley del matrimonio civil (artículo 15) contemplaba, en la famosa *Epístola de Melchor Ocampo* (1859), muchos, sino la mayoría, de los conceptos que en la época se manejaban al momento de referirse a varones y mujeres, engarzando las dotes de cada género con los deberes y las expectativas sociales, sin dejar pasar la oportunidad de puntualizarle a la futura esposa los riegos, principalmente por aquello de la parte brusca e irritable de todo varón:

Que el hombre cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer, protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil, esencialmente cuando este débil se entrega a él, y cuando por la Sociedad se le ha confiado. Que la mujer, cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende, y con la delicadeza de quien no quiere exasperar la parte brusca, irritable y dura de sí mismo.

Federico Gamboa no se muestra ajeno a las ideas y concepciones de la época. En sus textos memorialistas (y en muchas de sus obras) la madre y el padre son dos recuerdos diferenciados que solo caben en el renglón de lo ideal, mas no necesariamente en los terrenos de las prácticas, ya que los ritmos sociales no siempre compartieron el mismo sonido cuando se hablaba de modelos o esa cartografía de los sueños y las utopías de la época. Sin embargo, es la ausencia de ambas figuras (materna y paterna) la que le permitirá a Gamboa sostener parte de su argumentación acerca del porqué de su actuar errante en la escuela o por sus constantes aventuras en el mundo nocturno mexicano y su trato con las mujeres “públicas”.

Gamboa asume como parte de su formación una orfandad que mutila la posibilidad de recibir consejos y aprender de límites u obligaciones. Aunque este peso recaerá más en la muerte del padre (14 de septiembre de 1883), momento en el que Gamboa, a punto de cumplir diecinueve años de edad, se presenta como un individuo “sin Rey ni Roque⁴⁹ que obedecer [...] sin canas amadas que respetar, sin dolorosa experiencia en que aprender y acurrucarme, sin sabios y desinteresados consejos que seguir” (1908: VII). Es de destacar que no hay en estos pasajes memorialistas de Gamboa referencia de haber sido educado por el hermano mayor o un pariente. Y quizás, como lo explica el propio Gamboa, los parientes tenían sus propios caminos que seguir (su dos hermanos mayores ya están casados y tienen familia y su hermana menor se casa a los ocho meses de haber fallecido el padre, en mayo de 1884) o sus propios fantasmas que domar, lo cierto es que él se plantea como alguien en solitario que debe buscar su camino. En *Apariencias*, Gamboa juega con esa idea, y frente a la prematura orfandad de su personaje Pedro, lo plantea así:

Ese muchacho que se encontraba de pronto y por una funesta casualidad, dueño de sus actos y perfectamente irresponsable por ellos, fueran los que fuesen [...] sus parientes eran o muy escasos o inservibles y nocivos. Era lástima no encontrarle quien, con maña, supiera investirse de razonada autoridad y le condujera por las diversas y encontradas sendas de la vida hasta sacarle a flote y hacerle que se aprovechara de sus privilegiadas facultades (1965: 35)

La muerte del padre es motivo para que, muchos años después, Federico Gamboa reflexione acerca de los vaivenes que sufrió el general Manuel Gamboa en lo económico como en lo social, así como de los consejos que le dio, cuestiones que le permiten mancornar una serie de conceptos que terminarán por dibujar una silueta. Gamboa observa a la distancia, y ya como parte de la alta burocracia del Porfiriato, la imagen del padre como la de un hombre que terminó por sucumbir ante los continuos embates del destino, especialmente por lo difícil que le fue conseguir el sustento, amén de que el pasado imperialista de su padre, tras la salida de las filas del gobierno itinerante de Juárez,⁵⁰ fue un pecado que expió el resto de sus días. Según lo

⁴⁹ En el *Diccionario de Autoridades* (1963) la expresión “ni Rey ni Roque” tiene dos acepciones: “Modo de hablar con que se excluye a cualquier género de personas en la materia con que se trata”. Y, “no temer nada ni a nadie”.

⁵⁰ Desde los recuerdos de Gamboa: “en San Luis les declaró solemnemente el Presidente de Bronce (¡por el temple y por la raza!): —La República, exhausta, no puede continuar pagando a todos sus servidores y tampoco puede, en consecuencia, imponer sacrificios imposibles: los que de vosotros puedan, a su vez, ir adelante con sus propios recursos hasta donde nos lleve el azar que nos empuja, sed bien venidos ; los

consignado en *Mi Diario VI*, su padre estuvo exiliado en Nueva Orleans durante una temporada (1995 E: 222), coincidencias del destino que hacen del padre y el hijo, sujetos de algunas circunstancias parecidas: momentos de gloria, caída intempestiva, exilio, giros de fortuna y reconocimiento social.

A la caída del Imperio, púsose a buscar la vida en cuanto salió libre de la prisión de "La Enseñanza" (nombre de edificio que más parecía entonces el de un escarmiento para los imperialistas ¡qué enseñanza, en efecto, tan inolvidable!), trabajando con su profesión de Ingeniero; y pasó mil vicisitudes hasta no ser admitido en el Ferrocarril Mexicano de Veracruz, en cuya construcción participó y en el que llegó a ocupar el puesto de director (Gamboa, 1920: 41)

Encima de todo, Manuel Gamboa siempre se negó a que el ejército (ya con Porfirio Díaz en el poder) le reconociera su grado de general y poder cobrar así una pensión, a pesar de haber participado en él, mucho antes de la llegada de Maximiliano a México. Gamboa lo recuerda así:

Regalo delicadísimo de Rafael Pardo: los despachos de mi noble padre, nombrándolo sucesivamente cabo, sargento y subteniente alumno del Colegio Militar, teniente y capitán de plana mayor del cuerpo de Artillería; años 1838, 1840 y 1842 [...] Papeles amarillentos que huelen a historia vieja, pero que perfuman mi culto filiar por mi padre, hijo de sus propios esfuerzos, honrado y recto: ¡ejemplo para muchos y muy principalmente para mí! (1995 E: 23)

El pretexto que recuerda de la boca de su padre, ante la negación de ser reconocido como un combatiente en etapas anteriores al Segundo Imperio, fue para el hijo una lección y un ejemplo a seguir (o por lo menos así lo plantea en su Diario): “– No debo aceptar, porque nada hay más justo que pagar íntegramente las equivocaciones que cambian para siempre el curso de una vida” (1920: 42). En asiento fechado 25 de mayo de 1921, Gamboa escribe que mientras hojeaba *El Diario del Imperio*, correspondiente a 1866, encontró un comunicado de Maximiliano, en el cual este, satisfecho por el buen desempeño del general Manuel Gamboa y ya que era “miembro del Consejo Militar”, lo nombraba “Gran oficial de la Orden Imperial de Guadalupe” (1996: 25).

que no puedan hacer lo mismo, vayan en paz y con la conciencia tranquila. Y así, autorizados de una parte y compelidos de otras imperativas e íntimas, ahí dispersáronse a su pesar, una porción de hombres honrados y tan mexicanos como el que más”. Entrada: 4 de enero 1901 (1920: 41).

De acuerdo con los recuerdos de Gamboa pocas personas asistieron al entierro del padre, “pues los entierros de persona pobre, suelen verse escasamente concurridos; no hay nada que alcanzar en ellos” (1920: 40), cuando repentinamente aparecieron miembros de la Secretaría de Guerra (tropas de línea) a “tributar al cadáver de mi padre los honores debidos a su grado de general de brigada” (1920:40). Al momento de la muerte del padre, el que ocupa la silla presidencial era Manuel González, y es él quien mandó, por intermediación de Díaz, a que le rindieran honores al cuerpo del otrora miembro de la milicia mexicana.

Este tipo de comentarios y recuerdos le permitirán a Gamboa modelar la figura de un padre ejemplar (aun y especialmente en la desgracia), orgulloso, honrado y recto. ¿Pensaba igual Gamboa de su padre durante su juventud? Difícil saberlo, pero a partir de que Gamboa deja por escrito sus recuerdos, el padre aparece como un varón “rectilíneo en todos y cada uno de sus actos y de sus pensamientos”, tal como lo recuerda Gamboa, pero especialmente como el ejemplo a seguir. De nueva cuenta, el ejemplo, el honor y el esfuerzo, conceptos que se pueden encontrar en el discurso vinculado a la clase media rutilante de la época. En el cincuenta aniversario de la muerte del padre (14 de septiembre de 1933), aparece la siguiente nota: “Sigue sin mácula el límpido apellido que aquel anciano caballeroso, valiente, instruido y fiel a sus ideas, nos dejó a sus hijos y demás descendientes” (1996: 298).

Uno de los efectos de la pérdida del padre se puede inferir de la anotación de *Mi Diario VI*, fechada un 29 de julio de 1918, con respecto al cumpleaños número diecinueve de Manuel Félix Gamboa (hijo único de Federico Gamboa), que a la letra dice: “Con su cumpleaños ha sido derrotada una superstición que me hizo sufrir mucho tiempo: metióseme entre ceja y ceja que así como yo perdí a mi padre cuando tuve dieciocho años, mi hijo perderíame a mí en idénticas condiciones” (1995 E: 547).

Afirmar cómo exactamente la orfandad le afectó a Gamboa o modificó sus actitudes hacia la vida es, de nueva cuenta, una mezcla de especulación e hipótesis, por ello creo que no está de más respetar la forma en la cual Gamboa define las figuras de sus progenitores y aceptar que el hecho de perder a ambos en un período temprano de su vida, puede hacer que la persona afectada blinde dichas imágenes, principalmente con los adjetivos que en la época significaban actitudes positivas y deseables. Si en su autobiografía los padres son una sombra o una ausencia, en sus diarios aparecerán ya como figuras embalsamadas en el recuerdo preciosista, cuyas virtudes serán las únicas luces que iluminen ambas esfinges.

En asiento fechado 3 de febrero de 1923, Gamboa cuenta que su sobrina Constanza (a quien se referían con el sobrenombre de Cuma) encontró un papel amarillento que contenía flores secas del sepulcro de la madre que su padre José María había guardado. Admirado por esas reliquias de cuarenta años atrás, Gamboa se emociona y cierra la idea con esa imagen que pervive en todos sus diarios: “flores de un sepulcro que para nosotros fuera sagrado y bendito, flores nacidas de los restos mortales de mi santa madre” (1996: 107). Con motivo de la carta que recibe de su hermano José María, en la cual le indica que fue nombrado subsecretario de Relaciones Exteriores, se puede leer en asiento fechado 28 de febrero de 1899: “¡Pudiera mi pobre padre contemplarnos a Pepa y a mí en las respectivas posiciones que ocupamos y que nos hemos ganado por nuestro propio esfuerzo!” (1910: 106). Sin embargo, el que él, el anterior “mala cabeza” haya conseguido un empleo formal, lo haya conservado, y que continúe ascendiendo, es motivo de aclaración y signos de admiración: “¡Pudiera sobre todo, contemplarme a mí, ya que Pepe fue siempre un estudiante ejemplar, y un muchacho modelo, en tanto que yo fui un aturdido y en ocasiones algo peor que un aturdido!” (1910: 106). Y se entiende el deseo en el énfasis.

2.3 Ambientes formales

Al tenor de aquella sentencia de Robert Louis Stevenson (*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, 1886), “empezar con una pregunta es como empezar lanzando una piedra”, cedo la palabra a Federico Gamboa:

Señor Ministro de Justicia é Instrucción Pública:

Federico Gamboa ante U. y como mejor proceda respetuosamente digo: que como consta del certificado que en una foja debidamente acompaño he hecho los estudios preparatorios necesarios para la carrera de Notario, con excepción de Geografía.

A reserva de presentar examen de esta materia á la mayor posible brevedad ocurra ante la benevolencia de U. y notoria rectitud rogándole se sirva dictar, conforme á las disposiciones de la materia, las órdenes necesarias para que en la Escuela Especial de Jurisprudencia se me conceda examen de primer año profesional de la carrera indicada, cuyo acto no pude sustentar en el último periodo ordinario porque durante él mi familia residió fuera de esta Capital.

Siendo mi petición arreglada á derecho

A U. suplico la provea de conformidad lo que recibiré como gracia muy señalada.⁵¹

Esta carta, fechada cuatro días antes de que Gamboa cumpliera 18 años, fue escrita (aparentemente) de su puño y letra, y firmada por él, a fin de solicitar una excepción para presentar exámenes de primer año en la carrera de notario.⁵² Este tipo de escritos, aunque pudiesen parecer periféricos o poco relevantes, especialmente cuando se habla de la vida y obra de un escritor, pueden servir para desentrañar los estilos en la comunicación, las formas de sociabilización y los rituales escolares de la época.

La carta transcrita, de una sola cuartilla, forma parte de los pocos documentos que encontré en el archivo histórico del IISUE de la UNAM, dentro del expediente de alumnos que asistieron a la Escuela Nacional Preparatoria (en adelante ENP), así como de la de la Escuela Nacional de Jurisprudencia (en adelante ENJ). Existen dos folders bajo el nombre de Federico Gamboa. En uno de ellos se encuentra el certificado que ampara haber cubierto los estudios preparatorios necesarios para la carrera de notario, con excepción de geografía. Otro escrito es la carta autógrafa mencionada, así como la respuesta a un oficio de parte de la ENJ. En el otro folder aparece la respuesta de Joaquín Baranda, Secretario de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública, en la cual concede el permiso correspondiente.

Lo primero que llama la atención es el estilo de la solicitud: sobrio y, podría decirse, preciso. Pareciera como si el fantasma del hermano mayor de Federico, José María, ya abogado para esas fechas y profesor de la ENP, rondara por ahí. También el padre, Manuel Gamboa, militar e ingeniero, podía tener parte en el asunto. Lo cierto es que la carta exhibe a un joven formal que conoce de las solemnidades burocráticas para solicitar ayuda. También deja ver que sabe de las reglas de convivencia y cortesía para con sus mayores. En síntesis, un joven de clase media, atento a la retórica del momento y dispuesto a utilizarla a su favor. De su lectura se puede inferir que Gamboa había tenido una preparación anterior en materia de educación formal y que contaba con el apoyo familiar para los asuntos relativos a la formación académica.

⁵¹ IISUE / UNAM, 15846, Distrito Federal, México, Colección: Escuela Nacional Preparatoria y Escuela Nacional de Jurisprudencia, Expediente Alumnos.

⁵² Creo que Gamboa se equivocó pues en la respuesta desde la Escuela Nacional de Jurisprudencia se hace referencia a los exámenes del tercer año, y en la lista de firmas de inscripción de alumnos aparece la de Gamboa en el año 1882 (enero) para el tercer año de notario, y no en la de primero.

Si bien dentro de todos los textos auto reflexivos de Gamboa hay sesgos, pinceladas apenas, de su vida escolar, al espigar entre las anotaciones es posible juntar algunas de las piezas. Por ejemplo, podemos saber que Gamboa cursó los primeros años de estudio en la escuela “Amiga” de doña Hortensia Seguí (viuda) de Oviedo. Así puede leerse en la entrada correspondiente al 7 de marzo de 1909: “En aquellas visitas postrimeras (a casa de José María Vigil), dos o tres a lo sumo, supe de labios de su hija María, —viuda del cultísimo abogado Maximiliano Baz y mi condiscípula de niñez en la "Amiga" de la señora doña Hortensia Seguí de Oviedo —” (1938: 15).

Las escuelas “Amigas”, ubicadas en casas de particulares, eran generalmente atendidas por mujeres “respetables”, especialmente desde el ámbito social, quienes eran las encargadas de proporcionar algunos rudimentos de religión, a veces de lectura y escritura, a contar o las señaladas en esa época como habilidades “propias del sexo” (como ejemplo más acabado se puede mencionar la enseñanza de los asuntos relativos a la costura y el bordado, impartidos exclusivamente a las mujeres).

Gamboa pasó también por el colegio de don Guillermo Rode, en el cual tuvo por compañero al músico Gustavo E. Campa (1996: 309), quien igualmente lo acompañaría en su estancia en la ENP.

Otra escuela fue el Instituto Anglo-Franco-Mexicano, fundado en 1876 por su director Emilio G. Baz, en este espacio, Gamboa tuvo entre sus compañeros al escritor y cronista Ángel de Campo, “Micrós”. Federico fue inscrito en calidad de interno por su padre, Manuel Gamboa, quien, enojado por las correrías de su hijo en Nueva York le envió el siguiente mensaje: “Pasado mañana te vuelves solo á México, en el “City of Alejandria”. Aquí tienes tu pasaje. No vas á vivir con ninguno de tus hermanos; vas de interno al colegio del señor Baz!” (1893: 53).

Desafortunadamente no existe información de primera mano sobre el paso de Gamboa por ese internado, pero de acuerdo con el Reglamento del Instituto Baz (1887, México, Tipografía de Aguilar e hijos), se impartía enseñanza elemental, primaria, secundaria, mercantil y preparatoria para todas las carreras profesionales. En un artículo titulado “Un escritor mexicano. Figuras y agasajos”, firmado por Pepe Solís en el periódico mexicano *El Nacional* (5 de noviembre de 1893), se puede leer una fugaz estampa del joven Gamboa:

Me parece ver á Federico Gamboa, con sus ojillos chispeantes, sentado en uno de los pupitres del Colegio de Don Emilio Baz, atisbando al Prefecto para que no lo viera asestar un tremendo bolazo á su primo Salvador Iglesias. Federico, en medio de las travesuras comunes á todo muchacho, era muy dedicado al estudio, y desde niño descubrió tener un bonito talento.

En los finales de 1880 y parte de 1881, en la ciudad de Nueva York, Gamboa fue alumno de número, con sus dieciséis años encima, de la *Evening High School*. El tipo de condiscípulos que lo acompañaban eran hombres inmigrantes, mayores en edad y experiencia que el mexicano nombrado “Mr. Gámbol” por quien fuera el profesor titular del salón, Mr. Golday.

La *Evening High School* era una institución pública, nocturna, que estaba a tres cuadras del hotel español América en que se hospedaba Gamboa (en la calle 14), junto con su padre y su hermana Soledad. Los salones de clase estaban alumbrados con una lámpara de gas, con seis mecheros, que daba luz suficiente para que los alumnos leyeran cómodamente. Como era invierno, había dos caloríferos que mantenían la estancia habitable. La vocación de la escuela contemplaba básicamente la enseñanza del idioma inglés. Para ello, según cuenta Gamboa, la clase de gramática:

Consistía en lectura en voz alta y análisis gramatical junto al pizarrón, donde el mismo Mr. Golday (profesor) escribía largos y complicados períodos; tres veces á la semana, lectura é interpretación libre de los poetas ingleses y americanos, Longfellow, muy especialmente (1893: 25).

Este poeta norteamericano fue bastante popular en su época (e incluso hoy). Su obra se caracteriza por la fluidez del lenguaje, la simplicidad de su léxico y el tratamiento de temas cotidianos, resultaba óptimo como libro de texto para aquellos que buscaban aprender inglés. La inclusión de Longfellow también respondía a que, además de ser muy estimado entre el público norteamericano, hablaba de acontecimientos importantes dentro de la historia de los Estados Unidos.

Federico Gamboa apreciaba los “jueves de debate” que se realizaban en la escuela. Ocho días antes se establecía un asunto o problema (históricos en su mayoría) para discutirlo en clases, con dos alumnos a favor y dos en contra. Gamboa comenta que este método le permitió derribar algunos de sus prejuicios hacia el idioma inglés, el que tachaba en primera instancia de odioso.

José Emilio Pacheco comenta que si bien aprender inglés y francés constituyó una ventaja para Gamboa “tuvo quizá consecuencias funestas para su sintaxis, no para su estilo oral” (1999). El mismo Gamboa dejó testimonios de la ambigua relación que mantuvo con el idioma inglés, especialmente porque lo relacionaba con los norteamericanos, cuyo estilo de política calificaba de expansionista. Las costumbres y las formas de vida norteamericanas les resultaban extrañas y diferente a las propias y le merecían dos términos: bárbaro o bruto.

Gamboa acepta en su autobiografía que gracias a los debates en la escuela neoyorkina el idioma se le coló entre los oídos instalándose en la memoria. No obstante su calidad de inmigrante, la nostalgia por la tierra propia, la estrechez económica, el choque frente a otra cultura, e incluso el clima que le tocó padecer (invierno en Nueva York), hicieron que el aprendizaje de la lengua quedara vinculada para siempre con sentimientos no del todo gratos. Lo aprendió, es cierto, pero lo acepta como un acto mecánico:

Y el idioma inglés, que me era odioso, se me iba adhiriendo, poco á poco; mostrándome hoy un giro enrevesado, mañana un modismo pintoresco; y me envolvía, se instalaba en mi memoria, en mis oídos y en mi lengua. Sus durezas de bárbaro del norte, sus latrocinios en los demás idiomas del universo – síntesis de la raza, que se apropia cuanto el conviene sin escrúpulos ni remordimientos – se declaraban mis inquilinos y me hacían buena cara; insensiblemente se enseñorearon de mí (1893: 26).

Si bien Gamboa sería un lector asiduo de autores anglosajones que no estaban traducidos al español, no intentó jamás traducir él mismo sus propias obras al inglés o al francés. Durante su exilio (1914 – 1919) aceptará traducir al español libros, artículos y notas periodísticas del inglés, el francés y el italiano para garantizar su subsistencia y la de su familia. En *Mi Diario III*, con fecha 7 de marzo de 1904, a propósito de una lectura recién terminada de los poemas de Walt Whitman (en inglés), escribió la siguiente reflexión:

La prolongada lectura en su idioma, me ha lastimado de cuerpo y de espíritu. Hasta creo en los "íncubos" y "súcubos" medievales; sí, yo no poseo el inglés, es el inglés quien me posee a mí, haciéndome padecer lo indecible con la tal posesión, sofocándome, dislocándome, atenaceándome con sus durezas, brutalidades y latrocinios (¡oh, símbolo de las razas que lo parlan!) El idioma inglés es mi íncubo. Lo que por la trillonésima ocasión me comprueba que la barrera de las lenguas es

eternamente infranqueable, y a Dios sean rendidas mil y mil gracias. (1920: 380).

La idea de Gamboa de publicar sus diarios con una diferencia de más o menos diez años entre lo escrito y la fecha de la publicación, aunado que no siempre las condiciones económicas o personales le permitieron imprimirlo cuando así lo deseaba, hacen necesarias que este tipo de comentarios sean dimensionados, ya que para la fecha de publicación de *Mi Diario III* (1920), Gamboa ha pasado una serie de penurias, y muchas de ellas el autor las vincula a su choque con Lind, aquel enviado especial de Woodrow Wilson durante 1913, con el cual mantuvo un agrio e irónico intercambio de notas diplomáticas, y que para muchos el ganador fue Gamboa, entonces Secretario de Relaciones Exteriores; triunfo que le valió la enemistad de ciertos grupos adherentes a Wilson. También porque Gamboa ha estado constantemente en contra de la política norteamericana de invadir México, ya sea porque no reconocen a Huerta, porque buscan a Villa o porque quieren presionar a Carranza, además de la ya consagrada historia patria de aquella invasión de 1847 con sus respectivos héroes y mártires.

El capítulo en el que Gamboa relata su paso por la escuela nocturna se puede explicar a partir del título: “La conquista de Nueva York.” No hay que olvidar que cuando Gamboa escribió su autobiografía ya había estado en Guatemala como representante de México y se encontraba en un muy buen momento, tanto en el ámbito diplomático como en el literario, en Buenos Aires, Argentina. Además, por antecedentes familiares, por influencia del padre (e incluso por lo que pudo haber aprendido en la escuela y los libros de texto de civismo), su nacionalismo tenía ese sabor de la época, en el que por encima de la patria no está nadie, que se debe ser productivo y por supuesto se debe respetar el orden establecido. Es decir, hay que leer en este capítulo una postura patriótica-nacionalista, en la cual su calidad de extranjero en tierras norteamericanas no merma su cariño hacia México, al contrario, la exacerba. Su calidad de mexicano, dispuesto a defender a la patria, se ejemplifica muy bien con lo sucedido un jueves de debate, en el cual puede incluso leerse una forma de diferenciación en la defensa que hace Gamboa frente a los otros compañeros, que él llama americanos, aunque sean inmigrantes como él.

El debate proponía discutir sobre quién había sido más importante: Washington o Napoleón; la mayoría de los estudiantes aplaudían y elevaban porras a los Estados Unidos cuando se hacía mención a Washington. Gamboa escribió: “aplaudía su

patriotismo para demostrarles que yo también tenía el mío, y muy agrandado, precisamente porque México, no estaba lejos de mí sino al contrario, muy cerca, en el fondo de mi alma!” (1893: 32) Ante el grito de un estudiante, pidiendo que hablara el estudiante norteamericano sobre la guerra de México, Gamboa anotó: “Me levanté y pedí la palabra vibrante de emoción, en medio de americanos, decidido á impedirlo; á muchas leguas de mi patria y á muchos años del 47” (1893: 33). Sin embargo, el profesor interrumpió y señaló que no era justo que se hablara de ello, ya que tenían a un mexicano entre ellos. Gamboa remata la anécdota destacando la emoción que sufrió:

Al terminar, le salté al cuello, le abracé [...] y mientras él me acariciaba el pelo, tan conmovido como yo, de pie sobre la cátedra, erguido y anciano, los ochenta americanos prorrumpieron en nuevos aplausos, con los ojos humedecidos, y llenó la estancia un grito poderoso que me hizo un bien inmenso, que me hizo quererlos á todos, que *realizaba una conquista inesperada*: ¡Viva México!! ¡Viva nuestra república hermana!! (1893: 33)

Gamboa, a pesar de todo, destaca en su autobiografía que el gobierno norteamericano apoyaba a quienes querían instruirse, y él no fue la excepción, pues como alumno de una institución pública tenía derecho a un abono para evitarse el gasto diario del transporte. Gamboa no lo aceptó. A partir de la descripción que el autor hace, se perfila la figura de un joven, al cual no era fácil deslumbrar, aunque el gesto viniera del mismísimo poder. Durante su exilio en la Habana, Cuba, Gamboa reflexionó una vez más sobre esta relación amor – odio con los norteamericanos, misma que lo acompañó casi toda su vida. La fecha de entrada fue un 1 de febrero de 1917:

A pesar de lo que odio a ese país (EUA) en conjunto, enemigo y verdugo secular del nuestro; a pesar del daño horrible que ha hecho en todos los países débiles en donde ha metido sus garras sin conmiseración y con pretextos de democracias y conveniencias para la América (?), lo necesitamos para nuestro progreso y nuestra cultura; de él ha de venirnos nuestra civilización futura, de su contacto y de su influjo; querámoslo o no, son nuestro superiores y nuestros amos convenencieros (1995 E: 440).

Si me atengo a la información de *Mi Diario VI*, con fecha 22 de mayo de 1917, Gamboa no había leído el ensayo básico sobre el sentimiento Hispanoamericano, *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó (en México apareció publicado hasta 1908), aunque

quizá cuando vivió en Buenos Aires, tuvo contacto o supo de la obra, pues se puede leer: “Tengo que apresurarme a leer su *Ariel* y sus *Motivos de Proteo* – del que me recitaba muchos fragmentos Rafael Martínez Freg – que aún no conozco” (1995 E: 468). Para el 27 de mayo del mismo año hay una nota que anuncia la compra de un tomo titulado *Cinco ensayos, que contienen: Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y Jacobinismo*. Y un 31 de mayo: “Acabé de leer los cinco ensayos de José Enrique Rodó. ¡Encantado! Qué abundancia de ideas, qué amplitud de criterio y qué pluma más artista. ¡Bravo, bravísimo!” (1995 E: 471)

A pesar de su relación amor-odio con la política y la vida social de los norteamericanos, se puede leer en su autobiografía que por sus conocimientos del idioma conseguirá entrar al mundo del periodismo, precisamente con una traducción del inglés al español para el periódico *El Diario del Hogar*. Pero no quiero sobredimensionar el comentario, porque para ingresar a un periódico en México no era, ni ha sido jamás, requisito indispensable hablar otro idioma más allá que el español. Coincido con José Emilio Pacheco, el lugar en donde mejor aprovechó Gamboa el dominio de otras lenguas fue en su paso por la Secretaría de Relaciones Exteriores. Espacio desde el cual pudo llevar una vida de escritor y funcionario, a la par que le permitió conocer otros países, aunque muchas veces Gamboa comparta con sus lectores que, por muy bien que él hable, por ejemplo, francés, no siempre será fácil la comunicación con las personas, ya que los modismos, los giros lingüísticos y otras variables harán que el acto de comunicarse se presente en toda su complejidad.

Importante aclarar que Gamboa hablaba, además de inglés, francés e italiano, y como se puede leer en *Mi Diario VI*, 6 de octubre de 1917: “¡Benditos idiomas extranjeros que siempre me han dado de comer!” (1995 E: 499); y su paso por la SRE, así como la manera en que se hizo de ingresos durante su exilio en la Habana, Cuba (1914 – 1919), principalmente con traducciones de estos idiomas al español, son una buena muestra de lo que en su formación representaron el manejo de otros idiomas, además del español.

Gamboa recuerda (o borda) su estancia en la escuela neoyorquina, alrededor de su adolescente persona, como una especie de loro de plumas llamativas, por ser mexicano y joven, que a la hora de fumar en “el *yard* enorme, de techo bajo, débilmente alumbrado” (1893: 26) tenía que contestar infinidad de preguntas de estos hombres mayores que él, cuyos intereses iban desde las riquezas de México, hasta los conceptos que ya entonces inundaban el imaginario de los extranjeros, como la

violencia, el lugar sin ley, la corrupción, etc. Gamboa reconoce que adulteraba los hechos, y que exageraba algunas costumbres o sucesos de la vida social de los habitantes de la Ciudad de México, a fin de que esos hombres perdieran el interés por cambiar de residencia y establecerse en México. Sin embargo, comenta Gamboa que muchos de ellos no le creían, ya que la mayoría de sus condiscípulos cruzaba la información que les daba el mexicano con los periódicos leídos o las cartas recibidas, cuyos contenidos hablaban de riquezas para todos, de prosperidad y progreso. La inferencia obliga a pensar que para Gamboa sus condiscípulos, aunque compartían la calidad de inmigrantes, no le eran personas gratas, honorables y mucho menos provechosas para México.

Para Gamboa la escuela neoyorkina fue más bien un trampolín para comenzar a recordar sus aventuras en el mundo nocturno, de las mujeres, de la piel y el deseo, así como una oportunidad para justificar sus acciones y bordar fino sobre lo que ser joven y varón representaba para él. Mientras el joven mexicano estudiaba inglés en la escuela pública por las noches (de siete a diez), siendo el más pequeño de la clase, sus compañeros, a quienes él definirá como “los calaveras” (como una forma de señalar la propensión de estas personas a la fiesta, los excesos y la aventura), le hablarán de la vida, pero especialmente, según recuerda Gamboa, le abrirán los ojos sobre “los misterios nocturnos de Nueva York, enumerábanme los cafés cantantes y subterráneos, los jardines de cerveza servidos por mujeres, las casas baratas y los sitios infames” (1893: 28).

Dentro de las 376 páginas que conforman la autobiografía de Gamboa no hay una sola mención de la ENP. Esta es referida en sus diarios, y las anotaciones estarán vinculadas a partir de alguna reflexión que involucre un nombre conocido en los ámbitos intelectuales o sociales. Tal es el caso de la anotación hecha el 7 de marzo de 1909, cuando Gamboa rememora a José María Vigil como un “hombre sabio y bueno, poeta, dramaturgo, historiador, humanista y crítico de quien fui discípulo de Lógica en la Escuela Nacional Preparatoria el año de 1882, al que tuve la suerte de tratar después, con muy relativa y respetuosa intimidad de mi parte” (1938: 10). Gamboa también mencionará a Rafael Ángel de la Peña, quien le enseñó el castellano y a Miguel E. Schulz, como maestro de Geografía, aunque, con fecha 16 de mayo de 1898, el confeso escribió: “en lugar de atender a su interesante curso de geografía, me encaramaba hasta la grada superior para leer a hurtadillas *El judío errante* y la *Historia de veinte siglos* de Eugenio Sue” (1910: 64). Es en el último de sus diarios que

publicará en vida (*Mi Diario V*, 1938), el espacio en el cual Gamboa construirá una de las mayores reflexiones sobre su estancia en la ENP. El pretexto fue la muerte de José María Vigil (18 de febrero de 1909):

Dos conquistas logró don José María (Vigil), a las cuantas clases, en la treintena de alumnos que seríamos sus discípulos aquel año (1882): nuestro respeto y nuestro cariño; sentimientos ambos que se mezclaban a su poco de azoro y entusiasmo, —las juventudes gustaron siempre de los excesos, así la mayoría de las veces estos sean perniciosos, — por culpa de sus antecedentes de liberal y jacobino extremista (1938: 12).

Gamboa, en *Impresiones y recuerdos* (escrito 16 años antes que *Mi Diario V*), había cometido el acto de parricidio por excelencia al haber “matado” a sus antecesores en cuestiones literarias, especialmente a los “grandes maestros”, los cuales encontraba empolvados, fallecidos ya por imitación (básicamente por tomar como modelo a los literatos españoles), por el peso de los años, pero especialmente por ser parte de otra generación, con la cual no se entendía, porque no hablaban el mismo español ni buscaban las mismas cosas. Eso sí, Gamboa no los mencionó por sus nombres. En el ejercicio de los diarios Gamboa fue más mesurado. En estos textos es común encontrar la referencia positiva de sus predecesores en la literatura. Gamboa, con los años, construyó un museo con todos los restos, y en ese panteón había lápidas para Hilarión Frías y Soto, Guillermo Prieto o Ignacio M. Altamirano. En todos los casos, Gamboa mencionará que los admiraba por lo que habían alcanzado con sus plumas, pero recalcará que una de las cosas que más le atraía de estos grandes nombres era la fama que habían construido por su contacto con las mujeres, el amor y la pasión.

A pesar de estas reflexiones sobre sus maestros o antepasados, Gamboa no se adentró en la vida estudiantil, en los ritos, costumbres o dinámicas escolares. Recordará, por ejemplo, de manera breve, las tardes que pasó junto a sus condiscípulos, y parece ser mejores amigos de esa época, Pablo Bustamante y Gustavo E. Campa, con los cuales se reunía para estudiar, aunque siempre terminaban con Gustavo Campa al piano y los otros soñando. O mencionará sobre la enseñanza en la ENP, sin realizar ninguna reflexión: “Ese año (1882), si mal no recuerdo, se desterró la enseñanza del Positivismo; la “Lógica Deductiva e Inductiva” de Alejandro Bain, filósofo escocés de la escuela experimental, fué substituida por la lógica racionalista del autor belga G. Tiberghien” (1938: 11 -12).

Gamboa, en *Apariencias*, al darle voz a su personaje Pedro Lújar, habló un poco más de las materias que se impartían en la ENP: “las matemáticas se le impusieron por su gesto severo y su manía de decir las verdades”; de la Física “fue excelente amigo”; la Lógica “le causó una verdadera y profunda revolución ¡cómo que le enseñó a discernir y pensar en regla! (1965: 60 – 61)

Para 1903, cuando Gamboa regresó al catolicismo, atacará duramente al positivismo, especialmente en *Reconquista* de 1908, en la cual hace mención de “aquellos catedráticos (que) más que depositarios de la Buena Nueva, simulaban albañiles ignaros, de los que manejan el zapapico y en un santiamén destruyen en cuadrillas los más resistentes edificios y las más veneradas fábricas” (1965: 930). La argumentación iba en el sentido de que algunos de estos profesores parecían ansiosos por destruir todo lo que se había aprendido en el hogar familiar. Así, estos maestros, en su “ingrata tarea, meramente animal y fisiológica, de acallar, con el producto de su ciencia sin comprobación, sus hambres atrasadas de advenedizos” (1965: 930), ponían especial énfasis en luchar contra lo que las madres mexicanas habrían intentado inculcar en los hijos, especialmente en materia de valores o principios desde la doctrina católica.

Ezequiel A. Chávez, exploró de una manera muy similar a la de Gamboa lo que significó estudiar en la ENP, particularmente al enfrentarse el primero frente al modelo educativo de la época: “mi vida íntima, mis creencias religiosas, mis ideas fundamentales acerca de cuanto existe y de mis propias obligaciones, todo ello tan hondamente perturbado cuando hice mis primeros estudios de filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria” (1968: 79 – 80). Comentario que puede dimensionarse al continuar leyendo las memorias de Chávez y caer en cuenta que, el dos veces rector de la Universidad Nacional de México, afirmaba insistentemente en su texto: “toda educación es falsa si no la guía Jesucristo, el Único Verdadero Educador” (1968:16).

Gamboa evoca un penoso momento (1 de junio de 1898) en el que, ya como profesor de la ENP, se vio obligado, al igual que los otros sinodales, a reprobar a un alumno cuyas respuestas fueron más que disparatadas respecto a la materia de Geografía general y de México. La reflexión iba en dos tenores, por un lado, a Gamboa le hizo mella el saber que el estudiante, quien no pudo prepararse para el examen, aún debía Geografía (caso similar a Gamboa) y además era el aniversario de la muerte del padre, con lo cual, se infiere, Gamboa se vio a sí mismo, pero en este caso, en la ENJ. Por otro lado, Gamboa habla de cómo los estudiantes (compañeros del reprobado)

dejaron ir solo al estudiante, como una muestra de respeto: “sin saludos ni alusiones al descalabro, como para endulzárselo. Son una bendición los afectos del colegio” (1910: 65).

En terrenos ya de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de acuerdo con el plan de estudios de 1884, se cursaban dos materias por año, de lunes a sábado, en un promedio de dos horas por clase. Por ejemplo, en el Cuarto año, mismo que tuvo que repetir Gamboa, se llevaba Derecho Internacional, los martes, jueves y sábados de 8:15 a 10:00 a.m. con Manuel I. Portugal, y Derecho Constitucional los lunes, miércoles y viernes de 8:30 a 9:15 de la mañana con Biviano Beltrán. Dicho plan de estudios, con los años, tuvo algunas modificaciones en la denominación de las asignaturas a cursar o en la duración del estudio de las mismas, pero en lo general se conservó igual, hasta 1910, siendo la carrera de seis ciclos, con dos materias por año.

De las materias que Gamboa se puede deducir que sí cubrió, aunque no puedo precisar con qué calificaciones, ya que el archivo que contiene los expedientes de calificaciones (y asistencias) solamente contempla los años de 1867, 1871, 1885 y de 1888 a 1893 y en ninguno de estos años Gamboa cursó materias; están, en el Primer año: Derecho Natural y 1er curso de Derecho Romano; en el Segundo: 2° curso de Derecho Romano y 1er curso de Derecho Patrio; en el Tercero: 2° curso de Derecho Patrio y Derecho Penal. De acuerdo con este plan de estudios, a Gamboa le hubiese faltado cursar, en el Quinto año: Procedimientos civiles y Legislación comparada y en el Sexto año: Procedimientos criminales y Medicina Legal. Del plantel de maestros, en los años que Gamboa cursaba la escuela, podemos destacar los nombres de Jacinto Pallares, Pablo Macedo, Protasio P. Tagle, Luis Velázquez, Blas J. Gutiérrez o Román Martínez.

Según recuerda Gamboa en su autobiografía, se preparaba mal y a fuerzas para sus exámenes, que no tenía persona a quién rendirle cuentas y que su entrada al mundo del periodismo habría de cambiarle muchas de sus concepciones de la vida, además de funcionarle como un salvoconducto para atravesar las fronteras del mundo nocturno en la Ciudad de México, particularmente en los ambientes del teatro, ya con Porfirio Díaz gravitando sobre la silla con visos a eternizarse, aunque al frente de la primera magistratura el nombre era, momentáneamente, Manuel M. González. Gamboa sintetiza su paso por la escuela, así: “La escuela y un humilde empleo se disputaban mi tiempo y *destruían, cada cual a su manera, mis ideas acerca del mundo y sus pobladores*” (1893: 57 – 58). *Cursivas mías.*

¿Cuáles eran esas ideas, tanto del mundo como de sus habitantes? ¿La escuela lo enfrentaba al supuesto futuro que como varón “debía” seguir: ser empleado, aburrido, casado, lleno de rutinas, hijos y gastos como su personaje Julio Ortegala de *Suprema Ley*? ¿De qué manera la escuela destruía sus ideales de juventud? No pongo en tela de juicio que parte de la formación de una persona suceda en la escuela, con sus espacios, reglas de convivencia, tanto las escritas como las no dichas, en esas rutinas que involucran ritos y mitos. Sin embargo, como parte de una estrategia narrativa, y en su propia búsqueda de una geografía identitaria, Gamboa decidió concederle un espacio pírrico, al grado de convertirla en anécdota satelital. La escuela aparece como una especie de impasse que amenazaba su futuro como hombre de letras, que detenía su ímpetu de continuar descubriendo los secretos de la carne femenina y los laberintos de los colchones de las “horizontales”.

La escuela y el empleo de escribiente (dos años en un juzgado de lo civil y dos más en uno de lo penal) no tendrán cabida más que en esa escueta afirmación, que suena a advertencia para el lector. Pareciera como si de haber continuado por ese camino, el autor no habría llegado ni a la diplomacia ni al mundo de las letras. O quizá los ritos escolares fueron una carga demasiado pesada para el joven huérfano que deseaba reconocimientos más expeditos y fronteras más transparentes para recorrer otros caminos a sus anchas. En el *Diario del Hogar*, de fecha domingo 3 de octubre de 1886 (cuando Gamboa ya había abandonado la escuela definitivamente), en su columna “Desde mi mesa”, la cual firmaba como *La Cocardiere*, y a propósito del mes que corría, por ser este el mes de los exámenes, Gamboa escribió:

Qué raro es encontrar a alguien que no haya sido estudiante. Los que *destripan* y los que *acaban*; los perdularios y los juicios recuerdan con gusto los años pasados en la escuela, cuna de amistades sinceras, de truhanes y de grandes celebridades. Pero octubre [...] hace temblar al mejor, recordándole los horrores del cuestionario, la inmensidad del curso, la impasibilidad de los sinodales y el juicio de los compañeros. Las urnas, el reloj, la campanilla, todo espeluzna, desmoraliza y espanta. El momento de la deliberación es el mayor tormento del acto. La aprobación es una de las mayores dichas de la vida escolar.

Federico Gamboa, en su autobiografía, menciona a la Escuela Nacional de Jurisprudencia únicamente para dejar ver que cursaba el cuarto año de la carrera, sin especificar si era en Derecho o Notario. Al revisar el acta expedida en 1882 por la Escuela Nacional Preparatoria, así como en las listas de asistencia e inscripción de la

de Jurisprudencia, pude comprobar que estaba inscrito como alumno supernumerario en la carrera de Notario, aunque es cierto que al final de la carrera uno podía escoger entre licenciarse en una u otra opción.

Igualmente, al revisar el “Estado que representa las faltas de asistencia, aplicación y aprovechamiento que han tenido los cursantes de la cátedra expresada (Procedimientos Civiles), en el mes de enero – septiembre del año de 1885”, que impartía el Lic. Francisco de P. Segura, encontré que el alumno supernumerario Federico Gamboa no asistió.⁵³ Dentro de la lista de inscripción de alumnos a los años lectivos, que más que listas eran unas hojas de firmas de los alumnos, aparece la rúbrica de Gamboa para el tercer año (1882). De igual manera aparece la firma para el cuarto año en 1883 y 1884, lo cual indica que tuvo que repetirlo. Si bien aparece su firma como inscrito para el año de 1885, en el que habría de cursar su quinto año, por sus memorias y por los documentos que revisé se puede concluir que ese año Gamboa abandonó la escuela, cuando le faltaban dos años más para terminar la carrera de Notario.

En el año que Gamboa reprueba el cuarto ciclo, es el mismo en que muere el padre (14 de septiembre 1883). Todo parece indicar que, al repetirlo, ya totalmente huérfano y teniendo que trabajar, dejar la escuela y buscar en la calle otras maneras para acercarse unos pesos y aprender otras lecciones que, posiblemente, no encontró en su paso por la escuela, fue un paso relativamente fácil de tomar. Si bien Gamboa dejó escasas anotaciones relativas a su vida académica, en las pocas que aparecen, es fácil percatarse de la insistencia del autor por presentarse, especialmente en sus diarios, como un mal alumno, una especie de enunciación en la que la figura de sátrapa y precoz aprendiz de la vida tiene un mayor peso que la de un joven recto, serio y aburrido de los ambientes académicos.⁵⁴

Está claro que el propio Gamboa decidió borrar su paso por la escuela, sin embargo, pueden encontrarse los resabios de este trayecto en la figura de los condiscípulos, también nombrados como compañeros, quienes aparecerán en casi toda su obra memorialista, siempre como parte inherente de su vida cotidiana. En esta

⁵³ Julio Guerrero (*La génesis del crimen en México*, 1901), aparece también como alumno supernumerario, y como anotación dicen los archivos que no asistió a Derecho Penal ni a Derecho Patrio, sin embargo, en la cátedra de Procedimientos Civiles, con 27 faltas, en aplicación tuvo una calificación de Muy Buena, así como en aprovechamiento.

⁵⁴ Curioso dato es que, en el *Atlas Histórico de la Escuela Nacional Preparatoria* de 1910, Gamboa aparece como alumno distinguido, junto con su hermano José María y personajes como Ezequiel Chávez, Porfirio Parra, Alfonso Reyes y José Yves Limantour. Sin olvidar que para esas fechas Federico Gamboa ocupa un alto puesto en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

galería aparece Luis G(onzaga) Urbina (con quien se distanciara gravemente a raíz de la llegada al poder de Venustiano Carranza), como el mencionado Pepe Solís; aparecen también José Rafael Guadalajara, autor de *Amalia, páginas del primer amor* (1891), como compañero de colegio, pero no especifica cuál (Gamboa, 1996: 147). Los dueños de un ingenio en Córdoba, Veracruz, los hermanos Pardo (Luis, Rafael y Francisco), son mencionados también como compañeros y amigos de la escuela (Gamboa, 1910: 32). Antonio de la Peña y Reyes, su compañero de exilio y de gran parte de su vida. El mismo Arnulfo Arroyo, autor del atentado contra Díaz (16 septiembre 1897) y de Eduardo Velázquez, quien se supone fue autor del linchamiento en contra de Arroyo al otro día; también aparecen mencionados como amigos de la escuela (Gamboa, 1910: 50). Javier Torres Rivas (en el Colegio Emilio G. Baz), Francisco Fernández del Castillo (el historiador). Los sacerdotes jesuitas José Vicente y Carlos Heredia, especialmente José Vicente que vivió cerca de su casa y fueron compañeros en el colegio Baz (Gamboa, 1995 E: 126; 200); Alfredo R. Barreiro, Manuel Gordillo Escudero (general); Francisco León de la Barra (quien llegaría a ser por un fugaz momento presidente de México en 1911); Manuel Larrañaga Portugal, Luis G. Ricoy, Juan Zaldívar Flores, amigo de la niñez, juventud y edad madura.

A resaltar de esta lista, incompleta, es que la red de amigos, condiscípulos y compañeros formaron parte importante del caminar de Gamboa, no solo como apoyo en momentos penosos o difíciles, sino como una comparsa que lo acompañarán ahora en un restaurante por su paso por la Habana, en sus excursiones en París, en su aventura de dos años y medio en Washington o como ayuda en las penurias del exilio. Aunque también están las menciones de aquellos condiscípulos que, por ejemplo, frente a la solicitud de ayuda de Gamboa, marzo de 1913, para la repatriación del cadáver del cónsul en España, Rafael Alcalde (sobrino de Gamboa), decidieron ignorar aquel viejo compañerismo en la ENJ (1995 E: 78 – 79).

Sin embargo, en muchos de los momentos relatados en los diarios de Gamboa, estos condiscípulos figurarán como convidados en cada festejo, en cada escalón ascendido, en los entierros, en las complicidades que se generan en la prensa escrita, como las personas que le darán un consejo, lo hospedarán en su tránsito, le darán la mano en caso de necesidad, como en el exilio, pues tanto en Texas como en Cuba, estos amigos de la juventud, infancia y escuela, le harán compañía, le ayudarán con empleos, venta de cosas personales para sobrevivir o intercederán por él ante

Venustiano Carranza, e incluso frente a otros políticos fuera de México; pero es claro que formaron parte esencial y temporal del mapa de vida de Gamboa.

Se entiende que para la época eran pocos los mexicanos que tenían acceso a la educación (para 1900 por ejemplo, González Navarro en su trabajo para la Secretaría de Economía (1956) obtiene como dato 75,904 alumnos, el cual incluye a los de primaria así como los de profesional, en un universo de 541,516 habitantes en la ciudad de México), y mucho menos aquellos que alcanzaban a concluir sus estudios. Sin embargo, la gran mayoría de estos compañeros de estudios, ya sea con carrera terminada o trunca, ocuparon muchos de los puestos, altos y medianos, dentro del entramado burocrático del Porfiriato, asunto que ayudará a Gamboa en muchos momentos frente a los avatares de la vida.

Capítulo III

La otra educación

Yo tengo el labio húmedo y conozco la ciencia
de perder en el fondo de un lecho la conciencia.
Seco todos los llantos en mis senos triunfantes,
y hasta los viejos ríen con un reír de infantes.
“La metamorfosis del vampiro”.
Ch. Baudelaire, *Las flores del mal*, 1868.

Los espacios en los que Federico Gamboa decidió colocar el acento respecto a su formación fueron, particularmente, tres: el periodismo (con el teatro como un derivado); el mundo de la literatura y las mujeres. Estos, de acuerdo con la manera de ver la vida de Gamboa, así como en su afán de presentarse, le sirvieron para levantar la carpa de ese particular circo de tres pistas de su formación. De sus inicios en el periodismo mexicano, especialmente su columna de crónicas “Desde mi mesa”, en dos periódicos de la capital, el *Diario del Hogar* (1886 – 1887) y *El Lunes* (1888); su paso por el mundo del teatro, así como las anécdotas, ideas y conceptos que Gamboa decidió compartir con los posibles lectores sobre el amor, las mujeres y la pasión, como parte de su educación sentimental, son los asuntos que pretendo reconstruir.

En el capítulo cuatro me abocaré a lo relativo al proceso de formación como hombre de letras, lector y burócrata porfiriano.

3.1 Periodismo

Federico Gamboa le dedicó dos capítulos dentro de su autobiografía a su paso por el periodismo, en lo que podría llamarse la primera etapa, ya que esta unión entre Gamboa y los periódicos durará hasta la muerte del autor en 1939. El capítulo IV, “Me hacen periodista”, y el VII, “El Lunes” son los que retratan los inicios, aquellos primeros pasos, los amigos, los maestros y ejemplos, así como el efecto que tuvo en su vida convertirse en periodista, en tanto escritor de una columna de crónicas; invitado

especial al mundo del teatro, con todo lo que incluía estar detrás de bastidores y adentro de los camerinos; así como aprendiz de escritor.

De la misma manera como el autor describe su paso por la ciudad de Nueva York como el momento primigenio en el que su “temperamento latino” afloró y floreció frente a la carne femenina – al grado de ser deportado vía marítima ante el enojo y, quizás, las ganas del padre por salvar a este aprendiz de irredento –, su entrada al mundo de las rotativas y el ego está vinculado a lo que serán sus primeros ejercicios de afinación, a fin de educar la voz para lo que se convertirá en su concierto más importante: ser un hombre de letras.

Es de la mano del hermano de su cuñada Constanza, Alfredo Volante (quien escribía regularmente para *el Diario del Hogar*), que Gamboa penetró por primera vez a la cueva de los cajistas y las prensas de *El Diario del Hogar, periódico de las familias*, que en la primera plana anunciaba que se publicaba “invariablemente todos los días, excepto los lunes”, que insertaba siempre dos novelas, una en el folletín y otra en el cuerpo del periódico, para que así, al mes, el suscriptor obtuviese “un tomo de 300 páginas de amena lectura y un diario con tantas noticias como los primeros periódicos de la capital”. Además, todo suscriptor o corresponsal tenía derecho a publicar en el periódico “artículos de interés general”, o al menos eso aseguraban. Y ahí, el mismo Filomeno Mata, editor del periódico, le dio la instrucción a Gamboa de traducir del inglés al español una excursión al Polo Norte que había aparecido en un periódico *yankee*. Los días 24, 28 y 29 de agosto de 1884, así como el 3 y el 5 de septiembre del mismo año, apareció en las páginas del *Diario del Hogar* la traducción que llevó por título: “Trayecto seguido por los buques Thetis y Bear, salvadores del resto de la expedición al Polo Norte, capitaneada por Greely” que originalmente había apareció en el *Boston Herald*.

Para Gamboa, que se decía atrapado entre un empleo que minaba su ánimo y las clases de jurisprudencia, esas que traían a su memoria “los bancos helados del colegio” (1893: 58), que diluían sus anhelos, ya que ambas actividades eran los enterradores y la tumba respectivamente de su juventud ansiosa; entrar a trabajar a un periódico era un meandro para dar cauce a sus “tímidos instintos literarios (que) se asomaban (en) mi interior y me alegraban el pecho” (18936: 58). Para correr resulta necesario aprender a caminar, incluso pasar por el periodo del gateo, y para Gamboa, asomarse a la redacción del citado periódico, donde había “cuatro escritorios, un sofá y dos sillones formando estrado, un gran estante con libros y folletos, y clavados en las

paredes, todos los periódicos de la ciudad de México y uno que otro de alguno de los Estados más importantes” (1893: 60), fue como abandonar la cuna para comenzar a deslizarse por los recovecos de la imprenta, del despacho del editor o en el archivo lleno de polvo y papeles, de “poemas condenados al olvido y de olvidos que significan poemas” (1893: 61); pero, principalmente, para aprender que en los ambientes periodísticos, el elemento humano seguía siendo el eje de rotación, el origen de la tinta y las lecciones, la oportunidad para aprender o el núcleo de las mezquindades.

Dado que el trabajo que le habían encomendado resultó muy fácil para el despierto Federico, pronto se acabó. Filomeno Mata, de nueva cuenta, al liquidarle la traducción le propuso encargarse de corregir *El Foro, periódico de legislación y jurisprudencia*, con sueldo de \$30 pesos al mes y horario de las tres de la tarde a las once de la noche. Por supuesto, Gamboa aceptó. Y aquí puede decirse que se terminan de amarrar las variables, especialmente aquellas que le permitieron abandonar la escuela de jurisprudencia. Si además del poco interés que le despertaban los estudios, así como su orfandad, le sumamos los horarios que ocupaban gran parte del día, divididos en el juzgado de 9 a 1 de la tarde, y en el periódico el resto de la tarde – noche, con solo un intervalo de 8 a 9 de la noche para tomarse un café, siempre que el presupuesto lo permitiese, pues el asunto se zanja.

Como una manera de poner en perspectiva el sueldo que le ofrecían a Gamboa puedo decir que \$30.00 pesos era el costo de un aviso (anuncio) en *El Foro*, de media columna, en la cuarta plana por un mes; la suscripción anual a dicho periódico, si se pagaba por adelantado, era de \$11.00 pesos para la Ciudad de México, según se puede leer en la primera plana de *El Foro* del sábado 11 de octubre de 1884.

Trabajar en *El Foro* fue, de acuerdo con los recuerdos de Gamboa, la prueba de fuego que se le aplicaba a todo aquel que osara integrarse a la raza de los periodistas. Trabajo agotador, en el cual debía corregir tanto las primeras como las segundas, es decir, todas las pruebas que los cajistas (encargados de ordenar las letras para imprimir las frases, entre otros asuntos) solían hacer antes de imprimir el periódico del día siguiente. Esos cajistas, que si le hacemos caso a la descripción laboral de José M. Rivera, pues seguramente daban mucho qué hacer al joven periodista. A la letra:

Un *Cajista* y la ortografía deben tener entre sí la intimidad y dependencia que existe entre el café y la azúcar, el fuego y el chocolate [...] Mas por desgracia la mayor parte de los cajistas están reñidos con el arte de las comas y los puntos, y con poca diferencia siguen el método de aquel

compositor americano [...] que iba leyendo y componiendo hasta donde le alcanzaba la respiración, y entonces ponía una *coma*; cuando bostezaba ponía *puntos y coma*; un estornudo exigía la colocación de *dos puntos*; y la necesidad de una nueva mascada de tabaco era regla para poner *punto y aparte* (1855: 170).

De septiembre a principios de diciembre de 1884 Gamboa trabajó distinguiendo los errores tipográficos de las cuatro hojas que daban un total de dieciséis columnas, sin olvidar los avisos, citatorios o notificaciones judiciales; e incluso se encariñó con los cajistas, aunque los describía como “los obreros más viciosos á pesar de su continuo roce con las teorías levantadas, las ideas humanitarias y progresistas” (1893: 66). A pesar de que la carga de trabajo era un tanto excesiva, especialmente porque era él el único encargado del departamento de correcciones, cuenta que su estancia en la incubadora de *El Foro* le dejó dos compensaciones: las lecturas que hacía, aunque no especifica ni da más datos sobre ello, y el entablar una especie de complicidad con el periodista y poeta Aurelio Garay, que en ese momento era el corrector del *Diario del Hogar*, escribía las gacetillas y en caso de que Luis G. Iza, otro periodista, no entregara la crónica correspondiente, él suplía la falta. Garay, que usaba los pseudónimos de Boccacio, A.G., A.G.G. y Amarantho, fue para Gamboa el primer tutor en estos menesteres. Este hombre, que Gamboa describió como un personaje “siempre desaliñado, la barba sin afeitar [...] la cara de pocos amigos [...] huraño y desconfiado” (1893: 63), había comenzado desde abajo en el Diario, y en esta ascensión, como una muestra más de la clase media de la época, en la búsqueda por distinguirse de sus demás congéneres, había tomado la buhardilla de la imprenta para dejar muy en claro que, hasta en lo físico, se encontraba más arriba que los empleados comunes. En ese espacio, más cerca del techo que del piso, Gamboa fue alumno aplicado del maestro Garay, quien fue el encargado de pulir el estilo del joven Federico, así como de enseñarle a “conocer los encantos y las armonías de las frases espontáneas (amén que) rasgaba sin misericordia casi todos mis versos y sujetaba mi prosa á más de una prueba” (Gamboa, 1893: 65). El gran secreto que le compartió Garay fue, “escriba usted como habla [...] Lo que le venga primero, traducir la sensación” (Gamboa, 1893: 65). Para Gamboa, Garay le resultaba atractivo porque este, además de ser adorador de las mujeres, era una persona con la cual se podía hablar de literatura, aunque repito, no hay mención en la obra memorialista de qué libros se trataban o qué textos leían, pero sí de que gastaba las horas muertas en compartir las impresiones de sus respectivas lecturas. Además, Garay pertenecía a ese grupo de mexicanos que tenía

que luchar muy duro para poder mantener a una pequeña hija, lo cual le confería al maestro esa imagen que Gamboa hizo propia desde muy joven: el sacrificado; ese ser que debía dar la batalla una y otra vez frente a la vida, siempre por “motivos altos”, es decir, por la familia, los hijos, la madre, la esposa enferma y todas esas figuras que en el panteón de ídolos de Gamboa ocupaban lugar principalísimo.

Y cuando Gamboa estaba comenzando a acostumbrarse a los ritmos y los rituales, por tercera ocasión Filomeno Mata fue el encargado de dirigirlo a otros espacios dentro del periodismo, esta vez, vía una ascensión, ya que se necesitaba que alguien del periódico fuese a entrevistar a unos chinos que estaban en México por motivos de negocios, y cuyo segundo idioma, el inglés, colocaba en la lista de entrevistadores a Gamboa como primera opción. La encomienda iba acompañada de una prerrogativa que Mata le autorizó para que fuera vía impresa. Así, con sus tarjetas de presentación, Gamboa no solo podía presentarse ya como redactor del *Diario del Hogar*, sino que contaba con un documento que lo acreditaba, en el sentido de validación y credencial de identificación.

En el Hotel Iturbide, lugar favorito de los turistas y viajeros ricos, se realizó la entrevista. El día, un domingo 10 de diciembre de 1884. La entrevista – reportaje apareció en el *Diario del Hogar* el 11 de diciembre del mismo año, sin la firma o autoría de Gamboa. No deja de llamarme la atención que su entrada en los terrenos de los periodistas en formación, se dé justamente cuando Porfirio Díaz retorne a la silla presidencial (diciembre de 1884), después del paso de cuatro años de su compadre el general Manuel González. No es gratuito, creo, que Gamboa evite hablar del general González, y que su primer ejercicio ya como *repórter*, tal como se decía en la época, sea de la mano, de nuevo, con la figura de Díaz sobrevolando entre los destinos nacionales. A partir de ese diciembre, y durante todo el año de 1885 Gamboa cubrió prácticamente de todo tipo de puestos. Conforme a sus propios recuerdos: “Sucesivamente, en los tres años que permanecí en *El Diario del Hogar* fuí *repórter*, gacetillero, hice cuatro ó cinco boletines contra la municipalidad y llegué á cronista de alternativa, que era toda mi ambición” (1893: 72). Lo cierto es que Gamboa subió los peldaños de dos en dos, y al año siguiente, 1886, se estrenó como cronista.

Ocho años después, en la dedicatoria a Alfredo Volante, en *Apariencias* fechada en Buenos Aires, 5 de marzo de 1892, Gamboa recuerda su entrada al periodismo como el lugar idóneo para ejercitarse en las letras, aunque conforme a su carácter, el oficio de escribir siempre estuvo asociado a una especie de sufrimiento

virtuoso que, solo algunos podían ostentar, en el entendido que para la época el sufrimiento, frente a una actividad o situación de la vida, era entendido como un acto que merecía ser reconocido por los demás, no solo por haberlo padecido, sino principalmente por haber sobrevivido a él, estoicamente, con aquella carga judeocristiana de sufrir para aspirar a ser.

Quando [...] me llevaste de la mano hasta la redacción de un diario [...] cometiste varios pecados; uno contra el público – que bien se merece ese y muchos más –; otro contra la literatura, que nunca me ofendió; y otra contra mí mismo, por las desazones y amarguras que nos trae este ingrato oficio de “derramar negro sobre blanco”, según la feliz expresión de un escritor francés (Gamboa, 1965: 4).

Pero ¿en qué mundo estaba entrando Gamboa? Primero, hay que destacar que la cultura escrita de la época era rica en tanto variada, pero era un estadio más allá de la simple multiplicación de los manuscritos e impresos. Se puede decir que en un mismo puño cabían las publicaciones periódicas (periódicos, revistas), los cuentos, novelas, epístolas, la dramaturgia, textos especializados (boletines de asociaciones literarias, científicas, escritos médicos, legales, tratados y compendios), manuales políticos o de urbanidad, catecismo (de urbanidad civil y religiosos), diarios, biografías, memorias, libros escolares hasta lo que se conocía como literatura de cordel (pliegos, cuadernillos, hojas sueltas), pero cada una tenía sus características, público y objetivos.

Segundo, las elites, el pueblo y todo aquel que entraba en contacto con la letra, la lectura o escritura sabía, en un grado o en otro, que estaba en un terreno de arenas movedizas. El poder de la letra y los escritos, su capacidad de influencia al proponer modelos de conducta, reiterar o defender conceptos y actitudes, o su papel al generar (e incluso silenciar) debates sobre estos y otros asuntos, ya tenían tiempo de estar en la mesa de los debates. Se les había alabado por su capacidad para guiar al individuo, se les habían condenado por ser origen de maldad y perdición, se les había dicho alimento del alma o veneno para la inocencia, pero desde el momento que aparecieron los manuscritos y los impresos, siempre generaron reacciones.

Durante el Porfiriato la prensa escrita demostró ser un instrumento útil, tanto para la clase política, los individuos, como para los diversos grupos y asociaciones que proliferaron dentro del período, para compartir ideas; debatir sobre los problemas de la vida social, económica o política; crear debates y controversias; para apoyar acciones,

gastos y designaciones desde la cúpula, siempre con el ánimo de destacar el orden, el progreso y un futuro promisorio; hacer publicidad de productos y servicios; denostar a mujeres y hombres; salpicar la honra de más de un ciudadano con la cultura del rumor y la sobre-interpretación; invitar a la reflexión; catequizar; imponer puntos de vista; dar noticias de asuntos internacionales así como locales y domésticos que bien podían ser en el tenor de un asesinato, un adulterio, el robo de unas alhajas como en el nombramiento de una persona a ciertos cargos administrativos en el gobierno o el cambio de los horarios de un trayecto del tren. Además, fue costumbre muy arraigada que se publicaran por entregas novelas, cuentos, cartas largas de personajes importantes, reflexiones o diatribas, así como columnas, reportajes (cortos en promedio), biografías de héroes, criminales o divas y vedettes del momento.

El periódico en el que Gamboa comenzó a ejercitarse en las letras fue un diario que sobrevivió de 1881 a 1912, incluso a los constantes encarcelamientos de su editor, director y fundador Filomeno Mata (se calculan más de 30), muy en especial a partir del año 1888 cuando tomó una postura más radical frente a las tentativas y acciones del gobierno para eternizarse en la silla. El *Diario del Hogar* en el que le tocó laborar a Gamboa, de 1884 a diciembre de 1887, era una publicación de carácter social, que abordaba asuntos más bien cotidianos, y en muchos casos asuntos locales con una marcada tendencia hacia la clase media, media alta y las élites, que dejaba a la política como un asunto para después.

Era un pliego doblado a la mitad en forma de díptico, con las caras numeradas, generalmente de cuatro páginas; los domingos aumentaba a seis u ocho, de cinco columnas por página. Más o menos presentaba la siguiente conformación. Primera plana: santoral, noticias del día, y alguna columna de crónica. Reverso de la primera plana: podía ser un artículo sobre la vida de alguien, las crónicas de un estado de la república o por un suceso internacional, casi siempre firmadas por plumas de autores ya con un cierto reconocimiento: Guillermo Prieto, Facundo (José Tomás de Cuéllar), Hilarión Frías y Soto o Ignacio Ramírez, amén de una parte de la novela que estaba siendo sujeta a entregas parciales a los lectores y/o una sección llamada miscelánea, la cual albergaba poemas, mismos que de acuerdo con la extensión podían ocupar hasta dos páginas. Hoja tres: noticias de los estados, noticias locales, gacetillas, estas últimas formaban una columna de notas muy cortas de asuntos varios que podían ir desde el ataque de parálisis de un actor famosos frente al público como la conformación del ayuntamiento de Huasca en Hidalgo, la llegada al gremio de los

leguleyos de un nuevo miembro, un anuncio curioso en una tienda en la ciudad de México o la condecoración que entregaba el Papa; lo cierto es que cada una de estas notas tenía una carga de ironía o reflexión: por ejemplo, (*Diario del Hogar*, 7 de enero de 1886), para el caso de la condecoración que el Papa León XII entregó, se puede leer “por un lado el Papa pide limosnas a los pobres y por otra las transforma en piedras preciosas para regalarlas a los príncipes”; o del actor que sufrió el síncope: “¡Qué falta hacen estos ataques á ciertos actores que no son ni célebres ni dramáticos”, o del anuncio de la tienda La Mariscala: “levantado el dinero del mostrador, no se admite reclamación. Como esto puede dar lugar a abusos, excitamos á quien corresponda á que eche abajo ese cartelón”. En la hoja número cuatro aparecían la mayoría de los anuncios comerciales, las notificaciones judiciales, diversiones públicas (anuncios de Teatro o el Circo) y el menú del diario (recetas de comida).

Es importante aclarar que las crónicas o los contenidos podían variar, ya fuera porque no había obras de teatro o bailes por comentar o porque el periodista no entregaba su trabajo (enfermedad, displicencia, etc.) o porque el suceso del momento lo requería, sin embargo, el carácter social se mantenía en lo general, siendo lo más constantes las novelas por entregas, los poemas, así como los inevitables anuncios comerciales que merecen todo un estudio aparte.

Gran parte de los periódicos de la época tenían estas características, en cuanto a forma, pero en relación a los contenidos se pueden encontrar publicaciones que por su periodicidad fueron diarios, semanarios, decenales, quincenales o mensuales; por su orientación político-ideológica podían ser liberales, conservadores, positivistas, católicos, metodistas, etcétera. Por el contenido que abordaban podían ser; científicas o literarias; enfocadas a mujeres, obreros, niños o maestros. Por el tipo de edición eran boletines, gacetas, revistas o diarios. Abramo y Barberena los han ordenado en 4 grupos: “1. Prensa obrera y artesana. 2. Prensa orgánica: a) política, inclusive satírica y electoral, b) religiosa, c) oficial y/u oficiosa, d) científica y técnica, e) comercial. 3. Prensa noticiosa. 4. Género menores: a) literatura y teatral, b) femenil, c) infantil y juvenil, d) Mixta” (1998: 14). Muchos de estos periódicos tuvieron como principal soporte financiero las suscripciones o los subsidios oficiales.

De acuerdo con Nora Pérez Rayón: “se conoce que en el Porfiriato salieron a la luz pública 2,570 periódicos; en los estados se editaron 2,003 y las publicaciones impresas en la capital ascendieron a 576.” (2001: 35). Para el año 1892 existían 665

periódicos, de los cuales eran: Diarios: 28; Semanarios: 147; Quincenales: 81; Trimestrales: 6; Mensuales: 32 (Bazant, 2005: 212). Galindo y Villa, en un texto de 1901, mencionaba que respecto a las publicaciones periódicas nacionales “El Anuario Estadístico de la República correspondiente á 1899, que acaba de darse á la estampa, registra unas 201, sólo en esta Capital” (1901: 76).

Esta danza de los números lo que nos indica es que muchos de estos periódicos no duraron más allá de un año en circulación, efecto que era compensado por la aparición recurrente de nuevos diarios. Durante buena parte del siglo diecinueve los periódicos, junto con sus dueños y los empleados, sufrieron bastantes embates que no solo vinieron de parte del gobierno, ya que la carestía del papel; los gastos para el servicio tipográfico; la carencia de dinamismo en la política; información cablegráfica deficiente; pocos lectores, tenía su broche de oro en la venta al menudeo monopolizada por Trinidad Martínez (compraba las publicaciones a la mitad de su precio), quien controlaba también a gran parte de los “papeleros”, que después se les conocerá como voceadores, quienes jugaron un papel importante en la transmisión de información, precisamente en su capacidad para conseguir la atención de los transeúntes. De acuerdo con las memorias de Ciro B. Ceballos:

Trinidad Martínez, a quien apodaban El General, fue el primero en impulsar la circulación de los periódicos por el procedimiento del pregón o voceo, pues entregaba las hojas del día, todavía húmedas [...] anunciándolas a gritos y en forma escandalosa. Para inflar las noticias, aquellos muchachuelos endiablados no había reputación que no hicieran añicos ni crimen que no elevaran al máximo horror. En unos cuantos gritos despojaban al más honrado de su honra, convertían en asesino al más manso o ponían en bancarrota al más pudiente. La despreocupación ponderativa de esos “papeleros” llegó a desmanes tales que las autoridades se vieron compelidas a obligarles a mencionar simplemente el título del papel impreso ofrecido en venta por ellos (2006: 155 – 156).

Pero a pesar de todo ello, la prensa periódica fue uno de los grandes representantes (y quizá el de mayor penetración) de la llamada cultura escrita. Es uno de los ejemplos que sirve para ilustrar la variedad considerable en los impresos de la época, así como de la cantidad, amén de que fue de los medios por excelencia para despertar la propia demanda y/o comercialización de todo tipo de impresos, así como la ventana idónea para proyectar la llamada modernización, fuera política o social, en

la ciencia o en la cultura. Las revistas, ilustradas y regulares, se engloban en este conjunto.

Especialmente el papel que jugaron los periódicos en lo referente a las prácticas y hábitos de la lectura, entre otros asuntos, es digno de destacarse. De acuerdo con las investigaciones de Mílada Bazant, “después de la merienda era común que los padres de familia leyeran capítulos de algunos libros, seguidos de comentarios y lecturas adicionales [...] el periodismo fue el único tipo de publicación que llegó a todas las clases sociales y estimuló el desarrollo de la lectura” (2006: 17). Preciso es acotar la forma en cómo llegó a todas las clases sociales. Los periódicos no eran leídos solo por una persona, sino que generalmente esta lectura se llevaba a cabo en voz alta, en espacios de convivencia que podían ser la Alameda, el hogar, la cantina o la peluquería, pero que en cualquier de los casos permitía la multiplicación de la información entre los escuchas, quienes a su vez replicaban con otros grupos en diferentes espacios. La evolución del periodismo en México, tanto en su forma como en su fondo, se dio principalmente con la llegada al mercado del periódico *El Imparcial* en 1896. De acuerdo con Julio Sesto:

Es el *Imparcial*, es su sabio director quien enseñó a leer al pueblo de este país, convirtiendo el diario, por medio de la baratura, de artículo de lujo que era antes, en artículo cotidianamente popular que es hoy. En esta obra, que nunca recompensará México a Reyes Spíndola, se encierra toda la evolución de la cultura de un pueblo (1910: 17).

Dicha afirmación de Julio Sesto hay que matizarla; si bien los procesos alfabetizadores son más complejos, se entiende lo que dice porque los problemas que enfrentó la prensa durante el siglo diecinueve hicieron que el público siempre fuese reducido y poco fiel a las publicaciones. Por supuesto que antes de la aparición de *El Imparcial* se leían periódicos. Aún en medio de la burla a una figura como el poetastro (poeta de mostrador), Frías y Soto, y Rivera, en 1855, coinciden al hablar de aquel que trabajaba como cajero o dependiente de una tienda de vinos, de la siguiente manera: “Hasta aquí el vate se ha formado con la lectura de novelas y periódicos: ellos son su principal estudio, el secreto de su ciencia, el busilis de su fecundidad, la fuente de su charlatanería, y el jugo y la sustancia de sus versos” (Frías, 1855: 120).

Sin embargo, tal como recuerda Ciro B. Ceballos en sus memorias, “hasta el advenimiento del *Imparcial*, nadie pensaba en el periódico, no solo por la escasez de las trasnochadas noticias consignadas en él, sino también porque su aparición

resultaba siempre tardía” (2006: 308). Pero aclara, con su particular estilo y visión que esto se debía, principalmente a que: “como la metrópoli era un pueblo grande congestionado de chismes, cuando las noticias aparecían en los periódicos, con veinticuatro horas de anticipación eran conocidas por el público” (2006: 308). En la portada de *El Imparcial* de una edición dominical de 1901, apunta un tiraje de 55,306 ejemplares. Para 1910, su tiraje había llegado a los cien mil ejemplares. Si lo comparamos con los otros periódicos, cuyos números oscilaban entre los 1000 y los 1500 ejemplares, (el mismo *Diario del Hogar* tenía un tiraje de entre 800 y 1000 ejemplares), siendo, según Ceballos, “las grandes publicaciones (las que) alcanzaban una tirada de 5000” (2006: 331), resulta evidente que la entrada del *Imparcial* fue más que simbólica.

Virginia Woolf, en *Los años* (1937), ambientada en 1880, anota una de las características que, creo, son piedra angular para entender este juego de asociaciones de largo aliento entre lectores y periódicos: “Aquel hombre (que escribe un editorial en el *Times*) siempre decía exactamente lo que la señora Malone pensaba, lo cual la consolaba y le daba una sensación de seguridad en un mundo que, según ella, iba de mal en peor” (2001: 91). Y es que todo periódico tuvo y tiene su público, ese que se identifica (precisamente en esa *sensación de seguridad*) y demanda la información en tenor a sus ideas, opiniones, valores y saberes no teorizados. Como reflexionaba Walter Benjamin, “la asimilación arbitraria de los hechos va de la mano de la asimilación igualmente arbitraria del lector, que se ve convertido de repente en colaborador de su periódico” (2009: 239).

Pero no por esta especie de ¿simbiosis? se agota la capacidad de la prensa de proponer reflexiones, ideas o conceptos diferentes a las tendencias generales del grupo lector; y aunque no dudo que hubo gente que pensaba igual que Baudelaire en 1884 al decir que “todo periódico, de la primera línea a la última, no es más que una trama de horrores. Guerras, crímenes, impudicias, torturas, crímenes de príncipes, crímenes de naciones, crímenes de particulares, una borrachera de atrocidad universal” (1979: 89), los periódicos formaron parte importante tanto de la vida social, como de la cultural y política de los decimonónicos mexicanos. Y en esos ambientes, donde la autopercepción de quienes escribían los colocaba por encima de la gente común, es el espacio para que Gamboa haga su entrada al mundo de la escritura.

Para 1886 (5 de enero) Federico Gamboa publicó en el *Diario del Hogar* sus crónicas “Celajes de la ópera”. Firmaba como *La Cocardière*. El seudónimo, de

acuerdo con José Emilio Pacheco, quiere decir “la patriota”. Josefina MacGegor recuerda que el término “hace referencia a las mujeres que colocaban escarapelas a los miembros de la Asamblea Nacional en Francia” (citados en Sandoval, 2008: 161 – 163); en *Impresiones y recuerdos*, Gamboa escribió: “Por la Théo (Luisa), me firmaba *La Cocardière* en recordación de una de las obras que representa con mayor gracia: *La Jolie Parfumeuse*” (1893: 236). Al poco tiempo su columna cambió de nombre: “Desde mi mesa” (7 de febrero). Un amigo (y crítico) describió así los inicios de Federico Gamboa como cronista. *Diario del Hogar*, 6 de febrero de 1890, Firma: Dr. Ortiga:

lanzaba sus primeros escritos en *El Diario del Hogar*, resentidos naturalmente de la falta de práctica, bastante amanerados, con repetidos paréntesis y poco concisos; no estaba avezado á las tareas del diarista que necesitaba condensar los sucesos y comunicarlos al lector [...] De continente simpático, vivaz, insinuante, habla con despejo, hace citas oportunas y produce alegría en cualquier grupo. Si sus escritos estuvieran á la altura de su verbosidad, de su buen decir, Gamboa, por lo ménos, gozaría de universal fama en América.

La crónica en México tenía ya una larga tradición. El estudio, hasta ahora tan válido como entonces, de Carlos Monsiváis sobre la historia y evolución de la crónica (*A ustedes les consta*; 1980), nos habla que, para los años en que Gamboa se presentó como cronista, además de que ya había personas que ejercían el oficio con buenos resultados, como Manuel Gutiérrez Nájera, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Hilarión Frías y Soto, solo por mencionar a algunos, era el minarete a partir del cual los escritores modernistas “seguros de lo impropio de la insalubridad y la pobreza, la desdibujan en la viñeta compasiva [...] prefiriendo atenerse a lo respetable: la moda y la sociedad, el amor por el pasado, el afán de igualarnos a Europa” (Monsiváis, 2003: 28). Y para este caso la idea le queda como anillo al dedo al ejercicio de cronista que llevó a cabo Gamboa.

Si bien en un principio Gamboa no atendió al consejo de su primer mentor, Aurelio Garay, que escribiera como hablaba, lo cual se traduce en un cierto acartonamiento en su narración, afortunadamente perderá rigidez con el tiempo. Conforme avanzan sus crónicas,⁵⁵ se puede leer a un Gamboa más ágil y ocurrente. El autor suele utilizar muchas palabras y frases en francés, ya sea de forma intercalada o como una manera de cerrar el asunto o resaltar la idea final; igualmente, es muy común encontrar referencias literarias que involucraban autores como Becquer,

⁵⁵ Las crónicas que reviso son todas del *Diario del Hogar*, por lo que sólo anotaré la fecha de publicación.

Eusebio Blasco, Shakespeare, Víctor Hugo, siempre entre una idea y otra, como por ejemplo: “El fausto necesitó de un Goethe [...] Para pintar a Judic (una cantante) se necesita la pluma de un Daudet o de un Musset” (7 de enero de 1886) o “lógica que haría estremecer al mismo Augusto Comte” (22 de abril de 1886). Utilizar el francés como cereza del pastel o mencionar de pasada a una que otra referencia literaria, en boga o ya consagrado, pueden leerse como guiños que demuestran una cierta cultura de quien escribe y una forma de dirigirse a los iguales.

En este afán de nacionalismo, que se vincula directamente al cosmopolitismo anhelante, también aparece entre los comentarios o reflexiones cortas una actitud contestaría de Gamboa frente a todo aquello que provenga de los norteamericanos, especialmente cuando adoptan posición de censores o jueces: “Qué ocurrentes son los periodistas americanos cuando se meten á críticos, sobre todo si se trata de ridiculizar á su *hermano* México [...] siempre nos consideran más bien como á tutorados que como á vecinos” (4 de marzo de 1886). De igual manera, Gamboa emitirá juicios sobre algunas diversiones populares, con las evidentes ganas de denostar el espectáculo y señalar las derivaciones que ocurrían por asistir a semejantes fiestas. Las corridas de toros, por ejemplo, le permitían decir cosas como: “hay rasgos que califican a un pueblo [...] En todos los espectadores [...] tendencia lamentable á ordinariarse [...] Causa verdadera pena ver á nuestros elegantes calaveras [...] Todo está en relación. Según la cultura del espectáculo es la del individuo” (15 de abril de 1886).

Dado el carácter de la crónica de texto fragmentario, es decir, de la variedad y la temporalidad de los temas que se pueden relatar en una sola columna, y con la intención de hacer una pequeña radiografía de su trabajo, he dividido los asuntos que abordaba en tres grandes apartados: los bailes, asuntos varios y el teatro.

Los bailes, que incluyen reuniones y celebraciones son una constante y se puede decir, una de las actividades favoritas de Gamboa. Por supuesto, se tratan de veladas en donde los grandes anhelos de las elites, la clase media o los ilustrados, bailan de manera ordenada, siempre observando las normas y reglas de urbanidad, y por supuesto, frente a ese espejo cuyo reflejo los llevaba directamente a los campos elíseos. La sociedad hípica francesa y su reunión de *courses*; el paseo de las flores; el carnaval; el día de san Juan; el baile que dio el general Riva Palacio en julio de 1886, o Sir Spencer; El baile del casino español – de las 2:00 am a las cinco de la mañana, cuyo protocolo indicaba que primero cenaban las mujeres y después los hombres –; la fiesta en el palacio de Delfín Sánchez por el cumpleaños de su hija, o la recepción en

septiembre de 1887 de la primera mujer doctora, Matilde Petra Montoya; son algunos de los eventos que comparte con sus lectores, sin llegar a la disección de lo sucedido o de las personas, sea esto por escases de espacio dentro del periódico o porque la costumbre prefería más bien nombrar que crear una radiografía. Así, serán los bailes la oportunidad para nombrar a las familias acaudaladas, aunque de pronto Gamboa deje caer algún tipo de frases como: “siempre el mundo ofreciendo placeres á los poderosos, miserias y muerte á los desheredados” (13 de junio de 1886). La lista de los asistentes a estos convites van en tenor de la clase más pudiente de la época, pero no solo por cuestiones monetarias, sino por la cercanía con la gente del poder, así como por prestigio familiar, belleza de las hijas, por las propiedades que tenían o su pertenencia por ejemplo al sector bancario, o a las sociedades literarias o científicas: Apellidos como Mariscal, Zamacona, Bejarano, Romero Rubio, Vizcarra, Bazaine, Vallejo, Escalante, Sagaseta, Martínez del Río, Iglesias, Somellera, Dueñas, y muchos más, son el aderezo de esta ensalada.

La relación que establece Gamboa entre baile de altos vuelos y civilización es propia de la época, y del oficio del cronista. Por ejemplo: “preparan un gran *soirée* para el próximo mes de setiembre en Minería. Parece que la civilización empieza a favorecernos [...] la preocupación que generalmente existe, de que un país demócrata esté condenado á no poder tener una fiesta elegante” (4 de julio de 1886). Dicha inquietud es siempre latente en las crónicas de Gamboa, es una especie de advertencia, para la clase media por supuesto, y aunque en algunos momentos celebre que México está bailando de forma correcta con el futuro, no dejará de poner el dedo en la llaga, como una especie de sacerdote que nunca confiará en sus feligreses. En contraparte, las verbenas populares, según Gamboa, obligaban a la gente decente a resguardarse en sus casas por el temor a ser ofendidos por actos, palabras u omisiones a las reglas de urbanidad que se asociaban de nueva cuenta a los términos de civilización, orden y progreso, principalmente por el abuso del alcohol entre los asistentes. Pueblo y alcohol eran sinónimos de lastre, miedo y salvajismo. Bailes y civilización, carta de presentación frente al concierto de las naciones cultas.

Dentro de los asuntos varios se pueden encontrar comentarios sobre la cuaresma, la asistencia a los templos de santa Brígida, la defunción de un notable, con frases como: “por mucho que se haga, nunca se encontrarán palabras de consuelo. Trátese de vaciar el océano y se logrará lo mismo” (6 de mayo de 1886); las carreras de caballo, un accidente ocurrido en Reforma, el huracán que azotó Madrid en junio

1886, una boda donde se leyó la Epístola de Melchor Ocampo, esa “pieza filosófica y literaria” (4 de julio de 1886), la celebración del 4 de julio en Estados Unidos con toda y su recién inaugurada estatua de la libertad, o los ocho días que llovió de corrido sobre la Ciudad de México en septiembre de 1886.

Ya fuera por la presencia de alguna diva europea, o a manera de análisis – bastante superficial, por cierto – de la zarzuela, comedia, drama u ópera que se estaba representando, el mundo del teatro fue otro de los asuntos que Gamboa abordó. Solía juzgar con bastante ligereza a actores, actrices y directores, según recuerda en su autobiografía, porque ya no era suficiente con que la gente supiese de su existencia, ni que sus colegas celebraran las ocurrencias o las frases certeras; para Gamboa la imprenta no solo levantaba vanidades y pretensiones, sino que otorgaba un poder que prometía acercarlo muy adentro de los secretos del camerino de las mujeres que poblaban el teatro. Sus crónicas son una especie de aviso para los lectores de lo que valía la pena ver, y lo que había que evitar, anuncio que pasaba necesariamente por la crítica; y de nueva cuenta esa necesidad de advertir: “todo el México culto y distinguido, asisten noche á noche al Nacional” (13 de enero de 1886) o la comparación, por ejemplo con las corridas de toros, que a la letra decía: “toros y gallos, dualidad inmoral de diversiones que por fortuna van paulatinamente desapareciendo” (4 de marzo de 1886), o “El Teatro Nacional con escasa concurrencia cuando el vaudeville y la corrida de toros del último domingo con más espectadores que asientos” (15 de abril de 1886).

Gamboa no siempre fue testigo directo, ni de fiestas, bodas o defunciones, incluso ni siquiera de las obras de teatro, pero eso no impidió que hablara de eso y muchas cosas más, ya fuera porque alguien le había relatado o porque lo había leído en otro periódico, pero en sus crónicas aparece como testigo, encargado y oficialmente el responsable de contárselo a los demás. “Desde mi mesa” ocupó casi siempre la primera plana, junto con “Charla teatral / Teatros y artistas”, de Titania (Fanny de Testa), “Cuentos fugaces”, de Boccacio (Aurelio Garay) o los “Asuntos del día”, es decir, un lugar privilegiado.

Para Gamboa, cronista era aquel que, ante todo, tomaba como referencia los asuntos, eventos y sucesos que enaltecían la civilidad, el progreso, la cercanía a la “cultura Europa”, – incluso para reflexionar sobre el papel de las mujeres en el ámbito de lo público y de los varones en el ámbito de lo nacional –, o en sus palabras al referirse a los próximos bailes que iban a llevarse a cabo en el casino español y en la embajada

inglesa, obvio se refiere a reuniones de *high tone*: “El campo de la crónica empezará á tomar el tinte de distinción que le corresponde, no viéndose circunscrito á hablar de un planeta de oropel y una espada infernal” (se refiere a un espectáculo de magia llamado “El planeta Venus” y “La espada de satanás”) (6 de junio de 1886).

Él mismo aceptaba que lo más disfrutable era *ser alguien* en la ciudad, aunque fuera en los teatros, pero ser reconocido, saludado, nombrado en tertulias y debates, y para ello se encargó de repartir a cuanta persona se topaba en su camino aquellas identificaciones impresas en las cuales sobresalía el nombre del periódico, pues la intención era, según sus palabras, porque “tenía [...] hambre de que el mundo se enterara de que contaba con un periodista más, con un periodista entusiasta y decidido” (1893: 68). Como señaló alguna vez Monsiváis, “un periodista conocido es celebridad por partida doble: sabe escribir y escribe sobre nosotros” (2003: 30). Y ese “nosotros” se puede entender como aquella clase media que hablaba más de un idioma, o como decía Gamboa “se hablaba en español y se bailaba en francés, ó viceversa” (18 de julio de 1886); que leía cotidianamente novelas (de preferencias de autores europeos) y periódicos, con alguna profesión liberal, asistente a espectáculos como la ópera, y la zarzuela cuando era de calidad o especialmente cuando en ella actuaban las divas o cantantes famosas de la siempre multirreferida Europa, cuyas miras estaban en la conformación de la familia y el progreso de la Nación.

Gamboa destaca la presencia en la redacción del *Diario del Hogar* del doctor en medicina, escritor, político y periodista Hilarión Frías y Soto, furioso anticlerical y enemigo de los españoles. Pero ante todo, hombre de talento. En la mezcla de novelista y mujeriego es donde Gamboa encontraba el asidero que necesitaba para admirarlo. Otro personaje es el abogado y escritor Luis Malanco, este, también dueño de un talento que, según Gamboa, lo convertía en un ser “capaz de mezclar con raro talento lo vivido á lo imaginado, los recuerdos con los anhelos, las reminiscencias de su viaje a Oriente [...] con las de su permanencia en Europa como secretario de legación” (1893: 71).

Es fácil detectar el por qué los admiraba: escribían, habían viajado y conocían de mujeres y fama. En suma, eran “alguien” y la gente lo sabía; habían pisado más de un terreno extranjero y dormido en más de una piel. Pero esa atmósfera, en la cual respiraba a sus anchas, que le servían de impulso para llegar a ser un sujeto reconocido, encontraba su contraparte, la dura y terca realidad. Según sus recuerdos:

Puede decirse que vivía yo dos vidas, sin parecidos ni puntos de contacto; la una, el más grato de los sueños; la otra, la más penetrante de las realidades. Creo que hasta adquirí dos caracteres; por la mañana, serio, sin hablar; las tardes y las noches, alegre, comunicativo, con ansia de desquitar el tiempo perdido (Gamboa, 1893: 75).

Para el autor, su vida, la verdadera, donde se sentía él mismo, era la literatura, así comenzara por los reportajes, la noticia o la crónica. El otro ambiente, durante toda su narración en primera persona, fue un espacio casi de tortura, al cual se asistía, porque había que comer y vestir. Lo cierto es que, hasta su entrada al mundo de la diplomacia, Gamboa tuvo que hacer de esta duplicidad su *modus vivendi*.

Ante el giro editorial del *Diario del Hogar*, Filomeno Mata comenzó a tener problemas para cubrir el sueldo de sus periodistas, y al final, en el mes de diciembre de 1887, les invitó a buscar el sustento en otro lado, si así les convenía. Y Gamboa fue uno de los que tomó la bifurcación, que lo llevó para abril de 1888 a los terrenos del periódico *El Lunes*, periódico de literatura, política y variedades, cuyo editor y propietario era el ya famoso poeta Juan de Dios Peza, periodo que se cerrará en octubre del mismo año ante su nombramiento (28 de septiembre) como segundo secretario para la legación en Argentina y Brasil y posterior salida de la Ciudad de México (16 de octubre). Durante los cuatro meses que tardó en entrar a las filas de *El Lunes*, Gamboa los aprovechó para convertirse en asiduo de las tertulias de periodistas y literatos que se reunían en la redacción del periódico *El combate*, a cargo de un amigo de la infancia, Eduardo Velázquez, espacio en el cual conocerá a su nuevo jefe. Gamboa en su relato se autodenomina en esa etapa como un “periodista cesante”, es decir, ya no hay vuelta para atrás, ni posibilidad alguna de ser estudiante en ciernes o escribiente de un juzgado en potencia. Como parte de las estrategias narrativas, es claro que una vez subido en el barco del periodismo, las posibilidades de regresar al océano como náufrago de la existencia eran poco atractivas.

Juan de Dios Peza, condiscípulo de su hermano José María, tenía todo lo que Gamboa buscaba: fama, textos en circulación (o en escena) y experiencia en la vida (y conocía Europa). Además, apoyó al joven Gamboa dándole el puesto de secretario del periódico, con lo que los ingresos, y la fama, aumentaron. Para Gamboa, Juan de Dios Peza fue el segundo y último encargado de pulir su formación de periodista. Una de las primeras lecciones que le dio tuvo que ver con el uso de los seudónimos, sobre esa manía de todo escritor novel, con todo y que Peza usó diversos (Cero; El gacetillero; J.D.P.; Rigollot; Verídico, entre otros) seudónimos:

- ¿No ve usted, decíame Peza, que aún suponiendo que los artículos de usted lleguen á ser de fama, sólo sus amigos sabrán de quién son? No digo en el extranjero, ni en los Estados de la República sabrán quién es *La Cocardiére* y tendrá usted entonces que ganarse dos reputaciones; primero para el pseudónimo, después para el nombre (Gamboa, 1893: 113).

Para el 28 de mayo de 1888 Gamboa aceptó el reto y firmó con su nombre la columna. La práctica que adquirió, ya en su papel de secretario y columnista, estuvieron relacionadas directamente con el poeta, pues había que estar todos los días en casa de Peza para armar el periódico, tardes que se prolongaban hasta la noche y madrugada, mientras se sentaban los redactores, según recuerda Gamboa, “alrededor de la mesa en la que encontrábamos preparadas las copitas, una botella del clásico aguardiente de Jalisco, el tequila, y papel, tintero y plumas por si nos ocurría escribir algo” (1893: 115). La bohemia en pleno, y la fama in crescendo, ya fuera dentro de los teatros o en la calle. Gamboa recuerda con especial cariño esta etapa, además de lo mencionado, por haberse topado en su camino con el poeta Eduardo Noriega, a quien llamará hermano, y con quien forjará una amistad cómplice que, según lo cuenta, fue fundamental para compartir penas y alegrías, el andar cotidiano, sus escritos y la vida en general. Como lo describe Gamboa, Eduardo era “uno de esos corazones sanos que nos reconcilia con la especie humana” (1893: 118 – 119). Noriega, al igual que Gamboa y que muchos mexicanos de la época, trabajaba tanto en la Secretaría de Gobernación, como dirigiendo el periódico *México-Gráfico* y el semanario taurino *La Muleta*, muestra de las necesarias ramificaciones que la vida decimonónica exigía, especialmente cuando se quería jugar con la tinta y el papel.

Manuel Gutiérrez Nájera, (artículo: “Federico Gamboa” y firmado como *el Duque Job*) a propósito de la aparición de *Impresiones y recuerdos*, en el periódico *El Partido Liberal*, el 27 de agosto de 1893, hizo una radiografía del joven periodista Gamboa, que ayuda mucho a entender la manera en que Federico fue armando su juventud con la letra y las mujeres:

Periodista, más bien que por afición ó por paga, por deseo de tener entrada libre á los teatros y acceso fácil á los bastidores [...] La vida periodística deslumbra, mancha mucho en esta tierra: acostumbra al amor corredizo, al dinero fácil, á la holganza tentadora, á las aspiraciones de realización imposible, á las envidias, á los escarceos en la venalidad; á la cantina, que es la biblioteca; al vestido de la actriz en

la noche, á levantarse tarde, á leer mal, á no estudiar, y poco á poco... no tan poco á poco, chupa el jugo y tira el bagazo [...] Lo estoy viendo con su paltó color de avellana clara; las manos en los bolsillos y en la boca el puro que le nació con el periodismo; gacha la cabeza, saliendo de sus ojazos miradas trepadoras que recorrían el cuerpo de las actrices, desde la punta de los pies hasta la cresta de rizos; pálido y descolorido por frecuentes trasnochadas que no tenían pizca de vigiliias; tristón el sombrero de copa; mas no así el semblante, ni el humor retozón, ni la palabra saltarina.

Creo que detalle más acabado no hay. Gamboa, muchos años después, aprovechó los espacios de sus novelas para colar comentarios sobre la prensa de la época. Así, por ejemplo, en *Metamorfosis*, hay una escena en la cual Fray Paulino es recibido por el arzobispo, quien está leyendo un periódico y comenta: “Yo leía, por distraerme, la recíproca y continua reyerta de nuestros diarios católicos. ¿Usted los lee? ¿No? Pues puede que haga usted bien; son tan insulsos o tan iracundos como los liberales (Gamboa, 1965: 628 -629). Al tiempo, el mismo Federico admitía una idea, que se antoja debe ser la pauta cada vez que se lee un comentario positivo o negativo, en la prensa para un escritor: en un periódico anunciaban que Gamboa escribía una obra de teatro y la llamaban “obra maestra que hará época”, a lo que el aludido reflexionó: “Ay si no supiera yo que es incurable la ligereza de mis ex-compañeros de prensa metropolitana” (1908: 202); ligereza que fue sello lacrado, en muchos casos, y firma autógrafa entre algunos periodistas.

3.2 Teatro

Dentro de *Impresiones y recuerdos*, Gamboa dedicó un capítulo para su paso por el teatro, ya en calidad de espectador, de cronista, así como de traductor. Es el IX, y lo llamó “Un rapto”. Para Gamboa el mundo del teatro en la Ciudad de México no se constreñía en los bastidores, esos laberintos mal alumbrados, que olían a humedad añeja y estaban repletos de cómicos, comiquillos, maquinistas, coristas y divas, donde igual se fumaba que se echaba “el aliento á la nariz, sin cuidarse de lo que padece el olfato con semejantes confianzas” (1965: 1448); el público, ese que el joven Federico definía como “un mar de cabezas con ondulaciones y encrespamientos de tempestad” (1893: 161), también formaban parte de los decorados y las costumbres. Conglomerado que igual hablaba de familias, solitarios, veteranos o abonados; grupo

que inevitablemente hacían que “respirábase con dificultad [...] el ambiente estaba impregnado de ese aroma difícil de clasificarse [...]; que halaga la nariz y lastima la médula; que de todos parte y nadie monopoliza, esa mezcla de transpiración de mujer y perfume de gente decente” (1965: 1441). Público que era gente, que opinaba y señalaba, que participaba en la dinámica y los juegos, que buscaba una aventura o “hacía comentarios sobre el mérito de la pieza o la moral de las ejecutantas” (1965: 1443).

Y ya fuera el teatro Principal, el Nacional o el Arbeu, aquí todos formaban parte de la misma obra. Gente de teatro y gente de la calle; todos tuvieron diálogos y escenas, aquí un varón regalaba una joya, dejando ver su puño blanco de buena cuna, aquí una actriz lo aceptaba, dejando ver su hambre o su deseo, y por encima de ellos, cubriéndolos como un paraguas, sonaba la música, la “obertura [...] llena de ligereza y buen sabor [...] salpicada de notas que hacen cosquillas [...] que evocan las maldades olvidadas, los juegos con las primas bonitas y las primeras escapatorias nocturnas” (Gamboa, 1965: 1440). El Teatro Virginia Fábregas era considerado muy familiar, el Teatro Hidalgo tenía capacidad para albergar 2,100 asistentes, y se inclinaba por presentar dramas. El ya referido Teatro Arbeu, inaugurado en 1875, tenía capacidad para 2,000 espectadores, y solía tener en cartelera dramas y operetas. Estaban además, el Teatro Renacimiento (1900) 2,500 personas, óperas y dramas; el Teatro María Guerrero o el Teatro Alarcón. En la pluma de Ciro B. Ceballos y sus recuerdos:

El Teatro Principal era el más favorecido, sobre todo desde el tiempo de la implantación definitiva en él, del sistema de tandas [...] importando tipos, si no de méritos artísticos, sí de “excitativo melindre”, de atracción sexual, las cuales llenaban noche a noche, no solamente el lunetario, sino todas las localidades del antiguo coliseo, donde los escándalos entre bastidores ocurrir solían, teniendo por causa la concupiscencia de los hombres soliviantada por la liviandad de aquellas mujeres, algunas de las cuales llegaron a ser tan famosas por sus aventuras, poniendo como dementes a muchos personajes conocidos del periodismo, en el capitalismo, en la milicia, en la política, en los negocios o en la pillería. Las “encantatrices” de más fama entre los desocupados del Boulevard [...] las españolas Fernanda Rusquella, Vicenta Peralta, Rosa Fuertes, Rosario Soler, María Conesa (2006: 246 – 247)

Estas “encantatrices” aparecen como un vértice del triángulo entre varones y teatro, pero la relación entre la sociedad y los espectáculos habla de una complicidad,

en tanto intrincado juego de ofertas y demandas; es hacer mención de los gustos y las inclinaciones de una sociedad que está extasiada ante la posibilidad de divertirse y cultivarse, amén de una búsqueda por el rostro nacional, y que si bien se podría decir que hubo una mayoría de espectadores del género masculino, esto no excluye a los demás participantes de la llamada familia nuclear, católica y compleja. Esta clase media gustaba de ir al teatro, sin embargo, al revisar las crónicas de los periódicos, así como las memorias de algunos activos participantes de la vida social, se puede inferir que el público era siempre caprichoso, minoritario y con tendencia al género más bien “lépero” o “picante”, de acuerdo con los conceptos de la época, claro está, y cuyo mejor representación estaba en estos espectáculos de bajos precios, humorísticos o de fácil asimilación, ya fuera por el lenguaje utilizado o la trama desarrollada, llamadas tandas, cuyas características los ubicaron como el entretenimiento popular, es decir, de las clases bajas, la mayoría analfabetas y de poca instrucción.

El mismo Gamboa, ya fuera en sus columnas de crónica, como en el ejercicio de la memoria, solía insistir en la idea de que en México se leía poco y el grueso de la población prefería ir a restaurantes, cantinas o las tandas de los teatros, despreciando las “obras cultas”, las visitas de las grandes personalidades (Sara Bernhardt, Andrea Maggi, entre otras) y por supuesto, los libros. En asiento fechado 26 de septiembre de 1896, se puede leer: “es legión la que en *una convidada de copas* se gasta más, pero mucho más de lo que importa un libro, una localidad en el teatro; es legión la que favorece y llena un solo teatro, noche á noche: el teatro de la *tanda*”. (1908: 273). Opinión que, por cierto, mantenían buena parte de las élites culturales y que era común encontrarse en las columnas periodísticas de la época.

Sin embargo, dentro del reducido grupo de asistentes, es notoria la búsqueda del espectáculo que los elevara por encima de la media o que les reafirmara los valores y códigos que manejaban como grupo social, en el que la expresión más terminada era: un ciudadano con cultura, es un ciudadano civilizado. En lo general, prefirieron las piezas extranjeras (europeas) ya (a)probadas en otras partes del mundo, es decir, aquellas que venían precedidas por la fama y el reconocimiento. Esto no impidió que apoyaran y distinguiesen a las producciones mexicanas con su asistencia y dinero. Por ejemplo, en el teatro Arbeu se estrenó en 1890 la obra mexicana *Manicomio de cuerdos*, (autor Eduardo Macedo Arbeu, alias Mochicho), la cual, según rememora Ceballos fue la “primera zarzuela genuinamente mexicana, del llamado género chico, destinado a producir más tarde cantidades fabulosas de dinero a los

empresarios” (2006: 246). Aida, Otelo, Don Juan Tenorio como una de las obras favoritas del público, la Dama de las Camelias o los Tres Mosqueteros fueron algunas de las muchas obras que se presentaron, pero será la zarzuela y la opereta las que reinen en el periodo. Quizás muchos mexicanos fueron al teatro, al igual que Carlos, el personaje de Gamboa en su novela corta “Uno de Tantos” (*Del natural*, 1889), “por costumbre, por hacer algo, pero sin que le importara el género del espectáculo, significándole lo mismo una obra de magia que una ópera alemana” (1965: 1437), y muchos de ellos eran parte tanto de la clase media como de la media alta.

La presencia de ciertos personajes, como la cantante española de ópera Adelina Patti (de padres italianos) en diciembre de 1886 y enero de 1887, hizo que, las pocas funciones que se solían dar (para este tipo de presentaciones, en el tenor de cinco a siete funciones, para una obra regular, casi nunca pasaban del segundo mes) estuviesen a reventar; hombres y mujeres llegaron ataviados de etiqueta, aunque, de acuerdo con la relatoría de Enrique de Olavarría y Ferrari, el público mexicano se portó de manera fría en la primera presentación, y después de ello, con la consabida plática de boca en boca, la asistencia aumentó tanto en cantidad como en afectividad hacia la diva. Es común encontrar este tipo de comentarios respecto al comportamiento del público mexicano, casi siempre en el tenor de que, si la obra traía los ingredientes favoritos de la época: diva con fama, obra muy recomendada por periódicos extranjeros, campaña teatral anticipada, entonces compraban el abono y llenaban la sala, pero siempre como un acto de cumplimiento a las normas y códigos de lo que se llamaba en la época el ciudadano civilizado; pero la gran mayoría prefería esperar a que los “aventados” les relataran la experiencia para entonces asistir a una función. El mismo Olavarría mencionaba que para una función extraordinaria que dio la Patti, ya con los elogios y comentarios positivos de los periódicos y por los habitantes de la ciudad, los precios para esa función llegaron al tenor de “palcos, plateas y primeros, ochenta pesos; segundos, sesenta; terceros, cuarenta; palcos de galería, quince; lunetas, diez; asientos de galería numerados, cuatro; galería general, dos pesos” (1855, Tomo IV: 8), y para la última función (13 de enero de 1887) apareció Carmelita Romero Rubio de Díaz, como prueba de aceptación para la Diva. Sin olvidar que en materia de sueldos, por ejemplo, una mecanógrafa o un escribiente 2° de juzgado ganaban 60 pesos mensuales y una comida dominguera en un restaurante barato costaba 1 peso por persona. Claro, un diputado ganaba 250 pesos mensuales. Con

esto se puede inferir el tipo de público que solía asistir a estas funciones especiales y los lugares que ocupaban cada uno.

Pero el teatro que relata Gamboa en su autobiografía no siempre es de la ópera, es también la zarzuela, la opereta, el drama o la comedia (en verso o en prosa), pero es ante todo aquel espacio que, en algunos momentos de la narración de Gamboa, parece el reflejo de ese espejo llamado sociedad. A la letra, en *Impresiones y recuerdos*: “Diríase que todo el fingimiento que es de rigor en las tablas, obliga á los cómicos de ambos sexos á desquitarse de telones adentro, á emplear en sus pasiones é intimidades, la naturalidad que poséen como cualquier hijo de vecino y la que economizan delante de los espectadores” (Gamboa, 1893: 153). No quiero forzar la comparación, pero es tentadora ver al espacio público como las tablas, y los cómicos, como los papeles de género, pero me evitaré la elucubración, y cierro el comentario en destacar que el interior del teatro parece ser que le regaló a Gamboa ciertas oportunidades para aprender sobre el trato entre varones y mujeres, los códigos de la época, los permisos que se daban fuera de la escena y especialmente, para comenzar a afilar su mirada y la pluma para el ejercicio narrativo que más adelante desarrollará, siempre con esa intención de retratar lo que él consideraba eran los comportamientos erótico afectivos, entre los encargados de poblar y educar a las generaciones de un Porfiriato, que soñaba con grandes ventanales hacia el mundo. Así, Gamboa veía en las entrañas del teatro una serie de conductas que suenan, en sus recuerdos, como la variedad de actuaciones, de los diversos miembros de la sociedad que le tocaron como compañeros de viaje en su vida juvenil:

Amores rápidos como una caricia ó dilatados como una maldición; chiquillos sin padres y padres sin chiquillos; fraternidades apócrifas que terminan en mancebías; odios inextinguibles; amistades raras, de las que van hasta el sacrificio; desprendimientos que deslumbran; apartes que ciegan; talentos que se marchitan; vírgenes que se salvan sin que ellas mismas sepan cómo, y por sobre todo, fundiendo odios y borrando distancias, una hermandad muy ténue, pero existente, que en los momentos supremos de hambre, enfermedades ó infortunios, aparece y los reconcilia [...] la hermandad de todos los cuerpos que juntos viven y luchan juntos (Gamboa, 1893: 153 – 154).

En casi todos los textos de Gamboa el teatro será una presencia constante y las reflexiones alrededor de este y los personajes que lo arropaban, siempre estarán entre la denuncia y la alabanza. Su relación con el teatro pasó por la fase de ser

simplemente iniciática, para ser considerada después una muestra del “deterioro” social, que era costumbre en la época destacar, ya fuera por los literatos, como por los hombres de ciencia. En *Suprema Ley*, por ejemplo, Julio Ortegá, frente a su nuevo trabajo en el teatro no puede menos que asustarse y especialmente preguntarse “¿Eso era el teatro por dentro? ¡Qué horror, santo cielo, qué modales, y qué lenguaje, cuánta indecencia y cuánta peste! (1965: 410). Por cierto, el personaje de Julio morirá dentro de un teatro, olvidado, sin amante ni familia que vele por él (en un paroxismo muy similar al sufrido por Margarita Gautier). Pareciera ser que haber vivido tan de cerca los fondos del teatro orillaban a Gamboa a, por un lado, señalar con el dedo flamígero lo que había dentro, lo que él creía era el peor de los pecados: “como si no existiera diferencia de sexos, tratándose igual los hombres que las mujeres” (1965: 410), así como a describirlo como ese espacio en el cual dio otro paso, quizá el más importante, para dedicarse a las letras y en términos modernos, salir del closet, para dejar atrás ese pasado de joven venido a menos, ex estudiante y periodista como una manera de supervivencia, pero no por oficio o de futuro.

Gamboa reconoce que precisamente por sus credenciales de periodista fue aceptado en los camerinos de las grandes divas, invitado frecuente a los estrenos o las funciones en beneficio (que iban desde la recolección de metálico para una actriz caída en desgracia hasta los apoyos en especie para los damnificados en alguna parte de la república por un acometida de la naturaleza); pero que será hasta que decida dar el salto y arriesgarse a traducir y adaptar una obra francesa llamada *Mamz'elle Nitouche*, que él habrá de bautizar como “La señorita Inocencia”, cuando, por su condición doble de periodista-traductor, será invitado a tutear y ser tuteado, a ser admitido en los cuartos de la tiples, a quedarse entre los telones durante las representaciones, a entrar en los camerinos de los varones como pedro por su casa, sin importar que se estuviesen transformando o en plena trifulca con la amante; con lo cual Gamboa adquirirá no solo prestigio entre los habitantes de la noche teatral, sino la categoría de “aspirante a artista”.

La epidemia reinante, según los recuerdos de Gamboa, eran las traducciones y adaptaciones de operetas (vienesas, alemanas o francesas) para el público mexicano. Menciona a personajes como Francisco Javier Osorno (seudónimo, *Implacable*), quien fuera cónsul de México en Hamburgo y reconocido traductor de diversas operetas, amigo de Carlos Díaz Dufoo, Luis G Urbina (con quienes compartió el seudónimo en las páginas del periódico *El Siglo XIX*) o Manuel Gutiérrez Nájera. También hace

mención de Manuel Caballero, editor del *Almanaque Mexicano de Artes y Letras*, es decir, de lo más destacado entre la intelectualidad de la época. Y dado que las traducciones y las versiones se hacían sin respetar los derechos de autor en esa época, para el joven Federico no fue difícil comenzar la tarea, llegando a disfrutarla tanto que la señorita Inocencia, según su memoria, fue “la única señorita que puede vanagloriarse de haber pasado castamente tantas noches en mi cuarto” (1893: 155).

La citada obra fue estrenada el 1 de septiembre de 1888, en el Teatro Nacional (aunque en el periódico *La Patria de México*, así como *El Nacional*, de fecha domingo 26 de agosto de 1888, anuncian que esa noche se estrenaba la citada obra) alcanzando un éxito que supuso para Gamboa no solo una prueba superada, sino la mejor invitación del destino para continuar por el mundo de las letras.

En su primera escuela, el periódico el *Diario del Hogar*, apareció una crónica de fecha 29 de agosto de 1888, en la sección “Espectáculos del domingo”, en la cual anunciaban que se estaba viviendo una época de asalto al teatro en la persona de traductores y autores notables, y que por lo tanto, “debía recibirse con cierto temor y reserva la noticia del estreno de una traducción, de un arreglo ó de una obra original, sobre todo, si el padre del engendro es desconocido ó ungido así mismo de eminencia”. En la misma columna, se menciona a Gamboa como un “modesto joven de inclinaciones literarias [...] que respeta los preceptos del idioma”, que se había ganado un “regular puesto en el periodismo”, aunque a pesar de llamarlo “novel literato” no lo eximió de ser criticado por haber “cometido algunos deslices gramaticales”, así como la aclaración de que únicamente había traducido los diálogos, con lo cual dejaban en claro que se podía aplaudir el intento del aspirante a artista, pero todavía le faltaba mucho andar, para recibir la presea o el reconocimiento. Sin embargo, le reconocen el éxito esa noche, con entrada de 4,000 personas y una ganancia para el teatro en el tenor de los \$2,000 pesos. En el periódico *La Patria*, de fecha 26 de agosto de 1888, mencionan a Gamboa en la sección de noticias, y le ponen como apellido y sustantivo: joven literato, aunque para esa época sus incursiones en la narrativa se limitaban a una serie de poemas dispersos, más su columna de crónicas semanales. En un artículo sin firma, apareció en el periódico *Violetas del Anáhuac*, un 2 de septiembre de 1888, la siguiente crítica:

La Señorita Inocencia causó sensación, conquistando por completo á la numerosa concurrencia que llenaba el gran coliseo. El arreglo de esta zarzuela es debido á la galana pluma del joven literato Federico

Gamboa, que se distinguió muchísimo con su brillante traducción. El público le hizo una verdadera ovación, llamándolo á la escena tres ó cuatro veces para tributarle calurosos aplausos; la orquesta tocó diana mientras los espectadores saludaban al inspirado escritor con gritos de “bravo; su triunfo fue completo.

En el periódico *México Gráfico*, hay una nota, sin firmar, del 2 de septiembre de 1888, que llama a Gamboa “joven poeta”, el cual, y dada la animosa aprobación del público, puso “de manifiesto su buen talento, su buen juicio y su ilustración; casi puede decirse que ha creado y no traducido”. Dado el éxito de su primera traducción, Gamboa quiso repetir la aventura en 1889 con “La moral eléctrica” (*Le Fiacre 117*), sin embargo, la vida le enseñó que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza y sobre todo, ciega, como alguna vez señaló Miguel de Cervantes.

Dentro del proceso de la formación, y lo que Gamboa destacó en su autobiografía, aparecen concatenados el periodismo, el teatro y la literatura en orden ascendente, casi natural. Se comienza siendo periodista: práctica cotidiana, círculos de amigos y maestros, enseñanza diaria; después, las credenciales del cuarto poder abren la oportunidad de señalar, criticar o alabar al mundo teatral y sus avatares; para de ahí, brincar, ya con conocimientos y tablas, al ejercicio de la traducción, a raptar la obra de otro, en este caso de un par de autores franceses (Meilhac y Millaud), para ponerla en castellano, especialmente para el público de la Ciudad de México, de nueva cuenta, clasemediero.

Como público, Gamboa nunca dejó de asistir al teatro, a disfrutar de las obras o a enojarse frente a las adaptaciones de sus autores favoritos. Como traductor, fue como estar en el limbo, era ese paso intermedio entre quedarse cronista el resto de su vida o brincar a la orilla de la literatura, de la otra, de la mayor, la que le permitirá decir años después: soy un hombre de letras. Y como cronista, le permitió saborear las mieles del reconocimiento, el poder y las mujeres. Le regaló más de una lección para su educación sentimental y le permitió poner en papel sus ideas o conceptos alrededor de diversos asuntos de la carne.

3.3 El corazón también aprende a leer

Si hay un asunto que domina toda la autobiografía de Gamboa es la presencia de las mujeres; desde el amor platónico hasta las encargadas de romperle el corazón en

pequeños pedazos. De los 17 capítulos, diez abordan directamente la vinculación mujeres-Federico. Dada la estructura de la obra, respetaré el orden cronológico que planteó Gamboa, porque ahí se puede apreciar otra estrategia narrativa del autor al momento de hacer su autorretrato, ya que comienza con el amor platónico (capítulo III, “En primeras letras”), y va avanzando, acercándose a las mujeres de la calle, procurando ser aceptado como aspirante a calavera, a obtener tarde o temprano las credenciales de perdido y pecador, hasta llegar a tener una querida, ser víctima de una infidelidad o conocer el averno de los celos. Es decir, se pueden apreciar los avances respecto al trato con las mujeres, las lecciones de la vida en materia de educación sentimental, conforme avanza la lectura. De nueva cuenta, así como el periodismo fue un puente para llegar a la literatura, y las dinámicas del mundo teatral lo colocaron en el camino del artista, las mujeres están estrechamente relacionadas al ejercicio narrativo que llevó a cabo en buena parte de su vida, sin importar si eran novelas, obras de teatro o memorias.

Se puede establecer la tesis de Gamboa respecto a la pasión al tenor de dos grandes ideas: Todos los humanos son susceptibles a caer en la tentación, ergo, dicho vicio iguala a todas las clases sociales; y (si omito los signos de interrogación que uno de los personajes de *Metamorfosis* piensa), “los males morales son incurables, pues el hombre está condenado a ser por toda su vida pasto y juguete de esas fieras sueltas que llamamos pasiones” (1965: 631). Por supuesto el concepto de juventud juega un papel fundamental al momento de hablar de la o las relaciones que entabló con las mujeres, fueran estas momentáneas o con visos de aventura. Años después, en *Mi Diario III*, el autor aún vincula la idea de despertar sexual y la juventud. En asiento fechado 4 de enero de 1901, Gamboa comparte la caída escalonada del padre y posterior llegada a Nueva York:

Durante este cruel período, en el que bajamos sin cesar él, mi hermana la menor y yo, me alcanzó a mí la juventud, gracias a la cual no me hicieron mayor mella las innúmeras privaciones que escoltan a la pobreza; si en ocasiones veníanseme á la boca los acíbares y hieles de las privaciones y anhelos defraudados, pronto la risa y la esperanza los vencían [...] poseía yo salud, esbozos de novias, realidades de besos y caricias, brazos inquietos y fuertes con los que estrechaba quimeras y soñaciones (1920: 41 – 42)

Su educación sentimental parte de dos tipos de féminas: las mujeres en general, y las queridas (y aquí entran desde las hijas de Margarita Gautier, las ex

mujeres “decentes”, hasta las actrices o mujeres de “moral relajada”), por ende, hay dos formas de tener sexo: la pasional que provoca una tensión entre el deseo y las normas y códigos morales de la época, con sus consabidas ansiedades y debates internos, y la otra, el amparado en la ley, en la figura del matrimonio y en el oficio de crear una familia, en esa cama que en *Reconquista* el autor dibuja como aquella que, “en su amplitud fabricáronla para el dormir de dos y el procrear de muchos, para el total acercamiento del amor sancionado y honesto, y para el parcial alejamiento sin ascos, en solicitud de reposo casto, luego de consumado el acto supremo” (1965: 936).

Pero antes de andarme por las ramas, comenzaré por las raíces. Gamboa utilizó el segundo capítulo (“La conquista de Nueva York”) para comenzar a hablar de sus impresiones frente a la carne, el deseo y las mujeres. La explicación comienza en la calle, frente a un río humano que lo obliga, por decirlo de algún modo, a cuestionarse frente a toda esa piel, su papel, en tanto varón, latino y joven. En la búsqueda del sustento, el general Manuel Gamboa, padre de Federico, se trasladó a Nueva York y se llevó con él a los más pequeños, ya que los otros dos hermanos ya estaban casados. Duró la familia dos años por esos rumbos, aunque el joven Gamboa fue deportado antes. Si bien en su autobiografía no habla de Nueva York como el lugar de los sueños, años después, en *Mi Diario III*, Gamboa pintará una metrópoli más seductora: “Lo que para mi padre fuera una tortura, fué para mí un deslumbramiento y un hechizo: aquel éxodo nuestro a Nueva York” (1920: 42), deslumbramiento que se engloba, necesariamente, en los descubrimientos, siempre vinculado a todo lo relativo a la piel femenina y los fantasmas que despertaban en el joven Federico. Con 16 años por todo el cuerpo, Gamboa descubrió otro mundo, o así le gustaba recordarlo a sus 28 años, cuando escribió su relato de vida en primera persona: “estremecido en mi interior del contacto humano y masculino que me mareaba por la cantidad, mientras el femenino me subyugaba, me prometía mil quimeras que aunque desconocidas materialmente, mi sangre juvenil me las forjaba realizables” (1893: 23).

Los sobresaltos del joven Gamboa son puestos a la mesa precisamente en forma de impresiones para que los recuerdos, más allá de ser un platillo para la redención, nos permitan adentrarnos en las emociones de un mexicano, huérfano de madre que, bajo la égida y rígida vigilancia de su padre (ex – militar e ingeniero), descubra los primeros escauceos en los terrenos del deseo, aquellos que aún lo mantenían en calidad de observador. A la letra:

Por no atreverme a más, dilataba la nariz para hacer provisión de esas ráfagas de perfume que casi toda mujer despide a su paso, o bien, las devoraba con los ojos hasta que doblaban en la esquina o la distancia las empequeñecía; lo mismo a las que pasaban envueltas en pieles ricas que a las que pasaban envueltas en su propia belleza – para mí le más rica de las pieles (1893: 23 – 24).

A pesar de que el protagonista afirmaba que “temblaba [...] no sé si a causa del invierno que se colaba por los intersticios de las puertas del yard o a causa del vicio lejano que quería colarse por los intersticios de mi adolescencia” (1893: 24), todo indica que el viento efectivamente se coló por sus huesos, y quizá fue por su propensión a ser un observador, o porque era parte del paquete de ser joven, o quizá fue por el prurito del exceso, pues los ojos adolescentes de Federico Gamboa estaba hechizados mientras contemplaba “muchas mujeres, muchísimas, incontables, infinitas, que absorbían mi cuerpo, mi voluntad, mis anhelos, premiándome con caricias y dolores de todos géneros” (1893: 29). Si la imaginación aquí es parte del paquete, la cual en palabras de Gamboa era una “especie de alucinación” (1893: 29), justo es de destacar que el mismo Gamboa comparte con sus lectores que ya tenía una cierta experiencia frente al cuerpo femenino, pero esta venía de observar, en el baño, aquellos pintados en periódicos europeos, lo cual nos habla de hábitos familiares de lecturas, pero también de prácticas de varones adolescentes ciudadanos, donde el baño juega un papel de cueva para la intimidad y el descubrimiento.

Su personaje Pedro, en *Apariencias*, replica un poco ese ánimo de joven ansioso ante los posibles caminos del deseo y la presencia de las mujeres, siempre estableciendo la variable juventud como el blindaje frente a las futuras acciones. “Necesito ver mundo, gustar lo prohibido, lo que únicamente cuando jóvenes podemos gustar” (1965: 63) dice Pedro, quien es presentado como “sensual en extremo (con) una sensualidad que con los años se iba refinando sin trazas de desaparecer” (1965: 63). Bernardo Couto, en su cuento “El Poseído” (1900, *Revista Moderna*, segunda quincena de febrero) hace hablar a su personaje en un tenor muy parecido al de las primeras impresiones de Gamboa:

Desde muy temprano extraordinariamente me turbó toda aproximación femenil. En la calle yo no tenía ojos sino para ellas, y al encontrarme cerca de alguna sentía un malestar singular. Verlas, adivinar sus formas a través de las telas, la blancura de sus gargantas, la suavidad que yo soñaba cuando mis manos acariciaron su piel, la redondez de sus senos

y caderas, la ondulación del muslo, ¡la esfumada línea que terminaba en un frágil y bien vestido piel! (2001: 299 – 300)

Vale la pena destacar que, ante la mirada de estos autores, habría que pensar que esos espacios donde supuestamente vivían todas las mujeres, es decir, el hogar y ocasionalmente la iglesia, no aplicaba para todas, pues para ambos escritores las mujeres no se encontraban únicamente entre las cuatro paredes de una casa o bajo la vigilancia de la mirada eterna de los padres, también eran objetos de observación de aquellos varones que, al igual que las mujeres, tomaron el espacio público y ocuparon los paseos, los sitios de esparcimiento, los teatros, e incluso los bailes “pecaminosos”; cuerpos que convirtieron estas áreas abiertas de la Ciudad de México en un constante fluir de ambos sexos.

En la búsqueda quizás de una explicación (defensa) a su “temperamento neurótico y amoroso”, o simplemente a sus acciones, Gamboa reflexiona constantemente en su autobiografía sobre las telarañas sentimentales que atrapan a mujeres y hombres, y para su caso en particular, parte de una premisa:

También el corazón aprende a leer, como cualquier chiquillo, y el mío no escapó a la regla general. Aún lo tenía yo muy inculto, no conocía las letras; pero deseaba ser sabio, leer de corrido, cual si no le valiera más conservarse de eterno ignorante (1893: 35)

Dentro de la ya definida pasarela de cuerpos femeninos, aparecerá en el muelle, en Nueva York, una mujer que para Gamboa será la primera instructora; dicha maestra es descrita como la “hija de un caudillo de la insurrección de Cuba, habanera de nacimiento y celestialmente bella” (1893: 35), quien, además de bella, quedará en la galería de los recuerdos inalterables como el primer amor, al cual bautizará como Luisa, aunque en *Mi Diario V*, en asiento fechado 15 de julio de 1909, Gamboa compartirá que a la susodicha le decían Nonatilde y se llamaba Leonor Matilde García, hija del general Calixto García Iñiguez, prócer de la independencia cubana. Lo cierto es que esta mujer, convertida en Luisa, será, de acuerdo con la memoria de Gamboa, la “encantadora virgen tropical que apenas si se dolió, sin corresponderla, de esa pasión de adolescente impresionable: una de las ilusiones más puras de mi vida” (1938: 40).

Muchos años después, en 1917, durante el exilio de Gamboa en la Habana, se puede leer en la entrada del 6 de octubre: “¡Extrañísimo! La pasión más romántica de mi adolescencia hace treinta y seis años, en Nueva York, radica en esta Habana.

¡Paréceme sueño!” (1995 E: 498) Aunque no se animará a buscarla ni a verla, ya que decidió seguir los consejos de los hermanos Goncourt, los cuales opinaban que no se debía volver a ver a una mujer querida, pasado veinte años, y Gamboa anotó que ya se pasó por más de diez. Este tipo de remembranzas, especialmente por los años que hay entre el suceso y lo publicado, pueden servir de apoyo para entender cómo en todo proceso de formación hay ciertas experiencias que serán un recuerdo fijo para toda la vida, imágenes o sensaciones que quedarán cristalizadas dentro del parámetro verdad y que difícilmente presentarán cambios o variaciones.

Una característica dentro de la narrativa de Gamboa, en particular sobre las mujeres, es que así como comparte o explica a los lectores sus inicios o lecciones, también catequiza y expone sus ideas y conceptos alrededor del amor y por supuesto, las mujeres, y aquí el plural tiene sentido en tanto clasificación que hace el autor sobre las que prefiere por encima de las que lo hacen huir. Como un ejemplo de la forma de comportamiento amoroso del autor, y continuando con esta primera mujer, que es la ilusión idealizada, se puede leer:

Creo que no le dirigí ninguna galantería -cuando admiro o cuando amo soy mudo -mas, en cambio, no le quitaba la vista; la miré mucho, muchísimo, sin saciarme y sin segunda intención; encantado; creyendo que una criatura así, no podía ser la novia ni la esposa de nadie, sino la adoración de todo el mundo (1893: 35 – 36).

Gamboa, así como menciona, califica, y por derivación clasifica; hace las diferenciaciones entre un tipo y otro de mujer, y sin embargo, establece un principio general para todas ellas, ya que las féminas, antes de ser A o B, de ondular entre Eva o María, serán, primordialmente, la manzana. Objeto del deseo y la reflexión constante; nunca sujetos, una especie de pivote para poder entender lo que significaba ser varón en el cruce de siglos, entre otras cuestiones, siempre en el entendido que en la época, y desde un discurso patriarcal, el varón se le solía postular como el eje paradigmático de lo humano, y a la mujer como la otredad.

Si me atengo a la fecha de entrada, 9 de julio de 1892, se puede decir que un mes antes de comenzar a escribir su autobiografía, Gamboa ya establecía diferencias entre las féminas, pero ante todo, solía dejar en claro lo que para él eran las mujeres deseables y las que no tendrían cabida en su ánimo amoroso. Por ejemplo, ver a las mujeres en grupo, independientemente de si eran calificadas como de la calle o las llamadas “gente decente”, le generaban una mezcla de sentimientos que pasaba por el

desprecio y un poco de autocrítica frente al papel que los varones habían colocado a las mujeres, siempre como objetos que, a la distancia, podían ser adoradas, pero siempre en el renglón del cuerpo que se aprecia por ser este pasivo, estático y dispuesto:

Desde hace tiempo que las grandes agrupaciones femeninas de cualquier parte – no obstante mi idolatría ciega por ese sexo, – me inspiran algo que no es precisamente repugnancia, aunque mucho se le asemeje; sin quererlo, pienso en las miserias de todos órdenes á que se hallan sujetas, y ocúrreseme que sólo debiéramos adorarlas como á las obras maestras (ninguna hay comparable con la mujer) de los museos: con la vista y á distancia! (Gamboa, 1908: 30)

La sensación que habla Gamboa me evoca la relación de virtud versus sexo, es decir, una vez que la mujer se convertía en cuerpo, objeto o sujeto del deseo, perdía su estela de ángel y su calidad de deseable, ya no era más la virgen que podía caer, ni la ignorante fémina que quizá regalase su carne al mejor conquistador, ya no era la presea, ni las posibilidades, era simplemente un ser rendido, mancillado para el caso de haber cedido la plaza fuera de la bendición católica y social.

El asco viene por dos razones, de acuerdo con la lógica gamboína: porque la mujer cedió el terreno, como lo plantea en *Metamorfosis*: “es humana regla que nos enfriemos con la mujer caída, cuando nosotros la hemos hecho caer” (1965: 504), y porque el amor se había evaporado. Carlos Vega Belgrano, amigo de Gamboa en Argentina, le compartió esta visión; en asiento fechado 7 de noviembre de 1892, se puede leer: “el hecho consumado nos hastía” (1908: 67).

Rafael, uno de los protagonistas de la citada novela, después de una encerrona con su antigua amante, Amparo, no puede evitar las recriminaciones. La pasión, de acuerdo con Gamboa, hace que momentáneamente se perdonen las faltas cometidas por la amante, así como el origen de la mujer caída, pero tarde o temprano la vida cobra la factura por semejante liviandad. Piensa Rafael: “¿Por qué sentía aquel asco, esa especie de pavor infantil que le aconsejaba una huida inmediata, a mansalva, en tanto que la otra dormía? ¿No había perdonado? [...] ¿No sabía de memoria que ese cuerpo y esa juventud habían servido de alimento a la lascivia multicolor y multiforme del México masculino?” (1965: 515)

Quizás aquí se entiende el comentario de Gamboa cuando hace mención a “las miserias de todos órdenes á que se hallan sujetas”, sobre las mujeres en grupo, pues

el varón, entendido como el encargado de iniciar a la mujer en asuntos de la carne y el sexo, así como en su papel de guía en los laberintos de la llamada familia o el único provocador de la pérdida del honor femenino, pocas veces podría autorizar el hecho de que otros varones, antes que él, hubiesen hecho uso del cuerpo femenino, ya fuera por aquello que decía una canción de la época, según recordaba Antonio García Cubas en 1904:

La mujer que tuvo amores
No sirve para casada
Porque dicen los doctores
Que de su vida pasada
Le quedan los borradores
(1904: 601).

O porque, como se debatía el personaje Rafael, la propia imaginación – esa que igual prometía delicias que torturaba con pasados dantescos –, le jugaba una mala pasada, pero ante todo, lo colocaba en ese estado de tensión de saberse gustoso frente a un cuerpo que se entregaba, y atemorizado frente a las reglas, códigos y discursos morales, científicos y religiosos reinantes:

Con la sola imagen de aquella turba de machos pasando por encima del cuerpo de su querida, estrujándola, iniciándola en las peores indecencias y en las últimas depravaciones, el asco de Rafael trocose en náuseas, en horror por ese montón de materia asquerosa y a la vez lleno de vida, de curvas, de hoyuelos y de encantos (1965: 515).

Esta idea del asco y la tensión entre el cuerpo, el deseo y las reglas, serán un asunto de constante debate en casi toda la obra narrativa de Gamboa. En *Apariencias* (1892), Pedro se mortifica al respecto: “Sus primeras visitas libertinas, ésas que ruborizan y se efectúan de noche, aunque las contaba por docenas, le dejaban un asco invencible, una urgencia inaudita de tomarse un baño y darse un paseo por donde hubiese árboles” (1965: 63). Veintiún años después, en *La llaga* (1913), Eulalio vive, después del goce, la tristeza y la vergüenza por haber faltado a los preceptos sociales que prohibían todo contacto entre hombres y mujeres, si no era para reproducirse y bajo la sombra de la institución matrimonial:

Los goces del amor, aun el del más puro y legítimo, lleven consigo [...] desalientos y tristezas inexplicables que nos separan y alejan de la boca

acabada de besar, de la carne que hemos acariciado enloquecidos y desatentados, de los ojos en que los nuestros se miraron. Viene un cansancio físico, hasta cierta repugnancia que ni a nosotros mismos confesamos y un desencanto que [...] nos acibara el instante magnífico (1965: 1203)

Ante estas ideas se entiende que Gamboa le haya dedicado un capítulo entero dentro de su autobiografía (“En primeras letras”) a su pasión “pura”, al personaje de Luisa y a los demonios que le hicieron torcer el camino, pues pareciera que era necesario dejar muy en claro los límites entre el amor “bueno” y la pasión que todo varón estaba destinado a conocer, como parte de esa maldición de los andrógenos del destino masculino. Los personajes femeninos que aparecen en el texto permitirán que cada etapa tenga nombre de mujer y cada lección sea relativa al amor y el dolor. Así, Luisa, la inalcanzable, lo mantiene indeciso entre varios caminos, donde igual se hablaba del amor incorporal, siempre en relación al amor materno (ente por demás idealizado y colocado en renglón de santa), como de los senderos que la pasión prometía develar. Gamboa reflexionaba:

Siendo muchacho, debía ser arrojado ¿acaso no lo era yo con las otras mujeres, las de la calle, las que incendiaban mi pubertad con su mirar canalla y sus modales provocativos? Todo inútil; si ella me hablaba, su voz musical me sonaba a armonías sagradas; y si me miraba, entonces sentía yo fenómenos extraños, que en vez de asustarme, me hacían pensar en cosas que ahora, a los tantos años, todavía me parecen muy serias (1893: 37).

Aquí, varias lecciones en un solo párrafo. Primero, la caracterización de un varón, y joven: arrojado. Aunque en este caso, y para esa época, ser audaz, y en especial frente a las mujeres, no era propiamente una característica, sino una obligación. De acuerdo con las confesiones, este deber Gamboa lo ponía en práctica frente a “las otras mujeres”, las que se atrevían a retarlo, a mirarlo a los ojos y a ofrecer su cuerpo, evitando el discurso del pudor y las buenas costumbres, esas que Gamboa atrapaba en el lugar más común y más usual: la calle, y las cuales le permitían aclararnos a los lectores que él sí era valiente, sí respondía ante el reto. Sin embargo, cuando la voz y la mirada procedían de una mujer que estaba en el círculo virtuoso de la familia-decencia-pudor-candor, entonces los asuntos del amor, se transformaban en asuntos de la mística y la seriedad, montando con ello dos lados de una sola cama: el sacro y el terrenal. Y aunque pareciera que se establecía una dicotomía entre las

mujeres *buenas* y las *malas*, el propio desprecio de Luisa, quien en apariencia formaba parte del grupo de mujeres celestiales, hizo que el autor reflexionase sobre lo que, en la época, se diría era la *naturaleza femenina*: “Ella, mujer al fin, se dio cuenta exacta del efecto que me producía, con lo que dicho queda que procuró aumentármelo, volverme el juicio; y no por maldad, sino por ley fatal de su sexo, que necesita, para vivir, de la lisonja, de la adoración y de los sufrimientos del hombre” (1893: 37 – 38). No había malicia según Gamboa, había reacciones, como el escorpión, que pica porque su naturaleza lo obliga, en el mismo tenor que Ignacio M. Altamirano dictaminaba en 1869 en su novela *Clemencia*: “el amor propio, innato en el corazón de la mujer, y mayor en el corazón de la mujer bella, que quiere conquistar siempre, vencer siempre y uncir un esclavo más al carro de sus triunfos” (2002: 50).

Cuando el calor de Nueva York modificó la escenografía y el vestuario, el joven Gamboa emigró durante el verano a Bath, en Long Island, y ahí se pueden encontrar otros descubrimientos frente a la piel, el deseo y las mujeres. Las costumbres de ese país que no es el suyo, lo hacen enfrentarse al traje de baño y la actitud de las mujeres norteamericanas frente al cuerpo, y los ojos masculinos. La primera sorpresa es que, cuando él cree que está a punto de ser sujeto de una andanada de insultos o diatribas morales, por estar en medio del camino donde pasarán las bañistas – envalentonado por la oportunidad, ya que algo tiene que arriesgar –, lo cierto es que Gamboa se topa con la completa ignorancia de parte de estas mujeres frente a sus calenturas de adolescente de dieciséis años. Y así lo plantea:

Cómo padecí durante el baño. Las veía nadar, tomarse de la mano, gritar con lo frío del agua, dejarse derribar por las olas fuertes y acariciar por las débiles; hacer piruetas, verdaderas proezas. Y cuando al fin salieron chorreando agua; empapadas, las ropas adheridas al cuerpo y siguiendo los contornos de la forma, yo, mentalmente, le fui infiel a Luisa, ¡oh, muy infiel! (1893: 47)

Para Gamboa llegará un momento en que, por un lado se aclimatará a las costumbres de las bañistas, tanto por bañarse hombres y mujeres juntos como por mostrar contornos, pero celebrará que “su gente”, especialmente su hermana menor, Soledad, y una prima (Felicia), no participarán en dicha escenografía, pues el pudor a la mexicana no permitía que las féminas se exhibieran ante los demás, aunque si autorizaba que los varones fueran testigos de desnudeces, siempre y cuando fuesen de otra nacionalidad. La visita de Luisa al balneario hizo que el joven Gamboa se

convirtiera en su “fantasma perpetuo” (1893: 48), y aunque ella lo rechazó, para él fueron “días de luz y dicha”, incluso entiende (o justifica) que “ella se fastidiara, que tuviera instantes de violencia o frases de aburrimiento que me destrozaban” (1893: 48), pero ante todo y como una forma de explicar sus acciones, el autor consideraba que había que seguir los instintos, y especialmente obedecer los mandatos del corazón.

Una lección muy particular que le regalará Luisa serán los celos (aparece otro varón que buscará ser el favorito de la cubana), que transformarán al joven Gamboa de fantasma vituperado a estatua perenne, pues con tal de no alejarse de ella, hizo una máscara de sus obsesiones, y de sus sentimientos, asuntos íntimos que no podían ser develados en público. Gamboa, al ver que la táctica no funcionaba, cambió el método: evitó visitarla, se hizo el altivo, incluso se buscó una novia, pero ante la terca realidad, y frente a aquella cosquilla que le venía rozando el deseo, permitió que esta se le convirtiese en salpullido: “Apelé entonces a un recurso que veía tentándome de tiempo atrás y que quizá esperaba, para salir a flote, cualquier pretexto” (1893: 50). De la mano de un español, Gervasio Pérez, experto en diversiones nocturnas, Gamboa cedió ante las dudas y se filtró en los salones, el ruido, las luces, las mujeres solas; a escondidas de su padre, y con saldo final en su contra, pero para el joven Gamboa, el camino ya le había enseñado algunas sendas y la Ciudad de México le servirá para perfeccionar su andar, porque Gamboa, parece ser, se encontraba ya emocionado con las sensaciones, el deseo y esa adicción que Bernardo Couto dibujó en forma de interrogación con su particular estilo: “¿Conocer abrazo más potente y más enervado que el de ella cuando se estremece y gime, y pierde la fijeza de la mirada?” (2001: 300 – 301)

De nueva cuenta, ciertas experiencias en la vida de Gamboa, especialmente las relativas a sus andanzas de adolescente, serán rememoradas en las páginas de sus diarios con el estilo propio del autor que, si bien se antojan fugaces, cumplían con el estilo de Gamboa por llevar anotadas las impresiones y los sucesos que consideraba más relevantes de ser puestos en tinta. Entrada, 21 de febrero de 1917: “Entérame la prensa del fallecimiento, en Nueva York, de Gervasio Pérez, últimamente codueño del hotel español América, y testigo y *cicerone* de mis primeros devaneos neoyorkinos en el año de 1880” (1995 E: 446).

Entre los golpes de la vida y su hambre por las féminas, se imbricará su mejor escudo (respuesta) para poder justificar sus posteriores “caídas”, su afán por continuar en la búsqueda del “eterno femenino” y especialmente su “desencanto prematuro”

(1893: 52). Ante semejante iniciación, como él mismo la llama, deja el recuerdo de Luisa a salvo de tanta tentación y carnalidad, y para ello, la coloca fuera de estos ambientes nocturnos y pecadores a través de un manto verbal que la transformaba de mujer en amuleto. A la letra: “Sólo de tiempo en tiempo, el recuerdo de Luisa venía a amargar mi iniciación; y Luisa que no me quería, que nunca se decidió a aceptar mis primeros amores, podía más que la fiesta” (1893: 52).

Como cierre de esta primera escala en su formación amorosa, y en lo que inicia su aventura en la ciudad de México, además de interno del colegio del señor Baz y huérfano del todo, Gamboa intuye que su corazón ya es sabio, pues no solo aprendió a leer, también aprendió a llorar, (aunque el ritual de despedida del padre y el hijo no autorice a derramar lágrimas, por lo menos no en público). El personaje, que sufre y ama, comienza a dibujarse con precisión. No deja de llamar la atención que en el prefacio de su primera obra de teatro, *La última campaña*, impresa en 1894 (y estrenada ese mismo año), Alfredo Chavero estampe su firma en un texto que dice: “Gamboa tiene en sí todos los elementos de un buen autor dramático. Sabe amar y sabe llorar; y pues de escuela realista se trata en estos tiempos, con saber tan poco ya se sabe todo; que amar y llorar son las únicas realidades de la vida.”

La vinculación que Gamboa establece con las mujeres y la literatura, permite situar sus dos pasiones en el mismo sentido: como un trágico encuentro, inevitable, que dará tristezas en la misma medida que gustos, en suma, toda una idea de la culpa por gozar, del precio que hay que cubrir por saborear la gloria o un cuerpo. Como escribió el escritor al respecto: “mientras más intensos son los placeres, más intentos deben ser también los dolores que le sirven de séquito, en esta procesión tragi-grotesca de la humanidad por el mundo” (1893: 198). Es decir, asume sus pecados como irremediables, como parte de una serie de sucesos (regalados casi siempre por el destino), pero los enaltece en cada párrafo ante la idea de haber pagado por todas y cada una de sus “desviaciones”: si mordió varias veces la manzana, en cada ocasión le dolieron o los dientes o el estómago. De nueva cuenta, conforme comparte (se justifica y crea un personaje), Gamboa también alecciona, por supuesto, a otros varones:

No envidio a los que se vanaglorian de haber salido ilesos de ese combate tremendo que libramos con el otro sexo desde los dieciocho años y hasta los cuarenta ó cuarenta y cinco. No los envidio, los compadezco de su misma fuerza; como compadezco al que no llora con la música, al que no se pasma con un cuadro [...] Esos para mí no son

fuertes; son los impotentes del sentimiento, los desheredados de lo exquisito, los ciegos de la vida (1893: 197 – 198).

Gamboa se presenta como un púber que está a punto de vivir su primera aventura real, y se dirige a sus lectores con un guiño de complicidad, como si al pluralizar las ideas los otros hombres pudiesen verse retratados y de paso, convocar las simpatías del lector a través de esta confabulación: “Andaba yo en las emociones primordiales que nos proporciona el trato de las pecadoras, cuando nos acercamos a ellas con palabras de perdidos prematuros y actitudes de niño” (1893: 80). El uso del “nosotros”, es decir, los varones y jóvenes, es constante en la obra, menos cuando se refiere a dar cátedra. Por ejemplo, Gamboa aclara que, pese a todo los tipos de dolores que pueda ocasionarle el trato con las mujeres, se aceptaba como un varón dispuesto a continuar en este juego, pues se reconocía: “siempre débil con las mujeres, á un grado extremo” (1893: 198). Es decir, cuando hay que justificarse, el nosotros es la conjugación obligada, pero si de construir al personaje se trata, hay que afirmar a partir del yo:

Jamás he guardado rencor á la mujer que me abandona, ni á la que me olvida; todas me dejan un legado de altísima estima, un caudal de recuerdos dulces y amargos á un mismo tiempo, que me permiten evocarlas en el silencio negro de la alcoba, cuando el sueño no viene y la noche se eterniza [...] Por desgracia esta doliente tranquilidad no me llega en el primer momento; en el primer momento, crea que hasta mataría; me llegan después, á fuerza de reflexión (1893: 199).

Antes de ser deportado de Nueva York, Gamboa pierde su virginidad en más de un sentido. Al frecuentar los salones donde las mujeres podían llegar solas o acompañadas, Gamboa recuerda que “sus rubores de inexperto y (sus) candideces de novicio” (1893: 52) fueron el mejor pasaporte al inevitable colchón de alguna samaritana que se apiadó del fuereño y permitió que afloraran el “temperamento de meridional precoz y voluptuoso” (1893: 52) que le hervía por dentro. Gamboa hace del acto de su iniciación, de su paso a la adultez, un asunto que tiene que ver con la pérdida del encanto del niño, el candor, la inocencia, para ser ahora el sujeto que se dedicaba a darle dentelladas a la vida, como ese fugaz personaje que aparece en su novela *Santa*, con 16 años, estudiante pobretón y deseoso de acostarse con las mujeres y que corre con la suerte de tener entre sus brazos a la más deseada:

Lo mismo que ogro hambreado pagóse Santa un festín con aquella juventud que, a su vez, mostraba afilados colmillos y un apetito insaciable. Cómo mordía ¡canijo!, ¡cómo mordía y cómo devoraba, sin refinamientos, depravaciones ni indecencias, sino a lo natural, con glotonería de dieciséis años, deliciosamente! (1965: 885)

A su regreso a la Ciudad de México, ya con la tutela del padre a unos miles de kilómetros de distancia, y con el recuerdo de su año de pasión encapsulado para siempre, Gamboa se entregará por completo, o así lo comparte, a caminar por las calles, para adquirir ese aire de “vicioso precoz y empedernido” (1893: 81), aunque él mismo reconoce que era más un empeño que una realidad. En su andar, inevitable fue toparse con aquellas mujeres que hacían del boulevard el centro de todas las batallas; e inevitable fue que las congelara para la eternidad en su mirada (en el extranjero), con las ganas de recordar, para construir una explicación o el puente para una identidad:

Las veía ir y venir dentro de sus carruajes, al medio día, por las calles de Plateros y San Francisco, en los inmorales paseos que por tanto tiempo han existido en México, y me extasiaba en su contemplación, me sentía atraído por ellas, ejercían sobre mí inexplicable y misterioso atractivo. De nada servían las predicaciones escuchadas en su contra; lo que uno oye de boca de las señoras antiguas y de los hombres hipócritas; la multitud de consejas que andan por ahí pintándonos a esas pobres excomulgadas de la dicha, como monstruos de maldad y de odio. Yo las quería, éranme simpáticas, parecíanme todas las hijas legítimas de la infortunada Margarita Gauthier y me sorprendía no mirarlas envueltas en lágrimas y camelias. Además, quería ejercitar mi práctica adquirida en los Estados Unidos; demostrar que no era yo un chicuelo ni un principiante, sino un hombre como cualquier otro (Gamboa, 1893: 80 – 81).

Los espacios del “pecado” en la gran ciudad ya habían sido señalados por más de un literato y científico, pero en este caso, pareciera que Gamboa buscaba llevar de la mano al lector a esas calles, para que vieran a los habitantes y entendieran de las costumbres e ideas de la época, teniéndolo como lazarillo, más que testigo. Destacan del escenario las mujeres que jamás podrían ostentar el título de “señora”, idea que se vinculaba a perder la protección del estado y la sociedad en cuanto a derechos (por pocos que fueran), y reconocimientos, en cuyas espaldas cargaban las maldiciones médicas y los miedos sociales, pero también flotan en el ambiente esas formas de pensar (adosadas en la imagen de mujeres de edad avanzada y hombres arrepentidos) que remiten a códigos, consignas y reglas que la sociedad estableció, principalmente,

entre los integrantes de la clase media, y que tenían el eco de conceptos como pecado, descrédito, exclusión social o muerte en vida. Que las hetairas tengan el poder de conquistar su atención queda en segundo plano frente a la aceptación tácita del autor al mencionar algunos de los temores que, como varón, fueron la consigna de la época: no ser considerado un niño; ser reconocido por los pares como un hombre, y ejercer su derecho de varón, en tanto joven y con experiencia.

Como escribió Jean Paul Sartre en su autobiografía: “los buenos pobres no saben que su oficio consiste en ejercitar nuestra generosidad” (1964: 24), y aquí habría que cambiar la palabra pobres por irredentas para asumir que la idea de Gamboa frente a todo aquel ser que estaba fuera del círculo virtuoso de las conductas sociales y erótico afectivas, le eran afines, pues ante todo estas víctimas del infortunio estaban colocadas fuera del renglón de los asesinos o los ladrones, a quienes Gamboa trató cuando trabajó en un juzgado de lo penal en la Ciudad de México, y a quienes describió como “úlceras incurables de la humanidad” (1893: 147). Gamboa asociaba a las cortesanías con la víctima por antonomasia de las mujeres caídas, el personaje de Alejandro Dumas hijo, la Dama de las Camelias, autor que era muy popular, junto con su padre, entre los lectores mexicanos. Margarita Gautier, la tísica que cuando descubre el amor, se sacrifica porque su pasado la ha condenado irremediamente a morir, como vivió: en público. Amado Nervo, en un texto de 1896, dice que Gamboa “lleva en el alma una gran dosis de indulgencia para todas las debilidades humanas” (1991: 336), y para el joven Federico, esta postura parece ir de la mano por su condición de observante. A la letra:

Me acercaba yo a ellas, y en sus caras risueñas o cínicas, en la acogida que me dispensaban, en sus palabras libres y multicolores, descubría un fondo de tristeza infinita, algo como el recuerdo esfumado de días sin pan y noches sin abrigo, un secreto afán de que las trataran con cariño, siquiera unos segundos, de que las hicieran olvidar su oficio, su desgracia inmensa. Y como no lo obtienen nunca, descubría yo también, al venirles la reacción, una especie de odio a los masculinos; un odio reconcentrado, de represalias, eterno; odio de víctima a verdugo (1893: 82).

En esa época, dada su condición de estudiante pobretón, convivir con las mujeres de la calle era una buena opción, pues al tiempo que entra a trabajar en el periodismo, y junta su salario con el que obtiene del juzgado, los prostíbulos pasarán a formar parte de su educación sentimental; sin embargo, el autor no lo consignó dentro

de su ejercicio memorialista, es decir, dentro de las claves que proporciona para conocer de sus aventuras y debacles frente a las mujeres, así como sus posturas e ideales, se cuida de no incluir estas casas, que después serán duramente pintadas en la novela *Santa*, sin posibilidad de enmienda o retoque.

En una carta fechada el 15 de diciembre de 1888 en Guatemala, dirigida a José Luis Blasio (otrora secretario particular del emperador Maximiliano), Federico Gamboa, todavía con un estilo fresco (que perderá con los años) le comparte a su primo que, sabedor de que en aquel centroamericano país no tendría muchas oportunidades y diversidad en cuanto a daifas se refería, aprovechó su estancia de unos días en San Francisco California y, según su letra: “Me procuré una indigestión de primas por saber de antemano que aquí es una necesidad indispensable vivir casto” (subrayado en el original). Sin embargo, reconoce que frente al deseo y su temperamento no tuvo otro remedio que frecuentar a las mujeres públicas de la capital de Guatemala:

Figuraos que en tan delicada materia no existe más que una casa a la que por irrisión sin duda denominando “Café Concierto”, habitada por mujeres casi infectas, pruébalo el baratísimo precio de la visitas: dos duros por barba, aunque vayan parroquianos tan escasos de ella como yo. Siempre habría creído imposible que un acto tan trascendental suspirara repugnancia, pues hombre – lo que ilustra el viajar –, te protesto que lo hago cerrando los ojos para no ver con las que pierdo ni lo que es posible que pierda.⁵⁶

Por ello, encontrar dentro de uno de sus diarios, con asiento fechado 9 de mayo de 1893, que durante uno de sus martes literarios que celebró por su estancia en Buenos Aires, Joaquín V. González le dijo, según Gamboa, “una frase profundamente cierta: No hay hombre ninguno que de cuando en cuando no sienta la nostalgia del prostíbulo” (1908: 102), aunando a los comentarios que más de un memorialista recuerdan de las mocedades de Gamboa como asiduo a las casas de citas y de juegos, permiten inferir que el autor optó por relatar de entre sus experiencias sexuales aquellas aventuras galantes que le daban una categoría superior a la media, en tanto héroe que supo sufrir y pagar por los pecados, aunque estos fueron realizados por el amor que decía sentir hacia las mujeres, y especialmente porque era joven, sin guía y precoz.

⁵⁶ (DCLIV. 3. 337) Fondo Ernesto Cuevas Alvarado. Archivo José Luis Blasio. Serie Manuscritos de José Luis Blasio. Centro de Estudios de Historia de México, CARSO.

El capítulo V, “Malas compañías”, de su autobiografía Gamboa regala otro paraje en la profesionalización de sus pasiones: su primera querida. El título que engloba esta confesión es una notificación para el lector, pero ante todo, es esta tensión que se vive en todo el texto cuando aparecen las mujeres, el amor y el deseo; rigidez que quizá tenía su punta de lanza en aquella idea que Georges Bataille proponía alrededor del erotismo y la felicidad en el tenor de que: “El placer de los cuerpos es sucio y nefasto: el hombre en estado normal [...] lo condena o acepta que sea condenado. Lo hace incluso el libertino que aparenta desdeñar el juego cuya seducción lo agota” (2001: 83). Gamboa, como hijo de su época, no consigue disociar las ideas de deseo con pecado, de cuerpo con suciedad y placer con culpa. Gamboa habrá de construir en sus novelas principalmente, personajes que suelen columpiarse hasta los extremos, siempre anhelando, aunque pocas veces conscientes de lo que querían. Por ejemplo, Pedro, el de *Apariencias*, se pone a soñar mientras va en tren rumbo a Veracruz, y piensa:

El calor del sol quema la piel y adormece las ideas; el perfume vago y voluptuoso que flota alrededor nuestro exalta la lasciva mental, azota la materia y deseáramos poseer allí, tras una de esas matas hinchidas de savia, una legión femenina insaciable y apasionada que nos matara poco a poco, con delicadeza de niña e impudores de perdida (1965: 78).

Hablar de una mujer en términos de delicadeza e impudor, niña y perdida, es prácticamente un oxímoron, en tanto que son los dos extremos opuestos de la imagen que se buscaba en la época para la mujer, atrapada en ese concepto del bello sexo, en tanto ser débil, infantil, sin capacidad para decidir y nacido para procrear. Esta mujer que plantea Gamboa, sin perder en ningún momento su calidad de objeto, construye (deja paso a... se transforma en...) una metáfora mucho más alejada del híbrido o la imbricación de los discursos, ya que entra en los terrenos de la fantasía, y ahí, como señaló Slavoj Žižek, “la fantasía no solo realiza un deseo en forma alucinatoria, una fantasía constituye nuestro deseo, provee las coordenadas, es decir, literalmente nos enseña cómo desear” (2005: 17).

Que las mujeres sean, inocentes ante el mundo y desvergonzadas frente a su hombre (el marido, de preferencia) es una ilusión que permite suponer que quizá en el fondo estos varones, a pesar de construir con afán el nicho para las mujeres santas, guardaban el secreto deseo de verlas actuando un poco más como la mujeres callejeras, las famosas sin pudor, pero quizá el efecto de los hijos (con todo y el temor

a las enfermedades y degeneraciones tan cacareadas en la época), el miedo al escándalo, el temor a convertirlas en sujetos, impedían que esto pudiese tomar un sendero más o menos realizable, o como escribió Antonio García Cubas: “Que nuestras jóvenes son santurruncillas, mejor, déjalas estar [...] Más garantía te ofrece la mujer que reza y reprime sus pasiones por el temor de Dios, que una filósofa que cree ser toda obra única de la naturaleza” (1904: 139). Lo cierto es que, incluso en el Código Civil de 1884, las cargas aparecían diferenciadas para ambos sexos. El adulterio, por ejemplo, era considerado causal de divorcio directo si era por la mujer, y en el hombre tenía sus atenuantes, pero en todo caso era tomado como un delito, lo suficiente como para que la mujer quedara sin derecho a alimentos (Art. 253). Como delito era similar al intento del marido por prostituir a la mujer, corromper a los hijos y la calumnia. Para J. Lozano la explicación de dicha diferencia entre el hombre y la mujer era que:

Si bien bajo el aspecto moral la falta es la misma, bajo el aspecto social es menor la del marido. La mujer siempre introduce en la familia un vástago extraño que usurpa derechos legítimos, y disminuye las porciones que la ley ha designado. Hay sin duda mayor inmoralidad en el adulterio de la mujer, mayor abuso de confianza, más notable escándalo y peores ejemplos para la familia, cuyo hogar queda para siempre deshonorado (Código Civil, 1902: 71).

Dentro de los recuerdos juveniles de Gamboa, estas concepciones son presencia y sello, sin embargo, el autor dejará que se cuelen entre un párrafo y otro, su erotismo o por lo menos lo que él propone como sus prácticas amatorias, por muy contradictorias que resulten o por mucho que busquen configurar una pose de Don Juan a la mexicana. A pesar de las ganas de Gamboa por decirle al lector: este soy yo, e incluso por encima de sus consignas morales, hay un dejo de nostalgia por el uso de su cuerpo en la sexualidad que se puede encontrar en todas sus novelas; tonadilla que a pesar de su regreso a los valores católicos no le impidieron relatar, cada vez que se prestaba la ocasión, ese misterio de la carne que tanto lo interesó. Como ejemplo, el momento cumbre en que Eulalio se enfrenta a la indiferencia de Pilar (*La Llaga*), nada menos que después de haber hecho el amor:

Y a la hora augusta del espasmo – la rarísima ocasión que a ella sacudíala – su cabeza, doblada cual azucena que se marchita, su rostro, cubierto de palidez mortal, hundíanse en las almohadas, y su boca

permanecía sellada, negando el beso divino de agradecimiento y de holocausto; los ojos dilatados por el inconmensurable deleite, no miraban a Eulalio, miraban quién sabe qué, miraban quién sabe dónde [...] no reparaban en las imploraciones del esposo [...] que pegando los labios a sus labios fugitivos, a su seno insensible, a sus oídos sordos, le pedía: ¡Mírame Pilar, por Dios santísimo que me mires, como antes me mirabas! (1965: 1215)

La primera querida será para Gamboa carta de presentación y pretexto perfecto para asumir una formación amorosa en la categoría de: digna de compartirse con otros varones. La susodicha era una mujer de buena cuna que, según el autor, “había caído estruendosamente, sin nada que la disculpara, por el placer de enlodarse, de probar el vicio” (1893: 79). Esta mujer, que ya había conseguido el epíteto de Señora, que estaba casada, es decir, protegida por un varón, que había cumplido con el mandato social y científico de procrear, aparece como una mujer que no pudo aguantarse las ganas de probar, de conocer, de arrebatarse la manzana a Adán, lo que la convertía en una caníbal, peligrosa para las de su propio género y para los masculinos inocentes.

Siempre con las ganas de catequizar, Gamboa aceptaba que por dentro la condenó, ya que “desde entonces me apuntaba la convicción que he ido robusteciendo con el tiempo y mis observaciones, de que la maternidad es un santo derivativo” (1893: 79). Dicha convicción le acompañará durante el resto de su vida, y aunque siga explorando en los terrenos del sexo y el amor, es posible leer descripciones como esta (*La llaga*): “La mujer, sí; es maternal, sexualmente maternal, aunque todavía no haya concebido, o nunca haya de concebir; es maternal desde que nace, con sus muñecas, con sus hermanos, es ascensión continua hasta los hijos” (1965: 1320).

Pero condenarla en el fuero interno no fue suficiente, y de nueva cuenta, Gamboa entra en una especie de contradicción, pues inicia relaciones con ella, incluso dice que se vio con esa mujer, por una *corazonada*, “en relaciones amorosas contra mi voluntad” (1893: 79 – 80). Gamboa entra al ruedo para torear a la bestia, prácticamente por accidente, aunque en este caso acepta que buscó las malas compañías como una brecha para llegar más rápido, aunque no estuviese preparado para la lección que le daría la vida: enseñanza que no podría venir de otro lugar más que del lecho de una mujer.

Carlota, esta primera querida, es la oportunidad para titularse de hombre o por lo menos para presentar el primer examen ante el jurado social y el del espejo propio. Carlota, que entiende y se lamenta pues sabe que es buscada no por diferente o

“valiosa”. Ella está consciente, según el autor, de que la “buscan por la novedad, por los residuos de honestidad que pueden arrancarme del corsé” (1893: 91), y es ella la que va a enseñarle al joven Federico que la diferencia entre anhelar el placer y entrar en contacto con él pasa necesariamente por el abandono ante los instintos, así como la aceptación de la juventud como motor para cruzar la frontera: “¡Quién va a rehusar, con el apetito de los veinte años, una fruta que pende del tallo, al alcance de la mano, y que nada ambiciona sino dejarse comer!” (Gamboa, 1893: 91 – 92) Dejarse comer, porque para Gamboa las mujeres nacían con un destino manifiesto impregnado en la piel y los pañales, y no únicamente porque los papeles estaban bien separados por códigos de comportamiento, sino porque el amor y la pasión entraban en escena, como se puede leer en el final de *Metamorfosis*, cuando la monja al final acepta que es irremediable su entrega frente al hombre que la sacó del convento para devolverla a su “lugar”:

Contagiada por aquel aliento de fuego, por aquel hombre que temblaba a su lado, con su contacto, siendo el que debía mandar por ser el fuerte; con decisión poética y grande de hembra formada y sana, de fruto maduro que en el instante necesario se desprende de la rama para que lo muerdan y despedacen – pues para eso nació – así la monja que agonizaba se dejó abrazar, convertida ya en mujer y en mujer enamorada (1965: 713).

Pero para llegar a ser hombre, según Gamboa, era necesario pasar por esa prueba que significaba tener una querida, reflexión que también se puede encontrar en otros textos, de otros años. Por ejemplo, el siguiente diálogo de la novela *Clemencia* (1869) de Altamirano, cuando el joven guapo e irresponsable reconviene al compañero de armas (feo y honrado) por conservar su corazón ajeno a los avatares del amor y principalmente de la pasión: ¡Un corazón virgen a los veinticinco años! ¡En este tiempo en que ya a los doce se tiene novia, y muchas veces querida! Convengo en que no haya usted amado [...]; pero habrá usted tenido una querida: ¿quién no tiene hoy, apenas llegada la pubertad, una triste querida? (2002: 52). Es decir, tampoco Gamboa inventó el hilo negro en asuntos de iniciación masculina, de nueva cuenta, la diferencia con sus contemporáneos y pares fue que hizo pública una narración que tenía dueño, que podía constatarse en alguien “real”. Y así, Gamboa reflexiona, se presenta, y deja que algunos conceptos de la época respecto a los varones se perfilen en estampas como la siguiente:

Entré en terreno desconocido, mas con el necio afán de nunca declararlo; y en la calle, en el café, a solas en mi cuarto, sonábame de especial y dulcísima manera esta frase común:

—Tengo una querida.

Cierto es que de cuando en cuando me asaltaba la duda; un hombre decente no puede pronunciar esa frase, si no son por su cuenta todos los gastos de la mujer; mi sueldo no bastaría a cubrir ni un solo mes de renta de la casa de Carlota; y para conciliar los reclamos de mi conciencia con mi vanidad de masculino que está apenas asomándose a la vida, corregía la frase en esta forma:

—Será entonces un principio de querida (1893: 92).

Tener una querida era un símbolo de prestigio entre hombres. Tener, se refería a poder tenerla. Ser capaz. Ser un adulto, haber dejado de ser un menor de edad, inútil. Y ser adulto pasaba por capacidades, derechos y obligaciones. Si hoy se podía con el mundo, se podía con una querida. Pero para ello había que cubrir los gastos de la casa, la comida y la diversión, si se quería “satisfacer” las necesidades corporales, pasearla y exhibirla como un caballo de pura sangre o un nuevo carruaje. Muy en el tenor de aquello que advirtió Manuel Payno en su reflexión “Memorias sobre el matrimonio”:

Me parece que ha dicho, un alemán o un francés, que el matrimonio es la tumba del amor. Mi hombre tenía razón, pues la experiencia tiene acreditado con constancia que amantes enamorados [...] se convierten cuando son maridos en impassibles espectadores [...] Una querida la divinizamos, la vemos como un ángel, mientras en una mujer propia vamos descubriendo diariamente multitud de pequeñas humanidades que arrancan hoja por hoja las flores de la ilusión (2002 : 25).

Pero si tener una querida, o un principio de ella, implicaba ciertas satisfacciones, de nueva cuenta, también pasaba por una serie de pagos, casi siempre al contado, frente a la vida y a la sociedad. Si bien el romance es presentado como una etapa en la que comieron dos en un mismo plato e incluso se diseñaron planes a futuro, sin importar, aparentemente, lo escaso de los recursos del intento de amante; también es la oportunidad de Gamboa para enseñar que en estos asuntos, por muchos refinamientos que se impriman a los actos y las palabras, la fecha de caducidad siempre está a la vuelta de la esquina. Eso sí, reconoce que los celos de ella y las infidelidades de él, prepararon el escenario para la caída. Y fue Gamboa quien dio el primer paso, al conquistar a “una irredenta de profesión” (1893: 95) delante de Carlota,

y lo hizo con lujo de violencia, según se puede leer en el texto: “Reconozco que he de haber estado extraordinariamente cruel, pues no hay en la creación bicho más malo que el hombre ó la mujer cuando no ama” (1893: 95). La relación terminó, y Gamboa asume como lección que no importa que sea la misma sábana la que cubra dos cuerpos, si cada una se encuentra muy lejos el uno del otro.

Ya tuteó a las mujeres de la calle, ya se dio el lujo de tener la primera querida, y ahora pasa a la etapa de ser el enamorado de la mujer equivocada, de esa que le enseñó el placer del primer amor (lejos del amor platónico o de la simple aventura) y que, según sus recuerdos y su pluma:

Me hizo bendecir la vida, porque nos permite besar a nuestra querida; y [...] me hizo maldecir la existencia, [...] porque a los veintiún años probé el acíbar de la infidelidad, que para siempre nos separa de la que todavía ayer nos juraba amor eterno. Fué un drama de tres meses de duración, y que sin embargo, me dejó en el alma una aureola negra de desconfianza. Y eso, que el golpe no debía sorprenderme ¿quién me mandó querer á una mujer descarriada? (1893: 136)

Este tipo de féminas que Gamboa califica como fuera de las normas sociales, y de género, asignadas para las mujeres de la época, ante todo permiten, según el autor, sentirse hombre. Y en la prosa del joven confeso, esto se podría traducir como formar parte de un grupo que, tarde o temprano, transitaban el mismo camino; presentaban las mismas debilidades por la carne femenina; solían olvidar las consignas morales que les fueron inculcadas en el hogar, simplemente porque estaban frente a un acontecimiento que superaba cualquier advertencia o consigna, ya que, según Gamboa, estaban “vencidos antes de luchar”, pues era “una atracción muy distinta de la de la novia, mucho menos pura – ¡oh!, no hay comparación, pero que nos seduce más precisamente por eso” (1893: 137). De nueva cuenta, el autor disculpará estos exabruptos, a través del amuleto llamado juventud. Artilugio capaz de tranquilizar a quien lo padece o quien lo ejerce, que además va acompañado del inevitable castigo, que para este caso el autor bautiza como desencanto. Gamboa, en su papel de formador, compartió sus experiencias, tanto como una forma de traducir las sensaciones, que él suponía eran propias de todos los nacidos bajo el signo cromosómico del XY, como una manera de advertir a los no iniciados:

Y amar a una de estas mujeres, es horrible. El amor, que es celoso de suyo, aquí nos atormenta, pues [...] sabemos que nuestro rival es

múltiple, variado, infinito [...] Entonces, se pasan horas sombrías; el suicidio nos hace buena cara; se nos olvida que tuvimos infancia, y religión, y pureza; se mira uno muy abajo; el individuo más miserable que pasea con su mujer y con sus hijos, nos inspira envidia [...] los instantes pasados con la querida, lado a lado, nos acentúan la soledad, por la diferencia radical en educación. Luego, se contraen fatalmente pseudo-amistades, que más tarde nos enrojecerán con sólo su saludo, y que por lo pronto nos explotan; vienen a flote los instintos perversos, que en número mayor o menor tenemos todos los humanos; la influencia del medio nos agosta, para salir, al fin, de la borrasca, — cuando se sale con vida, - como un verdadero náufrago (1893: 138 – 139).

Quizás Gamboa terminó de entender las señales al momento de escribir aquella escena cuando Amparo le advierte a Rafael en *Metamorfosis*: “Si lo que quieres es mi cuerpo, te sobra dinero; guarda tus papelotes, pues con uno tienes. Pero si lo que quieres es mi corazón [...] no vas a poder pagármelo, porque no lo vendo, te lo cambio por el tuyo” (1965: 510). Y Gamboa comparte que dio el suyo, pero a cambio de una lección en la cual el amor y el dolor ya no se divorciarán jamás; enseñanza que pasaba necesariamente por aquella idea de que todo placer fuera de las normas y códigos morales tenía que doler, y mucho, para que se pudiese asimilar las anécdotas y las sensaciones; suceso parecido a tener una enfermedad en el cuerpo, y que tras el reposo, los cuidados y la medicina respectiva, llegaba al periodo de convalecencia, y reflexión. Los actos iniciáticos frente al amor, pasan por obligación por el cuerpo de una mujer, el deseo de un hombre, los besos, las promesas, la tensión, los celos, el rompimiento con el entorno, el pasado y las advertencias, porque como advirtió Bataille: “desde el gasto más fuerte que es la voluptuosidad (acompañada por el lujo y la ostentación), hasta el más leve que es el reposo [...] no podemos ser felices sin ingresar en la perspectiva de la angustia” (2001: 86). Para el joven Federico, la angustia y el dolor nacían primero, porque el cuerpo de la mujer, en donde Dios, según Bernardo Couto Castillo, “encerró [...], bajo la forma de todos los encantos, todas las torturas, todas las desgracias, todos los dolores” (“¡Mujer! ¿Qué hay de común entre tú y yo?”; 1898, Revista Moderna), y segundo, porque la pasión, “es como los venenos traicioneros, que nada nos hacen en el primer instante, sino después, cuando ya se acomodaron en las entrañas, y nos torturan, nos despedazan, nos matan sin que pueda nadie aliviarnos” (Gamboa, 1965: 347), tal como lo vivió su personaje Julio Ortegale en *Suprema Ley*.

Gamboa se pregunta, en asiento fechado 14 de febrero de 1893, en *Mi Diario I*: “¿no la mujer siempre nos abandona cuando se siente idolatrada?, ¿no hacemos los

hombres exactamente lo mismo?, ¿no el amor exige para su siempre efímero vivir, que haya un verdugo y una víctima?” (1908: 88) Mientras Gamboa traía del laberinto de la memoria los recuerdos que le habrían de servir para armar su ego-documento, destaca una nota que tiene fecha de entrada 27 de octubre de 1892 del mismo diario, en la cual el autor, a pesar de haber padecido en carne propia la infidelidad femenina, y autopresentarse como alguien capaz de hacer daño a una mujer, simplemente porque ya no la quería, no puede evitar hacer una diferenciación en materia de engaños, pues según él:

La mujer no nos ama mientras le somos fieles; necesita mirarse, ó sospecharse, engañada, para reaccionar. Por eso los matrimonios en que el marido no practica contrabandos, momentáneos y fugaces siquiera, disfrutan de una dicha gris, desabrida, letal. El amor reclama el aguijón, sin él se aburre (1908: 66).

Pero Gamboa ya se ha graduado en materia de amores femeninos. Para obtener el grado, demostró haber sufrido, y haberlo disfrutado. Pagó por lo consumido, y ahora, frente a la noticia de que debía abandonar el país para ir a representarlo en Guatemala, Gamboa comienza a utilizar un tono un poco más melancólico cuando relata sus aventuras con mujeres. Durante su viaje a Guatemala, igual intenta seducir a una viuda en el barco, como tiene una aventura con una judía durante su estancia en San Francisco, California. Aquí ya se puede apreciar un personaje más templado en asuntos de amor, cuyas experiencias pasadas lo obligan a ser más precavido, y porque no, a sentirse obligado a compartir con los otros, las diversas maneras de tener una relación amorosa, por fugaz que sea. A partir de sus recuerdos:

Aún la veo, con sus ojazos negros, [...] empeñada en convencerme de que me quería [...] tuteándome desde la segunda entrevista, por espíritu de raza y por espíritu de mujer que satisface un capricho. No me preocupé de saber de dónde venía, de si su nombre era supuesto ó nó, de si era casada, de por qué vivía en mi mismo hotel, ¿para qué? ¿para precipitar el desengaño? Me pareció más cuerdo abandonarme á ella los días que pasara en San Francisco, ni preguntarle ni contestarle nada; creer que en efecto nos queríamos los dos, y luego, separarnos como nos habíamos encontrado, con un beso y un apretón de manos (1893: 169 – 170).

Durante su estancia en Guatemala, Gamboa confiesa que tuvo otra aventura, pero esta vez con una mujer casada, que viene a ser otro tipo de lección en materia

amorosa, pues este tipo de pasiones son planteadas por el autor como un asunto de fingimiento, con citas clandestinas, inquietudes y pasiones, sobresaltos y el sabor de lo transgresor, con la conciencia de estar arrebatándole a otro varón su pertenecía, su objetopreciado, por lo tanto, no es una manera de conquistar un cuerpo (en este sentido una mujer) sino de estar robando una voluntad, la del marido. Para el confeso, la emoción es la que justificaba casi cualquier acto, pues, como se preguntaba en aquellas épocas “¿qué importa que el desengaño se halle próximo y el corazón á punto de estallar, si ya gozamos? [...] ¿Se ha descubierto, por ventura, algo que pueda equipararse á esa dicha incomparable de querer sintiéndose querido?” (1893: 198 - 199)

Su estancia en Londres por quince días, que está atrapada en un capítulo (XIII), le funciona a Gamboa para relatar una anécdota que va en el mismo tenor de sus confesiones primeras. El acto de presentación habla de un joven que puede vencer el asco, para dar un beso, en calidad de limosna, a una mujer tísica y desdentada, que según recuerda, “igual podía tener 15 que 20; muy rubio, casi rojo el cabello, muy flaca [...] un aspecto de insensible y de embrutecida que encogía el alma” (1893: 261). También le sirve este aparado al autor para compartir sus ideas sobre las mujeres, pero en este caso, para dejar en claro lo que él entiende debe ser el sujeto femenino, comenzando por lo que no debe. En su autobiografía dice: “nunca me han hecho feliz los cuerpos de baile; repugnan a mi delicadeza de nervioso; me causan dolor esas piernas nervudas, esas actitudes de saltimbanco, esas carreras de caballo de circo” (1893: 257). Y en *Mi Diario I*, con fecha 9 de julio de 1892, casi un mes después de que *Impresiones y recuerdos* apareciera en librerías en Buenos Aires, Argentina, se puede leer que para Federico Gamboa, las mujeres, especialmente en el renglón de las bellas, debían quedarse quietas: “Las piernas nervudas y deformes de las *étoiles*, por causa de su gimnástico ejercicio profesional; los corpiños y enaguillas, que nada occultan; los movimientos dislocados y funámbulescos á que se entregan, disgústame sobre manera” (1908: 30). Lo que sí le gustaba, lo que para Federico era la mujer, de acuerdo con lo aprendido, lo asimilado y lo escogido:

Quiero que la mujer sea mujer y nada más que mujer, que no me muestre sus atractivos como la bailarina, así, de una manera brutal, sino que me deje conquistárselos, írselos descubriendo uno á uno, y luego, que me acaricie, se me muestre femenina en sus actos y en sus caprichos, que con cada placer me traiga un dolor y con cada sonrisa una vibración; que sus bíceps no me inspiren temores sino deseos de

defenderlos y de besarlos; que el día, el mes ó el año que me consagre sea mío única y exclusivamente, sin coparticipaciones (1893: 257).

¿Qué entendía Gamboa por femenino?, nada fuera de lo que los demás hombres de la época solían escribir, y en muchos casos, las mujeres también: un cuerpo que estuviese a su disposición; que asumiera la tutela como un acto gozoso que merecía ser agradecido, ya que ahora es de alguien, y no de todos; un cuerpo delicado, en el entendido que esto significaba, sin fuerzas, sin demostraciones de valentía o fuerza, delicado significaba también que se podía romper, que sus movimientos debían ser lentos, lánguidos, estudiados, y que por ello requería de la protección masculina.

Todavía dedica, dentro del capítulo XV (“Tristezas de boulevard”) a una última aventura con una parisina que recuerda, inevitablemente, a su heroína favorita. Así, Gamboa tuvo su propia Margarita Gautier, aunque esta mujer, efectivamente bautizada Margarita en el relato, era menor de edad (19 años), y cumplía con el canon de la mujer caída: hombre que se aprovecha, padre que destierra, futuro cerrado. Vivió con él, y parece que fue el primer ejercicio de Gamboa de compartir techo y comida con una mujer, y qué mejor que con una de las excomulgadas de la dicha, que como él, gustaban de vivir el presente, disfrutar el cuerpo, y pagar con los ojos cerrados la cuota por haber sido, aunque fugazmente, felices. Gamboa asume que el amor no se interpuso entre ambos personajes, más bien que fue una especie de amistad de mutuo acuerdo: “No le pedí amor porque aun suponiendo que hubiera podido otorgármelo, no me habría hecho feliz ni tengo lugar en qué colocarlo” (1893: 317). Y el infalible desenlace no se dio por la partida de Gamboa hacia la Argentina, primero fue por un disgusto menor que los separó, después, por la muerte intempestiva de Margarita. La lección más fuerte para Gamboa fue respecto a su reciente pasado, amén que sirve como una especie de cierre para su educación sentimental. En la filosofía que adquieren las pecadoras, como él dice, entendió que el boulevard, ese que fue dibujado como un lugar para experimentar, llevar a cabo los primeros acercamientos carnales o para probar la hombría, y que Gamboa solía defender, no era, en las palabras de su efímera amante, “nada más la calle; también nosotras y los bailes públicos y los cafés-conciertos somos boulevard [...] sábetete que es cruel y es triste, pero muy triste [...] á mí me da de comer y lo odio como á mi mayor enemigo” (1893: 320). Y con ello, Gamboa termina en el mismo espacio en el cual todo comenzó: en el

espacio público, en esas calles donde los ríos de gente pueden suponer una aventura, una instrucción o un recuerdo, siempre en conjugación con mujer y amor.

Así, dentro de los personajes femeninos que aparecen entre sus recuerdos e impresiones, se puede armar una lista que incluye al primer amor, el platónico; las mujeres de la calle; la primera querida, la mujer infiel (el primer amor en todo su esplendor); la judía; la guatemalteca o la parisina. Entre todos estos actos concatenados, las bailarinas, las divas y el resto de las mujeres aparecerán de forma tintineante, para dejarle en claro al lector que, como lo supuso el joven Federico, “de todas las pasiones ¿cuál es la predominante? El amor, el eterno amor; el amor en todos sus senderos legales é ilegales, puros é impuros” (1893: 374).

En su autobiografía, esto es lo que se puede obtener, tanto de lo que él consideró las lecciones fundamentales de su educación sentimental, como las ideas que tenía alrededor de las mujeres y el amor. Después de revisar sus diarios puedo decir que hay poca información al respecto, con dos honrosas excepciones: una aventura durante su estadío en Buenos Aires, que puede inferirse fue lo que motivó su frustrado duelo (el cual estaba calculado a ser realizado entre el 30 de septiembre y el 10 de octubre); cuyos datos comienzan a partir del 14 de octubre de 1892 en *Mi Diario I*. A la letra: “Mal momento el en que me ha ocurrido leer á Enrique Heine, cuando estoy que aullo por mi conflicto sentimental” (1908: 65). Casi diez días después el autor anotaba, 22 de octubre de 1892: “con palpable mejoría en mi pobre ánimo, enfermo de amor venenoso y envenenado, á la 1 ½ de la mañana concluyo el capítulo II de *Impresiones y recuerdos*” (1908: 66). Dos días después se puede leer: “daría mi ciencia íntegra porque el corazón de una mujer se dejara leer por mí, pues mucho dudo, á pesar de sus juramentos, que sea mía para siempre según me lo aseguraron sus enloquecedoras caricias de hoy” (1908: 66).

El otro caso de una relación amorosa aparece en *Mi Diario II*, con anotaciones del año 1897. Es la aventura que Gamboa mantuvo con una norteamericana, que a todas luces parece importante, en tanto ocupa buena parte de este segundo diario editado en 1910, o simplemente por ser el comentario más extensivo que hay dentro de los siete diarios sobre una relación amorosa. Ciertamente algunos pasajes de este episodio le sirvieron tiempo después para las escenas entre Rafael y Amparo en su *Metamorfosis*.

Por lo que se deja leer, la pasión estaba causando trastornos entre los involucrados, al extremo que el escritor señaló, con toda la ironía que caracterizaba

muchas de sus entradas, un 20 de junio de 1897: “en previsión de estragos mayores, obligame á seguir el sapientísimo consejo de Ripalda contra las tentaciones, y huyo á todo el correr de un tren de vapor hasta una finca amiga en el estado de Veracruz” (1910: 32). Sin embargo, de nada sirvió huir, pues el conflicto escaló y el romance degeneró en una batalla campal de celos, reconciliaciones y afectaciones al ánimo. Siete días después, Gamboa escribió que ya no servían de nada consejos o precauciones. Según sus propios recuerdos:

El conflicto sentimental ha recorrido su ciclo y háse transmutado en un *collage rabioso* [...] Hemos experimentado en los tres meses que lleva de crecimiento [...] este absceso pasional, los síntomas conocidísimos que los caracterizan: anhelo secreto de destruirse en un beso, de aniquilarse en un estrechamiento; [...] promesas y juramentos [...] proyectos de vivir siempre juntos y de alcanzar y aprisionar la dicha. He averiguado que [...] está casada legítimamente, y que el marido [...] es el causante de la caída. Sabedor de en lo que ella ha parado, en carne de alquiler y de deleite, le escribe, no obstante, día á día. [...] Tú no eres mala—escríbele—no has de serlo ahora, aunque te halles donde te hallas, en esa casa en la que á nadie puedes rehusarte y que yo maldigo desde aquí, porque me parece que te llevé hasta sus puertas [...] Lo doloroso del caso, en vez de despertarme celos, despiértame interés en mi doble fondo de novelista, cuando leemos estas cartas, ella y yo, de codos sobre las almohadas. Es un marido en quien persiste el amor, y en correspondencia con su esposa, que se ha trasmutado en la esposa de todo el mundo” (1910: 35 – 37).

Este absceso pasional duró hasta el 11 de octubre de 1897. El 29 de junio anotó que hubo un intento de suicidio por parte de ella. El primero de julio Gamboa llevó a su amante al estudio de Jesús Contreras para que la dibujara en un medallón. Un siete de julio, concluido el retrato, terminaron la relación. Para el 2 de octubre se puede leer que se reconciliaron, que ella partirá pronto y a manera de despedida se fueron de fin de semana a los baños del Peón, a decirse adiós como Gamboa manda. El 5 de octubre regresaron a la terca realidad, y se puede leer: “¡Cuántos besos y cuántas ilusiones hemos sepultado ambos en ese cuarto prosaico y semidesnudo, en el que hemos permanecido, rabiosamente unidos, estos tres días, como para despedirnos de una pasión que á ninguno conviene!” (1910: 55) El 11 de octubre, a bordo del ferrocarril Central, partió la que será una de las mujeres que más marcaron el pasado erótico afectivo de Gamboa.

Y por millonésima ocasión, Gamboa invoca a su juventud. De acuerdo con su pluma: “cuando el tren se hundió en el glorioso horizonte de la mañana que sonreía,

palpé que había yo perdido algo muy grande y muy hermoso, que no se recobra nunca: ¡mi juventud! (1910: 56) Porque según Gamboa, el episodio representó la última pasión desinteresada, “libre y completa, de las que no necesitan para florecer, ni dinero, ni misterio, ni recatos; á las que no les importa la edad, ni las obligaciones; época que no puede reaparecer, en la que ama uno con la misma naturalidad encantadora con que respira” (1910: 56). Gamboa para esas fechas estaba a dos meses de cumplir 33 años. En los demás diarios solo aparecerán anotaciones cortas, fugaces, en ese estilo telegráfico, pero ya sin mucha explicación, especialmente después de contraer matrimonio con María Sagaseta y Vega, en febrero de 1898.

Capítulo IV

El Plumitif

Escritor es aquel que revela
y se revela inevitablemente a través
de la palabra escrita

Roberto Calasso, *La Folie de Baudelaire*, 2011

El apetito de escribir, encierra una negativa a vivir,
ya sea muriendo para nacer a la gloria,
ya sea llegando la gloria primero, pero matándome
Jean Paul Sartre, *Las Palabras*, 1964.

En asiento fechado 13 de enero de 1915, de uno de los diarios de Gamboa que habrían de publicarse de forma póstuma, se puede leer: “¡Definitivamente, mi vocación no es la política! ¡Ah, las largas vidas únicamente consagradas a la literatura!” (1995 E: 209). Esto lo escribió cuando estaba en el exilio, en la Habana, Cuba. Para Federico Gamboa la búsqueda por vivir del producto de sus novelas, obras de teatro o memorias, fue un anhelo constante. Se sabe que únicamente de la novela *Santa* pudo obtener algunos beneficios, los cuales, sumados a las economías que había realizado por su trabajo dentro de la Secretaría de Relaciones Exteriores, le permitieron comprar una casa en la colonia Santa María la Ribera en la Ciudad de México; propiedad que perderá como parte de su descalabro financiero por el prolongado exilio.

A pesar de que después de su intento fallido como candidato a la presidencia de México en 1913 por el partido católico, Gamboa se separó para siempre de la política y del ámbito gubernamental, hay que destacar que durante buena parte de su juventud y madurez estuvo estrechamente vinculado a los procesos y estadios de la burocracia, especialmente desde la Secretaría de Relaciones Exteriores, con más de 43 años activos en servicio (menos cinco del exilio dice Gamboa, 1996: 195). La asociación entre su trabajo en la diplomacia mexicana y su obra narrativa va más allá de los asuntos meramente monetarios. Será en Guatemala, en su primer empleo como 2º secretario, que dará forma a su primera novela; que conocerá a personas que le

ayudarán a ensanchar su mundo cultural y personal; que tendrá acceso a otras lecturas y otras miradas. Y a partir de ahí, todo será, con sus altibajos, cuesta arriba (con tope en 1913).

Esto es lo que busco desentrañar: primero que nada, su postura frente a las letras, como autor y verdadero *plumitif*, como solía decir. De igual manera, buscaré asomarme al mundo de sus lecturas y los círculos literarios que formaron parte en esta etapa, como un complemento en lo que respecta a su formación, ya que aquellos autores, personajes literarios, libros y textos que Gamboa utilizó para navegar dentro del mar de su juventud, bien pueden entenderse como los referentes literarios de una época, pero también de una vida (o de un instante, según se vea).

La vinculación entre arte y burocracia, lo que significó en su vida como escritor, artista y creador, es el último de los parajes que habré de visitar para obtener otro trazo más del joven Federico Gamboa.

4.1 El joven escritor

A Federico Gamboa se le suele asociar a dos estigmas: escritor naturalista y autor de *Santa*. Pero la vida y obra de Gamboa es mucho más que dos puntos equidistantes. Muchos de aquellos que lo han tomado como sujeto de investigación, coinciden en poner sendas comillas al término naturalistas, especialmente cuando este se refiere a la escuela francesa de la época y cuyo principal y recurrente ejemplo es Emilio Zola. Dichas comillas no lo alejan por completo de la referida tendencia, sin embargo, obligan a repensar a Gamboa simplemente como un representante del naturalismo en Hispanoamérica y olvidar lo que el propio autor imprimió en su obra, en decir, su visión de la vida y los asuntos que prefirió abordar, asuntos que en más de una ocasión hablan de una formación, un pasado y una historia.

Que el andamiaje de su edificio narrativo conlleva muchos amarres de esta corriente literaria, es cierto. A sus 21 años, como periodista, Gamboa ya hacía reverencias a Zola y al realismo. En el *Diario del Hogar* del 20 de mayo de 1886 se puede leer en su columna, “Desde mi mesa”, una defensa apasionada a la escuela realista, con frases que dicen cosas como: “con campeones como Zola y Daudet en la novela y Sardou y Ohnet en la escena el número de sus prosélitos aumenta sin cesar

[...] El realismo va [...] haciéndose de una atmósfera poderosa y respetable, quedándole sólo de enemigos los timoratos y vulgares”.

Pero la adhesión al también llamado realismo lo hace desde sus posibilidades, las influencias del entorno, su particular visión frente a la vida, las pasiones y la sociedad, así como por lo que él decidió que fueran los pilares de su narrativa. De las primeras cosas que puede encontrarse, tanto en sus textos autorreferenciales como en las novelas de Gamboa, es esta postura de quererse diferenciar de sus antecesores, así como de sus contemporáneos mexicanos. Peligroso sería afirmar que inventó el hilo negro de la narración en la literatura mexicana, pero sí tenemos a un autor que luchó por hacer del acto de narrar un oficio y una profesión respetable (y respetada), entre otros asuntos más, que habré de intentar demostrar más adelante.

Se puede decir que Gamboa solía aletear cerca de la llama del naturalismo, pero las propias obsesiones personales y el interés por el asunto de la carne, la pasión, especialmente en aquella idea que planteó en su autobiografía: “mientras un hombre viva cerca de una mujer, habrá deseos y tentaciones y riesgos” (1893: 231), entre otras variables, me dan la pauta para comenzar por hacer un planteamiento somero alrededor de sus formas de expresión, los límites o diferencias con la llamada escuela naturalista, sin entrar en la hondura, pues para ello están los especialistas,⁵⁷ pero en la obra narrativa de Gamboa se encuentran una serie de sucesos y anécdotas, así como posturas y obsesiones, que tienen un carácter netamente autobiográficos, que a la par sirven a fin de tender una línea de perfecta continuidad ante las “explicaciones” vertidas en *Impresiones y recuerdos*, sobre sus conductas y búsquedas.

Gamboa practicó esta especie de naturalismo a la mexicana, con resabios de romanticismo, dada la “decisiva influencia” según Manuel Prendes que tuvo esta corriente en la literatura del XIX y el XX; con una postura propia frente a la “realidad” y lo que él consideraba que podía contarse y lo que había que evitar compartir con los lectores. Para Prendes, esto fue casi un proceso obvio, ya que “la concepción mimética de la escritura realista forzosamente habría de dar lugar, en ámbitos de diferentes circunstancias (sociales, culturales, geográficas) [...] a muy diferentes productos literarios” (2013: 11). Para algunos de los contemporáneos de Gamboa, especialmente en los inicios de su carrera, semejante adjetivo calificativo no pasaba de ser una pose

⁵⁷ Para profundizar en el tema del naturalismo y la prosa Gamboína consultar: Prendes Guardiola (2002; 2003) y García Barragán (1979).

o un ejercicio inconcluso. En una crítica sobre *Del natural*, en el Universal (8 de julio de 1890) se puede leer, en la firma de Brummel, alias Manuel Puga y Acal:

No hay, pues, que dar crédito a Gamboa cuando asegura que es naturalista, cuando escribe “Del natural” con tamañas letras en la carátula de su libro. Qué va a ser naturalista! Es soñador y soñador de los buenos, soñador de esos que nos consuela con sus sueños y con ellos nos fortifican, haciéndonos que perdonemos á la vida sus turpitudes.⁵⁸

Enrique de Olavarría y Ferrari, en su columna “Crónica de Espectáculos”, de *El Renacimiento*, un 20 de mayo de 1894, hizo una crítica con motivo del estreno de la primer obra de teatro de Gamboa, *La última campaña*, y destacaba que “si el naturalismo de estos señores (se refiere a Ibsen, Pérez Galdós y Daudet) es el que Gamboa nos ha mostrado [...], haciendo que un padre se porte como padre, ese naturalismo es de lo más viejo que en el mundo se usa”.

Si bien se afirma que para ser naturalista no hay que cumplir con todos los requisitos de esta escuela o corriente literaria,⁵⁹ el caso Gamboa presenta serias diferencias con sus “homólogos”, principalmente los franceses y españoles, lo cual se puede encontrar, por ejemplo, en la advertencia que hace Zola sobre la observación y la no participación del autor al momento de describir los hechos observados, misma que Gamboa no cumple. Tal como lo reflexionó Nemesio García Naranjo, Gamboa fue protagonista activo y permanente de los ambientes donde la pasión y el amor jugaban a las cartas y al mejor postor:

El naturalismo de nuestro gran novelista fue más espontáneo que el de los grandes maestros franceses, entonces en boga. Zola visitaba los antros de vicio con el objeto exclusivo de documentarse y presentar en seguida sus pavorosos inventarios de patología social. Federico no fue nunca a un centro de placer, en calidad de tenedor de libros, sino con el propósito de divertirse (1940: 55).

⁵⁸ Bajeza, inmoralidades: *turpitude*, en inglés.

⁵⁹ Características de naturalismo: Verismo en el diálogo y en las descripciones de tipos, lugares y situaciones. Abundancia de detalles. Afición por los temas, las escenas y lenguajes crudos, atrevidos e incluso escabrosos. Fuerte tendencia social, que se revela en la predilección por los ambientes y los personajes populares, su vida y sus problemas, sus dolencias y sus taras y en la crítica sistemática de los defectos de la burguesía. Denuncia de los abusos y lacras de la sociedad y el gobierno. Exposición de casos patológicos de vicios y degeneración. Preponderancia del determinismo (la acción ineluctable de la herencia y del medio como causante de la conducta, que anula la libertad humana). Tono y términos científicos (teorías y tendencias). Calidad documental de la narración realizada por medio de la observación y estudio sobre el ambiente, el medio y el asunto de una obra, y por el empleo de notas, tomadas generalmente en los sitios mismos donde se desarrolla la acción. Tono pesimista. Tendencia pedagógica a corregir y moralizar, mostrando todos los vicios. (García Barragán, 1979: 10 – 11).

El punto que resalta Nemesio García Naranjo, fuera de ser un muy buen amigo de Gamboa, lo considero como una manera de recordar que el joven Federico Gamboa fue, ante todo, un muy característico varón decimonónico, de la clase media y ciudadano, adepto de la fiesta, la vida nocturna y especialmente al trato con las Daifas de todas las categorías. No pretendo convertir la imagen de Gamboa en el símil de Casanova, pero sí insistir en que como varón de la época, prefirió probar, dada la permisibilidad y en muchos casos la obligación marcada por los cánones y reglas sociales para los de su género, aquello que le quedaba al alcance de su mano y bolsillo, antes que practicar los otros preceptos sociales y culturales que ronroneaban alrededor de asuntos como: varón igual a ejemplo, proveedor o incluso, orden y progreso. Porque como siempre, una cosa eran las prácticas sociales y otra los discursos imperantes.

Resulta muy difícil escuchar en las novelas del autor que sus personajes hablen como personajes tipos, (honrosa excepción los personajes del Jarameño – andaluz – y Jenaro con mexicanismos de *Santa*) o lo que se conoce como autor implícito, o que se encuentre lo que se llama verismo, especialmente en los diálogos, porque para Gamboa los personajes masculinos y femeninos que aparecen en sus textos, eran prácticamente voceros: es decir, ellos expresaban las dudas y las emociones siempre desde el minarete de Gamboa, a partir de la posición de varón de la clase media, por lo que el asunto de lo “real” quedaba relegado, frente a la necesidad del autor por contar lo que sabía, pensaba o sentía.

Por ejemplo, en su autobiografía aceptaba que, si bien abrevó de un niño (según cuenta, llamado Ismael Millán) de la calle para pintar a Sardín, personaje de “¡Vendía cerillos!”, (incluida en *Del natural*), esto no le impidió “pulimentar” la forma, aunque advierte que no suprimió ni aumentó nada de su cosecha. Al revisar la citada obra, uno se topa con un personaje de diez años, cuyas reflexiones recuerdan más a los problemas y temas que Gamboa solía bordar en sus escritos: lo moral y lo inmoral, las prácticas y los tipos sociales, el trato entre hombres y mujeres, y especialmente esta necesidad de querer y ser querido. Este niño de la calle sueña con el hogar perdido, y tiene como único objetivo en la vida que otra niña de la calle llamada Matilde, lo quiera. Por cierto que Sardín no presenta conductas sexuales activas o licenciosas, sino más bien idealizadoras. El caso del suicidio del personaje fue muy cuestionado en la época, precisamente porque se decía que era poco probable que un lépero, es decir una persona analfabeta y pobre, estuviese a la altura para llevar a cabo

la inmolación, que lo más común solía ser que frente a la pérdida de la querida (Matilde, quien nunca lo acepta como amante, se mete a una casa de prostitución), se buscara otra, ya que dentro de las personas de su clase, la promiscuidad era sello y destino, y las prácticas sexuales no solían estar relacionados a asuntos “más grandes” como el matrimonio, y mucho menos a la familia. Según recuerda Gamboa, tanto en México como en Buenos Aires calificaron el esbozo de “romántico y falso” (1893: 241). El mismo Gamboa tuvo que defender el final de su novela corta, y proponía que toda persona, ante un desengaño o la falta de amor, era susceptible de cometer suicidio, fuera este pobre o rico, ignorante o intelectual.

Más allá de las posturas científico sociales de la época lo que vale la pena destacar es la intromisión del autor al momento de intentar interpretar la radiografía de la sociedad, y de cómo el asunto de las pasiones podía siempre más en su prosa que aquellas reglas del naturalismo que buscaba entre las clases populares a sus mejores ejemplos, con la propensión a los asuntos escabrosos, los lenguajes atrevidos o las taras del gremio. En su autobiografía Gamboa escribió: “aunque no se llama Werther ó René, aunque no supiera leer ni escribir [...] el que de veras quiere [...] corre idénticos riesgos” (1893: 246). Primero, mencionar autores del romanticismo como el alemán Goethe o el francés Chateaubriand, dice mucho. La insistencia de que todos somos iguales frente a las tentaciones, explicación que, en su generalización, sirvió a Gamboa para justificar (y construir) su propio personaje. Se puede decir que su conjugación favorita rimaba: yo caí, todos caemos, nadie está libre. De su propia letra: “¡Todos somos iguales frente a las tentaciones; el mal no radica en nosotros, sino en la especie humana que es de suyo incurable!” (1920: 213)

En *Apariencias*, de igual manera, aceptaba que abrevó de varias historias “reales”, pero esto no impidió que Gamboa explorara en esta obra la orfandad, así como a la Ciudad de México, o para hacer un paneo en lo que respecta al trato con las llamadas mujeres pecadoras, el concepto de juventud, las tensiones entre el deseo y la culpa, el adulterio, incluso sale a relucir la Escuela Nacional de Jurisprudencia, así como las explicaciones sobre los motivos que orillaban al personaje a comportarse de tal o cual manera, o a rendirse frente a la pasión, por mucho que la sociedad ladrara con todas sus fuerzas que eso era incorrecto y que habría un castigo ejemplar para los transgresores; es decir, los asuntos que solían dominar su narrativa, amén que, Pedro, uno de los vértices del triángulo amoroso de la obra puede ser leído como el doble de

Gamboa, o por lo menos, como uno de los mejores voceros dentro de su obra narrativa.

Para Julio Jiménez Rueda, aunque describe a Gamboa como el representante mexicano del “naturalismo de origen francés” destaca que, al igual que la considerada naturalista española, Emilia Pardo Bazán, la principal contradicción de ambos escritores es que eran creyentes (católicos):

El naturalismo en ellos no puede arrasar con la creencia que tan arraigada queda en sus espíritus. Se concreta, pues, a la apariencia de los hechos, a la descripción de los ambientes, a los temas escogidos, a ciertas audacias de fondo y de forma, a la morbosa delectación en los episodios escatológicos (1996: 175)⁶⁰

En resumen, la forma de escribir de Gamboa, el estilo que abreva de distintos ámbitos y necesidades propias, hace que se aleje del naturalismo a la europea y que se situé, como lo predijo un amigo suyo, más hacia una especie de honestidad simplista, en la cual las posibilidades del autor (estudios, pasado, vivencias); las influencias del entorno (amigos, maestros, prácticas) y lo asimilado pasan por una necesaria reinterpretación del autor frente a los asuntos que él decidió escoger como dignos de ser narrados, amén de que no está ausente el anhelo de reconocimiento y la fama. Gamboa lo anotó así en su diario un 28 de marzo de 1893:

Recojo de Carlos Vega Belgrano y de Rafael Obligado (en el Ateneo Argentino), la halagüeña opinión de que me he emancipado de Zola mi maestros (¡y a mucha honra!) y de que quizás se me considere, andando los años, propagador, en nuestra América, de una escuela literaria modernísima que se denominaría “sincerismo” (1908: 93)

José Emilio Pacheco pone el dedo en tres asuntos que obligan a ponerle apellido al concepto naturalista, y sería: a la mexicana, ya que todo aquello que hace posible el naturalismo francés: “la gran industria, la gran burguesía, la gran ciudad [...] la condena del régimen de Luis Bonaparte [...] en Hispanoamérica (no hay) posibilidad de transformarse en escritor sostenido por su público” (1995: X), para México no aplica, pues la ciudad de México está en precario equilibrio en casi toda su historia, Gamboa no enfrentará, por lo menos no directa o evidentemente, al régimen porfiriano y fuera

⁶⁰ No coincido en lo general con Jiménez Rueda; me resulta muy reduccionista la mirada y muy superficial la argumentación, por lo menos frente a los textos de Gamboa. Pero este no es el lugar para iniciar una discusión sobre el naturalismo y la obra de Federico Gamboa.

del caso de *Santa*, que en una temporada le da para comprar una casa en la colonia santa María la Ribera (junto a que tiene un ingreso fijo por su labor en la SRE, una posición dentro de la secretaría de altos vuelos, y ahorros), es prácticamente imposible vivir de la obra publicada, por muy famoso, escandaloso o exitoso que se sea.

Naturalista, Sincerista o Realista-latino, o como el mismo Gamboa interpreta el concepto, en tanto “sincero y franco” (1893: 364), y se acepta: “si con esta profesión de fe literaria resulto en las filas del naturalismo, *naturalista* me quedo, ó *verista* ó *realista* ó lo que sea” (1893: 375); considero que uno de los aspectos más relevante de haber transitado como escritor cuando dicha corriente pretendía dominar los discursos, es que, como lo ha señalado Manuel Prendes, “fue un factor determinante para que, durante el tiempo de su aparición y su vigencia, la novela se consolidara como un género propio dentro del conjunto de la literatura hispanoamericana” (2003: 13). Aunque, como bien puntualiza María G. García Barragán, para el caso de México, el romanticismo será el fantasma y el eco que habrá de acompañar a la literatura por un buen tramo:

En México es difícil decidir si el naturalismo ejerció una influencia benéfica sobre nuestras letras, y aún si ejerció alguna, de cualquier clase, puesto que el romanticismo perduró tenazmente en ellas durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el actual. El romanticismo no fue contrarrestado por el naturalismo, y en la mayoría de los casos ambos coexistieron, a menudo en las mismas obras [...] El naturalismo mexicano no es [...] un brote esporádico con dos o tres autores y unas cuantas obras ocasionales, sino que en verdad existió, constituyendo un movimiento literario bastante completo, aunque aún imperfectamente conocido y explorado (1979: 66 – 67).

Es común encontrar en textos y periódicos mexicanos de la época, y muchos años después, la mención de Gamboa como un escritor naturalista, sin que por ello sea el único autor de esta corriente,⁶¹ o un brote esporádico, como bien señaló García

⁶¹ Autores mexicanos considerados naturalistas: Pedro Castera (1875) “verdadero patriarca del naturalismo en México y en Hispanoamérica”. (García Barragán, 1979: 14). *Cuentos mineros*, también llamado: *La mina y los mineros* o *Escenas de la vida minera*. (1882) *Los maduros*. Cuentos: *La guapa*. *El tildo*. Hilarión Frías y Soto. *El hijo del estado* (1882). Manuel Martínez de Castro (seudónimo: Ortsac) *La aristocracia del dinero* (1884) *Las Peredo* (1889 – 1900). Porfirio Parra (1900). *Pacotillas*. Concepción Gimeno de Fláquer (1885). *El suplicio de una coqueta*. Amado Nervo (1895). *El bachiller*. (1905) Pascual Aguilera. Arcadio Zentella (1885). *En esta tierra* (o *Perico*). Heriberto Frías (1894). *Tomochic*. (1896) *El último duelo*. Dr. Salvador Quevedo y Zubieta (1889). *La estudiante: notas de un carabín*. (1912) *La camada*. Manuel Payno (1889 – 1891). *Los bandidos de Río Frío*. Ángel de campo (1890 – 1891). *La Rumba* (Cuentos con el seudónimo de Micrós) *El fusilado*. *Un capitán*. Ciro B. Ceballos (1903). *Un adulterio*. Carlos González de Peña (1905). *De noche*. (1907) *La chiquilla*. Rubén M. Campos (1906) Claudio Oronoz. Cayetano Rodríguez Beltrán (1907) *Pajarito*; (1923) *Un ingenuo*. (Cuento / 1908) *Mar*

Barragán. En 1911 (28 de febrero), la revista española “La Ilustración Española y Americana”, al describir la carrera literaria de Gamboa, además de hacer hincapié en su obra *Santa*, lo asocia aún al grupo de naturalistas:

Es la labor de un psicólogo y de un cirujano que, colocándose en el mismo punto de vista que los maestros de la escuela naturalista, sabe practicar á maravilla el precepto estético formulado por Eca de Queiroz: “sobre la fuerte desnudez de la verdad, el manto diáfano de la fantasía” (LV, VIII: 115)

Lo que se debe rescatar de su afinidad con el naturalismo es que, como señala Manuel Prendes, “la novela naturalista constituyó un inapreciable documento social para el conocimiento de la multifacética y en gran medida contradictoria, realidad hispanoamericana de su tiempo” (2003: 13). Considero que el afán de Gamboa por retratar, por hablar de lo que él llama “la verdad”, es quizá lo más importante para este ejercicio de investigación, pues creo, al igual que Anderson Imbert que “Gamboa es [...] el novelista mexicano que se acercó más a lo que entonces se consideraba como novela moderna: vale decir, la novela experimental, que estudia seriamente la sociedad mexicana” (1991: 371), aunque en este “estudio”, por muy serio que sea, hay que insistir, están los peculiares y particulares binoculares que Gamboa usaba para observar su entorno.

Más allá de lo que especialistas y estudiosos digan de la obra de Gamboa, los recuerdos hilvanados del autor nos hablan más de un escritor en ciernes que debía luchar contra las decisiones familiares (sociales) y los designios de la piel, que de un artista preocupado por ser de tal o cual corriente literaria. Y aunque se diga admirador de Zola y los hermanos Goncourt, escritores a los que habrá de visitar en su segunda excursión a París (4 y 8 de octubre de 1893 respectivamente; para el caso Goncourt, solo estaba vivo Edmond); y hay que reconocer el valor y la audacia del escritor mexicano, no significa necesariamente que los utilice como papel carbón cada vez que se sentaba a escribir alguna de sus obras.

Federico Gamboa plantea en toda su obra autorreferencial, el cómo y el porqué de su entrada al mundo literario, y en estas confesiones, que como todas, forman parte

adentro. Enrique Santibáñez (1889) (cuento) *Carmen*, *novela microscópica*. Bernardo Couto Castillo (1900) (cuento) *El poseído*. Carlos Díaz Dufío (cuento / 1894) *Cuadros de género*. (1901) *Cuentos nerviosos*. José P. Rivera (1895). *Cuentos de mi tierra*. Alberto Leduc. *Fragatita*. Octavio Mancera (1896) *Cuentos diáfanos*. Juan A. Mateos (teatro) *Los dioses se van*, *Los grandes tahúres*. Rafael de Zayas Enríquez (teatro) *Abismos sociales*. *La fiebre amarilla*. *El último albur*. José Joaquín Gamboa (teatro) *La carne*. *La muerte*.

de las estrategias narrativas del autor para su auto-presentación, se puede encontrar, por ejemplo, a un estudiante que estaba forcejeando entre sus instintos literarios y los estudios que, de acuerdo con su memoria, era un deseo del padre y no de él. Así, mientras estudia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en la Ciudad de México (entre los dieciocho y veinte años de edad), dichos instintos le hacían sentir que podía estar en otro lugar, en uno mejor al que en ese momento ocupaba como educando y empleado en un juzgado. En *Impresiones y recuerdos* se puede leer:

Me veía yo periodista, novelista, autor dramático, historiador, poeta, sabio; seguía con envidioso mirar á los literatos en ejercicio, á las reputaciones hechas, y me llamaba yo al orden, traía á mi memoria los bancos helados del colegio, los maltratados escritorios de la oficina y el ensueño volaba, desaparecía ¿quién había de publicar las lucubraciones que escondía yo, como se esconden los actos reprobados? (1893: 58)

Narra como de pasada, en *Impresiones y recuerdos*, que ya tenía escritos algunos textos que carecían de valor, de acuerdo con su juicio; comenta de un drama inacabado, dos novelas (¿?) y suficiente materia prima para un gran tomo de versos, así como “una composición poética, publicada en un periodiquillo de caricaturas”⁶² (1893: 58), pero que sirven como cartas de presentación y antecedentes probatorios del “entrañable amor a la literatura, sin duda porque es femenina desde el nombre, y como tal, exigente, cruel, olvidadiza, y, cuando se entrega, apasionada y soberana” (1893: 58), según propia valoración.

Me topé con un soneto de la autoría de Gamboa (fechado 1 de octubre de 1884), que apareció publicado en el *Diario del Hogar*, de fecha 3 de octubre de 1884, con motivo de un brindis que le dedicaron a la actriz y cantante española Carmen Ruiz, en el Teatro Arbeu, que dice:

Venga el arte otra vez, antes perdida,
Con su mágico ser á deleitarnos
Y tu brillante voz al encantarnos
Nos haga aparecer bella la vida.
Al volverte á mirar, si conmovida,
Trémula está mi voz, es porque al darnos
Cerca de ti, placer, el encontrarnos,

⁶² De acuerdo con Guadalupe García Barragán, quien cita a Francisco Monterde como fuente, la poesía se llamaba “Hay brujería” y se publicó en un periódico de caricaturas llamado Rascatripas (García Barragán 2000: 46). El mismo Monterde, en el prólogo que escribió para la compilación de obras de Gamboa, menciona una poesía llamada “Otoñal” la cual fue publicada en 1892 en *Buenos Aires Ilustrado* (Gamboa, 1965: IX).

Sólo habla el corazón, Carmen querida.
Falta en mi lira nota cadenciosa
Que poderte ofrecer, pues que contigo
Inútil sería darla deliciosa.
Que tú prefieras, sin cesar me digo,
La que sale temblando y temerosa,
Si es la expresión sincera del amigo.

Dentro del libro de Gustavo Baz, *Un año en México*, publicado en 1887, aparece una colaboración de Gamboa bautizada como “Un baile en Palacio”, que tiene su origen en una crónica que Gamboa escribió el 13 de junio de 1886. Para cuando Gamboa abandona la ciudad de México para dirigirse a Guatemala, se puede leer en el periódico *La juventud Literaria*, del domingo 21 de octubre de 1888, el cual traía en su portada un dibujo de Federico Gamboa, con apenas el esbozo de bigote y la mirada lánguida, que el recién nombrado 2º secretario había publicado “preciosos versos”, amén que era presentado como “inteligente literato y chispeante escritor”.

Pero este chispeante escritor era, para ese momento, y fuera de su paso por el periodismo, solo el traductor de una opereta francesa (impresa en 1888 en la tipografía de Filomeno Mata, según anota García Barragán – Gamboa, 2000: 14 –). Y a Gamboa le importó dejar en claro que los aplausos o la admiración de la gente, eso que alimenta la vanidad, poco valía cuando se era el encargado de interpretar lo que alguien más ya había hecho, especialmente cuando su anhelo era ser el dueño absoluto de una creación, desde la primera hasta la última letra. De acuerdo con la pluma de Gamboa: “ser autor pésimo parecíame preferible á ser traductor notabilísimo, y sigue pareciéndomelo” (1893: 217 – 218). Sin embargo, años después, en 1898, anotará en su Diario un 3 de noviembre: “Entregué la traducción del *vaudeville*, que en español habrá de denominarse: *Mi mujer comprometida*”. (1910: 82). Hasta hoy no tengo noticia de que dicha obra haya sido puesta en escena. De acuerdo con la investigación de Guadalupe García Barragán, esta obra fue publicada en Guatemala en 1898, pero ni esta, ni el monólogo *divertirse de 1894* han sido reeditados y “hasta ahora parecen inhallables” (Gamboa, 2000: 15).

Gamboa rememora también del fiasco que significó cumplir con los caprichos de Filomeno Mata, al pedirle este que escribiera historietas o cuentos para los números literarios del periódico (*El Diario del Hogar*) de los domingos: “Me resultó una monstruosidad que por todas partes mostró su trama mentirosa y burda; quedó demostrado que carecía yo de inventiva, que nunca llenaría un folletín con maniqués

sacados de mi fantasía” (1893: 218).⁶³ Y aquí comienza a perfilarse la tendencia de su sincerismo, es decir, de ese estilo que Gamboa llamará la verdad, como producto de la destilación de observar, pasado por el tamiz de lo que podía y lo que no debía compartirse.

Siempre a partir de la memoria, Gamboa comparte que sus intereses apuntaban a la novela, y que para buscar un poco de orientación, y dada su inexperiencia en los terrenos de altura, recurrió a los consagrados. De acuerdo con algunos datos tanto de su autobiografía como de sus diarios, se refería a plumas como Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, el Nigromante o el Pensador Mexicano. Sin embargo, dice, “ningún rumbo me dieron” (1893: 218). Para Gamboa estos autores, a pesar de su nutrida producción, y salvo alguna que otra página que habría de perdurar (menciona “Una rosa y un harapo” de Ignacio Ramírez), estaban llenos de polvo, entelarañados, o como sentenció: “con pequeños resabios de los novelistas españoles anteriores á Alarcón, Pérez Galdós y Pereda. No eran de mi época” (1893: 219). Amén que los encontraba ajenos, tanto en la forma como en el fondo, con palabras que le recordaban las quejas de sus padres ante los “tiempos perdidos”, que siempre sonaban a los mejores. Pero la frase “no eran de mi época” lo dice todo. Para sus 28 años, Gamboa cometió el acto básico del parricidio, el cual le resultó necesario y completo. No me atrevo a asegurar si lo hizo de forma consciente o no, pero en su autobiografía Gamboa lo dejó muy claro: no era igual a los de ayer, y poco tenía en común con los de hoy.⁶⁴

Cierto es que el joven Federico hace una mención, y es en el nombre de Emilio Rabasa, ocho años mayor que Gamboa, donde pondrá el acento y la mirada, y a quien llamará contemporáneo. Habla de las novelas de Rabasa,⁶⁵ como las que le darán los puntos cardinales a sus deseos y búsquedas como escritor. Especialmente porque Rabasa, según Gamboa, “no pintaba la luna, ni aventuras extraordinarias [...] pintaba

⁶³ Muchos años después, por la necesidad, y como parte del exilio que vivió en la Habana, se puede leer en la entrada del 10 de julio de 1919: “Entre otras cartas de México recibí una de Concha Miramón Duret, pidiéndome a la europea – o sea pagándome el importe del trabajo – un cuento (sic) para el número del próximo septiembre, para la revista mensual e ilustrada “para niñas” que dirige una de sus hijas. Apenas si vacilo; aunque nunca escribí cuentos infantiles, lo escribiré ahora de manera que, consagrado a las niñas, sea leído por los mayores [...] será una fábula a la que llamaré “La independencia de las muñecas” (Gamboa, 1995 E: 612).

⁶⁴ A la muerte de Guillermo Prieto, en marzo de 1897, Gamboa recuperará la imagen del poeta y narrador, destacando la poesía de *Fidel*, sin dejar de destacar la obra narrativa y la política. Y muchos años después, cuando Gamboa rondaba los 55 años, en una de las anotaciones de un diario que no llegó a publicar en vida, llamará a estos escritores: “gloriosos predecesores” (1996: 11).

⁶⁵ De acuerdo con las fechas en las que Gamboa enclava este relato, finales de 1888, Emilio Rabasa había publicado: *La gran ciencia* (1887), *La bola* (1887), *El cuarto poder* (1888) y *Moneda falsa* (1888).

sucesos y personas que nos eran conocidísimos, que nos sabíamos de memoria” (1893: 220). Y de esa reflexión, Gamboa planteó que para cumplir tan caro anhelo, solo le quedaba un camino, mismo que plasmó en su autobiografía a manera de tesis y legado, ya con la autoconciencia del escritor, y que en sus palabras sonaba así: “Si el arte te falta, adquiérelo; pero ya tienes ahí el secreto. Pinta y habla acerca de lo que veas y de lo que hayas visto; esa es la novela que buscabas, la que siempre interesa y la que siempre vive” (1893: 220).

Para Gamboa el pasado, en el sentido de lo vivido, era la fuente en la cual podían abreviar sus escritos, sin olvidar por supuesto lo observado, así como eso que él llama “todo un mundo”: espacios que sugieren sucesos, personas y lugares, pero por encima de ello, eran comportamientos, hábitos, intimidades, prácticas y rituales sociales; y se podría afirmar, los chismes también estaban incluidos. Así, en sus inicios, con dos traducciones a cuestras y una novela de manufactura propia, Gamboa en Buenos Aires reflexionó:

Me asomé entonces á mi humilde paleta, había colores. Juventud pobre; dos años en un juzgado de lo civil y dos en uno de lo criminal, es decir, de un lado la sociedad culta, la que gasta carruaje y se confiesa, va al club, al teatro, á los bailes, y en sus litigios judiciales pone al desnudo reconditeces asquerosas; y del otro lado, los pobres, los viciosos, los que roban [...] todo un mundo. Unido á esto, mi temperamento de amoroso y de neurótico, mi práctica de periodista [...] algunas espinas de los senderos de mi existencia: podía pintar! (1893: 220 – 221)

Gamboa, en medio de su expiación (y carta de presentación) por escrito, proponía que para que la pluma flotara sobre el papel sin miedo, había que evitar como a la lepra las aventuras inverosímiles y los amores de cartón; pues resultaba imprescindible sacar en la tinta a los personajes, la ciudad, los monstruos, las bondades, ya que lo blanco y lo negro servían para esbozar sucesos y personas, siempre bajo la idea de arte y “verdad” como hermanas siamesas, o tal como lo escribió: “quizá vaya errado pero es un yerro que vigoriza y al que no he de renunciar; y sin sujeciones á escuela determinada, he de ser sincero y he de decir la verdad” (1893: 375). Se puso a sí mismo como ejemplo y aprovechó la ocasión para advertir: “mexicano soy y para México escribo esencial y principalmente” (1893: 207 – 208). Además, al autor le quedaba muy claro desde el principio que el sello fundamental de su obra narrativa tenía que venir en color amor. A la letra: “yo, que no tengo hecho voto de castidad ni para el mundo ni para la literatura, he de ocuparme preferentemente del

amor, en los pocos ó muchos volúmenes que formen mi obra” (1893: 374 – 375). Y lo cumplió.

Tres años después, en un texto de fecha 31 de octubre de 1896, Amado Nervo felicitó a Gamboa, por el primer capítulo que previamente les había leído el autor, especialmente por “haber trasladado a su libro la moderna fisonomía de nuestro México”; el escritor aludido le respondió: “Eso debemos hacer si queremos que nuestras obras vivan: exprimir en ellas nuestras costumbres, nuestra fisonomía, nuestro medio; no pintes jamás sino lo que hayas visto” (Nervo, 1991: 335).

Federico Gamboa encontró que, si aspiraba a convertirse en una especie de Edouard Manet de la vida, casi siempre en los terrenos sentimentales de la difusa clase media mexicana, tenía que rescatar algunas variables, mismas que le servirían para el armado de sus obras, que conforme se fueron publicando, hubieron de encontrar su público, su momento, y en algunos casos, como *Santa*, su propia eternidad.

Para ser un buen escritor, o por lo menos para sentirse orgulloso y digno de portar el membrete de hombre de letras, Gamboa planteaba que si se buscaba ejercer el oficio de escribir, además de hablar de lo que se conocía, se debía ser un observador pertinaz de los sucesos, de la cotidianidad; escucha atento de lo dicho y lo callado, porque el objetivo era que el lector se identificara con el texto, para así garantizar la permanencia de la obra y el favor del público (aunque en el transcurso de sus casi 75 años de vida mantuvo con este una relación ambivalente). Sin embargo, cuando lo planteado en el escrito no proviniera de un suceso real, habría que cuidar que al menos, como lo escribió, “el público creyera que sucedieron y sobre todo, que sean posibles, que las premisas sean reales y sólidas” (1893: 233). Así como en los asuntos que tenían como eje a las féminas, en este caso Gamboa no desperdió la oportunidad de compartir sus perlas de sapiencia para sus pares y lectores. Un ejemplo:

La condición esencial del arte legítimo es la verdad; la verdad implacable, la que nos horroriza porque sale á contar en letras de molde lo que ha visto dentro de nosotros, la que se torna en acusador de nuestros vicios y de nuestros defectos, la que podría delatarnos con los que nos estiman, probando que no somos santos ni podemos serlo ni lo seremos jamás (1893: 367).

Dentro de los parámetros que Gamboa planteó como lo que debía ser el origen y el contenido de una novela, destaca también aquello que no tenía cabida o que al menos debía ser silenciado. Con fecha 24 de noviembre de 1896, Gamboa registró en su diario que, en un viaje que realizó a Puebla, visitó una casa por la madrugada, por invitación del escultor Jesús F. Contreras y otros “perdis”, donde convivió con una familia compuesta únicamente por mujeres, y cuya jefa de familia era quizá la peor de todas. A la letra: “una señora – tonel, de vientre y senos flácidos que llevaban el compás de sus grandes risas de mujer obesa, siniestramente [...] era la madre [...] de cuatro chicas á cual más bonitas; la mayor, de 22 años, y la menor de unos 14 (jorobadita)” (1908: 277).

Al abandonar la casa, después de haber compartido un mal champagne, reír, ser sorprendidos por el vocabulario suelto de las féminas, jugar juegos inocentes aunque todo amenazaba con desbordarse, y hasta enterarse por la madre que una de las hijas estaba en cinta (“Aquí les presento el tambor de la casa!” –1893: 278 –), Contreras le preguntó a Gamboa: “¿Verdad que son interesantes y que quizá te sirvan para un libro?” (1893: 278), a lo que el escritor, en este caso, descartó, especialmente porque, a su entender: “no es posible utilizarlas; son de veras unas enfermas, según me las calificaste. Nadie creería que existen, si las vieran dentro de la solemnidad de la página impresa, tal vez ni los mismos que las conocen y que nos han hecho conocerlas” (1893: 278).

Lo rescatable aquí es, “nadie creería que existen”, porque no hay que olvidar que para el autor la verosimilitud era un requisito indispensable para que la narración pudiese conectar con el lector. Y en este caso, quizá porque como muchos de su época suponían, las mujeres que se encontraban dentro de un recinto familiar (hogar), con una madre viva (a pesar de la ausencia del padre), difícilmente podrían ser consideradas unas “perdidas”. Gamboa reflexionó que ninguna de estas niñas “guapísimas [...] son prostitutas de profesión; son como son, porque sí, porque en el mundo hay de estos ejemplos tristes” (1893: 278). Y el riesgo de utilizar este tipo de ejemplos para constituir personajes, de acuerdo con la mirada del escritor, era que el público pudiese juzgarlo de exagerado, fuera de lugar o peor aún, una ofensa sin justificación para ese grupo imaginario llamado “el bello sexo”.

Con motivo de la confidencia de un amigo (¿argentino o mexicano?), en la que sale a relucir una serie de cartas anónimas de un varón a otro varón en materia amorosa, Gamboa reflexionó (1 de febrero de 1893): “¿Si uno lo dijera en sus libros,

qué fallaría la crítica sensata y desapasionada (!)? Pues diría lo que siempre dice: que inventamos esas monstruosidades por propios desequilibrios morbosos! Y eche usted terminajos diz que científicos” (1908: 82).

Se puede inferir que por miedo a la crítica, específicamente a la acusación directa de ser un “morboso desequilibrado”, en el México del Porfiriato los escritores evitaron hablar de sodomitas, afeminados o pederastas. Quizás también entraron en juego el temor a perder el empleo; ser excluido de la sociedad; hacerles caso a las críticas de amigos o ejemplos; intentar evitar sufrir la burla y las agresiones de los demás, para la eficiencia de la autocensura.

Como ejemplo está lo dilatado del estreno de la obra de teatro *A buena cuenta* la cual como trasfondo habla de obreros, patronos abusivos y desgracias causadas por la pobreza, misma que fue escrita en julio de 1907, pero fue estrenada hasta el 6 de febrero de 1914 en el Teatro Ideal de la Ciudad de México. En asiento fechado 7 de marzo de 1909, en el último de los diarios que publicaría en vida, se puede leer: "A buena cuenta", leído en tres sesiones de la Academia, y excomulgado por el señor Mariscal, [...] quien al fin me recomendó seriamente que no pensara yo en ponerlo en escena mientras fuese subsecretario de Relaciones Exteriores” (1938: 14).

Lo rescatable de las reflexiones de Gamboa, considero, está en que hay una serie de asuntos que lastimarán el pensamiento social imperante, por lo menos dentro de la clase media de la época, ya que algunas cuestiones, especialmente cuando abordan estereotipos como la madre, la virilidad o el matrimonio, deben ser tratados con pinzas, pues si bien se puede trasgredir ciertos parámetros, como el caso del adulterio (que Gamboa llamó: el hijo del matrimonio –1893: 362 –), hablar directamente sobre asuntos como la homosexualidad o ciertos desajustes de los papeles sociales de género, resultaban tentadores, pero podían ser irritables y peligrosos, e incluso se corría el riesgo de ser considerado el portador de semejante virus y sus múltiples posibilidades de contagio, todo ello en detrimento de la popularidad, el honor y la fama, aspectos que a Gamboa le importaban, especialmente como una opinión común de sus pares, y en cierta modo, del público.

Sin embargo, y a pesar de que en una de sus novelas aborda la “transformación” de una monja en mujer, claro, por la vía de un sujeto masculino decidido a enseñarle a la hembra el papel que en la época se consideraba el “natural”, Gamboa encontró otros espacios y otras visiones, para poder utilizar en sus obras. Por

ejemplo, después de su visita a la cárcel de San Juan de Ulúa, Gamboa narró (30 de diciembre de 1893):

Ansiaba que terminase mi visita; me reñí por mi curiosidad mal sana... y comprendí, al cabo, que aquello había de servirme, que era y es necesario verlo y contarlo, supuesto mi vicio de publicar la verdad artística de los espectáculos que la vida me brinda. Sí de allí me saldrá un libro, ó material fragmentario para diversos libros (1908: 192).

Efectivamente, utilizará esa información para su novela *La llaga*. Pero no solo se trataba de observar, también había que cuestionarse, hacer preguntas a la vida, los actores y el contenido del guion, aunque fuese el presidente de la república y esfinge del momento. En asiento fechado 1 enero 1901 se puede leer:

¿Habrá alguien, o algo, que lo haga vibrar? ¿Tendrá expansiones, intimidades? ¿En lo íntimo, en lo muy íntimo, será diverso? ¿cómo amará a sus hijos, cómo los habrá amado cuando fueron pequeños? ¿Cómo amaría a su primera esposa, y hoy a Carmelita, que es mucho más joven que él, más afinada, tan cautivante y dulce? (1920: 9)

Y aunque algunas veces se toquen los extremos, incluso sus críticos y amigos dieron cuenta de la afición que desarrolló Gamboa por diseccionar los sentimientos y muy especialmente por tratar de entender el corazón de una mujer, al grado de hacerlo escribir en octubre de 1882: “daría mi ciencia íntegra porque el corazón de una mujer se dejara leer por mí” (1908: 66), petición que dudo mucho se le haya cumplido. Ernesto Quesada, en una compilación que editó en 1893, *Reseñas y críticas*, en Buenos Aires, dejó anotado:

El autor de *Apariencias* [...] es como un médico que extiende sobre la mesa de anfiteatro el cuerpo de una mujer otrora perseguida, y, escalpelo en mano, procede á una autopsia implacable, sin perdonar nada, sin descuidar detalle alguno—quiere encontrar la razón de ser del encanto que poseía aquella mujer; y, rabioso, perseverante, corta y recorta, despedaza, seguro de llegar por fin al descubrimiento anhelado (1893: 337).

Pero concluye Quesada que todo era inútil, sobre todo porque el error era partir desde el cuerpo femenino, y no a partir del alma. En fin, si lo que Gamboa buscaba era que el público se sintiera frente a un espejo, o mínimo ante un texto que retrataba lo que él consideró era la realidad del momento, supongo que el autor se puso muy

contento cuando aquella mujer le hizo la siguiente confesión, para beneplácito de su ego, la cual consignó con fecha 24 de octubre de 1892:

Una señora (de verdad!) que vive en irregular situación, socialmente hablando, se confiesa conmigo y por remate me espeta: - ¿Sabe usted por qué lo hago? Por eso – y me señaló un ejemplar de “Apariencias” – hay pocos hombres que como usted conozcan el corazón de la mujer (1908: 66)

No está de más reiterar esta idea, en la que el verbo tiene que ver con una acción que se matiza, ya que acercarse no significaba realizar copias exactas del original observado. Retratar una imagen, implicaba alterar el original, pues todo reflejo llevaba la forma de mirar del que escribía, aunado a las formas de ver de otros autores que Gamboa seguramente incorporó a la propia; pero aun así, estas aproximaciones a la sociedad de la época constituyen una buena guía para andar por sus caminos, siempre recordando lo que Roberto Calasso señaló:

Toda la historia de la literatura [...] puede ser vista como una sinuosa guirnalda de plagios. Entendiendo no aquellos funcionales, debido a las prisas o la pereza [...] sino los otros, fundados en la admiración y en un proceso de asimilación fisiológica que es uno de los misterios mejor protegidos de la literatura (2011: 16 – 17).

Pero por encima de las guirnaldas, Gamboa escribió como Gamboa, a partir de lo que él decidió que eran las figuras centrales de su narrativa; varones y hembras cuya pasión estaba por encima de costumbres o educaciones, porque la vinculación hombre y mujer implicaba riegos y tormentas, incluso dentro de las vías institucionales y desinfectadas del matrimonio (Baudelaire *dixit*), dejando a un lado las figuras más representativas de su pasado como la novia pura, la madre santa y el padre honorable y sacrificado. Lo mismo se puede decir de su personaje más emblemático, ya que no hubo daífa que hablara o pensara como Santa; ya que Santa solo podía hablar como Santa y nadie más.

Federico Gamboa, desde sus inicios en el mundo literario, contando a partir de 1889 con la publicación de *Del natural*, suscitó entre varios de sus contemporáneos halagos, ataques y reflexiones que lo mantuvieron como un constante invitado en las páginas de los principales periódicos y revistas de la Ciudad de México, y en varias

ocasiones en los de Guadalajara, San Luis Potosí, Chiapas o los de Buenos Aires, Guatemala, Cuba, Francia o España.

Manuel Puga y Acal (*Brummel*) publicó en el periódico mexicano *El Universal*, el 08 de junio de 1890, una larga disertación de la primera novela de Gamboa, en la cual igual felicitó al novel escritor, como le enmendó la plana y destacó, de forma detallada, los defectos gramaticales:

Del Natural es un buen libro, que proporciona momentos de solaz. Federico Gamboa ha patentizado lo único que puede patentizar un padre y un autor con su primer hijo y con su primer libro: que hay en él virilidad y que tiene mucho talento. Formularé un deseo, por honra de nuestra literatura: que la prole sea numerosa. Por lo que hace á los defectos gramaticales que he señalado, no hay que ser rigorista al censurarlos. Hay que tener en cuenta que Federico tiene sólo seis meses de académico.

Sobre la novela *Apariencias*, de acuerdo con una nota del periódico católico mexicano *El Tiempo*, del 3 de marzo de 1893, la revista española *España Moderna* había publicado en octubre de 1892 un artículo del crítico Francisco J. Villegas (“Impresiones literarias”) elogiando la novela, aunque Villegas le cambió la nacionalidad a Gamboa, convirtiéndolo en bonaerense, dato que rectificaba el citado periódico. Pero dada la importancia de que un literato mexicano apareciera en un medio impreso en la madre patria, el periódico *El Tiempo* consideró necesario su reproducción íntegra en un diario nacional. El crítico español decía cosas como: “donde principalmente se descubren dotes de novelista privilegiado, es en el análisis de los caracteres y en el estudio de la vida interior” o “libro que honra á la literatura americana”. Rubén M. Campos, en el periódico mexicano *El Nacional*, el 23 de mayo de 1897, escribió un artículo titulado “Literatura realista VII: *Apariencias* y *Suprema ley* de Federico Gamboa”, en el cual expresaba su asombro ante la buena recepción de parte de los literatos de la época ante la aparición de *Del natural* (1889) de Gamboa, cuando para Campos dicha obra, después de leerla, no era más que “cuentos vulgares, prosa corriente, sin bellezas de lenguaje, estudios que no revelaban ninguna inteligencia descollante”, por lo que el autor del artículo se negaba a entender la recepción de alguien que había “debutado tan humildemente”. Los comentarios para *Apariencias* son en el mismo tenor. Justo es decir que para Campos, Gamboa se había superado a sí mismo, especialmente al haber escrito *Suprema Ley*.

José Juan Tablada fue un caso especial, porque parecía tener sentimientos encontrados con la obra y persona de Federico Gamboa, por un lado, hacía mención de la admiración que le despertó cierta obra (“¡Vendía cerillos!”, dentro de *Del natural*, 1889) en su adolescencia, gracias a la sugerencia de Ángel de Campo, haciendo hincapié en su cercanía con Gamboa y el gusto que le despertaba esa lectura. A la letra, a partir de la memoria (*La feria de la vida*):

¡No sospecha mi querido Federico la admiración con que mi entusiasta adolescencia celebró aquella obra! Descubrí en su estilo que me cautivó por ciertos caracteres ajenos a la literatura de entonces, los prestigios de las modernas escuelas francesas que ya me eran familiares, y como sucede siempre con el arte que toca la realidad, la ciudad y la vida metropolitana me revelaron nuevos encantos (1991: 145).

Pero años después, Tablada dejó en su diario, que no se publicó mientras él vivió, una serie de observaciones que pueden ser leídas como una reacción más del grupo de pares de Gamboa, frente a lo que había sido la vida “libertina” del joven Federico, y por supuesto, de su entrada al mundo de la academia, los conceptos e ideas que solía verter en su obra, así como la posición alcanzada dentro de la cancillería mexicana. José Juan Tablada escribió:

Gamboa hace que Don Justo (Sierra) lea el prólogo de un diario íntimo. “Para mi hijo cuando sepa leer” [...] oigo frases de romanticismo insoportable en que Gamboa le da satisfacciones al *mioche* (niño, criatura) por su vida pasada; en que explica el mal (¿cuál?) que hizo por el baboseado atavismo; en que le dice a su mujer: “aparición salvadora” y otras ineptitudes y ternezas de reblandecido del mismo jaez. Arrepentimiento banal, como sus banales correrías por burdeles y tabernas, en compañía de toreros y golfos; toda esa vida nauseabunda con que Gamboa hizo su *Santa* [...] ¿Pondrá Gamboa en su diario la brutal verdad de Juan Jacobo en sus *Confesiones* o el arte, la sutil psicología, el alma aristócrata de los De Goncourt? ¿Se cree Gamboa un Verlaine pecador e iluminado y reputa que su vicio de hortera y su arrepentimiento de sacristán sean estados de alma o exteriorizaciones artísticas dignas de publicarse? *Pose! pose! pose!* ¡Y esa megalomanía, carácter invariable, avatar y sello de todo matoide (persona degenerada) nacional! (1992: 64 – 65).

Interesante habría sido conocer también la opinión de Tablada frente a lo escrito en *Impresiones y recuerdos*, pero lo rescatable aquí es el tipo de emociones que Gamboa solía generar entre los periodistas y literatos, pues casi siempre estos

últimos vinculaban el pasado juvenil de Gamboa o la escuela realista a su obra, en caso de querer denostarla o desacreditarla, y cuando querían felicitar al escritor, además que generalmente venía de su círculo de amigos y conocidos, la línea argumentativa estaba muy cerca del elogio y muy lejos del análisis. Como siempre, hubo las honrosas excepciones, como el ya citado artículo de Gutiérrez Nájera en capítulos anteriores.

Aunado a lo anterior, me interesa destacar que la obra narrativa de Gamboa siempre mantuvo una relación tensa con el público y la crítica, aunque también tuvo a sus defensores y lectores. Para esta investigación, la relación de Gamboa con el público, la idea que tenía el autor de la recepción de sus textos, la crítica y la fama, también me sirven para agregar color al esbozo que he intentado plasmar sobre la juventud de Gamboa, siempre en esa línea de equilibrio de la formación de un individuo.

Se puede afirmar que fue un autor leído y exitoso, claro que dentro de los parámetros de la época de lo que significaba venta de libros o tirajes de ejemplares. Para uno de sus contemporáneos, Ciro B. Ceballos, Gamboa, además de ser un escritor con “oficio”, consiguió que su obra gozara del favor del público:

El único literato perseverante en el trabajo, el único productor confiado en el definitivo triunfo, el único cultivador de su arte, por el arte mismo, admirable con devoción, con inalterable energía de carácter en cualquier país donde se hallase, era Federico Gamboa. Hacía sus novelas, regularmente, sin dejar de escribirlas ni un solo día, las publicaba regularmente, regularmente bien, alcanzaban el éxito esperado por él, tanto en la vitrina del librero, como en el juicio crítico; su profunda pasión por el trabajo hacía de él un productor tan equilibrado como fecundo. (2006: 406)

Una muestra de su éxito se puede encontrar en la reproducción de sus textos en periódicos nacionales y extranjeros, sea estos con su permiso o sin él. Por ejemplo, para su segunda novela, *Apariencias*, Gamboa fue víctima de la piratería, y plasmó en su Diario (20 de septiembre 1892) que un amigo, Joaquín V. González, le enseñó que un periódico, *El Oeste*, que se publicaba en la ciudad de Mercedes, provincia de Buenos Aires, estaban publicando su novela en el folletín del periódico, sin pedir permiso ni pagar nada. El autor, impotente frente a la imposibilidad de reclamar o pedir una compensación por ello, escribió: “¿serán los folletines de diarios provincianos el indicio de popularidad?” (1908: 53) No será esta la única vez, muchos años después

Gamboa se quejará en su diario, un 4 de julio de 1913, que ahora le tocó el turno a *Suprema Ley* ser pirateada. En sus recuerdos: “¡Colmo! Noticia que me halaga y perjudica como escritor: en un diario de Caracas están publicando, en el folletín, mi *Suprema Ley*. Piratería literaria y aumento de renombre. ¡Váyase lo uno por lo otro!” (1995 E: 106). Se sabe también que el primer capítulo de *Apariencias* apareció en un diario de la tarde en Buenos Aires, estos sí, con la anuencia del autor.

En los diarios de Gamboa también se puede ir rastreando el camino que siguieron sus obras, ya fuera como textos o como adaptaciones cinematográficas y teatrales. Por ejemplo, en asiento fechado 19 de agosto de 1892, se puede leer:

Magníficas noticias: el libro se vende! [...] a pie, recorro la calle de Florida (en Buenos Aires), deteniéndome en la librerías que lucen mi obra en sus vidrieras: ¡¡Novedad!! APARIENCIAS, por Federico Gamboa. Inefable dicha la de estos momentos, que premia mis afanes; paréceme la ciudad más bella, generosa la vida, tratables y enmendados mis semejantes (1908: 48)

Pero su dicha se verá trastocada cuando el público tarde en reaccionar y la crítica de aquellos que publicaban en diarios y revistas, denuesten el trabajo del autor. En su diario, el 23 de agosto de 1892, Gamboa se preguntó: “¿Por qué me gana un invencible desaliento á causa de la frialdad del público para con mi novela? ¿Por qué creí en el entusiasmo que provocaron algunos capítulos cuando su publicación en los periódicos?” (1908: 49). Según lo consignó, fue fácil caer en una profunda melancolía ante las críticas de su novela, al grado de atravesar una racha “de profundo y legítimo *spleen* (en francés)” y de nuevo se preguntaba: “¿Cuándo podrá uno consultar, con probabilidades de alivio, á especialistas de enfermedades del espíritu?” (1908: 50). Frente a ello, realizó la diatriba correspondiente en contra de la poca cultura del público, así como de la actitud en general hacia la literatura. Reflexionando si su obra *Apariencias* ya estaba a la venta, pues él andaba de viaje por Río de Janeiro, escribió en su Diario el 23 de julio de 1892.

Parte hijo mío, y sé fuerte! Ve á divertir al público, el grueso público torpe é indispensable porque tiene el criterio en el bolsillo; porque sin dinero, nadie, ni los literatos viviríamos, y el dinero él lo posee y reparte á su capricho; él, esa masa cruel, hipócrita, anónima, múltiple, que inunda y domina el universo; los ignorantes, las medianías, los impotentes, los analfabetas y las mistificaciones; alguno que otro

honrado é inteligente, vale decir [...] puesto que ello es preciso, salúdalos, pero también, desprécialos si se ofrece! (1908: 38 – 39)

Su queja se refuerza con la idea de que tratar de vivir de la literatura es una aventura que causaba más penas que gozos y que para alcanzar, primero, el reconocimiento, y después los ingresos monetarios, se debía pasar por una batalla larga, cansada y cruel. Como una manera de buscar consuelo, realizó una revisión rápida en la que destacaba los años de oscuridad de Pérez Galdós, la miseria de Zola, las luchas de los hermanos Goncourt incluso del proceso que le llevaron a Flaubert por *Madame Bovary*, en el que llama “bárbaros” a los franceses, pero que gracias a ello, el autor alcanzó celebridad. Gamboa anotó el 23 de agosto de 1892:

La cuestión eterna en Hispanoamérica: el profundo desdén con que se mira y considera todo lo que á literatura se refiere [...] Pienso que en Centro América la cosa es peor aún; pienso que en mi México, donde á poquísimos individuos importa que aparezca un libro ó que desaparezcan mil (1908: 49).

Su ánimo varió conforme recibió buenos comentarios, por ejemplo, anotó para el 2 de septiembre de 1892 que el libro continuaba vendiéndose, pero que especialmente era “el asunto y la conversación del día” (1908: 50). Cuando la crítica le dedicaba en periódicos y revistas comentarios favorables, y el elogio era columna vertebral, entonces comenzaba a reconciliarse con el público, a dejar atrás su tesis de la “conjura del silencio” (especialmente aplicado para los críticos mexicanos) y recuperaba un poco de optimismo.

La posibilidad de ser traducido a otro idioma, especialmente a su amado francés, hace que el autor mexicano olvide el interés por ser reconocido entre sus pares y paisanos, ya que la oportunidad de ser leído en otros lares es la prueba latente de haber triunfado en el ingrato oficio de escribir y demostrar que los detractores de la novela estaban equivocados. Por ejemplo, cuando un francés (Albert Bloch) solicitó su permiso para traducir *Apariencias* y publicarlo en “Le Temps” de París. Gamboa, el 16 de septiembre de 1892 exclamó: “¡Qué ideal! ¡qué realización de mi más bello ensueño literario: ser leído en París!!!” (1908: 51)

Ya para el 21 de septiembre del mismo año, anotó que su editor, Jacobo Peuser, que había hecho un tiraje de 2,000 ejemplares de *Apariencias*, le había comentado que las librerías continuaban pidiendo más novelas, sin embargo, en su

autobiografía, publicada un año después que *Apariencias*, Gamboa declaró que este mismo editor no quiso publicarle el nuevo texto porque perdió dinero con la anterior novela.

El joven y disciplinado escritor mexicano Federico Gamboa buscaba el reconocimiento del público; vivir de sus escritos; tener un cuadro de su persona (lo consiguió en Buenos Aires con el pintor Schafinno); ser respetado por su pares y paisanos; ser leído en París, no en Francia, sino es la capital del siglo XIX, para ello habría que ser traducido, cosa que nunca sucederá, o por lo menos no se tiene noticia de ello; ser el retratista y moralizador de la sociedad Porfiriana clasemediera por excelencia; darle realce a la literatura Hispanoamericana y contrarrestar algo del poderío europeo y ser absolutamente moderno, es decir, mundial, global.

Ejemplo de la clase intelectual de la época, Gamboa entró en el juego de la oferta y la demanda. Generalmente, después de la emoción de ver uno de sus libros en la librería, ya en circulación, pasaba al estado de desasosiego, primero porque se vendiera el libro, después por las posibles críticas de amigos y enemigos, después, como lo señaló el mismo Gamboa (26 sept. 1896), el siempre “cruel y enfermizo” público: “¡son en México tan contados los que compran libros nacionales o extranjeros!” (1908: 273). La relación con el público, en el sentido de saberlos necesarios para consumir sus ansias de vivir de lo escrito y obtener reconocimiento, no evitó que Gamboa, cada vez que pudo, estampara sus opiniones al respecto, dichos que por cierto colocaban al autor en una posición superior a los demás mortales, tal como lo aceptó en uno de sus diarios:

El único consuelo del literato de verdad en Hispanoamérica enciérrese en dos cosas: en el placer inefable del engendramiento, todos los detalles y naderías que embriagan y acarician nuestro propio temperamento; y la satisfacción íntima y un tanto vanidosa de sentirnos superiores al público (1908: 39).

“Nosotros”, los que escribimos, los que estamos por encima de la media. Nosotros, “los que trabajamos con la cabeza” (1908: 40) como afirmaba él, a los cuales, por cierto, les caía muy bien los viajes ociosos, porque así descansaban. La autopercepción de Gamboa, como un miembro de la sociedad que merecía un trato diferenciado, no fue exclusivo de los literatos; ahí están las observaciones e ideas que muchos médicos dejaron en gacetas, periódicos y academias de su relevancia y peso en el presente y futuro del país. Como muestra, el doctor Salinas y Rivera, en su tesis

“Moral médica”, para el examen profesional de medicina, cirugía y obstetricia, decía: “la medicina se ha erigido en un sacerdocio noble, cuyo ejercicio hace al hombre de arte, superior á sus semejantes é igual á los seres que en otros tiempos eran conocidos como deidades” (1871: 13). Lo cierto es que los miembros de la clase media, que además tenían sobre sus hombros una carrera liberal, o el membrete de ser hombre de letras, aunados a variables como viajes o estancias en el extranjero, dominio de idiomas considerados cultos o necesarios, entre otras, hacía que estos gremios, incluso vencidos o derrotados, siempre tuvieran la conciencia de ser superiores a esa masa amorfa que bien podía llamarse pueblo o público. Gamboa, en asiento fechado 23 de julio de 1892, dejó ver esta postura:

¡Oh, el público! – por cima de lo común y lo grosero – aunque nosotros hayamos caído y no podamos volver á levantarnos; ya nos hemos levantado antes, ya hemos hecho obra (privilegio del que no todos disfrutan por mucho que lo intenten y deseen!) – por cima de los interlocutores que hay que sufrir, á los que sin equivocarnos calificamos in pectore⁶⁶ con el solo calificativo á que son acreedores: ¡¡¡GANSOS!!! (1908: 39)

Gamboa se constituyó así en un individuo que había ascendido socialmente gracias a sus escritos, especialmente por su papel como escritor que era leído (o atacado). Pero también porque él viajaba, hablaba inglés y francés, tenía trato con los intelectuales nacionales y extranjeros (y buscó que ese particular mundo supiera de su existencia).

Como cierre a su autobiografía, por ejemplo, Gamboa afirmó: “El autor no debe argumentar ni discutir; el autor produce, la crítica tercia y el público falla” (1893: 376); premisa que no cumplirá en su totalidad, ya que en toda su carrera literaria fue un crítico de sus críticos, así como del público, los lectores. Para Gamboa, había escasez de lectores, porque los más no podían (¿analfabetas funcionales?), el resto no quería y en definitiva una minoría raquítica admiraba la labor y el trabajo (el texto) de un escritor. Así lo expresaba un 23 de julio de 1892: “Pocos te entenderán, menos han de querer entenderte, y menos todavía habrán de amarte! Si los más te entendieran, leerían lo que en invisibles caracteres escribí entre tus renglones” (1908: 39). Para su primer diario, en aquel prólogo que dedicó a su hijo, para cuando supiera leer, y ya con años encima en el negocio y en la diplomacia, escribió:

⁶⁶ In pectore: dentro de uno mismo.

Nunca, lo que se llama nunca—según podrás cerciorarte con la lectura de “Mi Diario” —me preocupé del público para mis actos ó para mis escritos; primero, porque como interrogaba Larra: “¿Quién es el público y dónde se encuentra?”, y segundo, porque cuando infortunadamente se tropieza con alguno ó algunos de los que se diputan ¡y á muchísima honra! por representantes suyos, piérdese una ilusión y se gana una desesperanza (1908: V).

En *Mi Diario I*, fecha 13 de mayo de 1894, Gamboa, con motivo de un “boicot” por parte del público que veía su obra *La última campaña*, y que se negó a aplaudirla, ya que un crítico español había señalado al respecto de la obra, días antes, que el público mexicano era “un montón de tontería humana”, reflexionaba de lo dicho por su adorado Flaubert: “¿Pues no Flaubert en su correspondencia escribió á propósito del público francés, que era extraordinario el número de imbéciles que se necesitaban para componer un público y no se ha sabido que por galantería tan cruel le hiciera nadie nada?” (1908: 208), Muchos años después, con asiento fechado 19 de marzo de 1909, sobre las críticas que literatos y periodistas soltaron de su novela número siete, *Reconquista*, se puede leer: “Si supieran los que la atacan, y a mí de paso, lo agradecido que les quedo y lo que ansío que no cesen en sus ataques. Sobre que libro del que nada se dice, o al que sólo elogios se le prodigan, es libro al agua” (1938: 16 – 17). Con fecha 28 de octubre de 1919, en el prólogo de *La última vanidad: colección de autógrafos de Amado Nervo*, Gamboa escribió: “Sin duda que nuestro pueblo desconoce las bellezas que el desaparecido (Nervo) sembró con sus libros, [...] ¡ah, si nuestro pueblo supiera leer! — (Nervo, 1919: IX). Y con asiento fechado 19 de mayo de 1892, en *Mi Diario I*, Gamboa, al momento de concluir de copiar los manuscritos de su primer ejercicio de novela larga, escribió:

Pienso [...] en lo que le espera cuando lo compren; en los lectores que por \$1 ó 2 que pagan, se erigen en autoridades críticas, y allí donde uno se esmeró, en la frase rebelde al principio y que al fin creemos haber vencido, en la teoría noble y levantada, en el efecto artístico, allí ceban su ignorancia vanidosa, allí nos hieren con sus sedimentos de burgueses hipócritas y viciosos. Sin contar á los que le llaman á uno “inmoral”, plegando desdeñosamente los labios; ni á las personas **graves** que declaran sólo leer los **libros serios** y nunca novelas! (1908: 5) (negrillas del original)

Federico Gamboa, durante buena parte de su vida, tuvo que luchar para que el oficio de escribir, y especialmente para que la lectura de las novelas, tuviesen un lugar aparte de las actividades de ocio o incluso de las lecturas peligrosas. Dentro de ciertos discursos era frase común decir que las novelas eran para el público menos exigente (algunas veces esto incluía a las mujeres), o en casos extremos, como aquella carta pastoral del Arzobispo de Guadalajara, Pedro Loza, de 1897, que decía: “la novela inmoral, el cuento lujurioso [...] son otros tantos vehículos y medios de que se valen los hijos de este siglo, [...] para corromper el corazón y combatir nuestra religión divina, y desterrarle [...] de la sociedad, del hogar, del individuo” (1897: 3 – 4). Para Gamboa, la novela en especial, era una herramienta que merecía un lugar de honor, pese a las críticas o los ataques, los miedos o los imaginarios:

Por lo ilustre de su abolengo y lo rancio de sus orígenes, la novela es acreedora a toda clase de miramientos y respetos, no obstante la mueca despectiva con que suelen acogerla los espíritus frívolos, y el calificativo de literatura poca seria con que en ocasiones obséquianla quienes ignoran o fingen ignorar su alta importancia y su incontrastable trascendencia (1914: 3)

Más allá de esta autoconciencia de ser un hombre de letras, ergo, superior a la media, con una tarea concreta, y una batalla para el resto de la vida, se puede aventurar la idea de que Gamboa para esa época se presentaba como una especie de cronista moral, suerte de Virgilio y Dante al mismo tiempo, pues se ostentaba como el guía (y fue protagonista) para que el lector conociera de los círculos concéntricos de la pasión, así como de las verdades ocultas del otro mundo, del nocturno, de los salones de baile, de los prostíbulos, de los paseos indecentes, pero especialmente del territorio de la carne, el deseo, el “abandono” de las mujeres y la “lucha” de los varones. Para el caso de sus novelas, especialmente con *Suprema Ley* su papel de Virgilio se consolida, ya que guiará a los demás a los terrenos de la pasión y la vida cotidiana, pues él (el que firma el texto), es el que tienen un estatus un poco más elevado que la media, es quien está “autorizado” para relatar cómo, dónde y porqué la vida pasa como pasa. Como señaló José Emilio Pacheco: “La novela predica [...] Es un medio informativo. Organiza la caótica experiencia de quien se acerca a él y le lleva noticias de otra parte, le dice cómo viven y sienten las demás clases, el resto de los mexicanos” (1995: XI).

Será Gamboa entonces el vocero de las pasiones, del amor, del adulterio, de los pensamientos más intrincados de todo aquel individuo que se involucre en asuntos de la carne y las sábanas. ¿Vocero para mujeres o para varones? Para ambos. En su papel de pedagogo, traductor y guía, no discriminó.

¿Para quién escribió Gamboa? De acuerdo con sus confesiones, parecería que Gamboa escribió para y por los que él considera sus iguales: los hombres. Además, hombres que eran parte de una élite intelectual. Él parece estar interesado en obtener el reconocimiento de sus pares, de los que publican y escriben en periódicos y revistas, de los miembros de las academias respectivas, de los *cultos*, los que viajan y tienen posiciones de cierto poder, a pesar de que él mismo pregonó: “¡Dios mío, Dios mío, líbrame de los literatos! Somos unos bichos muy complejos y muy dañinos” (1908: 267 – 268)

El uso y apropiación del “somos” no lo coloca en el mismo renglón, por el contrario, lo separa, porque él, Gamboa, se da cuenta de la verdadera naturaleza del gremio, porque toda autocrítica sirve para quien la escribe como disculpa y elemento diferenciador. Gamboa reconoce desde sus primeros escritos que es una “lástima que la imprenta nos despierte tantas vanidades y tantas pretensiones, sin ellas, sería de veras una bendición el escribir para el público” (1893: 72), Pero Gamboa inevitablemente se construye una identidad también a partir de este grupo de intelectuales y poderosos. Así, veo a Gamboa como un reflejo de lo que la clase intelectual de la época pudo haber sido.

En sus textos, ya sean la autobiografía o sus novelas, Federico Gamboa funciona además como un vocero entre la clase ilustrada y los demás (los lectores comunes), es decir, el autor se evita la auto-justificación frente a los “profanos”, y la reserva para sus “iguales”. Aunado de lo anterior, no está de más destacar que como varón de clase media, que ha conocido las ventajas de una familia acomodada, como las desventuras por la pérdida de los privilegios, ya ha transitado por los espacios de diversión de la época, por ello su calidad de testigo toma fuerza, ya que siendo un cliente frecuente, especialmente de los sitios llamados de mala fama donde las mujeres “pecadoras” fueron sus institutrices en materias amorosas y de la vida, le dieron una experiencia que por supuesto muchos mexicanos vivieron, pero que él decidió ponerlo en tinta y papel. No es de extrañar que en los textos firmados por Gamboa sea común toparse con personajes que comparten sus pensamientos, sus dudas o sus ideas sobre la vida, asuntos que convierten al lector en una especie de

voyeur de la “intimidad de los personajes”, y por ende, cómplice con el autor. Gamboa nunca abandonó el nosotros, los varones. En *La llaga* por ejemplo, se puede leer:

El perdón de los hombres no es perdón; con el tornamos al trato social [...] a tener voz y voto en esta grotesca mascarada humana. El perdón que alivia y satisface, que sana y revive, es el perdón de la mujer, porque nos cobija en su regazo, porque nos regala con el néctar de sus besos, porque nos unge de ternezas sin cuento y de piedades infinitas, que nosotros, los hombres, no sabemos dar en razón de que no la poseemos (1965: 1320).

Para José Emilio Pacheco, uno de sus principales estudiosos, Gamboa “no tiene posibilidad alguna de dirigirse a los pobres. Su público es la clase media en formación que busca entretenimiento, consejos morales, ayuda para explicarse el mundo en una era de grandes cambios” (1995: XI). Pacheco no fue el primero en destacar el tipo de público que fue su lector y seguidor, ya antes Amado Nervo, en un texto referente a la obra *Suprema Ley* (31 de octubre de 1896), destacaba que Gamboa no dibujaba a la élite de la época ya que “su observación circunscribe con ventaja a la clase media, a esa porción fecunda en labor y en penas [...] en la cual viven y se mueven todos los personajes de la obra” (1991: 335).

Esta ventana al mundo clasemediero del Porfiriato, se corresponde por un lado a que el autor era parte de la misma; representante a modo de esta clase social que vive en una constante inestabilidad frente a lo laboral y lo social, sufriendo en más de una ocasión ese ánimo funámbulo en el que vivir endeudado, perseguido por sus acreedores, era directamente proporcional a la ansiedad de vivir de acuerdo con lo que el progreso anunciaba y con lo que el mundo civilizado pregonaba, porque, como ya señaló alguna vez Norbert Elias, “en los siglos anteriores (al XX), en los que los progresos reales eran claramente visibles [...] la idea de un progreso posterior [...] tenía el carácter de un ideal por el que luchaban sus partidarios y que, como ideal, poseía un gran valor para ellos” (2009: 46). Y Gamboa, ya fuera en la Ciudad de México, en Guatemala, en alguna ciudad de la vieja Europa o en Buenos Aires luchó a su manera por el ideal que el progreso pregonaba y prometía, especialmente desde su balcón de plumas, letras y emociones.

4.2 Círculos literarios / Lecturas

Si por un lado la vida burocrática le dio de comer y de pensar, también le abrió a Gamboa la oportunidad de vivir en otros países, espacios temporales en los que el escritor aprovechó y cultivó amistades tanto en Guatemala, Argentina, España o EUA. Ya desde los años en que transitó por el mundo del periodismo mexicano se sabe que participaba en tertulias y reuniones en los que convivía con personas que escribían o planeaban hacerlo como él; la mayoría de sus compañeros serán los del oficio, pero eso no impidió que conviviera con Guillermo Prieto, Juan de Dios Peza, Hilarión Frías y Soto o el viejo Ramírez, el Nigromante, más como alumno y menos como igual.

Las reuniones que más comentó Gamboa en su autobiografía son las que pasó en casa de Juan de Dios Peza (1888), donde se hablaba de todo, libros, zarzuelas, política, por el propio carácter del periódico y por concurrir en ellas gente de pluma, aunque la mayoría de ellos estaban más circunscritas al espacio periodístico.

Quizás Gamboa ya mantenía pláticas y diatribas con sus amigos y compañeros de clases sobre libros y literatos, sobre escuelas o lecturas, pero en el texto autorreferencial que dejó no hace alusión de ello. Será durante su estancia en Guatemala (1888 – 1889), y la entrada al mundo de la Academia de la lengua, cuando se pueda comenzar a leer sobre textos y literatos. Aunque es preciso aclarar que el autor no ahondó mucho en sus críticas o comentarios sobre los libros leídos, incluso sobre los que le gustaban o le resultaban interesantes.

Una de las personas que aparecen como el primero en hacer con Gamboa una especie de tertulias literarias es Le Brun, secretario de la legación de Francia y vecino de cuarto del joven Federico. Comenta el autor que los domingos solían pasarlos leyendo teatro y poesías de Alfredo de Musset, en voz alta, así como declamando versos o repitiendo la lectura de una misma pieza, como por ejemplo la obra de teatro de Alfredo de Musset, de 1834, *On ne badine pas avec l'amour*. De igual manera leían juntos y en voz alta, según relata Gamboa: “la historia palpitante siempre de la Revolución Francesa; leíamos íntegros los discursos de los hombres de entonces, de Danton, de Robespierre, y yo me entusiasmaba” (1894: 194).

La pequeña biblioteca de su compañero de cuarto pasó por las manos y los ojos de Gamboa, según relata el autor, aunque destaca que únicamente aquellos textos que le despertaron interés fueron los que leyó, y de ahí que conociera, según sus palabras, “esa eterna joya literaria, esa obra maestra de la novela contemporánea, la *Madame Bovary* de Gustavo Flaubert” (1893: 195). Pero este pequeño grupo, en el

cual ocasionalmente entraba Roa, jefe de Gamboa, y encargado de regalarle *Las confesiones* de J.J. Rousseau y *Les femmes d'artistes* de Alfonso Daudet, será disuelto por la partida de Le Brun y porque Gamboa se enroló en una relación amorosa con una mujer casada, que le consumió buena parte de los domingos y cualquier día que le quedara libre.

Durante un baile, Gamboa conoció al poeta cubano J.J. Palma con quien hará otra especie de grupo, junto con Ramón Uriarte, quien fuera un diplomático guatemalteco y autor de los tres tomos de la *Galería Poética Centro Americana*, publicados en 1888.

Su amistad con Agustín Gómez Carrillo, el jurisconsulto e historiador Guatemalteco, sirvió como punta de lanza para acercarse a las prácticas entre literatos de la época, como era el hecho de compartir entre los iguales los escritos. Gamboa, tras considerar que llevaba un buen adelanto de su primer ejercicio narrativo (*Del natural*, 1889) se asomó por primera vez a estas prácticas y leyó en voz alta su trabajo. A la letra: “No pude resistir á esa manía que ataca á todos los literatos, de leer y consultar lo que han escrito. Buscaba yo además, una crítica levantada, que me estimulara ó me prohibiera dar á la estampa aquel primogénito por nacer” (1893: 206). Una de las cosas a resaltar es que para Gamboa la crítica tenía que venir de gente que escribiera, con obra publicada y con cierto prestigio y fama encima. Por ejemplo, Agustín Gómez ya pertenecía a la Academia de la lengua, era estimado como una persona de letras y contaba con obra publicada, como por ejemplo: *Observaciones sobre algunos puntos de derecho constitucional* (1872); *Miscelánea político-literaria* (1879); *Instrucción pedagógica centro-americana* (1883) o *Estudio histórico de la América central* (1886).

La amistad que Gamboa desarrolló con Gómez Carrillo, según sus recuerdos, fue la que le regaló muchas noches juntos, “con dos tazas de chocolate y una gran borrachera de literatura”, como gustaba recordar el joven Gamboa, en pleno uso de sus 24 años sobre la tierra, frente a los 50 que ostentaba Gómez Carrillo.

Animado por la convivencia, Gamboa leyó el prólogo de su escrito en ciernes a Gómez Carrillo, quien lo compartió con otros literatos, y tal parece que fue suficiente para que él, junto con otros literatos y miembros de la academia como Salvador Falla y Antonio Batres Jáuregui, propusieran al novel escritor a formar parte del gremio. En 1889, Federico Gamboa fue aceptado como miembro extranjero de la Academia correspondiente de la Real Española de la Lengua (14 de noviembre). Para el joven

Federico ser aceptado en el seno de la máxima autoridad en materia de letras y letrados, obligaba a cambiar, a moverse de lugar. Según sus recuerdos: “Antojóseme contraer con el nombramiento un compromiso enorme; la obligación de ir á podirme en las bibliotecas; de manosear los clásicos y sabios sueltos; de aprender un poco de lo mucho que ignoro” (1893: 209). Pero también, para la fecha en que escribe su autobiografía (1893), le había quedado claro que esto de la Academia era más una mezcla de suerte y amigos, pues al tiempo, cuando le tocó convivir con los llamados hombres de letras, Gamboa será también un crítico del gremio. Lo cierto es que fue en Guatemala donde concluyó su primer ejercicio narrativo, con cinco novelas cortas que quedaron atrapadas en el título de *Del natural: esbozos contemporáneos*, el cual mandó a imprimir por su cuenta (costumbre entre quienes buscaban poner en circulación sus textos). También realizó su segunda adaptación teatral (*La moral eléctrica*, 1899), pero en particular, se adentró en este mundo intelectual en el cual las tertulias, los amigos, las noches compartidas tenían más de una lección, tal como lo terminaría de aprender durante los dos años y medio que vivió en Buenos Aires, Argentina.

Los capítulos XIII, XIV y XV están dedicados al viaje que hizo a Europa, con su estancia de quince días en Londres y los siete meses en París, con todo y las aventuras amorosas, los museos visitados, las noches de cabarets o las tardes de descubrimientos. Para el capítulo XVI, Gamboa dejará ver lo que su paso por la Argentina representó en su vida, y ya para ese momento, la unión literatura – diplomacia es un hecho consumado, vinculatorio. Pero serán las reuniones literarias las que se llevarán la mayor parte de su escrito, y se entiende porque ahí es la consumación de su paso de aspirante a artista a hombre de letras. En Buenos Aires trabajará y publicará su novela *Apariencias*, y su autobiografía *Impresiones y recuerdos*.

Es de destacar que dentro de su autobiografía la mayor referencia a estas reuniones será en la figura del poeta y escritor Rafael Obligado, en las que, sin embargo, dejó muy en claro en qué consistían y qué se podía esperar de ellas. (El resto de la información la obtuve de las anotaciones que Gamboa hizo en *Mi Diario I*, donde fue más generoso conforme a acciones, nombres, lecturas y anécdotas de estas reuniones). Asimismo, Gamboa aceptaba que fue gracias a estas que pudo entablar amistades o conocer al mundo de poetas, escritores, aspirantes, pintores, historiadores, juristas, es decir, aquellos que pese a trabajar en periódicos, vivir de sus

rentas o trabajar para el gobierno o en su propia empresa, gustaban más al ser llamados literatos. En *Impresiones y recuerdos*:

La reunión semanal es una reunión de amigos en la que cada cual está autorizado á decir lo que primero le ocurre y en la forma que le ocurre; en la que nacen discusiones reñidísimas á propósito de una fruslería ó de una cosa trascendental; en las que se hacen lecturas del trabajo en obra, próximo a publicarse, y por las que hay que aguantar críticas de distintos matices que en ocasiones alcanzan la magnitud de una destrucción (1893: 353 – 354).

Estas reuniones literarias, de acuerdo con las anotaciones de *Mi diario I*, se dividían de la siguiente manera: los miércoles en casa de Calixto Oyuela; los viernes en casa de Domingo D. Martinto; los sábados en casa de Rafael Obligado. Al tiempo, Gamboa también tendrá su día: los martes. Comparte que también asistía a las del “acaudalado literato chileno Alberto del Solar” (1908: 25) algunos viernes.

Me parece relevante mencionar que Gamboa llegó a la Argentina entre enero y febrero de 1891, y la primera entrada de *Mi Diario I* tiene fecha de 7 de mayo de 1892 (en algunos pasajes dirá que en realidad lo comenzó un 5 de mayo, –Gamboa, 1996: 23 – pero por algo no aparecen esas anotaciones en la edición impresa de *Mi Diario I*). El siguiente asiento es del 9 de mayo, y el tercero es un martes 10 de mayo de 1892, fecha en la que comenzaron los martes literarios de Gamboa.

De 1891 a mayo de 1892, no sabemos qué hizo Federico Gamboa, con quién o quiénes convivió, pero es claro que para él la memoria, y su vida, se activó a partir de estas convivencias-tertulias de mayo de 1892, mismas que cerrarán un 11 de julio de 1893, es decir, un años dos meses después. De nueva cuenta, puede leerse esto como parte de las estrategias narrativas que Gamboa desarrolló para armar su historia, en tanto carta de presentación y volumen de excusas.

En algunas anotaciones de *Mi Diario I* también se encuentran críticas a este tipo de convivios, por ejemplo, en asiento fechado 19 de julio de 1892 (aniversario de muerte de la madre de Gamboa), el autor anotó: “no obstante que mi martes ha estado muy concurrido, principia á enfadarme la esclavitud que imponen tales tertulias” (1908: 34). Pero muy por encima de la obligatoriedad de las reuniones literarias, la crítica de Gamboa se enfocó a señalar que muchos de los asuntos que se discutían en ella se mecían en los extremos, ya fueran valiosos o triviales, así como en ese afán de los literatos por dejar en claro la superioridad intelectual, ya fuera por libros leídos, países

habitados o estudios concluidos, todo esto, siempre con saldo en ceros, en cuanto a anécdota o aprendizaje. A la letra: “Más que tertulias, simulan una función de fuegos de artificio; primero, luces, entusiasmos, ruidos; luego, humo, cenizas, nada” (1908: 34).

Federico Gamboa (27 – 28 años) convivió en estas reuniones con gente como Rafael Obligado (41 años para esa época) o Calixto Oyuela (35 años para esa época), así como con Joaquín V. González, Juan J. García Velloso, Carlos Vega Belgrano, Eduardo Schiaffino, Julián Martel (José María Miró), Belisario J. Montero, Martín Coronado, Juan Antonio Argerich, Alfredo Ebelot (francés), Ernesto Quesada, Leopoldo Díaz, Eduardo Ezcurrea, Juan Agustín Barriga (chileno), Alberto del Solar, Antonio Atienza y Medrano o en la última semana de su estancia en Buenos Aires con Rubén Darío. Lo cierto es que este grupo de literatos, poetas, historiadores, los llamados en general intelectuales argentinos, eran personas de reconocido prestigio, en algunos casos ricos como Vega Belgrano, y reconocidos en sociedad, escribían en periódicos, publicaban textos, dirigían revistas o prensa. Por ejemplo el madrileño Antonio Atienza y Medrano dirigía la *Ilustración Sudamericana* (Argentina) y Eduardo Ezcurrea era 2º redactor en jefe en *El Diario* (Argentina), espacios en los cuales Gamboa pudo presentar adelantos de su novela *Apariencias*, así como recibir críticas halagüeñas sobre su obra, por ejemplo, que fue el caso para *Impresiones y recuerdos* y la opinión de Ezcurrea al texto. De igual manera le tocó tratar a personas como al brasileño Joaquín Nabuco, hombre de letras y uno de los que contribuyó a la abolición de la esclavitud en Brasil de igual manera que fue uno de los fundadores de la Academia Brasileña de Letras.

Pertenecer a este tipo de círculos literarios supone, entre otras cosas, a ser plenamente reconocido como un par, un igual (al grado que Gamboa fue invitado para formar parte como fundador del Ateneo Argentino). Pero también a someterse a la crítica; escuchar los otros textos o que se promocionen más fácilmente las obras propias, ya que la mayoría de este grupo o era dueño de las publicaciones periódicas o tenía fácil acceso a escribir artículos, columnas o reportajes. Esto último Gamboa ya lo había vivido durante su estadio de periodista, ya que por una cuestión de amistad y una cierta unión del gremio era fácil encontrar la crítica positiva o el anuncio continuado o en lugar preferencial de tal o cual obra. Por ejemplo, un amigo de Gamboa, durante meses, publicó en varios periódicos (*La Juventud Literaria*, 17 de junio 1888; *La Patria Ilustrada*, 18 de junio, 23 de julio, 30 de julio, 6 de agosto, 20 de agosto, 1888) la

traducción-adaptación de la *Señorita Inocencia*. Firmaba como Héctor (José Ricardo del Castillo).

Lo que aparece planteado como un ejercicio de primera vez, y además con lecciones difíciles de olvidar, es lo relativo a la exposición de las obras en proceso de ser publicadas, vía la lectura en voz alta, y someterse a la crítica de sus pares. Gamboa dejó por escrito que varias veces recibió palizas de parte de sus iguales y que rara vez hubo unanimidad en los veredictos. En asiento fechado 13 de diciembre de 1892, se puede leer: “En mi martes de hoy lee Calixto Oyuela su crítica sobre mis *Apariencias*. Para comenzar me dice: hágase usted de cuenta que no nos conocemos. Y durante una hora, lee su trabajo, en el que me trata con mucha dureza” (1908: 73). Con Oyuela, no sé si a partir de este tipo de acciones, mantuvo una relación tirante, y en más de una ocasión hay anotaciones en las que Gamboa lo relacionaba siempre a críticas negativas o comentarios ofensivos, por ejemplo, cuando en el Ateneo se sirvió de postre su texto *Impresiones y recuerdos*, mismos que fueron calificados de egoístas, un amigo le comentó a Gamboa que Oyuela dijo que esos defectos e imperfecciones eran porque, indudablemente, Gamboa no había leído a Homero, a lo cual el aludido anotó: “palpo, para mis adentros, esta verdad como un puño. En arte, existen temperamentos enemigos” (1908: 120).

Pero Gamboa no fue el único que leyó algo durante esas tertulias. Martín Coronado leyó en voz alta uno de sus dramas, y recibió un considerable número de críticas negativas. Según lo anotó Gamboa un 29 de junio de 1892: “la sonrisa de Coronado se trasmuta en mueca de disgusto, para terminar en gesto de dolor que en vano trata de disimular. De todo corazón lo compadezco, porque también yo [...] pasé por calvario idéntico en la casa de Rafael Obligado” (1908: 26). O un 22 de septiembre 1892 se puede leer que Carlos Guido y Spano, leyó su composición sobre México, con motivo de la guerra contra la Intervención y una composición contra Napoleón III. También lo hicieron Rafael Obligado o Leopoldo Díaz, pero en cualquier caso, considero que para Gamboa este tipo de ejercicios no solo lo estimularon a continuar, sino que pasaron a formar parte de su cotidianidad, pues esta costumbre no se terminó en Buenos Aires; es común encontrar dentro de la obra memorialista de Gamboa lecturas en voz alta, ya fueran en casa de Ángel de Campo (Micrós) donde se leía prosa y versos en 1895 o, con asiento fechado 15 de febrero de 1894 se puede leer que Luis G Urbina leyó su poema “Carmen”, y Gamboa el primer capítulo de *Suprema Ley*. Gamboa leyó asimismo, muchos años después, frente a redactores y gente que

trabaja en la *Revista Moderna* los capítulos I y II de *Santa*. A la letra: “Buena idea la de “Tute” (Jesús Valenzuela) estas lecturas y reuniones, inauguradas por Jesús Urueta” (1920: 154). Por cierto, las críticas negativas o los comentarios desacreditadores de la obra expuesta no fueron costumbre exclusiva de los literatos argentinos. En asiento fechado 15 de abril de 1896, época en la que Gamboa habitó la Ciudad de México, se puede leer:

En la casa de Eduardo Ruiz, Procurador General de la Nación y escritor michoacano. Ante reducido cenáculo de hombres de letras leí un capítulo de la ya asendereada “Suprema Ley”, y obtuve el fiasco más absoluto. Un concurrente, hasta me aseguró que uso del “lo” malísimamente mal [...] y el tal concurrente se durmió á la mitad de mi lectura! Hay días aciagos (1908: 264)

La lectura en voz alta (Frenk, 2005; Ong, 2006), y evidentemente la que se hace en silencio, tienen una larga e intrincada historia. Para el caso de la lectura en voz alta, su práctica y los espacios en los que se llevaban a cabo en la Ciudad de México pasaban por los ejercicios en las escuelas, como parte del método de enseñanza de la lectura (silabarios, cartillas, etc.), así como las iglesias, la familia, los ateneos y asociaciones tanto literarias como científicas, hasta dentro de algunos grupos como la milicia, tal como lo anotó Gamboa un 11 de diciembre de 1896: “Nárrame Sánchez Azcona que durante la excursión reglamentaria que [...] emprende el Colegio Militar [...], llevaban los cadetes hasta cinco ejemplares de *Suprema Ley*, que en voz alta leían, de noche, junto á las lumbradas de los vivacs (campamentos), agrupados” (1908: 279).

Sin embargo, será en Buenos Aires, en estas reuniones, donde Gamboa someterá sus textos al escrutinio de sus compañeros por primera vez. De nueva cuenta, para Gamboa, el nosotros, como grupo, es la fuente legítima para que broten las “críticas serias” hacia sus obras, ya que únicamente las plumas o las bocas de estos amigos y pares estaban autorizados para ser tomados en cuenta. Ya que, aunque duelan o censuren, según el autor, “las críticas serias compensan de los largos periodos ignorados de labor, son indispensables para estimularnos a quedar en la brecha” (1908: 50).

Gamboa, como parte de la dinámica de la época, conoció en estas reuniones literarias a personas, personalidades y uno que otro enemigo conveniente; practicó la lectura en voz alta de sus obras y como escucha; hubo de aceptar de críticas en los

dos sentidos, aunque también reconoció que ante las positivas, especialmente cuando se adelantaban, podían resultar contraproducente para el autor y el texto, especialmente al creer que la obra tendría universal recepción. Se puede decir que las reuniones literarias que mantuvo en la Argentina fueron un primer laboratorio que le dejó más que dos libros publicados. Conoció al gremio de forma directa, con sus apoyos, delicias y mezquindades; entabló redes de amistades y conocidos que resultaron útiles a la hora de la promoción del texto, así como una especie de contrapeso, especialmente frente a los comentarios negativos. Y, creo, le sirvieron a Gamboa como un espacio en el cual cerró su formación frente al concepto de hombre de letras. La autoconcepción es ya clara cuando se lee, en asiento fechado 11 de julio de 1893, cuando da por clausurados los martes literarios, “sus martes”, y está a punto de tomar un barco con destino al desempleo y la Ciudad de México. Para Gamboa, las reuniones de los martes fueron exitosas porque:

Era mi casa terreno neutral y amigo, y, lo que no sobraba para que dentro de ella respirárase aire de libertad y de independencia, casa de un literato célibe y extranjero por añadidura, con una ventaja: ser extranjero oriundo de país distantísimo, vale decir, de país que nunca podrá ser enemigo ni rival de este porque nada se disputarán, ni un peso ajeno, ni un grano propio, ni un inmigrante inútil; y los países, al igual que los individuos, cuando no tienen razón para odiarse – que es el primer movimiento del corazón humano, aislado ó en colectividades – se aman. De ahí que en las modestas reuniones de mi casa, todo el mundo opinara acerca de todos los tópicos imaginables de arte, literatura, religión, filosofía, historia, política, etc., etc., cuanto le dio la gana, y del modo y con las palabras que más fueron de su preferencia y agrado (1908: 118 – 119).

De igual manera, mientras se encontraba varado en el puerto de Saint Nazaire (Francia), por la gravedad en que se encontraba su jefe, el ministro Juan Sánchez Azcona, y dado que habrían de esperar un mes para poder tomar el próximo barco rumbo a México, Gamboa se cambió de hotel, a uno más económico (amén que lo estaban robando, según sus recuerdos, en el anterior hospedaje), lugar donde le pidieron que anotara sus generales como serían: nombre, residencia, profesión y edad. Gamboa confiesa que se trabó al momento de poner su profesión (habría que recordar que estaba regresando a México en calidad de desempleado). Tras mucho vacilar entre poner zapatero o albañil, ya que cesante le resultaba demasiado vergonzoso, Federico Gamboa, el 31 de octubre de 1893, a mes y medio de cumplir 29 años de

edad, anotó: “Al fin escribo [...] lo que soy, lo que he sido, lo que seré siempre, **Deo volente** (Dios mediante). **Homme de lettres**, profesión de la que gusto más, á pesar de los pesares, que de la de secretario, ministro y aun embajador” (1908: 176).

Dicha autopercepción, ya como sello que lo acompañará incluso en el exilio o en su vejez, en términos de un trayecto recorrido, que comenzó en el periodismo, pasó por el papel de adaptador, para llegar a la publicación de dos novelas, y una autobiografía, con su consabido ingreso a la Academia y sus reuniones literarias como ejercicio en carne viva, también nos habla de las lecturas que Gamboa hizo en ese periodo.

Gamboa, tanto en su autobiografía como en sus textos memorialistas, dejó algunos datos sobre lecturas, autores y géneros. Sin embargo, al revisar los datos, debo confesar que las deducciones que pude obtener serán más en el terreno de las inferencias que de las afirmaciones, pues además que el autor no solía ser muy generoso en sus comentarios al momento de hablar de los textos que leía, el acto de recepción de un texto es prácticamente un ejercicio de sugestivas aproximaciones, casi comparable a querer fijar el día y la hora del inicio del mundo. Pero creo que vale la pena, al menos, intentarlo.

Por ejemplo, mientras se encontraba en un teatro en el Barrio Chino de San Francisco, California, en tránsito a Guatemala, Gamboa escribió: “Diríase que todas la concepciones calenturientas de un Poson du Terrail o de un Fernández y González se habían encarnado en el edificio aquel” (1893: 179). Pierre Alexis Ponson du Terrail y Manuel Fernández y González, fueron, tanto el francés como el español, autores prolíficos y con una cierta tendencia al escándalo, el exceso verbal, cuyos personajes solían verse inmiscuidos en aventuras extraordinarias o poco comunes.

Mientras Gamboa estaba de viaje, por su papel de encargado de negocios (interinato), en Brasil, un 07 de agosto de 1892, escribió: “Hasta el idioma se me atraviesa; tengo que recordar á cada paso que Camoens existió, a fin de no declarar jerga lo que oigo hablar á mi alrededor”. (1908: 46). Se refiere a Luís de Camões, poeta portugués del siglo XVI. De igual manera, después de una plática con su compañero de cuarto en Guatemala (Le Brun), en la que este le compartió los efectos de los terremotos que vivió en Japón, Gamboa escribió un 18 de junio de 1892: “prodúceme un pavor artístico, cual si viera yo, con fantástica luz iluminadas, las obras de Edgar Alan Poe, ilustradas por un Gustavo Doré imposible” (1908: 18).

Gamboa ya venía utilizando los nombres de ciertos autores como Poe, Víctor Hugo o Shakespeare desde sus primeros años de periodista. En una crónica del 13 de junio de 1886, todavía con seudónimo, Gamboa hacía mención a una poesía del poeta español Eusebio Blasco sobre un pañuelo (“El pañuelo; historia madrileña”), lo cual podría inferirse que leyó los poemas comprendidos como *Soledades*, publicados en 1878.

Para el caso de Edgar Allan Poe, es notoria las veces que suele usarlo. El 18 de julio de 1897, Gamboa vuelve sobre Poe, pero lo acompaña de otros. A propósito de unos dibujos de Julio Ruelas, dice: “sus dibujos parecen ideados por el Dante, Edgar Allan Poe ó Baudelaire” (1910: 39). Muchos años después: “Y la noche de hoy ¡la noche de hoy! yo me la he pasado con Ana Radcliffe, (Ernest Theodor Amadeus) Hoffmann y Poe, en una pesadilla imborrable, que quién sabe si no me dejará lacrado para siempre” (1920: 61).

El hacer referencias a ciertas obras no es una prueba directa de que Gamboa los hubiera leído, lo que permite es suponer que las conocía (de oídas, de hojeada, de comentarios, de lecturas en voz alta, de la escuela, etc.) y quizás, en algunos casos, efectivamente las leyó. Además de Poe, se puede encontrar referencias a obras como el Quijote, del cual dice que alguien leyó un estudio sobre la obra, en aquellas reuniones en Buenos Aires, pero a Gamboa no le convenció y escribió: (1 de julio 1892) “podrá ser todo lo erudito y estimable que se quiera, pero al que no le hallo contacto con la obra inmortal de Cervantes; sin embargo, se lo aplauden á rabiar” (1908: 26).

Entre la gente de letras es común encontrar en sus textos memorialistas una especie de puesta en escena del acto de leer, el cual va más allá de la simple enumeración de obras leídas o consultadas, ya que leer formaba parte de la preparación como escritores (especie de uniforme para el hombre de letras) y funcionaba como distintivos frente a los demás ciudadanos en cuanto a nivel de lectura, cultura y educación. Rubén Darío, en su texto *La vida de Rubén Darío, escrita por él mismo*, anotó: “En un viejo armario encontré los primeros libros que leyera. Eran un Quijote, las obras de Moratín, Las Mil y una noches, la Biblia, Los Oficios de Cicerón, la Corina de Madame Stäel [...] La Caverna de Strozzi. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño” (1913:17).

Gamboa, en su autobiografía, hilvanó el acto de leer (y lo puso en escena) con su ingreso a la diplomacia, precisamente en esos domingos que pasó en compañía de

su colega francés. Lo hace de la mano de un mentor, Le Brun, quien ha viajado (lo mismo ha pisado Francia, Japón que Guatemala), ha vivido y posee una pequeña biblioteca, y obvio, es un par, en tanto diplomático y lector gozoso. Quizá lo más destacable es que con Le Brun hablaban, según los recuerdos de Gamboa, “de los hombres, las mujeres y las cosas de Europa” (1893: 194). Y aquí el punto es casi natural: las obsesiones literarias y el ánimo de hombre moderno que ostentó Gamboa no solo como hijo de su época sino como una decisión, inevitablemente pasaban por Europa como imaginario, fuente de modelos y técnicas, ejemplo de literatura y de todas las cosas llamadas cultas. El hablar de hombre y mujeres es, para el caso de Gamboa, práctica que viene ejerciendo desde tiempo atrás, y que marcará toda su obra narrativa y memorialista. Por ello se entiende que las lecturas referidas por Gamboa en esa época necesariamente pasen por nombres como Daudet o Flaubert. El otro mentor de Gamboa, Agustín Gómez Carrillo, aparece más bien vinculado a su ingreso a la Academia, pero en lo relativo a la literatura, no hay dato alguno que Gamboa aporte. Pasa lo mismo cuando Gamboa dibuja el acto de parricidio con los escritores mexicanos: no ofrece ningún nombre ni título de la obra. Emilio Rabasa es el único que aparece como nombre, pero de sus textos, nada. Gómez Carrillo, hombre de experiencia, culto, viajado, amante de España y todo lo español, aparece así como una referencia de lo europeo, adornado con libros que no tienen nombre ni autor.

Será, en algunos apartados de sus diarios, entre anotación y anotación, que Gamboa haga referencias a que, por ejemplo, desde joven gustaba de leer a los, entonces de moda, autores franceses. En lo general, Gamboa se presentaba como un lector consuetudinario (repito, a partir de sus diarios), con una marcada tendencia por los escritores franceses del diecinueve, tanto en sus novelas, pero muy en especial, en el terreno de las memorias y correspondencias, aunque en este género no tengan la exclusividad: Flaubert, Taine, Danton, Robespierre, Zola, Chateaubriand, los hermanos Goncourt, Daudet, Maupassant, Alfred de Musset, Balzac, Stendhal, Paul Bourget; aunque su amor por los galos no impidió que, en algunos casos, ni sus grandes favoritos se salvaran de la crítica o los señalamientos a lo que él considera sus defectos. En asiento fechado 11 de abril de 1902 se puede leer:

Honda desilusión la que sufro con la lectura de BOUVARD ET PÉCUCHE, obra póstuma de mi admiradísimo Gustavo Flaubert. Creo en mi ánimo que si la novela luciese firma distinta, pocos leeríanla y menos aplaudiríanla. Vaya un libro más tedioso y más estrafalario y más

feúcho. Asegura el autor en su CORRESPONDENCIA que para poder escribirlo hubo de echarse al colete unos cinco mil volúmenes. ¡Qué lástima que lectura tanta produjese un hermano, a mi juicio monstruoso, de las magistrales y deliciosas BOVARY y ÉDUCATION SENTIMENTALE! (1920: 147)

En este caso vale la pena destacar que más allá del enojo y decepción de Gamboa frente a la obra de su otrora líder del realismo,⁶⁷ la inclinación del mexicano por el francés puede encontrarse más en los terrenos de lo epistolar que en las novelas o los cuentos. Flaubert, con *Bouvard y Pécuchet*, había transitado de una obra realista a un ejercicio que puede decirse prefiguraba el expresionismo, lleno de símbolos, metáforas y dobles sentidos, donde el burgués aparece como un imbécil, y todas aquellas lecturas de los libros científicos no ayudaban a vivir, por el contrario. Esto podría suponer una especie de traición (del maestro al alumno), pero insisto, Gamboa fue ante todo un admirador de las ideas y formas de ver la vida que Flaubert consignó en su correspondencia, es decir, Gamboa encontró en cierta etapa de vida una serie de conceptos que le hicieron sentido, mucho más allá del estilo literario o de las maneras en cómo desarrollar una historia.

Gamboa, en su primer Diario, anotó: “Cuando concluyo una lectura y mientras elijo lectura nueva, indefectiblemente caigo sobre la “Correspondencia” de Flaubert o sobre el “Diario” de los Goncourt” (1908: 234). De las novelas de Flaubert hablará poco, y si bien señalará a Madame Bovary como una joya literaria (sin más explicaciones o detalles), es más común encontrar en la obra memorialista de Gamboa la reflexión a partir de la correspondencia de Flaubert, la cual le sirvió, aparentemente, como base para algunos de los conceptos que habría de apropiarse respecto de la vida, o por ejemplo, del público. A la letra: “¿Pues no Flaubert en su Correspondencia escribió á propósito del público francés, que era extraordinario el número de imbéciles que se necesitaban para componer un público?” (1908: 208). Este tipo de ideas serán no sólo compartidas por Gamboa, sino una especie de marca del escritor mexicano.

Dentro de la correspondencia de Flaubert es común encontrar reflexiones sobre el amor o el catolicismo. Algunas de estas ideas son las que parecen haber encajado en el ánimo del joven Gamboa, especialmente cuando este se debatía frente a su “temperamento tropical” y las normas sociales de la época. Flaubert comparte con

⁶⁷ Entre 1894 y 1895, Federico Gamboa y Ángel de Campo publicaron en *El Mundo* una columna, “Siluetas que pasan”, que firmaban como Bouvard o como Pécuchet, lo cual permite inferir que, a pesar de no haberlo leído aún, pero dada la admiración que le profesaba a Flaubert, firmó con dichos nombres, que después habría de denostar.

George Sand, en carta fechada un 17 de noviembre de 1866, la siguiente idea: “El catolicismo, que no ha pensado más que en impedir los goces, es decir, en restringir la Naturaleza, nos ha habituado en exceso a valorar la castidad. ¡Damos a esas cosas una importancia grotesca!” (Correspondencia, 2010: 29 – 30) Y Gamboa en su juventud tenía de casto lo que Díaz de noruego.

En diversas ocasiones Flaubert se presentará como un “viejo histérico” (Gamboa dirá de sí mismo que es un neurasténico) o víctima y testigo de las “angustias del estilo”, (Gamboa constantemente dejará por escrito el dolor y la angustia que le provoca crear) así como un crítico con pluma de estilete frente a todo lo que se refiere al público, (Gamboa será implacable, especialmente contra la “masa estúpida”), además, se encuentra a un escritor en solitario que no forma parte del rompecabezas de la bohemia literaria o de un cierto grupo o corriente literaria. Esta posición de autor/narrador individual, que busca en el oficio de escribir una fuente de ingreso y respetabilidad (que Flaubert, después del escándalo con *Madame Bovary*, consiguió de cierta manera), son las que encuentro más a tono con lo que el autor mexicano pinceló en su autobiografía y sus diarios. Sin embargo es justo decir que algunas ideas de Flaubert, como aquella sobre la costumbre de visitar los lugares de los cuales se iba a hablar en una novela, o “meterse en los personajes y no atraerlos hacia uno mismo” (Correspondencia: 41), se puede encontrar dentro de la obra gamboína, pero muy poco de lo que el francés buscó al desnudar a Emma Bovary o a Frédéric Moreau se podría hallar frente a la romántica prostituta Santa o el empleado burócrata (y amante desbordado) de Julio Ortegá o el bien nacido (y secuestrador de monjas) Rafael Bello.

Regresando a Gamboa y lo que nos deja ver en su autobiografía sobre sus lecturas puedo decir que, ya fuera como guiños lingüísticos o señales para los iniciados, Gamboa solía citar de la siguiente manera: a punto de ir a una visita con el médico (4 de abril de 1909): “Descubridor de un secreto curativo infalible, —ciertas pildoras emparentadas por color y volumen con la endiantradas del Doctor Jenkins, de Daudet —” (1938: 18). Se refiere al personaje (el médico Roberto Jenkins) de la obra de Alphonse Daudet, *El Nabab* (1877).

Un 2 de noviembre de 1893, escribió: “Y aunque comprendo que al libro (*Adolfo*, de Benjamín Constant, de 1816) aféanlo defectos fundamentales, que entre sus páginas anda muy acentuada la influencia de WERTHER y de RENE, léolo con deleite, con avidez casi” (1908: 177). En su autobiografía Gamboa también mencionó estas obras: “Mi Sardín (personaje de ¡vendía cerillos!, 1889) pudo muy bien suicidarse

por amor, aunque no se llamen Werther ó René, aunque no supiera leer ni escribir” (1893: 246). Se refiere a la novela *Werther* de Goethe y la autobiografía novelada *Rene* de Chateaubriand.

O un 18 de octubre de 1893, al momento de hablar de una adaptación, dejó ver que ya conocía esa obra, pues admitía que había partes que fueron quitadas del original, para su adaptación al mundo de la ópera. A la letra: “En la ópera a escuchar *Salammó*, el libro, como todo libro dramatizado, con mutilaciones y jibas. Si Flaubert viviera ¿aprobaría la dramatización de su novela?” (1908: 170).

En especial se puede inferir que, dada la información de sus diarios, conocía casi todas las obras de Emile Zola, Goncourt hermanos, Gustave Flaubert, Alphonse Daudet, Guy de Maupassant, Benito Pérez Galdós, y muchas obras de los mexicanos como Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón, entre otros.

Durante buena parte de su vida, Gamboa recurrió al género memorialista y epistolar, incluyendo a autores como Tolstoi o Casanova. En asiento fechado 18 de enero 1893, se puede leer sobre la correspondencia de Stendhal y Flaubert respectivamente: “Son hombres que estimulan; lecturas como esta deberíamos hacerlas todo de tiempo en tiempo los que por una ú otra causa nos hemos dado á la envenenada carrera de las letras” (1908: 78 – 79). Para el caso de los hermanos Goncourt, no se limitó a sus famosos diarios, también exploró *Soeur Philoméne* o la *Historia de María Antonieta*, la cual le convenció que el pueblo francés había sido cruel y sanguinario, y coincidía cuando los hermanos llamaron al pueblo, un pueblo de asesinos.

En otras entradas se puede leer cosas como: (14 de octubre de 1892) “Mal momento el en que me ha ocurrido leer á Enrique Heine, cuando estoy que aullo por mi conflicto sentimental” (1908: 65). ¿Leyó los poemas o las confesiones y memorias? Puede uno inclinarse por ambos. Aunado a su gusto por las memorias y las biografías, se puede leer un 13 de febrero de 1893 que disfrutó mucho los *Etudes et Portraits* de Paul Bourget, en especial el que se ocupa de De Quincey. Sin embargo, no pudo más que con el tomo primero de *Las Memorias* de Casanova, según se puede leer en asiento fechado 04 de agosto de 1893.

Su gusto literario también incluía a los alemanes Goethe, Schopenhauer o los rusos Tolstoi (Gamboa anota que compró *la Guerra y la Paz*, en Burdeos, ergo, en

francés) y Dostoievsky; el suizo romántico, referente de toda una época: Benjamin Constant (*Adolfo*, 1816). Para más detalle consultar el Anexo D. *Lecturas*.

¿Cómo afectaron o influyeron estas lecturas en la formación de Gamboa? Terreno cenagoso sin duda, pues como afirma Georges Steiner:

El poder indeterminado de los libros es incalculable. Es indeterminada precisamente porque el mismo libro, la misma página, puede tener efectos totalmente dispares sobre sus lectores. Puede exaltar o envilecer; seducir o asquear; apelar a la virtud o a la barbarie; magnificar la sensibilidad o banalizarla. De una manera que no puede ser más desconcertante, puede hacer las dos cosas, casi en el mismo momento, en un impulso de respuesta tan complejo, tan rápido en su alternancia y tan híbrido que ninguna hermenéutica, ninguna psicología pueden predecir ni calcular su fuerza [...] En la experiencia humana no hay fenomenología más compleja que la de los encuentros entre texto y percepción (2007: 59).

La manera en cómo ciertos escritos y textos pudieron haber influenciado a Gamboa al momento de construir sus referentes sobre las mujeres, el amor o el matrimonio, o como soporte para realizar su crítica acerca del adulterio – “el hijo natural del matrimonio” como lo llamó el mismo Gamboa –, encuentran su necesaria contraparte en todo aquello que Gamboa hizo suyo frente a sus angustias o sus razonamientos. No creo que la tarea sea imposible, pero sí difusa.

Dentro de su obra memorialista, Gamboa realizó pocos o casi nulos ejercicios de análisis sobre las lecturas, fuera de algunas anotaciones, hay economía del lenguaje, especialmente frente a los textos que podrían considerarse formativos en su vida. El ánimo de exaltar a cierto autor no pasa de un corto reconocimiento, una sensación después de terminada la lectura, un adjetivo calificativo o una opinión desfavorable sobre otro autor. ¿La poesía de Heine influyó en su forma de entender el amor? ¿Los personajes femeninos de Dostoievsky le hicieron construirse o afirmar una idea sobre las féminas? ¿Alguno de los sueños que registraron los hermanos Goncourt, como el de la mujer de la mandíbula feroz, le provocaron risa o empatía? ¿Qué pensaba Gamboa de las ironías y señalamientos de Baudelaire (*el arte romántico*) sobre Heine: “su literatura podrida de sentimentalismo materialista?” (Citado en Benjamin, 2007: 252).

Gamboa muestra en sus textos memorialistas un gusto marcado por las biografías y los diarios, y suele encontrarse los mejores comentarios cuando el personaje en cuestión fue un mártir y abnegado, que pasó por mil viacrucis. La virtud,

que se ganaba por la sangre derramada y el sufrimiento aguantado, fue para Gamboa la mejor de las lecciones que un libro de esta naturaleza podía darle. Placer de la lectura directamente proporcional en cuanto al tamaño, variedad y lecciones judeocristianas respecto a una especie de victimización virtuosa, que puede resumirse así: el que sufría estaba en la senda de una santificación y era la justa anécdota corporal y de alma.

La lectura como formación (y la formación como lectura⁶⁸), implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no solo con lo que sabe sino con lo que es. Lo importante es la relación con el texto, y no el texto en sí mismo. Para que se dé este proceso de formación, se requiere necesariamente lo que Jorge Larrosa llama la capacidad de escucha (o lectura): eso que los libros, las personas, los objetos o las obras de arte quieren decirnos. Aunado a la anterior, no hay que olvidar que el acto de narrar en primera persona implica que los libros y la lectura formen parte de una estrategia narrativa, en la que queda al descubierto, ante la mirada del lector, el “gusto” del autor, así como el oficio de leer, incluso en idioma distinto del español, y la necesidad de prepararse si se quiere ostentar el título de hombre de letras.

Cierto es que se pueden realizar algunos cruces, por ejemplo, entre algunos de los personajes de sus novelas y los personajes de sus autores favoritos. O revisando la prensa periódica, el tipo de textos que estaban en el mercado de la época, las novelas de folletín que se publicaban en los diarios, los catálogos de las librerías y las investigaciones que se han hecho al respecto. Por ejemplo, de los géneros mencionados, y preferidos por el público, se puede decir que la novela fue la protagonista más fuerte dentro de las letras mexicanas. De acuerdo con las investigaciones de Mílada Bazant: “más que ningún otro género literario, al mexicano le daba por leer novelas. Así lo reflejan las memorias de algunas gentes de esa época, las bibliotecas privadas, los lectores de las bibliotecas públicas y los catálogos impresos en las librerías” (2005: 228). Idea que gente como Ciro B. Ceballos comparte, efectivamente, en sus memorias: mientras recordaba a Pedro Castera y su novela *Carmen: memorias de un corazón* (1882), Ciro B Ceballos, anotó: “el romántico novelista [...] autor de una mala novela [...] profusamente vendida entre los lectores de la sociedad cursi” (2006: 238). Quizá Ceballos compartía opinión con Amado Nervo, quien recordaba que “Dumas decía que la mitad de las cartas que se pierden deben

⁶⁸ Las ideas sobre la lectura como formación, vienen del texto de Jorge Larrosa (2003).

perderse, y yo creo que las tres cuartas partes de los libros que leemos no debemos leerlos” (1991: 581).

Al revisar las obras que se anunciaban en el periódico *La patria ilustrada* del 7 de julio de 1884, destacan autores como Ireneo Paz (*Cardos y violetas*), la novela *La niña Mártir y la mujer verdugo* de José Negrete; *La Ralea* y *Una página de amor* de Emilio Zola, *Maese Cornelio* de Balzac, *La hija adoptiva* de Alejandro Dumas o la poesía de José Peón Contreras y novelas fantásticas (tres tomos que igual traían cuentos de Poe, Lord Byron o Washington Irving). En resumen, de 27 obras que se anunciaban, 15 eran novelas, 3 poesías y 9 de temas varios. En la imprenta del *Diario del Hogar*, un 4 de enero de 1885, destacan por mayoría las novelas del colombiano Jorge Isaacs (*María*), o de los mexicanos Vicente Riva Palacio (*Calvario y Tabor*) o Hilarión Frías y Soto (*El hijo del estado*), aunque también había textos como los de Pedro Garza (*Geometría y su historia*); Enrique de Olavarría y Ferrari (*Episodios históricos nacionales*) o María del Pilar Sinués (*Damas galantes; Cortesanas ilustres*).

Tanto para los estudiosos contemporáneos, como los de la época – Bazant (2005); Zahar Vergara (1995); Galindo y Villa (1901); García Cubas (1904); Ceballos (2006) –, o de acuerdo con manuales de viajero, la Librería Bouret (en sus inicios – 1850 aproximadamente – Librería de la Rosa, después Librería de la Rosa y Bouret, Librería Bouret y finalmente Librería de la Vda. De Charles Bouret) fue la librería mejor surtida de la Ciudad de México. Después de revisar dos tomos del *Catálogo general de las obras de surtido de la librería de la Viuda de Ch. Bouret*, (1909 – 1910 y el de 1912), destaco los puntos que considero más importantes. La obra está dividida en 21 secciones y una lista de las obras recibidas durante la impresión del folleto. Las áreas temáticas que maneja van desde Agricultura Arquitectura, Arte militar, Artes y oficios, Astronomía, Bellas Artes, Comercio, Electricidad, Enseñanza, Física, Fotografía, Geología, Gimnasia, Historia, Literatura, Magia, Matemáticas hasta por asuntos amorosos. El área dedicada a la *Literatura* es la de mayor número de títulos, con 1,492, seguido por los del área de *Enseñanza* con 996 títulos. La sección de literatura ocupa 124 páginas con una variedad de autores de diversos países; los géneros: novela, teatro, poesía y ensayo. En el catálogo de 1909 – 1910 se encuentran agrupados una serie de novelistas, tanto extranjeros, como los pocos mexicanos, en doce “Bibliotecas”. Dichas bibliotecas incluyen desde los llamados autores clásicos hasta los escritores contemporáneos. Cervantes será una presencia recurrente, así como Shakespeare, Maquiavelo, Homero, Platón, Virgilio, San Agustín, Calderón de la

Barca, Lope de Vega, Quevedo, Zorrilla o Alighieri. Tolstoy y Dostoievski son autores con una gran cantidad de obras dentro del catálogo, especialmente si se compara que estos presentan más de una decena de títulos contra dos de Stendhal o tres de Flaubert (que no incluye por cierto a su célebre Madame Bovary). Goncourt, Daudet, y E. Zola son otros autores con múltiples obras. Alejandro Dumas (muy popular, tanto el padre como el hijo), Nietzsche con casi toda su producción. Balzac, Ibsen o Lombroso aparecen compartiendo espacio con Schopenhauer, Maupassant, Víctor Hugo, Diderot, Voltaire, Leopoldo Alas Clarín. Edmundo de Amicis (con 20 títulos). Blasco Ibáñez (18 títulos). Calderón. Emilio Castelar o Spencer Herbert (20 títulos).

Para el caso de los autores mexicanos, si bien existe una biblioteca dedicada exclusivamente para ellos (*Biblioteca de Autores Mexicanos*, 42 tomos, \$1.00 – un peso - c/u), fuera de esta colección aparecen con poca representación, tanto en la sección de contemporáneos como de poesía latinoamericana. Aparecen autores como el colombiano José María Vargas Vila (1860 - 1933), con 30 obras en el catálogo, tanto el de 1909 como el de 1912, mientras que gente como Federico Gamboa, aparece una vez en el catálogo de 1909 – 1910 con su obra *Suprema Ley*, y en el de 1912 es sustituido por *Tomóchic* de H. Frías. De igual manera Justo Sierra aparecerá una vez, frente a veinte títulos de Amicis o Ignacio M. Altamirano anunciado con tres obras frente a más de una decena de títulos de autores como Tolstoi o Daudet.

Los nombres, para el caso mexicano son: Ignacio M. Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera; José López Portillo y Rojas; Amado Nervo; Federico Gamboa; Luis González Obregón; Guillermo Prieto; Julio E. Valenzuela; Justo Sierra; Manuel Altamirano; Pedro Castera; Manuel Carpio; Manuel M. Flores; José Juan Tablada; Luis G. Urbina; Juan de Dios Peza, Francisco Bulnes, Julio Guerrero; Antonio García Cubas; José M. Roa Bárcenas; Manuel Payno. García Icazbalceta. José Peón y Contreras. Victoriano Agüeros. José Fernando Ramírez. Manuel Eduardo de Gorostiza. Lucas Alamán. Manuel Payno. José Joaquín Pesado. Ignacio Rodríguez Galván. Ramón de la Sierra o Miguel Martel.

La poesía ocupa una quinta parte de los textos, con Juan de Dios Peza y sus *cantos del hogar* (1884) como una de las obras mexicanas más perdurables dentro de los catálogos de la Viuda (un éxito entre la clase media mexicana de la época), sin olvidar la producción de Amado Nervo. Para el caso de la literatura infantil, que está incluida dentro del área de *Enseñanza*, destaca toda la obra de Hans Christian Andersen. Aunque no está dentro del catálogo, vale la pena destacar los cuentos para

niños y manuales de urbanidad que escribió José Rosas Moreno, cuyas producciones alcanzaron varias reimpresiones.

En resumen, y sin olvidar que la librería tenía su centro en Francia, la literatura proveniente de Europa dominaba la mayoría de los títulos del catálogo (se editaba un catálogo exclusivamente de obras en francés). Los llamados clásicos (Cervantes, Aligheri, Platón, etc.) aparecían tanto en versiones caras como muy económicas, con insistencia formando parte de un grupo de *imprescindibles*. Los autores mexicanos con poca presencia y al margen. La diversidad de títulos se puede leer como la diversidad de intereses, pues aunque el área de literatura sea el que mayor número de textos ofrezca, no se anula la demanda por otro tipo de escritos. Los asuntos sobre la raza, la educación y las cuestiones sociológicas con una buena presencia, lo cual denota el interés de algunos grupos por estas cuestiones.

Me parece que Gamboa era propenso a las novelas, lo epistolar, así como a los libros considerados clásicos en su época, aunque también lo veo claramente como alguien que gustaba de hurgar entre periódicos y revistas artículos e incluso novelas por entregas. Y considero que los viajes, la cercanía con personas que leían, diplomáticos o escritores, le permitieron aumentar su biblioteca personal y conocer de autores y plumas que le habían sido vedados ya fuera por los sistemas de distribución de los textos según la época, o por simple desinterés. Para esta investigación, estudiar la manera en cómo Gamboa utilizó ciertos autores y textos dentro de su autobiografía y memorias, me permite conocer de sus estrategias narrativas, así como de las decisiones que tomó para presentarse ante sus lectores. Sin que por ello quede de lado que tuvo, entre algunos autores franceses, a sus referentes literarios, mucho más que en algún autor mexicano.

El hecho de que Gamboa gustara de vincularse con tutores de mayor edad que él, gente de prestigio tanto en lo social como en lo literario, así como a la literatura europea, dice mucho del autor, como ese personaje que se anunciaba como inevitable literato, el cual, tras un proceso de aprendizaje y adaptación, al final aceptó su destino como hombre de letras, independiente, con una obra constante (especialmente mientras trabajó al amparo del porfirismo) y razonada, fácilmente identificable, y por ende, distinta a lo que su época producía.

Los asuntos tratados en la obra narrativa de Gamboa sirven a manera de prueba de que fue un narrador y autor que pudo convivir con sus fantasmas y

demonios de manera consistente. Todo ello, por lo menos, fueron las indicaciones en *Impresiones y recuerdos* para sus lectores y pares.

4.3 Burocracia y arte

Para el joven Federico Gamboa, formar parte del cuerpo diplomático y ser escritor eran dos asuntos de la mayor importancia, tanto en lo que atañía a su persona como a su futuro. En una de las confesiones de su autobiografía se puede leer que, en un arranque de puerilidad, pero a la vez, en un acto por de más simbólico, Gamboa fusionó ambas actividades y las integró a su cartilla de identidad. A la letra: “Debilidad de niño ó de adulto superficial, retratarme años después, con el uniforme de secretario de legación y con la medalla de la Academia, es decir retratar la medalla y el uniforme! ¿Por qué no se rompería el negativo?” (1893: 209)

Y aunque algunas veces mencione que prefiere ser hombre de letras que diplomático, esto puede leerse más como un anhelo, el cual constantemente chocaba contra la terca realidad, que hablaba de pagar la renta, alimentarse o vestir, entre otras variables. En asiento fechado 2 de julio de 1893 en *Mi Diario I*, se puede leer que el escritor colombiano Ricardo S. Pereira (seudónimo F. Mérides) le advertía que: “es posible que *Impresiones y recuerdos* le cierren las puertas de los ascenso diplomáticos, pero, de fijo, le abren de par en par las de la literatura. ¿Cuál prefiere Ud. tener abiertas?” (1908: 115) El joven Federico afirmó que optaba por las segundas, sin embargo, vivir cobijado por el manto de la burocracia tenía sus costos, pero también sus ganancias.

Al igual que muchos mexicanos de la época, Federico Gamboa formó parte del entramado burocrático, aunque más de una vez esa situación lo mantuvo en un estado de diatriba contra la vida y las ambiciones personales. Sin embargo, el valor de pertenecer a las filas de la cancillería se puede apreciar cuando, al ser cesado intempestivamente en su puesto de segundo secretario en la Legación de Argentina (1893), Gamboa se quejaba y preocupaba, porque además que el cese representaba quedarse sin amigos, ingresos, documento de identificación complementario, por lo cual afirmó:

No sé hacer más que libros, soy un pobre artista incapaz de ganarme la vida de las maneras varias con que se la ganan tanto y tantos prójimos – ¡no semejantes! – que yo conozco... Estoy desarmado para habérmelas cara á cara con las crueldades de la existencia. Probablemente sería un pésimo banquero [...] y un head-waiter peor (1908: 152).

Para Gamboa el cese significó el derrumbamiento de sus esperanzas, y el primer tropezón en su carrera literaria, ya que la asociación entre ambas actividades era vinculante. Pero el estado de las finanzas del gobierno Porfiriano, a pesar de su intento y pregón por encontrar la estabilidad financiera, no estaban para mantener intelectuales solo por ser plumas talentosas, (José Juan Tablada se refiere a los escritores como los únicos proletarios a quienes la ley no ampara. – Tablada, 1937: 135 –), así que Gamboa tuvo que trabajar en diversos puestos que lo obligaron a reflexionar sobre el entorno y el tamiz que tomaba su vida futura, especialmente cuando se le designó “Guarda-almacén general y Alcaide de la Administración principal de rentas del DF” (mes y medio, él dice cuarenta días –1995 E: 487 –) o después “Oficial segundo de la sección primera de la SHCP” (nueve meses, ocho meses y pico), ambos en 1895.

Y no me sale la cuenta [...] diez años de pasión por el arte, correspondida ó no pero existente de parte mía; seis años de viajes; algunos libros publicados (cuatro), una comedia representada; tanto afán, tanto ensueño, y pare usted en Guarda-Almacén, etc., etc., vamos! que no me conformo...”, o las preguntas que vienen al caso: “Por qué quiero, á fuerza, vivir con empleo del Gobierno? ¿por qué no aprendí á otras cosas? ¿por qué en el fondo de todos nuestros proyectos y de todas nuestras empresas, como mexicanos, se levanta el tesoro nacional manteniéndonos á todos, á todos suministrándonos el sustento total ó una gran parte del sustento? (Gamboa, 1908: 242 – 243)

Ante la necesidad de obtener una entrada monetaria, particularmente durante el año de 1894, Gamboa, con mucho esfuerzo, fue escribiendo su tercera novela, *Suprema Ley*, que habría de publicarse hasta 1896. Durante ese año se enfocó a preparar y poner en escena dos obras de teatro, *La última campaña* (1894) y el monólogo *Divertirse* (1894), a realizar traducciones, publicar en periódicos, y en un caso excepcional, cobrar algo de las regalías de sus obras. Según lo recuerda el autor en *Mi Diario I*, con fecha de entrada 24 de julio de 1894:

Muy escaso de fondos, voyme al obscurecer á la casa de J. Balleescá y Cía., á ver si me entregan siquiera diez ó quince pesos por venta de mis libros, los que con el 50 por ciento de castigo tienen en comisión. Llegué con esperanzas poquísimas, apenado casi, y el recuento superó á aquéllas, nos alarmó al propio Balleescá y á mí mismo; alcancé la suma enorme de \$61.00, lo que me significa una venta por valor de \$122.00, de enero, en que deposité mis obras, á la fecha. Al salir, felicítome Balleescá, y yo me sentí millonario con la pequeña suma alcanzada cerebralmente. Para colmo, el empresario Paco Alba hízome entrega de \$20.00 que me corresponden por la representación en Puebla de “La última campaña” (1908: 222)

Estos 61 pesos hay que dimensionarlos conforme a otros ingresos de Gamboa, por ejemplo, cobraba \$60 pesos mensuales por los artículos que entregaba en conjunto con Ángel de Campo, o cuando se queja de que la SRE no iba a pagarle los \$5,000 pesos que le debía por su estancia en Buenos Aires y los gastos de viaje que hizo para el regreso a México.

El sueño de vivir únicamente de las ganancias de sus obras narrativas nunca se cumplió. Muchos años después, en asiento fechado 29 de agosto de 1904, se puede leer que Gamboa, a pesar del éxito de *Santa*, de llegar a ocupar puestos de importancia dentro de la Secretaría de Relaciones Exteriores, aún conservaba la espina clavada en el anhelo: “Sin embargo, no renuncio a mi ensueño, sólo lo aplazo: GANAR MI INDEPENDENCIA INDIVIDUAL CON EL PRODUCTO DE ALGÚN LIBRO MÍO” (1920: 429).

Gamboa regresó a la diplomacia (la nobleza de la burocracia) a partir del 31 de enero de 1896 (y habría de servir desde ahí hasta 1913), y aunque técnicamente era un empleo dentro del gobierno, como sus anteriores empleos en Aduanas y Hacienda, para Gamboa estar en la SRE era un escalón aparte, un universo propio con mayor prestigio, por lo menos en su mirada, y así lo anotó: “lo que es nuestra condición humana, háme bastado saber que ya estoy nombrado, para que el recuerdo de mi período de trabajos [...] comience a empequeñecerse y á borrar-seme” (1908: 262).

Antes de esto, Gamboa ya había reflexionado sobre esta vinculación entre ganarse el pan diario y la escritura. Cuando se encontraba varado en Nantes, Francia, por la enfermedad del ministro Juan Sánchez Azcona, escribió en su diario un 2 de noviembre de 1893: “pienso en que si por desgracia quedara yo mucho tiempo sin empleo, la lucha por la vida diaria obligárame á mancar mi pobre obra literaria, para siempre tal vez” (1908: 177). Ante semejante idea, el autor hizo un voto de que, mientras de él dependiera, no abandonaría la escritura, así tuviera que regresar al

periodismo, promesa que en cierto sentido cumplió, pues durante su cese, que duró de del 30 de junio de 1893 a enero de 1896 (aunque arribó a la Ciudad de México hasta el 16 de diciembre de 1893), publicó, junto a Ángel de Campo, una serie de artículos en un periódico de modas. Firmaban como Bouvard y Pecuchet (alternado). Asimismo, durante y después de su exilio de México (1914 – 1919) hubo de dedicarse al periodismo.

La relación entre escritores y el gobierno, o como señaló Gamboa, “el viejo pacto tácito; nosotros contamos con el Gobierno, para vivir, y todos los gobiernos [...] cuentan con que nosotros contemos con ellos” (1908: 243), constituyó durante una buena etapa de su vida un puente que lo acercaba a diferentes tipos de personalidades, que pasaban por miembros de la nobleza, empresarios, gente de letras, médicos, juristas, historiadores, millonarios sin oficio, artistas plásticos hasta las invariables divas y los periodistas. Pero también le ofertaba prestigio, reconocimiento entre sus pares y los demás, así como la oportunidad para poder viajar, conocer, y escribir con cierta holgura, dado que el ingreso diario estaba ya pactado.

Es muy significativo que durante toda la juventud y buena parte de la madurez de Gamboa no se encuentre algún tipo de debate sobre asuntos de política, y cuando se topa uno con la diatriba correspondiente, será durante su cese definitivo en la cancillería (1913) así como en el exilio o lo que es lo mismo, cuando el caudillo ya había cambiado a México por París. Gamboa, durante el Porfiriato, y lo que le tocó vivir como funcionario federal (1888 – 1913) fue un miembro disciplinado, convencido de las bondades del régimen, defensor del mismo, y aunque muchas veces escribió dentro de sus diarios que no compartía algunas de las decisiones del caudillo, esto no dio pie ni a postura contraria a las políticas desarrolladas o frente a personaje alguno encumbrado tanto en el ámbito de lo político como de lo económico o social. Al revisar la entrada, por ejemplo, en la cual relata el atentado que sufrió Porfirio Díaz el 16 de septiembre de 1897, los comentarios del jefe de cancillería, y hombre casado, Federico Gamboa, iban en el tenor de destacar lo que él llamó templanza frente al hecho, control de las emociones, respaldo popular, o a realizar preguntas tales como: “¿A costa de qué esfuerzos habrá dominado la indignación y al ira que ha de haberle causado el hecho? ¿De qué contienda muda y formidable entre su cerebro, su corazón y su voluntad, no habrá sido testigo?” (1908: 47 – 48)

El discurso que Gamboa pronunció (28 de septiembre de 1898) delante de Porfirio Díaz, cuando trabajaba en la SRE y era profesor de Geografía en la Escuela

Nacional Preparatoria (1898), resumen bastante bien las ideas que Gamboa tenía alrededor del quehacer político de la época de su jefe máximo, así como de lo que el pueblo, los indígenas o los pobres significaban en el cruce de los caminos del progreso y el mundo civilizado. Para Gamboa, los mestizos, que formaban parte de la clase media, eran los únicos capaces de llevar al país a un mejor lugar. Los indígenas estorbaban y eran peso muerto. A la letra: “Veo asimismo que [...] casi todos los caudillos, los héroes, los próceres, son blancos y mestizos. Veo después, cómo el mestizo avanza en la escuela y en el taller, cómo escala puestos y gana honores, cómo es un civilizado en la elevada acepción de la palabra” (1910: 74)

De igual manera, para Gamboa el pasado quedaba sepultado, junto con el partido conservador, y, frente al liberal, Gamboa anunciaba: “Un adelantamiento continuo; una moralización que antes conocíamos sólo de nombre; una paz viva, no como la del sepulcro [...] una nación que camina hacia adelante, congestionada de salud y de fuerza; un pueblo que trabaja y aprende á leer” (1910: 78). Como una forma de cerrar su argumentación, y establecer el vínculo directo entre progreso y Díaz, Gamboa anotaba: “No somos ya el paisecillo, somos una seria unidad en el hermoso conjunto de los pueblos civilizados. Señor Presidente de la República: usted es el principal responsable de este progreso positivo” (1910: 78 – 79).

Pero esto no convierte a Gamboa en un incondicional o títere del sistema. Dentro de muchos de sus diarios, es común encontrar la reflexión acerca del caudillo, a quien ve, efectivamente, como un buen conductor de los destinos nacionales, aunque reconoce su enamoramiento del poder, e incluso, para no perder la costumbre, agradece a Dios que Díaz no tuviese temperamento sensual y amoroso, porque entre esa voluntad que él calificaba de roca y el servilismo del pueblo mexicano que no conocía de límites, los estragos sociales, encima de ser muchos, habrían obligado al pueblo a aplaudirlos o incluso agradecerlos. Ironía a la Federico. Pero Gamboa también entendía, porque le tocó vivirlo en carne propia y directamente, que el juego del poder tenía sus matices y reglas, que la Esfinge, lejos se encontraba de ser una estatua, que la población jugaba un papel importante y cómplice, y que la dinámica social y política estaba necesariamente cosida en hilos que iban desde la pura necesidad, hasta las ansias de escalar en la siempre resbalosa escalera social y en algunos casos el ingreso extra, que nunca caía en saco roto. Por ejemplo, cuando Gamboa fue subsecretario de relaciones exteriores, y cubrió a Ignacio Mariscal por enfermedad y luego por su muerte: escribió en *Mi diario V*, un 18 de marzo de 1910:

“La secretaria de comunicaciones me ha enviado nombramiento de comisario inspector del Ferrocarril de Oaxaca, Ejutla, etc. Obsequio presidencial de 100 pesos mensuales” (1938: 144). Hablando de Díaz, Gamboa escribió, lo que considero el mejor resumen de su sentir y entender frente al caudillo (y que conste que hay muchos retratos más):

Su espíritu de hoy, incenzado con todas las mirras de la adulación, del interés egoísta, del miedo por pecados antiguos y actuales que no han sido perdonados á las derechas, del cariño sincero por mercedes recibidas, ora con merecimientos, ora sin ellos, su espíritu de hoy, en la plena conciencia del encumbramiento, de la enorme suma de poder de que disponen su voluntad y sus manos (1908: 47 – 48).

Dentro de los resúmenes que iban a componer el *Libro de los Pasajes*, (“París, la capital del siglo XIX”) de Walter Benjamin, se puede leer: “En esta fase intermedia en la que la intelectualidad aún tiene mecenas, pero empieza ya a familiarizarse con el mercado, aparece como bohemia. A su imprecisa posición económica corresponde su imprecisa función política” (2007: 45) Aunque Walter Benjamin se refería a los intelectuales europeos, y la figura del mecenas en México sea un caso poco común, creo que la idea sirve si sustituimos la palabra mecenas por “al gobierno”. Y este ejemplo sirve bastante bien para entender esa imprecisión de Gamboa frente al gobierno en turno, época que, quizás, el autor vinculó a un periodo fundamental en su proceso de formación como individuo, diplomático y hombre de letras.

Los objetivos de Gamboa estaban en los hombres y mujeres que habitaban el espacio geográfico de la Ciudad de México, especialmente a la interacción entre los dos sujetos, en materia de la pasión, el adulterio, el amor, la carne, el deseo o la lujuria, pero quizá con excepción de *La llaga*, donde el tema social sale a flote, habría que matizarlo, puesto que, al amparo de su tesis sobre la verdad y lo observado, Gamboa hizo un retrato, desde su mirada, de lo que una cárcel (en este caso en Veracruz) podía significar en la vida de un individuo, pero las búsquedas del personaje alrededor de las mujeres, en tanto sujetos y objetos de la pasión del protagonista, dominan la narrativa.

Servir dentro de la diplomacia no fue obstáculo para que Gamboa dejara de realizar sus consabidas observaciones y críticas. Para el autor, esa “carrera dorada y artificial” (1908: 152), como la bautizó en sus inicios, por lo menos en *Mi Diario I*, porque en su autobiografía la diplomacia aparece bordada alrededor de la pérdida de

la juventud, la adquisición de responsabilidades y brillos, la oportunidad de ser alguien, e inevitablemente a su construcción como hombre de letras.

Muchos años después, durante su estadio en Washington, Gamboa en asiento fechado 12 de enero de 1905, realizó, en su estilo, un telegrama que condensa la aceptación de su papel como diplomático y las labores que debía desarrollar. Dada la invitación del presidente de los Estados Unidos y su esposa a una recepción en la Casa Blanca, Gamboa anotó: “¡Noche farandulesca! [...] Hubo desfile de potencias en la persona *chamarée et décorée* (engalanados y condecorados). Por dicha, el entremés fue breve, y nosotros, actores y comparsa, nos retiramos temprano” (1934: 7 – 8).

Frente a su actividad como diplomático, Gamboa destacaba el necesario hecho de tener que vivir en otros países. En asiento fechado 1 de diciembre de 1897, se puede leer cómo Gamboa hacía de su trabajo, parte indisoluble de los conceptos que marcaron la tensión en su vida: la angustia por pecar y el pago irremediable ante lo hecho. A la letra:

Lo errores que he cometido para conmigo mismo, bien purgados quedarán con mi destierro próximo (su regreso a Guatemala); pues la tal diplomacia, á pesar de su disfraz de dorados y plumas, á pesar de lo que encumbra y de lo que halaga a la vanidad, que en dosis mayor ó menor todos amamantamos en nuestras entrañas, destierro ha sido, destierro es y destierro seguirá siendo siempre (1910: 83 -84).

Sin embargo reconocía que, con el sueldo, se libraría de deudas, agiotistas y vencimientos, y que recuperar la capacidad de pago y anular las cargas bien valían un destierro, además, Gamboa, quien tuvo una etapa de ludópata, solía dejar a un lado este vicio cuando vivió fuera de la Ciudad de México, si hacemos caso a sus recuerdos.

Dadas las características económicas, sociales, políticas y culturales de la época no es de extrañar que Vicente Riva Palacio sea igual general que escritor, que Porfirio Parra sea médico, director de una escuela y escritor. Es común encontrar en la nómina del gobierno a varios escritores, sean ya con una cierta fama o en camino, desde Ignacio Ramírez hasta Alfonso Reyes, y si bien se puede decir que la vinculación que se dio entre los hombres de letras y el poder puede causar ciertas suspicacias hacia la independencia de los temas tratados, la postura crítica o a favor, la dinámica social nos habla de un pacto implícito entre escritores y gobierno, sin

embargo, algunos ejemplos hacen suponer que, mientras el terreno de las letras no involucrara aspectos políticos o referencias directas o indirectas sobre el papel de Porfirio Díaz como presidente vitalicio, se podía hablar de asuntos que se le alejaran de la figura ideal del matrimonio o del papel del llamado bello sexo o de los varones. Ciro B. Ceballos publicó su novela *Un adulterio*, en 1896, cuyo asunto del adulterio quedó en segundo plano cuando la zoofilia tomó el eje rector, de igual manera José Juan Tablada publicó el 8 de enero de 1893, en el periódico *El País*, su poesía *Misa Negra*, que provocó un revuelo, y en este caso, el cierre del periódico. Es cierto, pero también muchos otros publicaron de manera continua y sin ninguna interrupción, tanto de su quehacer literario como de los puestos que les tocó desempeñar en el siempre proveedor gobierno. Y como ejemplo terminado está la publicación de la muy controvertida *Santa*, que a pesar de sus aires científicos, no dejaba de ser una ventana hacia el infinito de las pasiones

La nómina de intelectuales fue motivo de reflexión entre quienes veían que el ejercicio de las artes se encontraba inmersa en una serie de asuntos como los derechos de propiedad literaria, los costos de exhibición (para el caso del teatro), así como de una necesidad de apoyarse en el gobierno como única vía para su subsistencia, lo cual constituye, creo, una de las características importantes del gremio en la época. En el *Diario del Hogar*, un 19 de junio de 1896, en la sección “Agencia Teatral Artística”; Inocencio Arreola y Manuel Castro afirmaban:

Bien claro se ve, pues en perjuicio directo ó inmediato al país, toda vez que ya en México, hay una inmensa cantidad de personas que viven del teatro, las cuales resultan perjudicadas por tres ó cuatro autores que no mandan sus producciones á España, toda vez que aquí nuestros literatos [...] tienen una protección más ó menos directa del Gobierno, la cual es: empleos y puestos públicos que disfrutan con todas las consideraciones que les da su talento. No queremos que se crea que hablamos de memoria. Nuestro último y sentido poeta Manuel Gutiérrez Nájera, quien no escribió para el teatro, era diputado; Luis Urbina, disfruta su empleo en el Ministerio de Hacienda, Balbino Dávalos, en la Escuela Preparatoria [...] Juan de Dios Peza, Manuel Rincón y otros, en el Congreso, Federico Gamboa, desde la Secretaría de Relaciones, y así por el estilo, se puede decir que nuestros poetas y literarios están más ó menos protegidos por el Gobierno.

Cuenta Ciro B. Ceballos en sus memorias que Amado Nervo solía decir: “No triunfarás mientras no busques un empleo en el Porfirismo, porque, desengáñate, debemos estar con el poder. Don Porfirio es el rey” (2006: 52) Y, de acuerdo con

Ceballos, Nervo triunfó, especialmente, porque era un “simulador incorregible, zorro cloco acatarrado, triunfó en la contienda brutal de la existencia adaptándose a las circunstanciales virtualidades inmediatas de la misma, aunque etérea pareciesen ellas para los escrúpulos de otros” (2006: 59). Este tipo de comentarios, requieren ser matizados, especialmente porque provienen de la pluma de alguien que, después de la caída del caudillo, pasó a formar parte de la nómina en activo de Venustiano Carranza, al grado que Gamboa dejó anotado en su diario (16 de septiembre de 1914) como un mal momento cuando se topó a Ciro B. Ceballos en Veracruz, a punto de iniciar su exilio, y creyendo que él también estaba a punto de ser embarcado le preguntó si era también perseguido de los “civilizados”, a lo que Ceballos, enojado, le contestó que venía de Nueva York, de desempeñar una comisión del “señor Carranza” y que regresaba a México. La despedida de ambos fue educada, pero forzada.

Gamboa, como parte de este complejo grupo social y a pesar de sus dudas, escaló diversos puestos en el aparato gubernamental, enfocado primordialmente en el mundo de la diplomacia. En el servicio diplomático fue segundo secretario de la legación mexicana en Guatemala (1889 – 1890), primer secretario de la legación mexicana en Argentina y Brasil en (1891 – 1893), encargado de negocios *ad interim* en Guatemala en 1898, primer secretario de la legación mexicana en Washington en 1903, ministro plenipotenciario en Guatemala, subsecretario y encargado de despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1910, así como uno de los organizadores de las fiestas del Centenario de la Independencia; ministro plenipotenciario en Bélgica y los Países Bajos en 1911 y Secretario de Relaciones Exteriores (12 de agosto de 1913 a 24 de septiembre de 1913) durante el gobierno de Huerta.

Lo que sí hizo Gamboa, en su obra narrativa, fue dejar alguno que otro comentario sobre los empleados comunes, siempre en forma de ironía o muchas veces, en pleno uso de la hiel y el mal recuerdo. Como siempre, Gamboa planteaba la verdad, su verdad, por su permanencia tanto en el juzgado de lo civil como en sus efímeros empleos del Ministerio de Hacienda o en el de Aduanas, porque la diplomacia fue otro espacio, que no cabía en el término burócrata. Aquí era, representante de México, universo diferenciado que no podía ser desgarrado con la misma tinta. En su exitosa *Suprema Ley*, editada por la librería de la viuda de Charles Bouret, se puede leer:

Esa categoría social que se llama “empleados” y que es en su gran mayoría y en el mundo entero, el desecho de la escuela, el desecho de la industria, el desecho del comercio, el peor de los desechos porque es el que llega con más pasiones y más apetitos a ocupar un asiento en la tragigrotesca francachela de la vida (1965: 319).

Justo el día que le anunciaron que se había quedado sin trabajo en 1893, por economía, se vio forzado a terminar su autobiografía. ¿Ironías de la vida? No creo, pero el ciclo se cerró momentáneamente para Gamboa, que estaba ya enamorado del hábito que usó como miembro de la diplomacia mexicana, pero también de los círculos literarios, el prestigio de ser un novel hombre de letras, el tener un nombre, el ser alguien en la comedia de la vida mexicana y por qué no, en la de otros países. Al tiempo, regresó a la nobleza de la burocracia y su carrera como literato se proyectó con más fuerza. Pero la relación escritura – diplomacia ya estaba estrechamente cerrada, en un círculo que semejaba a la serpiente que se mordía la cola.

Conclusiones (si esto es posible)

Yo solo soy memoria
y la memoria que de mí se tenga.
Elena Garro,
Los recuerdos del porvenir, 1963.

Para Federico Gamboa, la memoria era “un puñado de ficciones y realidades, con las que al cabo de ausencias y años, bordamos el cañamazo de nuestras vidas” (1965: 1311). Aceptar que la tela ha sido bordada con material híbrido, mezcla de experiencias y enmiendas, no invalida la pertinencia del documento, mucho menos desacredita lo que el confeso narra, simplemente es parte de las coordenadas cuando se pretende navegar entre los llamados papeles personales.

Impresiones y recuerdos (1893), puede entenderse como el libro en el cual Gamboa le explicó al mundo el porqué de su actuar pretérito, pero también a manera de una fotografía que el autor utilizó para presentarse en sociedad en la figura de un novelista que tenía mucho que aportar, tanto en la literatura como en la sociedad mexicana.

Gamboa planteó, en gran parte de este ego-documento, que muchas de las cosas que le pasaron en la vida, así como de los caminos que anduvo, no fueron solo resultado de sus decisiones o búsquedas, sino que el entramado de sucesos, aunando a una serie de estímulos externos, y las ganas de deshojar las prerrogativas que daba el ser “joven”, fueron las circunstancias que le llevaron, ahora frente al plácido camino de una vereda, mañana a conocer el vértigo de un precipicio, para que en un momento sorpresivo, la diplomacia se convirtiera en un punto intermedio, especie de segundo hogar.

Es fácil detectar, no sólo en la autobiografía sino en los demás textos autorreferenciales de Gamboa (la serie *Mi Diario*), que la palabra joven, firmemente atada a la idea de orfandad, sirvieron a éste para justificar y blindar las aventuras amorosas, los desvelos y cualquier tipo de decisión, exceso o desvío de las normas sociales del momento. Para el autor, ser joven, varón y huérfano le permitían, y en

muchos casos, le exigían comerse no solo la manzana, sino trepar constantemente a ese árbol de la vida para poder ver en lontananza lo que el futuro con sus ilusiones e espejismos le prometían.

Gamboa construyó, a partir de diversas premisas, por qué se encontraba listo para resbalar en el espumoso mundo nocturno de las daifas y los bohemios. Dentro de las causas, el autor hizo hincapié en su “temperamento de meridional precoz y voluptuoso” (1893: 52); su debilidad ante casi todas aquellas que ostentaban el signo XX; su orfandad prematura; la falta de consejos y guía, así como lo que él dejó en la interrogante frase: “quien sabe qué leyes de la herencia [...] en mí resucitaron debilidades y vicios ancestrales” (1907: VI)⁶⁹. El confeso no dejó pasar oportunidad alguna para recalcar que aquella triada de voluptuoso-precoz-amoroso, era directamente proporcional al hecho de ser latino, lo que él llamó su “juventud curiosamente enfermiza de latino” (1920: 430).

Si bien Federico Gamboa nació en plena efervescencia del segundo imperio, es en el período bautizado como el Porfiriato, en el cual dará sus primeros pasos en firme, alternando en algún momento su papel de estudiante universitario, empleado y periodista en ciernes, para al poco tiempo abandonar los estudios formales y buscar en la calle, el sexo y la noche, las otras lecciones para su formación.

Gamboa, como buen ciudadano clasemediero, fue un asiduo asistente a bailes, reuniones y fiestas, es cierto, pero también cumplió con la máxima de la época de buscar en la cultura un tatuaje evidente. El haber conocido los dos lados de la moneda, las tertulias literarias y los bailes de la lujuria, fueron uno de los mejores pretextos para asumirse como un testigo privilegiado que podía y debía hablar (por escrito) de “las cobardías y egoísmos burgueses” (1965:1285). Todo lo que por la mañana se hacía con sonrisas, y que por la noche se deshacía entre sudores, fue la materia prima de la obra narrativa de este escritor que, como parte de su oficio, tomó la memoria como práctica durante más de 40 años.

Gamboa a la par que esbozó una imagen de ángel caído, cuyos comportamientos y aventuras eran fácilmente justificables, creó una imagen masculina cuyas aventuras lo graduaban con honores, pues había descendido a los infiernos, hablado con el Diablo, y regresado al mundo de los vivos, casi intacto: “He sido malo.

⁶⁹ Es interesante que el escritor Bernardo Couto, en un cuento titulado “El Poseído” (1900, *Revista Moderna*, segunda quincena de febrero), asume la herencia, de igual manera que Gamboa, como destino amoroso: “el secreto de mi desgracia [...] está en mi sangre, en mi nacimiento. Mi abuelo murió al salir de la casa de una mujer, mi padre se arruinó física y pecuniariamente por ellas; yo, en lugar de heredar el cansancio de sus excesos, heredé reunida la exuberancia de los dos” (Muñoz, 2001: 299).

¡Oh!, un malo normal [...] humano, hombre en fin!” (Gamboa, 1908: VI). Esta forma de cerrar un ciclo, pasa necesariamente por el adiós a la juventud (aunque en sus diarios todavía jugará con el concepto) y el bienvenido al hombre de letras.

En el periódico mexicano *La Patria*, hay una nota del 22 de enero de 1881, con título “una muerte social”, sin firma de autor, en el cual señalan que una mujer, que si bien “la gracia y la belleza competían con el talento”, al dejar al esposo, porque este se fue a la quiebra, y huir con un amante, el afectado e indignado caballero “mandó a imprimir tarjetas de defunción con el nombre de la infiel, repartiéndola a todos sus amigos y público en general”, y cerraban el párrafo con el correspondiente epitafio: “Para la sociedad esa adúltera ha muerto”. Para el caso de la autobiografía de Gamboa, en tanto tarjeta de defunción de su amada juventud, se puede aplicar el mismo epitafio, pues una vez que entró al servicio diplomático paulatinamente comenzó a deshacerse de sus viejos hábitos, para comenzar otro ciclo en la que ser diplomático y literato lo llevaron a darle una vuelta de tuerca a las prácticas, pero no necesariamente a las obsesiones.

El paso de Gamboa por los prostíbulos, casas de juego o bailes de medio pelo forman, en definitiva, parte esencial de su biografía. Su posterior “arrepentimiento” (con doble entrecorillado), acompañado de su regreso a las prácticas y concepciones ideológicas del catolicismo, puede leerse como una pose o como una reacción ante su entorno y las vivencias. Incluso puede aventurarse la hipótesis de que María, la esposa de Gamboa, ejerció una definitiva influencia para este cambio, pues según recuerda la hermana de Federico, Soledad Gamboa, en una carta fechada en Bruselas el 29 de febrero de 1912, el autor mexicano ya no asistía a bailes ni a fiestas: “y es que Federico ya está como los gatos enratonados ¡se hastió de goces! y ahora, dominado como está por María, que no le encuentra gusto a nada”.⁷⁰

Cualquiera que sea la respuesta, las andanzas del escritor durante los años de 1880 a 1888 (tanto en Nueva York, como en la ciudad de México) y el reacomodo de estas en el ejercicio narrativo del relato de vida en primera persona, tienen un lugar privilegiado en cuanto a estrategias narrativas se refieren. Es decir, fueron esas experiencias y no otras las que autor escogió (consciente o inconscientemente) para darle forma a una parte de su carnet de explicaciones y presentación en sociedad.

⁷⁰ Fondo Ernesto Cuevas Alvarado. Archivo José Luis Blasio. Serie Manuscritos de José Luis Blasio. Centro de estudios de historia de México, CARSO. DCLIV. 6. 607

Gamboa planteó que parte importante de su educación fueron los bailes, las tertulias, las áreas de redacción de los periódicos (y el ejercicio del oficio), los pormenores tras bambalinas de los teatros, pero puso el acento doble en los colchones de cuanta mujer le quiso enseñar el A, B, C de la carne y la pasión.

De acuerdo con la educación sentimental que el escritor mexicano decidió compartir, fue gracias a un proceso de mitridatismo que él pudo sobrevivir y resultar a la larga inmune a los acíbares resabios de la piel femenina. Aunque el autor se presentó como un orgulloso herido de guerra, con tantas cicatrices como anécdotas, al final, salió victorioso, en tanto sobreviviente de la pasión carnal. Como buen hijo de su época, el diplomático mexicano asumió que amar tenía un precio y que si se practicaba el ejercicio corporal con mujeres irredentas, pues el costo aumentaba de manera directamente proporcional al “pecado” cometido, y a la dicha gozada. Para Gamboa, entregarse, como parte inherente del acto de amar, significaba aceptar el dolor, asumir aquella *voluptuosa humillación*, al sentir de Baudelaire.

Como muchos varones de su época, Gamboa recurrió a la dialéctica del resentimiento (Bourdieu *dixit*) en cuando a mujeres se refiere, especialmente por el efecto que las integrantes del bello sexo tenían sobre la voluntad, destino (y cerebro) de los masculinos. Para él, la mujer que caía, casi siempre lo hacía porque el hombre la empujó, es decir, aquí hay un sujeto tutelado y un sujeto que por sí mismo puede ser el origen de todos los males o el proveedor de todas las bendiciones. No obstante el empeño, en toda la obra narrativa de Gamboa será una constante la ansiedad por desentrañar las coordenadas de una geografía que le resultaba familiar al autor, pero eternamente vedada por ser un varón: el deseo femenino.⁷¹

Las mujeres aparecen como parte consubstancial de la existencia de Gamboa, sin las cuales no podría entenderse al escritor, al ameno conversador, al ágil cronista de las frases ocurrentes o al amante de la vida nocturna. Ya sea en su autobiografía o en sus diarios, el memorialista siempre intentó dibujar una estampa que tenía como figura central a la mujer y como color de fondo, sus conceptos e ideas respecto a la sexualidad, la pasión y la carne. Más allá, en toda la obra narrativa de Gamboa se habla del amor entre un hombre y una mujer y es fácil olfatear esa obsesión del autor por explicarlo, como si en las frases estuvieran escondidas las llaves para abrir las puertas del sentimiento y así convertirlo en sentencia o acto de fe, destino, anhelo

⁷¹ La inclusión del placer en la voz del personaje femenino es un dato que merece la pena ser estudiado más a detalle. Los personajes femeninos de sus novelas (Clotilde, Amparo, Noeline, etc.) siempre tienen diálogos en los cuales expresan sus deseos, las dudas y su claudicación ante la piel, el deseo y la pasión.

individual, eje de rotación, columna vertebral de los emociones o explicación de cualquier acto, pensamiento u omisión.

Gamboa es un escritor – actor representativo de la época que exteriorizó, cada vez que pudo, sus ideas, fobias, miedos, angustias, éxitos, ideales, y todo aquello que formaba parte de su personalidad (en todos sus escritos, sin importar el género). Curiosamente, el autor tiene, entre la gran mayoría de sus contemporáneos, una imagen relajada, fresca y divertida, y desde su literatura testimonial, una autopercepción que se balancea entre lo neurótico y lo hipocondríaco.

Este acto de exhibición, especialmente por ser en forma impresa, requiere de una serie de contrapesos. Uno de ellos es que, así como se atiende lo que el autor escribió sobre sí mismo, necesariamente hay que rescatar todo aquello que el confeso olvidó incluir en su narración, sean estos huecos productos de una estrategia o de la imposibilidad por recordarlo todo.

Gamboa, en su obra memorialista, le quitó valor a su estancia y paso por los ambientes formales de la educación, así como a las experiencias que pudo haber obtenido de ellos. De igual manera, omitió muchas referencias vinculadas a su infancia, así como a lo que su familia, en tanto grupo o red de apoyo, competía.

Todo parece indicar que estos trazos sueltos (infancia, entorno familiar y escuela) fueron el mejor laboratorio del olvido para Gamboa, pues quizás buscaba reinventarse, en un principio, el presente que habitaba, ya como miembro de la diplomacia mexicana y escritor en ciernes. Para ello, el autor aprovechó y adaptó su pasado, justificó las acciones, omitió aquellas que no tenían cabida en el relato y blindó sus decisiones siempre con la mira de decirle a los otros (y quizás a él mismo), *este fui, pero ahora éste soy*.

Federico Gamboa, el escritor que publicó por su cuenta y recursos una autobiografía, intentó, a partir de la letra, los recuerdos, las argumentaciones y los olvidos, dar una o varias respuestas respecto de quién era y cómo había llegado a ser quien era (o como le gustaría ser visto). Su postura o presentación podrá o no gustarnos, pero la manufactura del texto es sólida; la narración es ágil; el discurso autenticador está cimentado en una serie de experiencias que fueron bordadas con, se podría decir, una muy clara idea desde el presente de la enunciación, con miras a un mundo que no podría estar en otro espacio, a pesar de trabajos, comisiones, desventuras o aciertos, que en el ámbito literario.

Si el futuro para Gamboa era un asunto que concernía a la literatura, al mundo de las letras (ya con el epíteto de autor), no hay mejor entrada que aquel asiento fechado el 31 de octubre de 1893, en el cual anotó: “Al fin escribo [...] lo que soy, lo que he sido, lo que seré siempre, **Deo volente: “Homme de lettres”**, profesión de la que gusto más, á pesar de los pesares, que de la de secretario, ministro y aun embajador” (1908: 176, negrillas en el original). Dios mediante: hombre de letras seré; (porque) lo he sido y soy. Autoafirmación en latín y en francés que encuentra su explicación, no solo en la fecha de entrada sino en la de publicación del texto, *Mi Diario I*, de 1908, es decir, quince años después.⁷²

En este juego de espejos, el pasado fue para Gamboa un ejercicio de narrativa autobiográfica, armonizado en diecisiete capítulos, que se convirtieron en diecisiete notas de una sinfonía que llevaba por título: Yo soy Federico Gamboa (y que al mejor estilo de Gamboa bien se pudieran haber llamado: *Je suis Frédéric Gamboa*).

Los años, en contubernio con la realidad – la cual suele ser tan terca como prosaica –, habrían de regalarle a este escritor llamado Federico Gamboa una serie de remolinos inesperados, en los cuales pasarían viajes, éxitos, desencantos; 42 días para ocupar la cabeza del Ministerio de Relaciones Exteriores; un suspiro anhelante que terminó en una candidatura fallida por la máxima silla, y un exilio de cinco años que le enseñó en carne propia, aquello que él mismo escribió en su última y más lograda novela, *La Llaga*: “los días son inmensos y los años breves; los primeros, se arrastran como reptiles amodorrados; los segundos vuelan [...] como si les nacieran alas” (1965: 1144).

Después de la Revolución Mexicana, Federico Gamboa optó por escribir esencialmente en sus diarios. Pienso que después de la caída de Díaz y el posterior enfrentamiento armado, Gamboa perdió la fe en los mexicanos (y en la modernidad, el progreso y todo lo que aquellos grandes conceptos del Porfiriato suponían). El silencio literario de Gamboa, por lo que a novelas se refiere, quizá fue otra forma de respuesta (García Márquez *dixit*) frente a las úlceras del exilio, la pérdida de las redes de apoyo, el fin de una cotidianidad, la dificultad para obtener el ingreso monetario o la necesidad de sobrevivir en ambientes nuevos, pero igual de convulsionados y tensos frente al

⁷² En pleno siglo veinte, Gamboa ya asumió el catolicismo como su sistema de creencias; su papel de intelectual está consolidado – con seis novelas publicadas (una más terminada y en los hornos de la imprenta); una autobiografía; *Santa* (la quinta novela, 1903) dando sus primeros pasos hacia el porvenir, así como tres obras de teatro estrenadas con éxito –, y su posición dentro del primer círculo de la Secretaría de Relaciones Exteriores era más que buena.

poder (porque cuando despertaron en seguida de la Revolución, los mexicanos seguían ahí).

A Federico, dentro de esta comedia de la vida, más de una vez le tocó jugar a ser una ola (especialmente en el océano de la diplomacia y la política mexicana del Porfiriato), y en otros momentos, como él mismo lo relató, se acostumbró a contemplar la existencia como un niño que permaneció quietecito, con “un dedo en la boca, el mirar en la bóveda, averiguando por dónde saldría el eco de su risa o por dónde entrarían las arañas grandes que desde arriba le daban miedo” (Gamboa, 1893: 286).

Pero en cualquier caso, ya sea al compartir esas experiencias que “cuando pequeños nos impresionaron [...] (y) se nos quedaron como las cicatrices” (Gamboa, 1965: 1311), o al readecuar esas otras, por aquella “universal tendencia humana a enmendar naturalezas y cursos de acaecimientos [...] que por no habernos satisfecho del todo, completamos mucho tiempo después inventándole el desenlace y curso que hubiéramos apetecido tuviesen entonces” (Gamboa, 1965: 1311), el ego documento que Gamboa publicó en las postrimerías del siglo diecinueve, más allá de ser la manera de hacer un striptease emocional o la tarjeta de presentación para entrar en sociedad, es una excelente brújula y mapa para navegar entre los ríos y meandros de su formación como individuo, así como para descubrir los meandros de un país y una sociedad que intentó por muchos estilos y formas dejar atrás los desengaños y las zozobras, aunque, como suele suceder, la distancia entre los discursos y las prácticas cotidianas fueran evidentes.

Federico Gamboa escribió alguna vez: “démos libro tras libro, que algo queda de ellos, y, al fin, triunfan de editores y de públicos y del mundo entero” (1908: 101), profecía autocumplida que para un escritor que ronda los 150 años de haber nacido, se repite aún en los ambientes de la Web, que ya hicieron de su obra más emblemática, *Santa*, una hija más del mundo de la virtualidad, a través del casto disfraz de un e-book.

La obra de Federico Gamboa da para más. Ya sea como un representante de la literatura “naturalista” o para comprender algunas prácticas y costumbres del periodo llamado el Porfiriato e incluso cuando se quiere estudiar los papeles de género asignados a varones y mujeres, o simplemente cuando se pretende contar con un guía para adentrarse en los círculos concéntricos de ese infierno tan atractivo que suele vestirse de pasado y maquillarse de historia, el personaje de Gamboa continúa siendo una muy buena opción.

Bibliografía

Fuentes Primarias

- Gamboa, Federico (1893) *Impresiones y recuerdos*, Buenos Aires, Arnoldo Moen editor.
- (1922) México, Eusebio Gómez de la Puente.
- (1994) Pacheco, José Emilio (nota preliminar) México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA).
- (1894) *La última campaña*: drama social en tres actos y en prosa, México, Tipografía, litografía y encuadernación de I. Paz.
- (1908) *Mi Diario, primera serie I*, Guadalajara, México, Imprenta de la Gaceta de Guadalajara.
- (1910) *Mi Diario, primera serie II*, México, Eusebio Gómez de la Puente.
- (1914) *La novela mexicana*, México, Eusebio Gómez de la Puente editor.
- (1920) *Mi Diario, primera serie III*, México, Eusebio Gómez de la Puente.
- (1934) *Mi Diario IV, Mucho de mi vida y algo de la de otros, segunda serie I*, México, Eusebio Gómez de la Puente.
- (1938) *Mi Diario V, Mucho de mi vida y algo de la de otros, segunda serie II*, México, Ediciones Botas.
- (1965) *Novelas*, prólogo de Francisco Monterde, México, Fondo de Cultura Económica (FCE).
- (1995) Pacheco, José Emilio (Introducción) *Mi Diario I (1892 – 1896) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1995 A) *Mi Diario II (1897 – 1900) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1995 B) *Mi Diario III (1901 – 1904) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1995 C) *Mi Diario IV (1905 – 1908) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1995 D) *Mi Diario V (1909 – 1911) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1995 E) *Mi Diario VI (1912 – 1919) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1996) *Mi Diario VII (1920 – 1939) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (2000) *Teatro*, edición y estudio preliminar María Guadalupe García Barragán, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Fondos y archivos consultados

- Fondo Ernesto Cuevas Alvarado. Archivo José Luis Blasio. Serie Manuscritos de José Luis Blasio. Centro de estudios de historia de México, CARSO.
- Archivo de la Parroquia del Sagrario Metropolitano. Bautismo de Españoles, Serie B.
- Archivo Histórico del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Colección Escuela Nacional Preparatoria y Escuela Nacional de Jurisprudencia.
- Registro Civil de la Ciudad de México.

Crónicas de Federico Gamboa revisadas

La Cocardiere (1886) "Celajes de la Opera", *El Diario del Hogar*, México, 5 de enero; 7 de enero; 8 de enero; 13 de enero y 19 de enero.

La Cocardiere (1886) "Desde mi mesa", *El Diario del Hogar*, México, 7 de febrero; 14 de febrero; 21 de febrero; 4 de marzo; 11 de marzo; 18 de marzo; 26 de marzo; 1 de abril; 8 de abril; 15 de abril; 22 de abril; 29 de abril; 6 de mayo; 13 de mayo; 20 de mayo; 6 de junio; 13 de junio; 20 de junio; 27 de junio; 4 de julio; 11 de julio; 18 de julio; 25 de julio; 8 de agosto; 24 de agosto; 5 de septiembre; 19 de septiembre; 26 de septiembre; 3 de octubre; 17 de octubre; 5 de diciembre; 12 de diciembre; 19 de diciembre y 26 de diciembre.

La Cocardiere (1887) "Desde mi mesa", *El Diario del Hogar*, México, 2 de enero; 16 de enero; 23 de enero; 30 de enero; 18 de febrero; 20 de febrero, 7 de agosto, 14 de agosto; 11 de septiembre; 18 de septiembre; 25 de septiembre; 16 de octubre; 23 de octubre; 30 de octubre y 6 de noviembre.

Periódicos consultados

S/A (1881) "Una muerte social", *La Patria*, México, 22 de enero.

S/A (1884) "Avisos: Libros de venta en las oficinas de la Patria", *La Patria Ilustrada*, México, 7 de julio.

Alfredo Volante (1884) "Recepción a Carmen Ruiz", *El Diario del Hogar*, México, 3 de octubre.

S/A (1884) "Los chinos y nuestro reporter", *El Diario del Hogar*, México, 11 de diciembre.

S/A (1885) "Últimas ediciones de la imprenta del Diario del Hogar", *El Diario del Hogar*, México, 4 de enero.

S/A (1885) "Segundo aniversario de La Buena Madre", *La Patria*, México, 23 de septiembre.

José María Gamboa (1885) "Soneto", *El Diario del Hogar*, México, 20 de diciembre.

La Cocardiere (1886) "A Anna Judic, en su beneficio", *El Diario del Hogar*, México, 16 de enero.

Boccacio (1886) "Cuentos Fugaces", *El Diario del Hogar*, México, 7 de marzo.

Boccacio (1886) "Cuentos Fugaces", *El Diario del Hogar*, México, 14 de marzo.

Lucretius T. Carus (1886) "El paseo de las Flores" *El Diario del Hogar*, México, 16 de abril

Boccacio (1886) "Cuentos Fugaces", *El Diario del Hogar*, México, 18 de abril.

Alfredo Volante (1886) "Memoria del Gobierno del Distrito para el año de 1885", *El Diario del Hogar*, México, 10 de abril

Ángel Pola (1887) "En casa de las celebridades: José María Iglesias", *El Diario del Hogar*, México, 17 de abril.

S/A (1888) "Espectáculos del domingo", *El Diario del Hogar*, México, 29 de agosto.

S/A (1888) "Croquis de la semana", *México Gráfico*, México, 2 de septiembre.

S/A (1888) "Crónica de la semana", *Violetas del Anáhuac*, México, 2 de septiembre.

S/A (1888) "Federico Gamboa", *Juventud literaria*, México, 21 de octubre.

- S/A (1888) "Nota", *La Voz de México*, México, 22 de noviembre
- Dr. Ortiga (1890) "Del natural. El primogénito de Federico Gamboa", *Diario del Hogar*, México, 6 de febrero
- S/A (1890), "El amor considerado como una neurosis", *El Estudio*, México, 28 de abril
- Brummel (1890) "Del natural por Federico Gamboa", *El Universal*, México, 8 de junio.
- S/A (1893) "Gacetillas", *El Tiempo*, México, 11 de febrero.
- S/A (1893) "La conquista de Nueva York", *El Tiempo*, México, 12 de febrero.
- Francisco J. Villegas (1893) "Impresiones literarias: Apariencias, novela de Federico Gamboa", *El Tiempo*, México, 7 de marzo.
- S/A (1893) "Obra de un mexicano" de 1893, *El siglo diez y nueve*, México, 9 de agosto.
- S/A (1893) "Impresiones y recuerdos. Nuevo libro de D. Federico Gamboa", *El Tiempo*, México, 26 de agosto.
- El duque Job (1893) "Federico Gamboa", *El Partido Liberal*, México, 27 de agosto
- S/A (1893) "Federico Gamboa, Impresiones y recuerdos: Un salón aristocrático", *El Partido Liberal*, México, 27 de agosto.
- S/A (1893) "Del libro de Federico Gamboa, Impresiones y recuerdos: Tristezas de Boulevard", *El siglo diez y nueve*, México, 2 de septiembre.
- Brummel (1893) "A Federico Gamboa: carta abierta acusando recibo de su libro Impresiones y recuerdos, publicado en Buenos Aires", *El Partido Liberal*, 14 de septiembre.
- Rafael Obligado (1893) "Carta de Rafael Obligado sobre Impresiones y Recuerdos", *El Partido Liberal*, México, 23 de septiembre.
- Pepe Solís (1893) "Un escritor mexicano. Figuras y agasajos", *El Nacional*, 5 de noviembre.
- S/A (1896) "Agencia teatral Artística", *El Diario del Hogar*, México, 19 de junio.
- Rubén M. Campos (1897) "Literatura realista mexicana: Apariencias y Suprema Ley de Federico Gamboa", *El Nacional*, México, 23 de Mayo.
- S/A (1901) "Cese temporal", *El Diario del Hogar*, México, 11 de mayo.
- Ángel de Campo (1906) "La semana alegre: El México que desaparece. La Concordia", *El Imparcial*, México, 21 de enero.
- S/A (1911) "Federico Gamboa", *La ilustración española y americana*. Año LV, Número VIII, Madrid, 28 de febrero.

Fuentes secundarias

- Abramo Lauff, Marcelo y Yolanda Barberena Villalobos (1998) *El estadio. La prensa en México (1870 – 1879)*. México, Instituto Nacional de Antropología (INAH).
- Academia correspondiente a la española (1940) *Homenaje a Don Federico Gamboa*, México, Academia correspondiente a la española.
- Altamirano, Ignacio M. (2002) (e.o. 1869) *Clemencia*, México, Editorial época.
- Anderson Imbert, Enrique (1991) *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Arfuch, Leonor (2013) *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires, FCE.
- Bataille, Georges (2001) *La felicidad el erotismo y la literatura. Ensayos 1944 – 1961*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- Baudelaire, Charles (1979) (e.o. 1884) *Diarios íntimos*, México, la nave de los locos, Premia Editora.

- Bazant, Mílada (2005) "Lecturas del Porfiriato" en Historia de la lectura en México. México, COLMEX.
- (2006) *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México (COLMEX).
- Baz, Gustavo (1887) *Un año en México*, México, Imprenta de E. Dublan y Compañía editores.
- Bulnes, Francisco (2008) (e.o. 1920) *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Editorial del Valle de México.
- Benjamin, Walter (2007) *Libro de los pasajes*, Madrid, Ediciones Akal.
- (2009) *Obras II*, Madrid, Abada.
- Braunstein, Néstor A. (2010) *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia*, México, Siglo XXI.
- Boulufer Peruga, Mónica (2005) "La historia de uno mismo y la historia de los tiempos", James S. Amelang (coord.) *De la autobiografía a los ego-documentos: un fórum abierto*, dossier monográfico de Cultura escrita & Sociedad, I (43 – 48)
- Calasso, Roberto (2011). *La folie de Baudelaire*, Barcelona, Anagrama.
- Campos, Rubén M. (1996) (e.o. 1900) *El Bar. La vida literaria de México 1900*, México, UNAM.
- Carrillo, Adolfo Rogaciano (2011) (e.o. 1890) *Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada*, México, SEP, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).
- Carreño, Manuel Antonio (1896) *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre*, París – México, Librería de la Vda. De Charles Bouret.
- Ceballos, Ciro C. (2006) *Panorama Mexicano. 1890 – 1910 (Memorias)*, México, UNAM.
- Código Civil del Distrito Federal y territorios de Tepic y Baja California* (1902) promulgado en 31 de marzo de 1884, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret.
- Corbin, Alain, Georges Vigarello y Jean Jacques Courtine (2005) *Historia del cuerpo*, 3 tomos, Madrid, Taurus.
- Correspondencia. Gustave Flaubert y George Sand (1866 – 1876)*, Barcelona, Marbot ediciones.
- Cosío Villegas, Daniel (1955 - 1965). *Historia Moderna de México*, VII volúmenes, México, Editorial Hermes.
- Tomo III. (1956) *La República Restaurada. Vida social*. Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy.
- Tomo IV. (1957) *El Porfiriato. Vida Social*, Moisés González Navarro.
- Tomo VII y VII bis. (1965) *El Porfiriato. Vida Económica*, Luis Nicolau D'olwer, Francisco R. Calderón, Guadalupe Nava Oteo, Fernando Rosenzweig, Luis Cosío Silva, Gloria Peralta Zamora, Ermilio Coello Salazar.
- Couto Castillo, Bernardo. *Cuentos completos* (2001), Edición, prólogo y selección: Ángel Muñoz Fernández, México, Factoría ediciones.
- Cuellar, José Tomás de (1890) *Los mariditos*, Barcelona, Hermenegildo Miralles.
- Chávez, Ezequiel A. (2002) "La sensibilidad del mexicano", en Roger Bartra. *Anatomía del Mexicano*, México, Plaza y Janés.
- (1968) *¿De dónde venimos y a dónde vamos?*, 2 vols., México, Asociación civil Ezequiel A Chávez.
- Darío, Rubén (1913) *La vida de Rubén Darío, escrita por él mismo*. Barcelona, Maucci.

- (1920) *Autobiografía*, Madrid, Editorial Mundo Latino.
- De Campo, Ángel (1991) (e.o. 1899 – 1908) *La semana alegre. Tick – Tack*. Introducción y recopilación Miguel Ángel Castro, México, UNAM.
- (2009) *Ángel de Campo*. Selección y prólogo Héctor de Mauleón, México, Cal y Arena.
- De Man, Paul (1979) “Autobiography as De-facement”, *MLN, Comparative Literature*, 94 (5): 919-930, The Johns Hopkins University Press.
- Díaz y de Ovando, Clementina. (2000) *Los cafés en México en el siglo XIX*, México, UNAM.
- Elias, Norbert (2009) *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE.
- Eribon, Didier (2004) *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*, Barcelona, Anagrama.
- Escalante Gonzalbo, Fernando (2005). *Ciudadanos Imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana: tratado de moral pública*. México, COLMEX.
- Fuentes Mares, José (1972) *Don Sebastián Lerdo de Tejada y el amor*, México, FCE, Tezontle.
- Flores Monroy, Mariana (2008) “Impresiones y recuerdos: la otra mirada al romanticismo en Pedro Castera”, *Revista Literatura Mexicana*, XIX (1): 123 – 136, UNAM.
- Frías y Soto, Hilarión, Niceto de Zamacois, Ignacio Ramírez, José M. Rivera, Pantaleón Tovar, Juan de Dios Arias (1974) (e.o. 1855) *Los mexicanos pintados por sí mismos*, edición facsimilar, México, Librería de Manuel Porrúa.
- Galindo y Villa, Jesús (1901) *Reseña histórico-descriptiva de la ciudad de México*, México, Imprenta Francisco Díaz de León.
- García Barragán, María Guadalupe (2000) Edición y estudio introductorio, *Federico Gamboa, Teatro*, México, UNAM.
- (1979). *El naturalismo en México*, México, UNAM, IIF.
- (1995) “Lo que la crítica ha pasado por alto en el diario de Federico Gamboa”, AIH, Actas XII, Centro Virtual Cervantes.
- García Cubas, Antonio (1904) *El libro de mis recuerdos: Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social. Ilustradas con más de trescientos fotograbados*. México, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos Sucesores.
- García Naranjo, Nemesio (1940) “un gran señor de la existencia”, *Homenaje a don Federico Gamboa*, México, Academia Correspondiente de la Española.
- (1951) *En los nidos de antaño*, México, Impresora Monterrey, El Porvenir.
- Garner, Paul (2003) *Porfirio Díaz*, México, Planeta.
- Gay, Peter (1992). *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, México, 2 tomos, FCE.
- González Navarro, Moisés (1957) El Porfiriato. Vida Social, en *Historia Moderna de México*, Tomo IV, México, Editorial Hermes.
- Gusdorf, Georges (1991) “Condiciones y límites de la autobiografía”, Ángel G. Loureiro (coord.) *La autobiografía y sus problemas teóricos: Estudios e investigación documental*, Suplementos Anthropos, (29): 9-18.
- Gutiérrez Nájera, Manuel (2007) *Obras XIV: meditaciones morales (1876 – 1894)*, México, UNAM.
- Jiménez Rueda, Julio (1996) *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, FCE.

- Labastida, Jaime (2006) "El problema del concepto"; Pablo González Casanova (coord.) *La formación de conceptos en ciencia y humanidades*, México, siglo XXI.
- Larrosa, Jorge (2003) *La experiencia de la lectura. Estudios sobre la literatura y formación*, México, FCE.
- Lejeune, Philippe (1991) (e.o. 1975) "El pacto autobiográfico", *La autobiografía y sus problemas teóricos: Estudios e investigación documental*, Ángel G. Loureiro (coord.) Suplementos Anthropos, Barcelona, (29): 47 – 61.
- Loza, Pedro (1897) *Carta pastoral del Ilmo. y Rvmo. Sr. Doctor Pedro Loza, Arzobispo de Guadalajara sobre los malos periódicos*, Guadalajara, Tip. de N. Parga, Juan Manuel R.
- Mac Gregor, Josefina (2009) "Federico Gamboa Iglesias" en *Cancilleres de México*, Tomo II, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, pp. 43 – 65.
- Mann, Thomas (2012; e.o. 1924) *La montaña mágica*, traducción Isabel García Adánez, España, Edhasa.
- Marroquí, José María (1900) *La ciudad de México*, 3 tomos, México, Tip. y Lit. La Europea, de J. Aguilar y Vera y C^a (S. en C.)
- Menton, Seymour (1952) "The life and works of Federico Gamboa", Tesis (Ph. D.), New York University.
- Molina Enríquez, Andrés (1909) *Los grandes problemas nacionales*, México, Imprenta de A. Carranza e Hijos.
- Monsiváis, Carlos (2003) *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era.
- Molloy, Sylvia (2001) *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, COLMEX, FCE.
- Nervo, Amado (1919) *La última vanidad, colección de autógrafos de Amado Nervo*. Prólogo de Federico Gamboa, México, La editorial Hispano Mexicana. (1991) *Obras completas*, 2 tomos, México, Aguilar.
- Núñez Noriega, Guillermo (2008) "Los hombres en los estudios de género de los hombres: un reto desde los estudios queer", en Juan Carlos Ramírez Rodríguez, Griselda Uribe Vázquez (coords.) *Masculinidades: el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*, México, Plaza y Valdés, Universidad de Guadalajara, Fondo de Población de las Naciones Unidas, Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres y Academia Jalisciense de Ciencias.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de (1895) *Reseña Histórica del Teatro en México*, 4 tomos, México, La Europea.
- Ortiz de Montellanos, Bernardo (1943) *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*, México, Ediciones Xóchitl.
- Pacheco, José Emilio (1977) *Diarios de Federico Gamboa 1892 – 1939*, México, Siglo XXI editores. (1999) "Mi Diario (1892 – 1939) Federico Gamboa y el desfile salvaje", en *Letras Libres*, 2: febrero.
- Pascal, Roy (1960), *Design and Truth in Autobiography*, E.U.A., Routledge & Kegan Paul.
- Payno, Manuel (2002) *Memorias sobre el matrimonio y otros escritos*, México, Planeta, Joaquín Mortiz.
- Pérez-Rayón, Nora (2001) *México 1900: percepciones y valores en la gran prensa capitalina*, México, Porrúa, UAM Azcapotzalco.
- Peza, Juan de Dios (1916) *Cantos del Hogar*, París – México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret.

- Piccato, Pablo (2010) *Ciudad de sospechosos: crimen en la Ciudad de México, 1900 – 1931*, México, CIESAS, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA).
- Pozuelos Yvancos, José María (2006) *De la autobiografía. Teorías y estilos*, Barcelona, Crítica.
- Prieto, Guillermo (2004) (e.o. 1906) *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa.
- Prendes Guardiola, Manuel (2002) *La novela naturalista de Federico Gamboa*, Logroño, Universidad de la Rioja.
 “Direcciones de la novela naturalista hispanoamericana”, Tesis de doctorado (Filología Hispánica) Universidad de la Rioja, España.
 (2003) *La novela naturalista hispanoamericana. Evolución y direcciones de un proceso narrativo*, Madrid, Cátedra.
- Quesada, Ernesto (1893) *Reseñas y críticas*, Buenos Aires, Félix Lajouane editor.
- Quintanilla, Susana (2008) *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets.
 (1996) “De togas, dimes y birretes. La profesión de abogado y la escuela nacional de jurisprudencia en el México prerrevolucionario” en *Universidad Futura*, 20-21(7), 93-112.
 (1991). “La formación de los intelectuales del Ateneo” en *Historias*, 26, 89-103.
- Quirarte, Vicente (2011). “Homenaje por el 70 aniversario luctuoso de Federico Gamboa” en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, Tomo XXXV (2009), México, Academia Mexicana de la Lengua.
- Reyes, Alfonso, (1996) “México en una nuez”, en *Obras completas de Alfonso Reyes*, Tomo IX, México, FCE.
- Robb, Graham (2012) *Extraños. Amores homosexuales en el siglo XIX*, México, FCE.
- Rodríguez Kuri, Ariel (2011) *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876 – 1912*, México, COLMEX, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Azcapotzalco.
- Saborit, Antonio (2002) “Un cuaderno de Federico Gamboa”, *Reforma*, sección El Ángel, México, 01 de diciembre.
 (1996). “Un relicario del natural”, *Revista Nexos* (219) Enero – Junio.
- Salado Álvarez, Victoriano (1985) *Memorias. Tiempo viejo, tiempo nuevo*, México, Porrúa.
- Salinas y Rivera, J. Alberto (1871) “Moral médica.” Tesis para el examen profesional de medicina, cirugía y obstetricia, México, Escuela de Medicina de México.
- Sartre, Jean Paul (1964) *Las palabras*, Argentina, Losada.
- Secretaría de Economía (1956) *Estadísticas sociales del Porfiriato (1877 – 1910)*, México, Talleres Gráficos de la Nación.
- Sesto, Julio (1910). *El México de Porfirio Díaz. Hombres y cosas. Estudios sobre el desenvolvimiento general de la República mexicana. Observaciones hechas en el terreno oficial y en el particular*, 2ª edición ilustrada, Valencia, F. Sempere y compañía editores.
- Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas* (2004). Edición de José Luis Martínez, México, Academia Mexicana, FCE.
- Southworth, J. R. (1903) *México ilustrado. Distrito Federal. Su descripción, gobierno, historia, comercio e industrias. La biografía del Sr. General D. Porfirio Díaz, en español e inglés, dibujos de Julio Ruelas*, Tomo VII, Liverpool, Inglaterra, Blake & Mackencie.
- Steiner, George (2007) *Los logócratas*, México, FCE, Ediciones Siruela.
- Tablada, José Juan (1991) (e.o. 1937) *La feria de la vida*, México, CONACULTA.
 (1992) *Obras IV (1900 – 1944)* México, UNAM.

- Townsend, Tarlton B. (1935) "Federico Gamboa: His Life and Works", Tesis (M.A.), University of Oklahoma.
- Uribe, Álvaro (2009) *Recordatorio de Federico Gamboa*, México, Tusquets.
- Valenzuela, Jesús E. (2001) *Mis recuerdos, manojito de rimas*, México, CONACULTA.
- Ward, Mattie Jane (1941) "Naturalism in the novels of Federico Gamboa", Tesis (M.A.)- Southwest Texas State University.
- Zahar, Vergara, Juana (1995) *Historia de las librerías de la Ciudad de México: una evocación*, México, UNAM.
- Zamacois, Niceto de (1876 / 1882) *Historia General de Méjico, desde sus tiempos mas remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado á luz los mas caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquel país*, 18 tomos, Barcelona, México, J.F. Parres y compañía editores.
- Žižek, Slavoj (2005) *El acoso de las fantasías*, México, Siglo XXI.

ANEXO A

Obra narrativa / Federico Gamboa

Narrativa

1. *Del natural. Esbozos contemporáneos*.⁷³ (1889), Guatemala, Tipografía la Unión. (3,000)⁷⁴
 - (1889) 2ª edición, Guatemala, Tipografía la Unión.
 - (1892) En "Revista Nacional", Buenos Aires, 2ª serie, T. XV.
 - (1915) 3ª edición, México, Eusebio Gómez de la Puente editor. (6,000)
 - (2012) 1ª edición dentro de *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una Antología General. Federico Gamboa*, México (Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al Siglo XIX), Fondo de Cultura Económica (FCE), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Fundación para las letras Mexicanas (f,l,m.) (2,000)
2. *Apariencias* (1892) Buenos Aires, Argentina, Jacobo Peuser editor. (2,000)⁷⁵
 - (1892) Edición apócrifa. Folletín del diario *El Oeste* (Mercedes, Argentina)

⁷³ Contiene 5 novelas cortas y un prólogo (¡Anúnciamel!): El mechero de gas (siete capítulos). La excursionista (ocho capítulos). El primer caso (seis capítulos). Uno de tantos (seis capítulos). ¡Vendía cerillos! (ocho capítulos). De acuerdo con Gamboa, "el mechero de gas" apareció en *El Imparcial* de Guatemala en 1889 (1995C: 71) y un fragmento de "Vendía cerillos!" en el periódico mexicano *El Diario*, según entrada del 12 de enero de 1907 (Gamboa, 1995C: 98).

⁷⁴ Asiento fechado: 20 de octubre de 1938: "En este mes cumple mi *Del Natural* cincuenta años de nacido" (Gamboa, 1996: 356). Creo que Gamboa se refiere a que comenzó a escribirlo en 1888, por lo menos el prólogo (1893: 206 y 217), ya que él llegó en noviembre de 1888 a Guatemala y, de acuerdo con su propia autobiografía, pasaron varios meses, con un intermedio para hacer la traducción – adaptación de *La Moral Eléctrica*, para que terminara con *Del natural*.

⁷⁵ En la edición de 1922 de *Impresiones y recuerdos* se anuncia EN PRENSA: **Apariencias**, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición (5,000), México, 1922. En la edición de 1934 de *Mi Diario*, continúa anunciándose EN PRENSA, ya sin datos. En la edición de 1938 de *Mi Diario*, igual.

3. *Suprema Ley*⁷⁶ (1896) París – México, Librería de la Vda. De Ch. Bouret. (5,000)⁷⁷
- (1913) Edición apócrifa. En un diario de Caracas, Venezuela (4 de julio. Gamboa, 1995: 106)
- (1920) 2ª edición, México, E. Gómez de la Puente. (15,000)
4. *Metamorfosis* (1899) Guatemala, Centro mercantil. (4,000)
- (1921) 2ª edición, México, E. Gómez de la Puente. (10,000)
5. *Santa*⁷⁸ (1903) Barcelona, Araluce editor. (5,000)⁷⁹
- (1905) 2ª edición, Barcelona, Araluce editor (3,000)
- (1910) 3ª edición, México, E. Gómez de la Puente (10,000)
- (1915) 4ª edición, México, E. Gómez de la Puente.
- (1919) 5ª edición, México, E. Gómez de la Puente. (30,000)
- (1919) 6ª edición, México, E. Gómez de la Puente (30,000)
- (1922) 7ª edición, México, E. Gómez de la Puente.
- (1927) 8ª edición, México, E. Gómez de la Puente.
- (1929) 9ª edición, México, E. Gómez de la Puente.
- (1935) 10ª edición, México, E. Gómez de la Puente. (60,000)
- (1938) 11ª edición, México, ediciones Botas. (62,000)
- (1991) Comic, colección Novelas Inmortales, Año XIV, No. 717, (agosto 14), México, Grupo Novedades.
- (2010) 1ª edición en inglés, Traducida y editada por Charles Chasteen, E.U.A., The University of North Carolina Press.

⁷⁶ Fue adaptada para el cine en 1936 y estrenada el 19 de marzo de 1937 en el cine Rex. Dirigida por Rafael E. Portas, protagonistas: Andrés Soler y Gloria Morel.

⁷⁷ En *Mi Diario I*, se puede leer que fijó con Raoul Mille las bases de su mutuo editorial y que se haría un tiro de 4,000 ejemplares (Gamboa, 1908: 257). En *Mi diario VI*, asiento fechado 26 de junio de 1914, se puede leer: “acabaron ya en París la dilatada traducción de *Suprema Ley* y en breve aparecerá en el folletín de un “cotidiano” galo y en volumen luego” (Gamboa, 1995E: 146). Con entrada 17 de marzo de 1915 Gamboa anota al respecto: “paradero de la traducción de mi *Suprema Ley*: en el *Gil Blas* de París, donde no pagarán un céntimo por publicarla en su folletín, una de las copias; la otra en *Le Soir*, de Bruselas, que dará 500 francos si la admite. Otras dos copias con Germán Buile” (Gamboa, 1995E: 227). No tengo confirmada la aparición de dicha novela en francés.

⁷⁸ Ha sido adaptada al cine en cuatro ocasiones: 1918, (silente) dirigida por Luis G. Peredo con Elena Sánchez Valenzuela. 1932 (sonora) dirigida por Antonio Moreno (con canción de Agustín Lara) con Lupita Tovar. 1943, dirigida por Norman Foster con Esther Fernández (estrenada el 10 de junio en el cine Palacio, duró cuatro semanas). 1969, dirigida Emilio Gómez Muriel con Julissa. Hay una versión española de 1991, dirigida por Paul Leduc, intitulada *Latino Bar*. Hay una adaptación de 1949, dirigida por Fernando de Fuentes, llamada *Hipólito el de Santa*, con Esther Fernández.

⁷⁹ La novela continúa editándose hasta el año de esta investigación (2013).

6. *Reconquista* (1908) Barcelona – México, E. Gómez de la Puente editor. (2,000).
(1937) 2ª edición, México, Editorial Botas. (4,000)

7. *La llaga*⁸⁰ (1913) Madrid, Eusebio Gómez de la Puente editor. (4,000)
(1922) 2ª edición, México, Eusebio Gómez de la Puente. (6,000)
(1947) 3ª edición, México, Editorial Botas (hay una portada que dice,
3era edición, 1947, editorial COLI)

8. *El evangelista: novela de costumbres mexicanas* (1922), Nueva York, Pictorial Review.
(1927) 2ª edición, México, Librería Guadalupana.
(1965) 1ª edición, México, editorial La Prensa.
(1985) 1ª edición, dentro de la colección Clásicos de la Literatura Mexicana; Tomo: la novela realista, México, editorial Patria (PROMEXA)
(1991) 2ª edición, ídem
(2005) 1ª edición, México, UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Colección Relato Licenciado Vidriera, Volumen 27.

⁸⁰ Fue adaptada al cine en dos ocasiones: 1919 (silente), Director: Luis G. Peredo, con Gustavo Curiel, María Mercedes Ferriz y Elena Sánchez Valenzuela. Emilio García Riera dice al respecto: "A saber cómo salió *La Llaga* muda..." (García, 1992, tomo2: 256). En 1937 fue adaptada por segunda ocasión (sonora), dirigida por Ramón Peón, con René Cardona y María Luisa Zea y Adria Delhort, estrenada el 18 de julio de 1937 en el cine Palacio.

Memorialista

1. *Impresiones y recuerdos* (1893) Buenos Aires, Arnoldo Moen editor. (2,000)
 - (1922) 2ª edición, México, E. Gómez de la Puente. (2,000)
 - (1994) 1ª edición en *Memorias Mexicanas*, nota preliminar de José Emilio Pacheco, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) (3,000)
 - (2012) 1ª edición dentro de *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una Antología General. Federico Gamboa*, México (Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al Siglo XIX), Fondo de Cultura Económica (FCE), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Fundación para las letras Mexicanas (f,l,m.) (2,000)

2. *Mi Diario. Primera Serie I: 1892 – 1896*, (1907) Guadalajara, México, Imprenta de la Gaceta de Guadalajara. (4,000)
 - (1939?) México, Editorial Botas
 - (1995) *Mi Diario I (1892 – 1896) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Introducción de José Emilio Pacheco, México, CONACULTA. (3,000)

3. *Mi Diario, Primera Serie II: 1897 – 1900*, (1910) México, Eusebio Gómez de la Puente editor. (2,000)
 - (1939?) México, Editorial Botas
 - (1995) *Mi Diario II (1897 – 1900) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)

4. *Mi Diario, Primera Serie III: 1901 – 1904*, (1920) México, Eusebio Gómez de la Puente editor. (5,000)
 - (1939?) México, Editorial Botas
 - (1995) *Mi Diario III (1901 – 1904) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)

5. *Mi Diario, Mucho de mi vida y algo de la de otros, Segunda Serie I: 1905 – 1908*, (1934) México, Eusebio Gómez de la Puente editor.(2,000)
(1939?) México, Editorial Botas
(1995) *Mi Diario IV (1905 – 1908) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)
6. *Mi Diario, Mucho de mi vida y algo de la de otros, Segunda Serie II: 1909 – 1911*, (1938) México, Ediciones Botas.
(1995) *Mi Diario V (1909 – 1911) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)

(Póstumos)

7. *Mi Diario VI (1912 – 1919)* (1995) *Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
8. *MI Diario VII (1920 – 1939)* (1996) *Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.

Notas

- En el periódico Excélsior, del 17 de marzo de 1914 al 10 de agosto de 1941 y del 12 de junio de 1960 al 8 de marzo de 1961, se publicaron una serie de anotaciones. Estos textos dan cuenta de sucesos en su vida de 1912 hasta la muerte del escritor en 1939. Todo el material hemerográfico transcrito del Excélsior está depositado en la Biblioteca Manuel Orozco y Berra del departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Pacheco, 1977: 9).
- Faltan algunos años dentro de sus diarios (agosto de 1913 a marzo de 1914, todo el año de 1920 y 1924 por ejemplo). En 1917 no aparece nada del 21 de junio al 18 de agosto.

Teatro

1. *La última campaña* (1894) Comedia social en tres actos y en prosa, impresa en México, tipografía, litografía y encuadernación de I. Paz. 2ª edición (1900) Guatemala, Tipografía de Arturo Siguerre. Estrenada en el Teatro Principal de la Ciudad de México, el 11 de mayo de 1894.⁸¹
2. *Divertirse* (1894). Monólogo en prosa, México. Estrenada el 6 de junio de 1894 en el Teatro Nacional de la Ciudad de México.⁸²
3. *La venganza de la Gleba* (1904). Drama en prosa, 3 actos. Impreso en Washington (1904) / Guatemala (1907) (1,000). Estrenada el 14 de octubre de 1905 en el Teatro Renacimiento de la Ciudad de México⁸³.
4. *A buena cuenta* (1907)⁸⁴ Drama, San Salvador. Estrenada el 6 de febrero de 1914 en el Teatro Ideal de la Ciudad de México.⁸⁵
5. *Entre hermanos* (1925), Tragedia. Estrenada el 19 de mayo de 1928 en el Teatro Arbeu, México.⁸⁶

⁸¹ Una escena de *La última campaña* apareció en la *Revista Azul*, Tomo I, número 4, 20 de mayo de 1894, pp. 42 – 44 (fue, del Acto III, la escena II).

⁸² En el periódico católico mexicano *La Voz de México*, del domingo 10 de junio de 1894, en la columna "Poliantea", sin autor, dice a la letra: "El miércoles, ante un auditorio muy escaso, se dio la función de beneficio del actor D. Ricardo López Ochoa en el teatro Nacional y por la Compañía de la Sra. Martínez Casado. El programa anunciaba un acto de *la Muerte Civil* de Giacommetti, un monólogo de D. Federico Gamboa y la célebre comedia de D. Ventura de la Vega "La Escuela de las coquetas" (...) El monólogo, salvo una que otra fugitiva frase feliz, ni galanura de estilo, ni nade en suma que pueda darle el menor valor literario, y menos dramático ni cómico. Con decir que, a pesar del lírico y ardiente entusiasmo de nuestro público por las obras nacionales, el autor del monólogo no fue llamado al escenario, está dicho todo". Nota: No se ha encontrado original alguno de esta obra.

⁸³ Federico Gamboa con respecto a esta obra anota en Mi Diario IV, con fecha 4 de octubre de 1905 "resulta demasiado largo (...) hube de aligerarlo, cortándole de aquí y allí parlamentos y diálogos, muy a pesar mío" (Gamboa, 1995 C: 51). Aparece en 2012 en *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una Antología General. Federico Gamboa*, México (Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al Siglo XIX), Fondo de Cultura Económica (FCE), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Fundación para las Letras Mexicanas (f,l,m.)

⁸⁴ Aparecen fragmentos en *Artes y Letras* (1907, Núm. 40) México y en *Mundial Magazine*, París (junio, 1911), editor Rubén Darío.

⁸⁵ De acuerdo con los recuerdos de Gamboa, la puesta en escena se atrasó porque su jefe Ignacio Mariscal se lo prohibió. En asiento fechado 7 de marzo de 1909, en el último de los diarios que publicaría en vida, se puede leer: "A buena cuenta", leído en tres sesiones de la Academia, y excomulgado por el señor Mariscal, (...) quien al fin me recomendó seriamente que no pensara yo en ponerlo en escena mientras fuese subsecretario de Relaciones Exteriores" (Gamboa, 1938: 14). Tampoco se ha encontrado original alguno para conocer de la obra en su conjunto, sólo hay dos escenas y la información que la prensa de la época dio.

Notas

- En 1888 tradujo del francés y adaptó la obra de teatro “La señorita Inocencia” (versión del vaudeville opereta *Mamz’elle Nitouche*) y en 1889 “La moral eléctrica” (arreglo del vaudeville francés *Le Fiacre 117*).
- En *Mi diario II* (1910) anota, con fecha 3 de noviembre de 1898, que entregó una traducción de un vodevil, que en español se llamaría *Mi mujer comprometida*. No se sabe si fue puesta en escena, y él no hace más referencia.
- Junto a su sobrino José Gamboa escribió una zarzuela-revista (que musicalizaría Quinito Valverde) titulada *Los tiempos que corren*, durante su exilio en la Habana, Cuba en 1917. No aparece el nombre de Federico Gamboa por decisión propia. (14 de febrero de 1917 y 23 de febrero de 1917) (Diario VI, 1995 E: 443 y 446).

⁸⁶ Fue adaptada al cine en 1944 y estrenada el 18 de mayo de 1945 en el cine Metropolitan. Dirección: Ramón Peón; reparto: Pedro Armendáriz, Carmen Montejo, Rafael Baledón, Anita Blanch e Isabela Corona. Emilio García Riera comenta, equivocadamente, “la novela de Gamboa en que la cinta se basó”. (García, 1992, tomo 3: 182)

Periodismo

- (1884) Corrector de pruebas del periódico *El Foro: periódico de legislación y jurisprudencia*.
- (1885 – 1887) En *El Diario del Hogar*, reportero, gacetillero, cronista de alternativa, hasta tener una columna. Para 1886 (5 de enero) aparecen en el *Diario del Hogar* sus crónicas “Celajes de la ópera”. Firma *La Cocardière*. Al poco tiempo su columna cambia de nombre: “Desde mi mesa” (7 de febrero). En diciembre de 1888 deja el *Diario del Hogar*.
- (1888) Redactor en *El Lunes* (de Juan de Dios Peza) y traslada su columna (30 de abril 1888). Comienza a firmar sus crónicas con su nombre (28 de mayo 1888). Deja este periódico a finales del mismo año, por su traslado a Guatemala, en lo que será su primera experiencia como miembro de la diplomacia mexicana.
- (1894 – 1895) Gamboa y Ángel de Campo publicaron en *El Mundo* una columna: “Siluetas que pasan”, que firmaban como *Bouvard* o como *Pécuchet*.
- (julio de 1915 a febrero de 1917, 19 meses) Director interino (1915), articulista, encargado de traducir artículos del inglés, francés e italiano al español, encargado de la sección bibliográfica en la revista *La Reforma Social*, en la Habana, Cuba.
- *Mi Diario VII*. Entrada 6 de enero de 1921, refiriéndose a lo que hizo el año anterior (1920): “escribí unos ochenta o cien artículos, todos pagados para periódicos diversos” (Gamboa, 1996: 10)
- (1926 – 1939) Escribió durante años tres artículos al mes para *El Universal*.

Notas

- Publicó, durante su exilio (1914 – 1919), diversos artículos, principalmente en periódicos de la Habana como “El Petróleo”, “El diario de la marina”, “El mundo”, “América española”. Gamboa hace referencia en una carta a su primo José Luis Blasio que envió dos artículos para la Revista Universal de Nueva York, en enero de 1915, durante su estadía en Galveston, EUA.
- 6 de junio de 194, apareció en *Revista de Revistas* un artículo de Gamboa sobre Rafael Delgado (Gamboa, 1995: 144).
- De acuerdo con el periódico *La Patria*, 16 de enero de 1898, Gamboa formaba parte de la Asociación “La prensa asociada de México”, (presidente de la mesa directiva, Ireneo Paz) específicamente en la comisión de Conferencias, junto con Jesús Urueta y Liborio Fuentes.
- En entrada 10 de marzo de 1931: “*L’Amérique Latine* me envió tres ejemplares con mi artículo: “S.O.S.” en su primera plana; artículo que yo lo remití, *a pedido de ellos*, hace casi un año... Y nada de dinero. Para tomadura de pelo, me parece tosca” (Gamboa, 1996: 253).
- En entrada 11 de abril de 1931: “De *La Presse Régionale* de París recibí hoy *Le Nouvelliste* de la ciudad de Rennes, en cuya primera página apareció la traducción de mi artículo (L’influence et le prestige de la France disparaissent au Mexique)”. 20 de junio de 1931: “Hasta hoy van cuatro periódicos franceses que reproducen mi artículo “un beneficio mutuo”, traducido bajo el título L’influence et le prestige de la France disparaissent au Mexique por el abate A. Luga, a saber: *Le Nouvelliste* de Rennes; *Le Télégramme* de Épinal, *L’Echo de la Loire* de Nantes y *el Courrier du pas-de-Calais* de Arras” (Gamboa, 1996: 254 – 255)

Ensayo / otros

- *La novela mexicana* (1914). Conferencia leída en la “Librería General” de Francisco Gamoneda el 3 de enero de 1914. Impresa en México el mismo año por Eusebio Gómez de la Puente.⁸⁷
- *La confesión de un palacio. Ensayo sobre historia nacional.*
De acuerdo con Guadalupe García se publicó de forma incompleta en el periódico *El Universal* del 15 de enero al 7 de marzo de 1962.
De acuerdo con *Mi Diario VI* de Gamboa, aparecieron de este ensayo: el prólogo, en 1915 (1995E: 276); capítulo I, en diciembre de 1915 (1195E: 297); capítulo II, en enero de 1916 (1995E: 316) y el capítulo III, en julio de 1916 (1995E: 390) en la revista *La Reforma Social* en la Habana, Cuba.
- “Un baile en Palacio”, colaboración en Gustavo Baz (1887) *Un año en México*, México, E. Dublan y Cía. Editores (pp. 197 – 204).
- *México Peregrino. Mejicanismos supervivientes en el inglés de Norte América.* (1924). (Con Victoriano Salado Álvarez), México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

Recopilaciones y estudios de la vida y obra de Federico Gamboa

- (1940) *Homenaje a don Federico Gamboa*, Academia Mexicana correspondiente de la española, México, Imprenta Universitaria de México.
- (1965) *Federico Gamboa. Novelas*, prólogo de Francisco Monterde, México, Fondo de Cultura Económica (letras mexicanas).

⁸⁷ Fue publicada en la edición de septiembre de 1915 de la revista *La Reforma Social* en la Habana, Cuba (Diario VI, entrada: 13 de agosto 1915, Gamboa, 1995E: 272). Aparece en el año de 2012 dentro de *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una Antología General. Federico Gamboa*, México (Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al Siglo XIX), Fondo de Cultura Económica (FCE), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Fundación para las letras Mexicanas (f,l,m.)

- (1977) *Diarios de Federico Gamboa 1892 – 1939*. Selección, notas y prólogo de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI editores.
- (2000) *Federico Gamboa. Teatro*; edición, estudio preliminar, biografía, cronología, bibliografía y notas de María Guadalupe García Barragán, México, UNAM, Coordinación de Humanidades.
- (2002) Prendes Guardiola, Manuel *La novela naturalista de Federico Gamboa*, Logroño, Universidad de la Rioja.
- (2005) *Santa, Santa nuestra*. Rafael Olea Franco (editor), México, El Colegio de México.
- (2010) *Santa: A Novel of Mexico City by Federico Gamboa*. John Charles Chasteen (Translated and Edited), University of North Carolina Press.
- (2012) *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una Antología General. Federico Gamboa*, Selección, estudio preliminar y cronología Adriana Sandoval, México (Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al Siglo XIX), Fondo de Cultura Económica (FCE), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Fundación para las letras Mexicanas (f,l,m.)
- La Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), editó dos trabajos en los cuales recaba información de Federico Gamboa. Harim B. Gutiérrez (2005) *En el país de la tristeza. Las misiones diplomáticas de Federico Gamboa en Guatemala*, México, SRE/Acervo Histórico Diplomático. Así como: SRE (2003) *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, 3 Tomos.

Notas

En *Mi Diario V* (1938) se anuncian EN PREPARACIÓN:

- *La confesión de un palacio*, ensayo sobre historia nacional (3 volúmenes).
- *El Hidalgo*, novela.
- *El perdón de los hijos*, teatro / drama.

- En asiento fechado 10 de julio de 1919, se puede leer: “Entre otras cartas de México recibí una de Concha Miramón Duret, pidiéndome a la europea – o sea pagándome el importe del trabajo – un cuento (sic) para el número del próximo septiembre, para la revista mensual e ilustrada “para niñas” que dirige una de sus hijas. Apenas si vacilo; aunque nunca escribí cuentos infantiles, lo escribiré ahora de manera que, consagrado a las niñas, sea leído por los mayores [...] será una fábula a la que llamaré “La independencia de las muñecas” (Gamboa, 1995: 612). Apareció publicado en "El Heraldo Ilustrado". (México), no. 43 (27 junio 1920), 2 pp.
- En asiento fechado 30 de agosto de 1904 se puede leer: “En paquete certificado llégame el ejemplar con que (Frederick) Starr (antropologista de Chicago) me obsequia de su libro recién nacido: "Readings from Modern Mexican Authors", en el que figuro en su capítulo último; mi biografía, y traducidos (bastante bien, por cierto), fragmentos de mi *Suprema Ley*" (Gamboa, 1920: 429)
- En asiento fechado 26 de junio de 1914 se puede leer “A la tarde de ayer estuvieron en casa Luis Urbina y Eugenio Zubieta; les leí mi estudio psicológico sobre el general Díaz” (Gamboa, 1995: 146)
- De acuerdo con una anotación de *Mi Diario VII*, la editorial Botas reeditó toda su obra, aunque no especifica si imprimió, por ejemplo, *Impresiones y recuerdos*. Entrada (Gamboa, 1996: 349).
- Según cuenta el autor, fue miembro fundador del Ateneo Argentino, aunque en lo oficial aparece como socio correspondiente por ser extranjero. Entrada 28 de marzo de 1893 (1995: 66)

Academia Mexicana de la Lengua

- Federico Gamboa fue elegido correspondiente de la Real Academia Española desde el 14 de noviembre de 1889. Miembro honorario de la Academia Colombiana el 20 de marzo de 1935
- Miembro de la Academia Mexicana desde el 22 de marzo de 1909
- Gamboa fue el 9o director de la Academia Mexicana (1923 – 1939)
- Ocupó la silla XVII de la Academia: Esa misma silla fue ocupada, después de su muerte (1939), por Alfonso Reyes; posteriormente por Manuel Alcalá y Felipe Garrido
- El 29 de enero de 1965 la Academia, con motivo del centenario del nacimiento de Federico Gamboa, le hizo un homenaje en una ceremonia solemne: el depósito de un arreglo floral en su busto en Chimalistac por parte de algunos cineastas del sindicato, conferencias de Mauricio Magdaleno, Alfonso Junco; la edición, junto con el FCE de 7 de sus novelas (faltó el evangelista).
- Pedro Maus senior, en 1939, compró la biblioteca de Federico Gamboa. En 1965 cedió a la Academia Mexicana de la Lengua el manuscrito de la novela *Santa*.
- Miguel Félix Gamboa donó los espejuelos de su padre para el museo de la Academia, la pluma con la que escribió *Santa* y el capítulo cinco de “La confesión de un Palacio”.

Bibliografía

- Gamboa, Federico (1893) *Impresiones y recuerdos*, Buenos Aires, Arnoldo Moen editor.
- (1995) *Mi Diario I (1892 – 1896) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, Introducción de José Emilio Pacheco, México, CONACULTA. (3,000)
- (1995 A) *Mi Diario II (1897 – 1900) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)
- (1995 B) *Mi Diario III (1901 – 1904) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)
- (1995 C) *Mi Diario IV (1905 – 1908) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)
- (1995 D) *Mi Diario V (1909 – 1911) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA. (3,000)
- (1995 E) *Mi Diario VI (1912 – 1919) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- (1996) *Mi Diario VII (1920 – 1939) Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, CONACULTA.
- Carreño, Alberto María (1946) “La obra personal de los miembros de la Academia Mexicana correspondiente de la Española” en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Española*, Tomo VIII, México, SEP.
- García Barragán, María Guadalupe (1988) “Bibliografía de Federico Gamboa” en *Boletín de Investigaciones Bibliográficas*, Núm. 2, México, UNAM, pp. 109 – 148.
- García Riera, Emilio (1992) *Historia documental del cine mexicano*, 5 tomos, México, Universidad de Guadalajara, Gobierno de Jalisco, CONACULTA, IMCINE.
- Moore, Ernest R. (1940) “Bibliografía de obras y crítica de Federico Gamboa, 1864-1930”, en *Revista Iberoamericana*, University of Pittsburgh, II (3), abril.
- Pacheco, José Emilio (Selección, notas y prólogo) (1977) *Diario de Federico Gamboa 1892 – 1939*, México, Siglo XXI.

ANEXO B

Impresiones y recuerdos (1893). El texto por sí mismo

De acuerdo con los datos de *Mi Diario I* (1908), *Impresiones y recuerdos* fue redactado del 18 de julio de 1892 al 17 de abril de 1893. Sin embargo, Gamboa anotó que comenzó en julio de 1892, pero rompió lo que él llamó un intento de prólogo; con ello, la escritura del texto arrancó en forma el 29 de septiembre de 1892, con lo que da casi siete meses de trabajo. Al final de la autobiografía editada en 1893 aparecen anotadas las fechas: “29 de septiembre 92 – 17 de abril 93” y la leyenda: “ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EL 2 DE JUNIO DE 1893”.

Conozco tres ediciones de la obra⁸⁸. La primera de 1893, en Buenos Aires, Arnoldo Moen editor; que tuvo una primera reimpresión en 1922, México, Eusebio Gómez de la Puente. La 2ª es de 1994, México, como parte de una serie llamada Memorias Mexicanas que editó el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), con nota preliminar de José Emilio Pacheco. La 3era aparece dentro de una antología intitulada *Todos somos iguales frente a las tentaciones*, editada en 2012, en México para la Colección Biblioteca Americana, serie Viajes al siglo XIX, del Fondo de Cultura Económica (FCE) en conjunto con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Fundación para las letras Mexicanas (f,l,m.). El texto que utilizo para este análisis corresponde al año de 1893.

En *Mi Diario VII*, con fecha de entrada 31 de julio de 1937, Gamboa comparte el dato que firmó con la librería Botas un contrato para que fuese publicadas sus obras “las ya escritas, cuya existencia en poder de Eusebio Gómez de la Puente vaya agotándose, y las inéditas y por escribir aún” (Gamboa, 1996: 349). No he encontrado si Botas reeditó la autobiografía *Impresiones y recuerdos*. Los diarios y muchas de las novelas sí. Gamboa moriría en agosto de 1939 y ya no entregaría ninguna obra nueva a la referida editorial.

La impresión de la autobiografía corrió a cargo de Federico Gamboa, ya que su anterior editor, Jacobo Peuser, se negó a hacerlo argumentando que había perdido dinero con la obra de *Apariencias*, publicada un año antes (1892). El librero Arnoldo

⁸⁸ A la fecha de esta investigación (2014) puedo compartir que existen en los portales electrónicos de Amazon, Forgottenbooks como el de Barnes&Noble, dos ediciones en papel de *Impresiones y recuerdos*, de 2010 y 2013, y una reimpresión de 2013 (electrónica), por las editoriales BiblioBazaar (Nabu Press), Hard Press Editions y Hong Kong: Forgotten Books respectivamente. Al final de este texto se encuentran las fotografías tal como se anuncian en internet y los datos de dichas ediciones.

Moen ofreció su nombre como editor, cobrando por comisión veinticinco por ciento, además, se encargó de la venta y la entrega de ejemplares en la demás librerías. En *Mi Diario I*, con fecha 3 de mayo de 1893, se puede leer:

Decidido á editar mi libro por cuenta propia, hoy entrego los originales en la imprenta de Coni é Hijos. Danme un buen papel y escojo un lindo elzevirano. Prométenme concluir la impresión para fines de mes y que la obra me costará á razón de \$700.00 cada medio millar. Los veinticinco de lujo, en papel de Holanda, los pagaré aparte (Gamboa, 1908: 101).

Para Gamboa el desaire no fue impedimento para continuar, primero, porque no era la primera vez que tenía que cubrir los costos de impresión, pues no existía como tal una industria editorial que respaldara a un escritor; el público lector era aún limitado y circunscrito generalmente a habitante de las grandes ciudades; y era una práctica común entre aquellos que deseaban ver encuadernadas sus obras. Con su primera novela lo hizo (*Del Natural*), y habría de repetir el ejercicio en otras ocasiones (*Reconquista*, por ejemplo, en 1908). Segundo, porque por encima de editores, y del resto de los mortales, el mexicano estaba convencido de que todo libro tenía, por decirlo así, su propia alma. En su diario, con fecha de entrada 27 de abril de 1893, se puede leer: “imitemos á Zola, á los Goncourt, á Pérez Galdós, demos libro tras libro, que algo queda de ellos, y, al fin, triunfan de editores y de públicos y del mundo entero” (Gamboa, 1908: 101); además, para Gamboa, el texto estaba listo para “asustar críticos impotentes y lectores hipócritas” (ídem), sugestiva idea que durante una buena etapa de su labor creativa (quizás hasta *Santa*, 1903) fue uno de los ejes que impulsó no solo la publicación sino el contenido de sus textos. Tercero, porque, según se puede leer un 12 de noviembre de 1893, “quizás el libro interese, pues va á resultar la historia íntima de todo aquel que ha vivido algo y sufrido mucho” (Gamboa, 1908: 67), idea que si bien se puede asociar al carácter ególatra de todo documento autorreferencial, habla también de la intención del autor por hacer públicas su vida en el entendido de que había personas a quienes les podía interesar conocer “al hombre detrás del nombre” como señaló José Emilio Pacheco (1994: XI), aunado al conocimiento de los gustos sociales de la época, quienes, según varios memorialistas, disfrutaban y consumían sistemática y gustosamente las ventilaciones de la vida privada.

Casi dos meses después, de acuerdo con el autor, el libro apareció en las librerías de Buenos Aires: 7 de junio de 1893. En la portada de la edición de 1893, la palabra “Recuerdos” es visiblemente más grande que “Impresiones”, y esto es más

evidente dada la formación del texto que presenta centradas ambas palabras, tanto en la edición de lujo como en las regulares. Debajo del nombre del autor, aparece la leyenda C. de la Real Academia Española, membrete que acompañará a todos los textos impresos de Gamboa, con excepción del primero (*Del natural*) pues su incorporación a la academia (noviembre de 1889) llegó después de haber dado a la imprenta la primera edición (primeros meses de 1889).

El 11 de febrero de 1893, en el periódico mexicano católico *El Tiempo*, apareció en la sección “Gacetillas” una nota en la cual comentaban que Gamboa había publicado una novela “realista” (seguramente se referían a *Apariencias*), cuyas repercusiones positivas en la prensa española parecía algo digno de mencionarse. De igual manera anunciaban que al otro día publicarían un “artículo literario” que se habían topado en la *Revista Ilustrada* de Buenos Aires” (en realidad fue en *La ilustración Sud-Americana*). En la edición del domingo 12 de febrero de 1893 apareció efectivamente por adelantado en *El Tiempo* (edición ilustrada, Tomo II, Núm. 83) el capítulo “La conquista de Nueva York” (que en la edición final de 1893 corresponde al capítulo II) en primera plana, con el nombre de Gamboa al final del texto. En algo similar a un pie de página se puede leer:

Capítulo inédito de un libro que tiene en preparación el distinguido escritor mexicano D. Federico Gamboa, correspondiente de la Real Academia Español. El libro llevará el título *Impresiones y Recuerdos. Mucho de mi vida y algo de la de otros.*⁸⁹

En el mismo diario *El Tiempo*, cinco meses después, el 26 de agosto de 1893, en una pequeña nota sin firma, anuncian que han recibido el nuevo libro “elegantemente impreso”, que está dedicado a José María Gamboa (en tanto sujeto público por su profesión de abogado, miembro de la SRE y cercanía con gente del primer círculo de Porfirio Díaz), hermano mayor de Federico Gamboa, que contiene “algunos capítulos muy interesantes de la vida y viajes del Sr. Gamboa” (ya no es D. Federico, el académico) y que “hay otros artículos de un crudo realismo y de una franqueza excesiva al referir ciertos hechos que mejor habría sido dejar en el tintero.” Eso sí, le envían las gracias por el ejemplar.

El 9 de agosto de 1893, en el periódico mexicano *El siglo diez y nueve*, apareció una pequeña mención que titularon: “Obra de un mexicano.” Anunciaba la

⁸⁹ No hay una sola referencia de ello en el Diario correspondiente a ese año (Tomo I).

aparición del texto y hacían la aclaración de que Gamboa trabajaba en Relaciones Exteriores y se encontraba comisionado en Buenos Aires, enmienda que los periódicos utilizarán una y otra vez cuando se refieran a Federico Gamboa escritor u hombre público.

En el periódico *El Partido Liberal*, del domingo 27 de agosto de 1893, apareció en primera plana un capítulo más, esta vez ya con la obra publicada; se trataba de “Un salón aristocrático” (en la edición de 1893 aparece como el capítulo VI y es nombrado “Un salón artístico”), así como un artículo firmado por el Duque Job (Manuel Gutiérrez Nájera), que es quizá la semblanza y el análisis más acertado que apareció en esos días y que conserva toda su vigencia, aún hoy. En el periódico *El siglo diez y nueve*, el sábado 2 de septiembre de 1893, apareció publicado el capítulo XV “Tristezas del Boulevard” en primera plana.

En el asiento fechado 4 de agosto de 1922, se puede leer que Gamboa se puso a corregir, “después de lecturas varias, las primeras 46 páginas de la nueva edición de mis *Impresiones y recuerdos*” (Gamboa, 1996: 83); se refiere a la de 1922. Al contrastar la primera con la segunda edición encuentro cambios nimios, de comas y puntos, un artículo por otro, que no alteran el contenido en el fondo, solo en algún momento en el ritmo.

El dato más relevante en materia de edición son las versiones que pueden leerse respecto de su pseudónimo cuando se convierte en cronista. En la primera edición dice: “Fué Aurelio Garay quien bautizó mis crónicas y yo quien me buscó pseudónimo” (Gamboa, 1893: 72). En la primera reimpresión se puede inferir que Gamboa corrigió el “me buscó”, por “me busqué”. A la letra dice: “Fué Aurelio Garay quien bautizó mis crónicas, y yo quien me busqué pseudónimo” (Gamboa, 1922: 54). Y en la segunda edición alteran la frase y le cambian el sentido. A la letra: “Fue Aurelio Garay quien bautizó mis crónicas y quien me buscó pseudónimo.” (Gamboa, 1994: 30). Si me atengo a los recuerdos del autor, el asunto se zanja: “Por la Théo (Luisa), me firmaba *La Cocardière* en recordación de una de las obras que representa con mayor gracia: *La Jolie Parfumeuse*” (Gamboa, 1893: 236).

Cronología de creación de *Impresiones y recuerdos* (datos todos obtenidos de *Mi Diario I*, 1908):

- 18 de julio de 1892. Comencé y concluí el prólogo de lyR. Conozco, sin embargo, que he menester de dos a tres meses de reposo

- 29 de septiembre 1892: Luego de romper el prólogo que ya tenía para mi nuevo libro, varío de rumbos, y hoy termino el capítulo I de *lyR*
- 22 de octubre de 1892: Con palpable mejoría en mi pobre ánimo, enfermo de amor venenoso y envenenado, a la una y media de la mañana concluyo el capítulo II de *lyR*
- 12 de noviembre de 1892. Termino el capítulo III de *lyR*, escrito sin esfuerzo muy conmovido a su final; como si mi memoria, en una entrevista con el corazón, le haya hecho sus confidencias y contándole una porción de cosas que yo creía olvidadas
- 15 de noviembre de 1892. [...] regreso a casa por el bulevar del Callao, pensando en mi libro. Y aunque a mis lados pasan gentes, tranvías, carruajes, los miro sin verlos, únicamente preocupado con la revista interna de acontecimientos pasados. Fórmolos en la memoria y desfilan todos: a la vanguardia, las ilusiones, con bandera azul; luego, los desengaños, enlutados, silenciosos, infinitos
- 01 de diciembre de 1892. Termino el capítulo IV de *lyR* y, sin descansar, hoy mismo doy principio al capítulo V. Está sucediéndome lo que al que abre un baúl viejo de objetos antiguos. No me canso de revisar lo que fue mío. Al más olvidado de mis guiñapos le quito el polvo, cariñosamente; algunos me enternecen, y todos van saliendo, en las cuartillas manuscritas
- 23 de diciembre de 1892. Doy fin al capítulo V de *lyR*
- 13 de enero de 1893. Termino el capítulo VI de *lyR* y leo una elogiosa crítica sobre *Apariencias*, aparecida en un número de la Ilustración Artística, de Barcelona
- 26 de enero de 1893. Doy término al capítulo VII de *lyR*
- 03 de febrero de 1893. Acabo el capítulo VIII de *lyR*. Debido a una malísima noticia llegada ayer a la legación, tengo que violentar la terminación de mi libro: desde el próximo primero de julio, queda suprimida, por economía, la legación de México en la América del Sur
- 9 de febrero de 1893. Concluyo el capítulo IX de *lyR*. Llegame de Guatemala una crítica halagüeña sobre *Apariencias*, y de México, que es lo que más me interesa, nada aún
- 22 de febrero de 1893. Concluido el capítulo X de *lyR*
- 06 de marzo de 1893. Termino el capítulo XI de *lyR*

- 12 de marzo de 1893. Termino el capítulo XII de *IyR*
- 27 de marzo de 1893. Termino el capítulo XIII de *IyR*
- 30 de marzo de 1893. Termino el capítulo XIV de *IyR*; aún faltanme dos para terminar el libro
- 11 de abril de 1893. Terminado el capítulo XV de *IyR*, intitulado EN BUENOS AIRES. Lo leo en mi reunión **martense** de esta noche delante de argentinos, tan argentinos como Rafael Obligado, Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González, Ernesto Quesada, Martín Coronado, etc., porque no quiero que, mañana, las apreciaciones que en él hago resulten excesivas o equivocadas. Y el cónclave pleno, me lo aprueba sin observar nada en su contra⁹⁰
- 17 de abril de 1893. Hoy concluí mi libro, y en el acto mismo tengo un disgusto

Este tipo de anotaciones permiten darse una idea, primero que nada, del tipo de escritor que era Gamboa: disciplinado. Se puede inferir que detallaba con anticipación el índice y se atenía a él de una manera ordenada. Solía escribir sus textos de forma continua, bajo un estilo que sería reconocido incluso por sus contemporáneos, no así por sus predecesores. Sólo cuando las circunstancias laborales (comisiones, eventos, cargas laborales extras) una enfermedad o los cambios de ciudad modificaban la cotidianidad, el escritor suspendía la escritura, pero en promedio, y de acuerdo con lo que él registra en sus cinco diarios, así como los recuerdos de otros escritores que escribieron sus memorias, fue un autor constante, dedicado y puntilloso, amén de contar con el apoyo del público, ya que él solía revisar a detalle tanto los originales como las pruebas. Para el caso de *Impresiones y recuerdos* no fue la excepción. Tal como se dijo en un principio, fue Gamboa quien se encargó de que el texto fuese publicado, y si bien apareció primero en Buenos Aires, la dinámica propia de la circulación de escritos hizo que llegaran a México y en algunos casos que navegaran por otros rumbos, como lo registra Gamboa en su Diario el 5 de agosto de 1897:

En carta que me escribe de Europa mi sobrino José J. Gamboa, comunicame que durante la travesía que hizo á bordo de un trasatlántico español, vió en la biblioteca del barco algunos ejemplares de mis “Impresiones y Recuerdos”, y que los oficiales del vapor recomendábanlos á los pasajeros (Gamboa, 1910: 45)

⁹⁰ En la primera edición, 1893, el capítulo XV corresponde a “Tristezas del boulevard” y el XVI al referido “En Buenos Aires”.

Esto puede entenderse ya que, como la mayoría de los textos de Gamboa, la autobiografía generó una serie de críticas así como alabanzas en periódicos y revistas de la época, tanto en Argentina (*El Argentino*, *La Caricatura*, *La Tribuna*, *La Ilustración Sudamericana*, *El Diario*, *La Prensa*, *El Nacional*), en España como en México. En *Mi Diario I*, asiento fechado 13 de junio de 1893, se puede leer:

El diario vespertino *Tribuna* me propina en su número de hoy una dura lección inolvidable, censurando que en el prólogo dedicatoria de mis *Impresiones y Recuerdos*, se me haya escapado grave disparate. Y lo peor es que el crítico [...] tiene razón: “siendo lástima que en la dedicatoria, en la primera página del libro, se encuentre un error inconcebible é imperdonable en un académico. Allá riñen á mano armada un tú y un ustedes pugnando por arrojarse mutuamente de aquel lugar, y con sobrada razón, porque huelga el primero ó huelga el segundo” (Gamboa, 1908: 107).

La obra de Gamboa solía dividir partidos, y esta vez tampoco fue la excepción, así como en la entrada del 19 de junio de 1893 se puede leer que “Leopoldo Díaz [...] viene á avisarme que en *El Argentino* (un artículo firmado por L.R.F.) de esta tarde me arriman una señora paliza por causa de mis *Impresiones y Recuerdos*”, con asiento fechado 2 de julio de 1893, aparece el otro lado de la moneda, ya que el escritor colombiano Ricardo S. Pereira (seudónimo F. Méridés) felicitó al autor por la obra, la cual calificaba de “calaveradas” y las comparaba con las confesiones de Rousseau (Gamboa, 1908: 115). En el periódico mexicano *El Partido Liberal*, Manuel Puga y Acal, amigo de Gamboa, bajo el seudónimo de Brummel, publicó el 14 de septiembre de 1893 un artículo titulado “A Federico Gamboa”, que a la letra versa:

El Duque Job en un artículo primoroso [...] dice que tu libro se parece á tí [...] Tu libro se te parece por muchos conceptos. No sólo en lo decidior, en lo alegre, en lo agradable, sino también en que por fuera tiene un aspecto seriete, á pesar de su cubierta chillante, y por dentro es atrozmente guasón, casi puniblemente indiscreto. ¡Qué cosazas cuentas, amigo mío! Has hecho de tu libro un espejo en que reflejaste tu vida, y lo que es peor, no sólo la tuya, sino también la de los demás. ¿Quedarán todos contentos de tus indiscreciones?

Efectivamente la cubierta del libro, en su versión regular, era amarilla, y pretendía ser rojo por dentro, aunque blanqueado por la propia idea de moral y pudor del autor, aunado a una estrategia narrativa que claramente buscaba ser reconocido, pero en ningún momento ser expulsado de la ciudad por leproso social o demencia

sexual. El duque Job publicó el 27 de agosto de 1893 en *El Partido Liberal* un sabroso artículo titulado simplemente “Federico Gamboa”. Acerca del autor y de la autobiografía decía:

Es Federico Gamboa este libro [...] El Federico más inacadémico posible; el despejado y listo bohemio, muy parecido a los pintados por Mürger⁹¹, gastador contumaz é impenitente de su amor, de su salud y de su ingenio. ¿Cómo no he de reconocerle si téngole clavado en la memoria y aun están llenos de su risa mis oídos? [...] Sus *Impresiones y recuerdos*. En parte son [...], recuerdos míos, fijados en el papel, á punta de alfiler, por diestro coleccionador de mariposas [...] Estas *Impresiones y recuerdos* [...] me dan cabal idea de la transformación que ha operado en el bohemio que colgó los hábitos á tiempo, en el gitano que dejó la hampa y es hoy un escritor, un verista, acaso un psicólogo sin saberlo [...] Todos esos capítulos son capítulos vividos, reales hasta en sus menores detalles, sin que les falte ni una coma [...] Así era entonces, como él se pinta, ó más bien, como él se desviste.

No obstante, Gutiérrez Nájera deja ver que ese Federico bohemio no había muerto del todo, aún quedaban rastros de esas noches de correrías y mujeres, de esas “viruelas locas del amor”, que precisamente se podían encontrar en algunos capítulos de la autobiografía, pues, de acuerdo con el Duque Job, era palpable en el texto “esa falta de escrúpulos que le permiten decir con cierta encantadora ingenuidad cosas y cosazas que no son para dichas, y mucho menos cuando se trata de uno mismo”. Rafael Obligado, por su parte, en una carta que publicó el periódico *El Partido Liberal* en México (previamente apareció en *La Prensa* y *El Nacional*, de Buenos Aires, 17 de julio de 1893), el 23 de septiembre de 1893, reflexionaba sobre las críticas que se vertieron sobre la autobiografía de Gamboa, en el cual resaltaba que “el punto más discutido de tu libro es el eterno femenino, donde algunos lo encuentran pornográfico hasta el punto de pedir su retiro de las librerías por escandaloso y malsano”. Asimismo, y frente a aquellos que se cuestionaron cómo el texto de un autor joven podría generar interés, les contestaba (y con ello hacía la mejor defensa del texto): “olvidan que una autobiografía, cuando es sincera, es el estudio de un caso humano [...] lo que en este caso importa es el hombre en sí mismo, el estudio de sus pasiones, su manera de ver y sentir cuanto le rodea”.

Al revisar el proceso de elaboración de los otros textos de Gamboa salta a la vista que escribir le causaba una tensión nerviosa considerable, que en algunos casos

⁹¹ Henri Mürger (1822 – 1861), escritor francés cuya obra *Scènes de la vie de bohème*, (Escenas de la vida bohemia, 1847-1849) le dio fama y dinero.

llama el propio autor “neurastenia”, como parte del precio que se debe pagar cuando se cae entre las garras del hada con dientes llamada literatura. Dada su pertenencia a la clase media, y frente a los cansancios que sufre después de terminar una obra o un romance, Gamboa opta por el campo como un lugar idóneo para curar su “neurosis de refinado” (Gamboa, 1893: 141), posición que fácilmente lo ubica dentro de este prestigiado y ya bastante estereotipado grupo de los escritores que sufren, viven distinto a los demás mortales, cuya sensibilidad es tan frágil como copa de cristal, y cuyo modelo más terminado viene de la vieja Europa, con domicilio en la capital mimada, París.

También se puede comenzar a ver la vinculación entre el hecho de pertenecer a la diplomacia mexicana y su producción literaria. Dicha vinculación va más allá de contar con un sueldo fijo, que en sí mismo es un asunto de importancia, pero no creo que el tener ingresos “seguros” lo desmotivara a escribir o publicar (en al menos tres ocasiones Gamboa corrió con los gastos de impresión de sus textos, comenzado por su primera novela, *Del natural*), este amarre entre diplomacia y literatura pasa por el acceso a los grupos de intelectuales nacionales y extranjeros; el prestigio que emanaba del servicio exterior como un espacio de personas preparadas, cultas y diferentes, lo cual puede verse en la reflexión de Gutiérrez Nájera en el referido artículo de *El Partido Liberal* cuando escribe: “¡si supiera él qué miedos me hizo pasar el muy tunante! Mucho y largo temí que se perdiera, que se acabara [...] Por eso me alegré de veras, sentí júbilo, al saber que se iba Federico como segundo secretario de nuestra legación”; así como las posibilidades mejoradas de acceso a la prensa con el doble apellido de escritor y diplomático, entre otras variables. Lo que el asiento fechado 03 de febrero de 1893 (“Debido a una malísima noticia llegada ayer a la legación, tengo que violentar la terminación de mi libro”), de la cronología permite es poner el acento en esa relación que en más de una ocasión será el parte-aguas para su producción narrativa.

El autor, como muchos de los escritores de autobiografías, insiste en diversas partes del texto el carácter de verismo que tiene que acompañar este tipo de escritos y que, de manera conjunta con las reflexiones sobre lo “fácil” que fue recordar su vida pasada, forman el ariete que habrá de ser utilizado frente a la crítica, los lectores y todo aquel que se enfrente a sus páginas, ya que para Gamboa, ante todo, “este libro [...] es la honradez misma” (Gamboa, 1893: 332).

Las reuniones literarias que Gamboa frecuentó durante buena parte de su estancia en Buenos Aires fueron mucho más que tertulias y actos sociales: forman parte de su aprendizaje y formación en tanto escritor y persona. El someter a sus pares, a los otros que como él se arriesgan a dejar por escrito lo que piensan o creen saber, el producto de sus elucubraciones y escuchar los comentarios, críticas positivas o negativas, observaciones todas que pueden venir del estómago hirviente de las pasiones intelectuales (al mejor estilo de Elizabeth Badinter) o del pulmón del aliento amigo, son una lección en sí mismas.

El prólogo del que habla Gamboa (18 de julio de 1892), que sirvió de primera piedra, fue sometido al otro día a sus compañeros e iguales. Gamboa lo leyó en voz alta entre los asistentes a su “martes literario” y quizás las críticas fueron severas o él mismo decidió que no era necesario, estaba incompleto, o no encajaba en el proyecto total, pero dos meses después, 29 de septiembre 1892, se puede leer que rompió el prólogo, varió de rumbos y terminó el primer capítulo.

Creo que las observaciones de los compañeros, en tanto sujetos escritores y de valía, de acuerdo con Gamboa, el tiempo de meditación entre el inicio y el volver a comenzar, especialmente por el viaje que tiene que hacer Gamboa a Río de Janeiro y alrededores, ayudaron para que el primer dibujo de ese mapa de formación fuese modificado substancialmente. De acuerdo con lo que Gamboa comparte, no hay otro intento de lectura de avances o capítulos de la autobiografía, más allá del que toca directamente a los nacidos en la Argentina.

El asiento fechado 11 de abril de 1893 permite ver parte de la tesis que, como autor orgulloso de pertenecer a la corriente naturalista (aunque en los productos finales se perciba un proceso de tropicalización de la citada corriente literaria) proclama y defiende. Gamboa le advierte al lector: “no quiero que, mañana, las apreciaciones que en él hago resulten excesivas o equivocadas” (Gamboa, 1908: 95), y blinda el contenido, pues también le comparte al lector que “el cónclave pleno, me lo aprueba sin observar nada en su contra” (idem).

En dos ocasiones (12 de noviembre y 1 de diciembre de 1892) Gamboa hace hincapié en lo “fácil” que resulta contar su vida, sin embargo, no está de más recordar que la autobiografía, como la mayoría de estos textos auto referenciales, diseñan un trazo de vida que implica, consciente o no, la decisión del autor al momento de seleccionar qué quiere relatar, cuáles son los pasajes que busca resaltar así como aquellos que prefiere omitir.

La anotación de fecha 15 de noviembre de 1892, pone el dedo en lo que será, a grandes rasgos, el eco sostenido de la autobiografía: las ilusiones y los desencantos, dos extremos que, por serlo, se tocan.

Impresiones y Recuerdos está dividido en diecisiete capítulos:

Dedicatoria

- I. La última armonía
- II. La conquista de Nueva York
- III. En primeras letras
- IV. Me hacen periodista
- V. Malas compañías
- VI. Un salón artístico
- VII. “El Lunes”
- VIII. Ignorado
- IX. Un rapto
- X. De viaje
- XI. En Guatemala
- XII. Mi primer libro
- XIII. En Londres
- XIV. En París
- XV. Tristezas del *boulevard*
- XVI. En Buenos Aires
- XVII. Historia de “Apariencias”

Para María G. García Barragán (1995), basándose en la tesis doctoral de Seymour Menton (1952, *Life and Works of Federico Gamboa*, New York University) *Impresiones y recuerdos* presenta cierta adhesión, en cuanto al sentimiento y la poesía, al libro *Cartas de mi Molino* de Alphonse Daudet (relatos publicados en primera instancia en diversos periódicos franceses entre 1866 y 1874), además de estar conformado por una serie de capítulos independientes. José Emilio Pacheco opina que elegir como unidad de composición el cuento parecido al de Daudet, fue un acierto de Gamboa, porque “este tipo de cuentos “sin ficción” [...] contribuyeron a la tradición cuentística mexicana tanto como los *Cuentos frágiles* de Gutiérrez Nájera, los *Cuentos del general* de Riva Palacio y los *Cuentos románticos* de Justo Sierra” (Pacheco, 1994: XII).

Considero que si lo que se busca es hurgar acerca de sus orígenes del estilo y la forma de este novel escritor, habría que remitir la mirada, primero que nada, a sus inicios en los terrenos de la escritura como cronista en periódicos, y segundo, en los escritos de su mentor en el periodismo, Juan de Dios Peza; textos publicados como se acostumbraba en la época, es decir, en periódicos, y que fueron impresos en forma de libro en 1900 con el título de *Memorias, reliquias y retratos*. Entiendo que detectar y cotejar influencias y ejemplos de dónde, posiblemente, abrevó Gamboa permite diversos análisis de su obra narrativa, sin embargo, el valor estético, literario e histórico de los textos gamboínos han dado suficiente material para una serie de tesis, tanto de licenciatura, maestría como de doctorado, en México, Estados Unidos y España, entre otros países, así como a un buen número de libros y artículos de investigación, lo cual demuestra que la obra de Gamboa es rica en meandros y escondites o como señaló José Emilio Pacheco que, “como a Don Porfirio, nadie ha podido quitarle el *don* a Don Federico” (Pacheco, 1995 A: XXV).

Donde estoy en completo desacuerdo es en presentar los capítulos como independientes. Me explico. Primero que nada, existe un personaje constante, hilo conductor y único guía en toda la narrativa de esta autobiografía: Federico Gamboa. Segundo, la obra completa está enmarcada en un período concreto, lo que Gamboa presenta como su juventud, y que desarrolla de manera cronológica desde sus 14 años hasta sus 28 años de edad. Cada capítulo está seleccionado para dar una imagen íntegra del autor: amante de la mujer e inevitable escritor. Toda la obra busca explicar el cómo y por qué amó, así como el por qué comenzó a escribir, además de explicar su tesis como escritor, sus objetivos y la génesis de creación de sus dos primeras obras, ya como autor y no como traductor o adaptador. No hay capítulo que esté de más. Todos y cada uno de ellos forman una especie de respuesta, ya en forma de carta de presentación ante los lectores o como documento explicativo que sirve de defensa frente a las presentes y futuras críticas. El que cada capítulo tenga títulos distintos no los divorcia del resultado final, al contrario, focaliza la impresión y el recuerdo que el autor busca transmitir, siempre en la búsqueda de su objetivo: este soy yo, y así fue como pasó.

Incluso los capítulos pueden agruparse en los grandes asuntos que borda el autor, por ejemplo, en materia de educación sentimental habría que referirse a los capítulos III, V, VIII, X, XI y XV; para los terrenos de la bohemia, están los dos lados de la moneda: el lado amable en el capítulo VI (“Un salón artístico”) y el lado nocturno,

decadente y peligroso en el capítulo VIII (“Ignorado”) el cual tiene como figura central, y pretexto para dar pie a otra lección sentimental de la vida de Gamboa, al pianista, contemporáneo de Federico el joven, Teófilo Pomar. En los océanos de la literatura, tanto de la obra de Gamboa, tesis y apuestas, como de las lecturas y los círculos literarios que habitó, habría que navegar por los capítulos IV, VII, IX, XI, XII, XVI y XVII. Como parte del anterior, necesario resulta bucear por su paso en el periodismo, como parte de su entrada al mundo de las letras y primera escuela de escritor, tanto en el estilo como en los ejemplos, y bastaría con leer los capítulos IV y VII.

Como ya lo señaló alguna vez José Emilio Pacheco, estos capítulos “tienen valor como relatos en sí mismos. Sin embargo, el todo que forma *Impresiones y recuerdos* es superior a la suma de sus partes” (Gamboa, 1994: XII). Coincido totalmente, estos diecisiete capítulos no son más que diecisiete notas de una sola sinfonía, cuyo título debía ser necesariamente autorreferencial: “Yo soy Federico Gamboa” (que al mejor estilo del autor hubiese aparecido así: *Je suis Federico Gamboa*)

Sólo al ver algunos de los títulos se puede comenzar a inferir, sin embargo, repito, las piezas de este texto están compuestas por más de una coordenada, incluso en lo referente a las mujeres, a su trato con ellas, a su ideal de las mismas o a su relación tormentosa o provechosa con las féminas, además del amor, la pasión, algunos ritos de iniciación masculina de la época, u opiniones, ideas y conceptos alrededor de la literatura, la prensa escrita, el mundo del teatro, París: la capital del siglo XIX, como la bautizó Walter Benjamin, el concepto de juventud como escudo y explicación en sí misma, así como el proceso de formación de sus dos primeras obras literarias.

Grosso modo, puede verse este texto en dos grandes vertientes: él frente a las mujeres y él frente a la literatura. Sin embargo, si bien permite ver el mapa, digamos, a vista de pájaro y encontrarle un primer sentido, es anular la riqueza del texto, el cual no se limita a estos apartados, ya que los terrenos de toda autobiografía son la cartografía de lo diverso, por ello visitarla una y otra vez, verla desde diversos minaretes o recorrer sus senderos con calma pueden ser una oportunidad para encontrar más de una indicación o más de una ausencia.

El libro habitado

Impresiones y Recuerdos es un esbozo autobiográfico fresco, o como dice José Emilio Pacheco, “es un libro habitable” (Pacheco, 1994: XII), y por ello, principalmente, habitado. Personajes, personas, espacios y conceptos conforman estos recuerdos que, a través de las impresiones, nos habla de qué pensaba u opinaba el autor en asuntos como el amor y las amistades o la forma en cómo vivía los problemas ante la pasión y las mujeres, sin olvidar que, como señala Mónica Boulufer Peruga “los sentimientos, [...] experimentados y vividos como auténticos y espontáneos, son resultado [...] parcialmente, de un aprendizaje y una apropiación individual de los valores y pautas del entorno” (2005: 46).

Dicha autobiografía está, a primera vista, impregnada del ánimo del autor, que el día de su cumpleaños (22 de diciembre de 1892) anota: “Cumpló 28 años. Físicamente represento más de 30; moralmente, he encanecido” (Gamboa, 1908: 74).

Los personajes que desfilan por este texto se pueden estudiar en dos grandes apartados: las mujeres y los amigos, ya sean los compañeros de juergas, como de los que le ayudaron en distintos momentos de su vida y que él consideró como los indicados para blindar su presentación y justificación. Con las primeras, personajes de tinta y papel, se irá creando una lista que va desde el primer amor, hasta las aventuras más superfluas, destacando aquellas que le rompen el corazón, lo engañan o le enseñan, desde su perspectiva, las diversas caras del amor.

Especialmente estas últimas son presentadas como una lección de vida, las encargadas de generar un aprendizaje constante sobre el deseo, el amor y la pasión, así como del dolor y las decepciones. Y algunas veces estas lecciones no son solitarias, como lo anota en *Mi Diario I*, con entrada del 31 de marzo de 1893, “recuerdo que Flaubert cuenta en su *Correspondencia* que varias veces atravesó él por idénticos períodos, lo que no me consuela; él lloraba por defecto de amor, yo por exceso. ¿Será necedad la de ambos?” (Gamboa, 1908: 94)

Pero también aparecen nombradas algunas mujeres que formaron parte importante de la historia de la ópera, el espectáculo y la vida cultural tanto de París, Roma como del México decimonónico. Las divas, por cierto, serán retratadas también por otros memorialistas como Ciro B. Ceballos o José Juan Tablada. De esta galería el autor destaca a todas aquellas con las que tuvo, de una u otra manera, trato más personal y no sólo las que le tocó ver o contemplar de lejos.

Aparecen igual las hijas de otras latitudes como Adelina Patti, Luisa Théo, (quien fue una actriz de opereta muy conocida, que incluso generó un duelo entre Adolfo Rogaciano Carrillo, autor de las “Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada”, y Guillermo de Landa y Escandón por las ofensas que el primero escribió sobre la Théo) (Citado en Carrillo, 2011: 40). Y a quien Gamboa recuerda especialmente porque:

En los artículos que domingo a domingo le dedicaba yo, palpitaban los deseos más que las alabanzas, y en premio de ellos me otorgó la Théo, amén de sus agradecimientos verbales, el permiso de que le besara una mejilla. La casualidad me permitió algo más: que la sorprendiera una vez en su cuarto del teatro, cuando la camarera, de rodillas, le ataba una liga (Gamboa, 1893: 73 – 74).

También está Mary Pirard o Anna Judic, conocida como La Judic, a quien le dedicó un poema, firmado con su pseudónimo “La Cocardiére”, publicado en *El Diario del Hogar*, el 16 de enero de 1886, y que a la letra dice:

A Anna Judic. En su beneficio.
Si llegaste de fama precedida / A este país, en que se adora el Arte,
Aquella justa fue, que al contemplarte / Se comprende, Judic, que es merecida.
No necesita tu brillante vida / Una alabanza más: el admirarte
No te ha de sorprender, ha de cansarte / Como cosa jamás interrumpida.
¿Qué ofrecerte podré, diva hechicera / A quien París le prodigó la gloria;
A la que Europa culta, en su carrera
De aplausos la colmó?... Guarde en tu historia / Siquiera pobre, de expresión sincera, / Un verso mexicano, tu memoria.

También aparecen divas nacionales como Soledad Goyzueta, Rosa Palacios, Enriqueta Alemany, Enriqueta R. de Ors, incluso las que, si bien eran extranjeras, optaron por quedarse en México, como la ex-cantante de ópera y periodista Fanny (Natali de Testa, inglesa de nacimiento), quien escribía crónicas artístico – musicales en *El Diario de Hogar* y *El Nacional* con el pseudónimo de “Titania”, en las cuales, según Gamboa, “puntualizaba los defectos que el público no advertía; realizaba cualidades, fundó una o dos reputaciones [...] Esto y sus descripciones técnicas de las *toilettes* femeninas en las fiestas del gran mundo” (Gamboa, 1893: 100), amén de ser una anfitriona muy reconocida de la época, que solía recibir los lunes de seis a diez en el Hotel Iturbide, lugar al cual llegaban, de nuevo a partir de la pluma de Gamboa, “desde la esposa de un ministro extranjero, hasta periodistas de la víspera y nulidades

perpetuas. Pero sobre todo, dominaba el elemento artístico” (Gamboa, 1893: 97 – 98). Gamboa le dedica un capítulo completo a Fanny, y podría parecer, en primera instancia, quizá el más desconectado del resto de ellos, pero al revisarlo detenidamente, es fácil apreciar estas virtudes que Gamboa busca resaltar y compartir con los lectores acerca de la vida bohemia, amén que en espacios como estos es donde Gamboa conoció y trato a las referidas divas y a más de un escritor. La anécdota es clara: fui bohemio, me gustó, y no crean que era un lugar de perdición o un sitio del pecado, era simplemente un salón artístico.

Pero ya sean cantantes cómicas, viudas, casadas, hijas de la noche o protagonistas de escándalos, Gamboa comparte sus impresiones sobre ellas, sobre el sentir, sobre los costos o las ganancias: queridas, deseadas, que prometen, que engañan, que roban la esperanza, que hacen crecer actos poéticos o enfermedades que sólo se curan en la distancia y el campo.

De las amistades, el cuadro es igual de rico en colores y sabores. Gamboa cuenta de aquellos que lo enseñaron a descubrir la noche, los *calaveras* profesionales, los que le corrigieron la plana en el ejercicio periodístico o los que le ayudaron a entrar a la Academia Real de la Lengua. También aparecen los hombres de teatro, que igual son empresarios exitosos (Isidoro Pastor, Napoleón Sieni), amantes del espectáculo (Gustavo Baz), directores de orquesta, maestros de coros o primeros violines (Vincenzo d’ Alessio, José Austri, Pablo Sánchez). Los pintores famosos que le regalan una obra (Eduardo Sívori) o le hacen un retrato (Eduardo Schiaffino).⁹² Y no pueden faltar los compañeros de juergas y descubrimientos.

En cuestión de espacios, encontramos la figura de la ciudad, ya que el campo y la llamada provincia son complementarios en la narración; aquí destaca la ciudad que devora, la ciudad que pone a prueba los valores y certezas, donde los vicios y las virtudes se pelean la plaza, y las pasiones se desbordan por exceso de contacto. En *Impresiones y recuerdos* se dibuja la escenografía de un Nueva York como representante del mundo anglosajón en plena expansión territorial, económica y cultural, así como el embudo de los migrantes del mundo, donde los contrastes entre pobres y ricos eran la norma, y los restaurantes, las joyerías competían con “la opulenta tienda de Macy, iluminada con luz eléctrica y manteniendo mil quinientos empleados [...] gracias a los miles de parroquianos” (Gamboa, 1893: 23), según recuerda Gamboa; pasando por los paseos arbolados de una Guatemala sometida por

⁹² Dicho retrato se presentó en el *vernissage* del salón del Ateneo en Buenos Aires. (Gamboa, 1908: 104).

los cacicazgos y eternamente vecinal; las exclamaciones de asombro frente a la que para Gamboa sería para siempre “la favorita del planeta” – París – (Gamboa, 1893: 274), con su *Moulin Rouge* y “sus cinco o seis aspas girando con pereza, como cansadas de su condena de no triturar sino a los incautos y calaveras que se refugian en sus dominios” (Gamboa, 1893: 275) y los resortes emocionales que al ritmo del can-cán, “parten de la orquesta armonías que parecen carcajadas de sátiro” (Gamboa, 1893: 278); las ofensas de Londres, con una parada en el puerto africano de Dakar (Senegal), y su rey negro accesible a todos los viajeros.

Gamboa devela algunos espacios de la vida nocturna en México durante el Porfiriato, los teatros, por dentro y por fuera (área que él domina), aquellos que, por sus credenciales de periodista y aspirante a *calavera*, conoció tanto en las funciones como en los entretelones. El retrato de éste y otros mundos tiene varios tonos, pues Gamboa sabe que “lo colorado, lo verde, el arco iris de la inmoralidad” (Gamboa, 1893: 186) es lo que algunos mexicanos quieren leer en todo su esplendor y detalle.

Un punto y aparte es la dedicatoria que Gamboa puso en la autobiografía, la cual, estoy convencido, anuncia, delimita y establece algunas de las reglas del viaje. Es la ventana primera que permite al lector asomarse al contenido del libro, de esa casa habitada por letras que recuerdan, reelaboran y resanan, para presentar a un autor que con insistencia se define como un joven en la sociedad porfiriana, que se cubre con el manto de la diplomacia a manera de certificado de que ya es otro, y que el trabajo hecho previamente en las áreas de la literatura le han autorizado a publicar estas “confesiones”, a manera de grecas en su tarjeta de presentación.

A José María Gamboa. México. Ya me imagino que te ha bastado el título de este libro para saber que iría dedicado á nuestras dos hermanas y á ti. No te equivocaste; para ustedes tenía que ser y para ustedes es. Vaya en memoria de los días viejos ¿los recuerdan? Nuestros padres vivían aún; ustedes no se habían casado y sobre mí no pesaba esta ausencia indefinida y triste. Reúnanse para leerlo, y me verán junto á ustedes; entre renglón y renglón, y al volver una por una las páginas del libro.⁹³

Si aquel peso, traducido en una “ausencia indefinida y triste”, es o no impostura, o simple añoranza, primero hay que situar los límites que Gamboa dibujó como marco para sus recuerdos; rescatar a sus hermanos como red afectiva principal; intentar reconstruir su paso por los ambientes formales de la educación, o buscar de entre

⁹³ Tomado de la primera edición de 1893; en la edición de 1922 no aparece, pero reaparece en la de 1994.

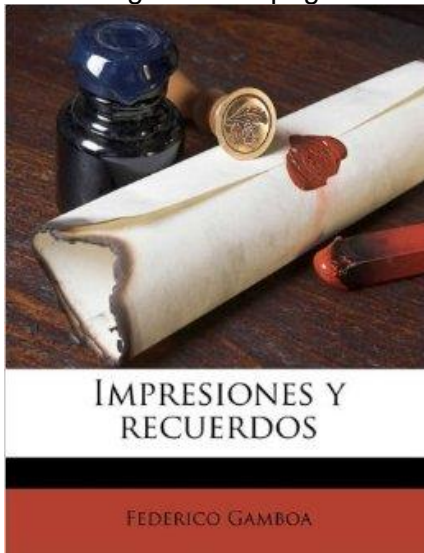
aquello días viejos en los cuales aparece la sombra de los padres, para que esa presentación, que se disfraza de promesa y garantía del viaje: “me verán junto a ustedes, entre renglón y renglón”, se convierta en posibilidad tangible.

Federico Gamboa, desde su autoconciencia, sus carencias y deseos, o simplemente por las ganas de ser absolutamente moderno, dejó huellas de tinta, que resultan útiles cuando uno quiere recorrer los laberintos del texto, y eso hay que agradecerlo.

NOTA: Tanto en los portales electrónicos de Amazon, Forgottenbooks como el de Barnes&Noble (Barnes & Noble, Inc. es la mayor librería de los Estados Unidos) aparecen dos ediciones en papel de *Impresiones y recuerdos*, de 2010 y 2013, y una reimpresión de 2013 (electrónica), por las editoriales BiblioBazaar (Nabu Press), Hard Press Editions y Hong Kong: Forgotten Books respectivamente.

Ejemplo de la edición 2010:

Título: Impresiones y recuerdos
Autor: Federico Gamboa
Edición: reimpressa
Editor: BiblioBazaar, 2010
ISBN 10: 1177335026
ISBN 13: 9781177335027
No de Páginas: 282 páginas



This is a reproduction of a book published before 1923. This book may have occasional imperfections such as missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc., that were either part of the original artifact, or were introduced by the scanning process. We believe this work is culturally important, and despite the imperfections, have elected to bring it back into print as part of our continuing commitment to the preservation of printed works worldwide. We appreciate your understanding of the imperfections in the preservation process, and hope you enjoy this valuable book.

Ejemplo de la edición 2013:

- ISBN-10: 1313266655
- ISBN-13: 9781313266659
- Publisher: Hard Press Editions
- Publication date: 1/28/2013
- Language: Spanish
- Pages: 288
- Product dimensions: 6.00 (w) x 9.00 (h) x 0.60 (d)

Link (consultado el 7 de diciembre de 2013):

<http://www.barnesandnoble.com/w/impresiones-y-recuerdos-gamboa-federico-1864-1939/1115882354?ean=9781313266659>



Ejemplo de la reimpresión 2013

En la página electrónica www.forgottenbooks.org se encuentra una versión de *Impresiones y recuerdos* (tomada de la edición de 1922), la cual puede ser descargada de forma gratuita como e-book para Ipad, Kindle, etc., así como en versión PDF.

Link (consultado el 30 de diciembre de 2013):

http://www.forgottenbooks.org/books/Impresiones_y_Recuerdos_1400003870



Como ejemplo de citación dejan las siguientes:

APA: Gamboa, Federico. (2013). *Impresiones y Recuerdos*. Hong Kong: Forgotten Books. (Original work published 1922)

MLA: Gamboa, Federico. *Impresiones y Recuerdos*. 1922. Reprint. Hong Kong: Forgotten Books, 2013. Print.

ANEXO C
Cronología

Año	Vida y obra de Federico Gamboa	Observaciones / datos
1864	<p>22 de diciembre. Nació Federico Gamboa en la Ciudad de México en la calle san Felipe Neri (Rep. del Salvador).</p> <p>Su padre, Manuel Eugenio José Rafael Gamboa Chavero (44 años), trabajó para Maximiliano como miembro del Consejo Militar, con nombramiento de “Gran oficial de la Orden Imperial de Guadalupe” (Gamboa, 1996: 25). María Josefa Lugarda Juana Nepomucena Antonia Iglesias Inzaurraga Iglesias (39 años), la madre, era hermana del político liberal José María Iglesias.</p> <p>De familia numerosa (13 hijos), sólo sobreviven cuatro: Virginia (1848 – 1903), José María (1856 – 1911), Soledad (1861 – 1917) y Federico como el más pequeño.</p> <p>26 de diciembre. Es bautizado en el Sagrario Metropolitano como José Federico Francisco de Paula Trinidad Demetrio Gamboa e Iglesias.</p>	<p>Maximiliano, emperador de México. Abraham Lincoln es reelecto presidente de los Estados Unidos.</p> <p>Nacen Toulouse Lautrec; Miguel de Unamuno; Richard Strauss. Julio Verne publica <i>Viaje al Centro de la Tierra</i>.</p>
1867	<p>De acuerdo con sus recuerdos: “Con copia de detalles, me cuenta mi hermana Soledad, cómo estuve a punto de morir de hambre cuando el sitio de México 67, en que yo tenía apenas dos años y medio de venir al mundo” (Gamboa, 1995: 74)</p>	<p>Elementos del ejército mexicano de la república, al mando del Gral. Porfirio Díaz se enfrentaron el 21 de junio de 1867 en las afueras de la Ciudad de</p>

		México contra las tropas al servicio del ya destituido Segundo Imperio Mexicano al mando del general Ramón Tavera República restaurada
1870	Septiembre. Se casa su hermana Virginia con Ramón Alcalde.	
1875	19 de junio. Muere la madre Lugarda Iglesias Inzaurraga. Federico tiene diez años.	
1876	<p>Noviembre. Cae su tío José María Iglesias del poder.</p> <p>En su casa se reúnen los <i>legalistas</i>, e incluso se esconde un manifiesto de José María Iglesias, número 4 de la 2ª calle del reloj (entre la calle de san Idelfonso y el templo de Santa Catalina)</p> <p>24 de noviembre entra Díaz a la ciudad de México, Gamboa es testigo desde el restaurante la Concordia</p>	
1880	Vive en Nueva York. Estudia en una escuela nocturna <i>Evening High School</i> (16 años) para aprender inglés. Vive con su papá y su hermana Soledad en el Hotel Español e Hispano Americano, ubicado en 116 & 118 West 14th St. Cerca de la Sexta Avenida. Ahí comenzará su vida por las diversiones nocturnas y las mujeres públicas.	
1881	Abril. Su padre lo regresa a México. Lo interna en el <i>Instituto Anglo – Franco – Mexicano</i> de Emilio	

	Baz donde es compañero de Ángel de Campo	
1882	En la Escuela Nacional Preparatoria. Segundo semestre del año entra a la Escuela Nacional de Jurisprudencia	
1883	14 de septiembre. Muere el padre, Manuel Gamboa Chavero. Federico tiene 18 años. Reprueba el cuarto año de la carrera	
1884	<p>Abandona la escuela, después de haber repetido el cuarto año de la carrera. Trabaja como escribiente en un juzgado de lo civil donde su hermano es juez</p> <p>Su hermana Soledad se casa (mayo) con un magistrado de la suprema corte de justicia, Miguel Sagaseta Río (quien años después será el suegro de Gamboa)</p> <p>Inicia su vida en el periodismo. El 24, 28 y 29 de agosto, así como el 3 y 5 de septiembre aparece la traducción que Gamboa hace del viaje al Polo Norte en el <i>Diario del Hogar</i></p> <p>Septiembre a diciembre trabaja como corrector de <i>El Foro: periódico de legislación y jurisprudencia</i>. El 11 de diciembre publica su primer reportaje de los chinos en el <i>Diario del Hogar</i>, no aparece su nombre</p>	
1885	<p>Forma parte de los redactores de <i>El Diario del Hogar</i>. Esto incluye ser <i>reporter</i>, gacetillero o encargado del boletín. Trabaja como escribiente en un juzgado de lo civil donde su hermano es juez</p> <p>Aunque aparece inscrito en la <i>Escuela Nacional de</i></p>	

	<i>Jurisprudencia</i> , FG no asiste	
1886	<p>Trabaja como Escribiente del Juzgado 2° de lo Criminal</p> <p>5 de enero. Aparecen en <i>El Diario del Hogar</i> sus crónicas “Celajes de la ópera”. Firma: <i>La Cocardière</i></p> <p>7 de febrero. Su columna cambia a “Desde mi mesa”</p>	
1887	<p>Trabaja como Escribiente del Juzgado 2° de lo Criminal</p> <p>Diciembre. Deja el <i>Diario del Hogar</i></p>	
1888	<p>30 de abril. Se muda al periódico <i>El Lunes</i> que dirige Juan de Dios Peza</p> <p>28 de mayo. Comienza a firmar sus crónicas con su nombre</p> <p>1 de septiembre. Estrenan su primera traducción-adaptación “La señorita Inocencia” (<i>Mamz’elle Nitouche</i>) (Teatro Nacional) La propiedad intelectual se la dan el 29 mayo 1888, según el periódico <i>El Municipio Libre</i></p> <p>29 de septiembre. Nombramiento como miembro de la SRE como segundo secretario. Deja su puesto de escribiente</p> <p>Federico Gamboa ingresó en el Servicio Exterior como secretario segundo de la Legación Mexicana en Centroamérica, el 9 de octubre de 1888. Los exámenes que presentó fueron de francés, inglés, latín, derecho internacional y diplomacia. Por sus</p>	

	<p>estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, se consideraron acreditadas gramática castellana, historia y raíces griegas. México, Secretaría de Relaciones Exteriores. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. (En lo sucesivo AHSRE). E-L-E-407. A Josefina Mac Gregor (2009: 45)</p> <p>16 de octubre. Sale de la Ciudad de México rumbo a Guatemala</p> <p>Noviembre. Llega a Guatemala</p>	
1889	<p>14 de noviembre. Es aceptado como miembro extranjero de la Academia correspondiente de la Real Española. Lo proponen los intelectuales guatemaltecos: Agustín Gómez Carrillo, Salvador Falla y Antonio Batres Jáuregui</p> <p>Publica su primera novela: <i>Del natural. Esbozos contemporáneos</i>, que está compuesta por cinco novelas cortas. Federico tiene 24 años</p> <p>Estrenan su segunda traducción-adaptación “La moral eléctrica”</p>	
1890	<p>(Posiblemente dejó Guatemala el 5 de abril)</p> <p>Viaja a Europa (Londres, quince días; París – siete meses)</p>	
1891	<p>Entre enero y febrero arriba a Buenos Aires, Argentina en su papel de primer secretario de la legación mexicana</p> <p>Septiembre. Va a Brasil</p> <p>17 de diciembre. Muere su tío, José María Iglesias</p>	

1892	<p>10 de mayo (martes) inicia sus reuniones literarias con un grupo de intelectuales argentinos, miembros del Ateneo argentino.</p> <p>29 de julio. Publica su segunda novela <i>Apariencias</i> (Federico tiene 27 años)</p> <p>Agosto. Visita Brasil por segunda ocasión</p> <p>21 de octubre. Termina su interinato como encargado de negocios. Regresa a ser primer secretario</p>	
1893	<p>7 de junio. Publica su autobiografía <i>Impresiones y Recuerdos</i></p> <p>11 de julio (martes). Última reunión en casa de Gamboa con intelectuales argentinos.</p> <p>30 de junio. Queda cesante de su puesto en la cancillería mexicana.</p> <p>22 de agosto. Sale de Buenos Aires, Argentina.</p> <p>Viaja a Europa (París, un mes)</p> <p>4 de octubre. Lo recibe Zola.</p> <p>8 de octubre. Lo recibe Edmond de Goncourt</p> <p>13 de diciembre. Llega a la Ciudad de México</p>	Muere Ignacio Manuel Altamirano
1894	<p>11 de mayo. Estrenan su primera obra de teatro "La última campaña" en el Teatro Principal</p> <p>7 de junio. Estrena el monólogo "Divertirse" en el Teatro Nacional</p> <p>Gamboa y Ángel de Campo publican en <i>El Mundo</i></p>	Muere Manuel Gutiérrez Nájera

	<p>una columna: “Siluetas que pasan”, que firman como <i>Bouvard</i> o como <i>Pécuchet</i></p> <p>Los periódicos católicos <i>La voz de México</i> (11 de febrero) y <i>El Tiempo</i> (13 de febrero) dan la noticia de que “dentro de pocos días contraerá matrimonio FG”</p> <p>Es diputado suplente (el propietario era Emilio Pardo Jr.) por el Distrito Federal</p>	
1895	<p>Trabaja de “Guarda-almacén general y Alcaide de la Administración principal de rentas del Distrito Federal” (mes y medio, del 6 marzo al 17 de abril 1895) y como “Oficial segundo de la sección primera de la SHCP” (nueve meses, del 18 abril 1895 al finales de enero de 1896)</p> <p>Gamboa y Ángel de Campo publican en <i>El Mundo</i> una columna: “Siluetas que pasan”, que firman como <i>Bouvard</i> o como <i>Pécuchet</i></p>	
1896	<p>31 de enero 1896. Es nombrado Jefe de la sección de Cancillería en la Secretaría de Relaciones Exteriores</p> <p>16 octubre. Publica su tercera novela <i>Suprema Ley</i> (FG a punto de cumplir 32 años)</p>	
1897	8 de diciembre (19 de nov?). Se casa por lo civil con María Sagaseta Vega	Muere Guillermo Prieto
1898	Sábado 12 de febrero. Se casa por la iglesia con María de la Concepción Dolores Anatolia Fausta Sagaseta Vega (María Sagaseta Vega) (FG 33 años, MS 28 años) (Delegación 6; Juzgado Vol; Libro 5; Acta 36)	

	<p>4 de mayo al 31 de diciembre. Trabaja en la Escuela Nacional Preparatoria como Profesor de Historia de la Geografía.</p> <p>28 de septiembre lee un discurso ante Díaz.</p> <p>25 de diciembre. Deja la Ciudad de México con destino a Guatemala.</p>	
1899	<p>24 de enero. Llega a Guatemala como Encargado de negocios ad interim.</p> <p>23 de febrero. Muere su suegro y cuñado Miguel Sagaseta</p> <p>29 de julio. Nace su único hijo Miguel Félix Gamboa Sagaseta</p> <p>Hace un viaje a El Salvador</p> <p>4 de octubre. Publica <i>Metamorfosis</i></p>	
1900	<p>En enero y febrero hace una gira por Costa Rica y Nicaragua</p> <p>7 de abril, comienza a escribir <i>Santa</i></p> <p>La Academia Francesa le otorga la condecoración "Las palmas", según nota del periódico mexicano El Chisme, de fecha 04 de julio de 1900</p>	
1901	<p>2 de mayo. Escándalo que la causa la cesantía temporal de su empleo dentro de la SRE</p>	
1902	<p>14 de febrero termina <i>Santa</i></p> <p>27 de abril. Deja Guatemala</p> <p>12 de mayo. Llega a la Ciudad de México</p> <p>12 de diciembre. Lo nombran primer secretario en Washington</p>	<p>Muere el escultor y pintor Jesús Contreras</p>

1903	<p>29 de enero. Sale por Veracruz a Nueva York</p> <p>10 de febrero llega a Washington</p> <p>8 de marzo. Muere su hermana Virginia Gamboa de Alcalde</p> <p>Primer secretario de la legación mexicana en Washington</p> <p>1 de septiembre. Traduce para la Revista Moderna de México un cuento de Bruno Lessing.</p> <p>Octubre. Publica <i>Santa</i></p>	
1905	<p>15 de agosto. Deja Washington</p> <p>14 de octubre estrena <i>La venganza de la Gleba</i></p>	
1908	<p>19 enero. Muere su sobrina Mercedes, hija de su hermana Soledad</p> <p>28 enero. Muere su cuñado Rafael Sagaseta y Vega, quien lo acompañó tanto en Guatemala como en Washington en calidad de su secretario particular</p> <p>26 de febrero. Publica <i>Mi Diario I</i></p> <p>16 de julio. Publica <i>Reconquista</i></p> <p>Ocupa una curul en el Congreso (septiembre 1908-septiembre 1910) por el 4o. Distrito de Chihuahua</p>	Muere Ángel de Campo (Micrós)
1909	<p>22 marzo. Miembro de la Academia mexicana de la lengua</p>	

	<p>Gamboa ocupó la silla XVII: Esa misma silla será ocupada después por Alfonso Reyes, pasando por Manuel Alcalá y Felipe Garrido</p> <p>12 agosto. Muere su sobrino Miguel Ángel, hijo de su hermana Soledad y medio hermano de su esposa</p>	
1910	<p>21 de febrero. Miembro honorario y vitalicio del Metropolitan Museum of Art, de Nueva York</p> <p>Ministro plenipotenciario en Guatemala, subsecretario y encargado de despacho de la Secretaria de Relaciones Exteriores. Es uno de los organizadores de los festejos del centenario</p> <p>Al terminar las fiestas del centenario se vio impuesto a abandonar el país, pues no se entendía con Enrique Creel, el nuevo secretario. En un primer momento se le ofreció la representación en Noruega y Suecia. La rechazó por considerar el nombramiento un destierro, más que una misión diplomática. Al modificarse su designación partió para Europa con un doble encargo. Por un lado, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Bélgica y los Países Bajos (Holanda), y por otro, como comisionado especial ante el gobierno de España para agradecer la misión enviada por éste con motivo de las fiestas del Centenario</p> <p>12 de octubre. Publica <i>Mi Diario II</i></p> <p>Vive en San Ángel, en la casa de Plaza, en la Glorieta del Secreto, colonia de la Huerta del Carmen</p>	<p>Muere Juan de Dios Peza</p>

1911	<p>20 de junio. Gamboa va a El Havre a recibir a Díaz y su familia</p> <p>13 de septiembre. Muere su hermano el jurista José María Gamboa</p> <p>23 de diciembre. Miembro (correspondiente extranjero) de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona</p> <p>Ministro plenipotenciario en Bélgica y los Países Bajos</p>	24 de mayo. Renuncia Porfirio Díaz
1912	<p>10 de marzo. Visita a Porfirio Díaz en París. Gamboa anota lo que el caudillo le dice a la prensa: “volveré a México cuando mis compatriotas hayan recuperado la razón”</p> <p>Visita al escritor Belga Camille Lemonnier</p> <p>23 de agosto. Termina su última novela larga, <i>La Llaga</i>, la cual dedica a México</p> <p>Escribe sobre Madero: “no puedo calificarlo sino de irresponsable, atacado de imbecilidad superaguda e incurable. ¡En qué manos estamos! ¡Qué fantoche rige los destinos pavorosos de mi México! (Gamboa, 1995: 27)</p>	<p>Se hunde el Titanic</p> <p>Muere el emperador japonés Meiji (Mutsuhito)</p> <p>Muere Justo Sierra</p>
1913	<p>En julio – agosto publica <i>La Llaga</i></p> <p>En julio Carlos Pereyra le comunica que ha sido nombrado Secretario de Relaciones Exteriores por Huerta</p> <p>El Salón de Embajadores de Palacio Nacional fue el escenario de la protesta de Gamboa como canciller, el 11 de agosto de 1913</p>	Su renuncia dice: “es de mi deber presentar esta renuncia, tanto por razones de delicadeza personal cuanto porque no me toca decidir si con la aceptación de que se trata la de su propia

	<p>Del 12 de agosto al 24 de septiembre. Secretario de Relaciones Exteriores</p> <p>Se lanza como candidato a la presidencia, junto con el general Eugenio Rascón como vicepresidente, por el partido católico nacional. El 26 de octubre el vencedor fue Victoriano Huerta y Eusebio Blanquet</p>	<p>candidatura a la presidencia contrarió la política patriótica que en pro de la pacificación nacional viene desarrollando el Señor General Presidente don Victoriano Huerta".</p> <p>AHSRE. Exp. L-E-409 (Mac Gregor, 2009: 51)</p>
1914	<p>3 de enero. En el último ciclo de conferencias del Ateneo de la Juventud Gamboa dio su conferencia sobre "La novela mexicana"</p> <p>6 de febrero estrena <i>A buena cuenta</i></p> <p>25 de agosto. Deja la Ciudad de México, rumbo a Veracruz</p> <p>21 de septiembre. Sale exiliado a Galveston, Texas</p>	
1915	Emigran a la Habana Cuba	Muere Porfirio Díaz
1917	03 de marzo. Muere su hermana menor Soledad Gamboa, de quien fue muy cercano	
1918	13 de julio. Se estrena la versión silente de <i>Santa</i> en el Cine Olimpia	
1919	<p>1 de marzo se autoriza que María Sagaseta desembarque en México</p> <p>08 de octubre. Federico Gamboa y su hijo regresan a México, después de cinco años de exilio</p>	

1920	<p>Publica <i>Mi Diario III</i></p> <p>Secretario general del primer Congreso de Geografía</p> <p>23 de febrero. Muere a los 50 años su esposa María Sagasetta Vega.</p> <p>2ª edición de <i>Suprema Ley</i></p> <p>Entrada 6 de enero de 1921, refiriéndose a lo que hizo el año anterior (1920): “escribí unos ochenta o cien artículos, todos pagados para periódicos diversos” (Gamboa, 1996: 10)</p>	
1921	<p>5 de enero. Se estrena la versión silente de <i>La llaga</i> en el Cine Fausto</p> <p>Escuela Libre de Derecho, profesor de Derecho Internacional Público.</p> <p>Escuela Nacional Preparatoria, profesor de Literatura Castellana</p> <p>2ª edición de <i>Metamorfosis</i></p> <p>Gamboa vende la casa que compró con las regalías de <i>Santa</i> (Mirto y Fresno, en la Sta. María la Ribera)</p>	<p>Muere Ramón López Velarde, coprofeesor junto con Gamboa en el curso de Literatura</p>
1922	<p>Marzo – abril aparece en 2 partes en la revista de Nueva York, “Pictorial Review”, su última novela (se le considera novela corta): <i>El evangelista: novela de costumbres mexicanas</i></p> <p>Entra a la Facultad de Altos Estudios, hoy Filosofía y Letras de la UNAM; dio clases de literatura</p>	

	española e hispanoamericana de los siglos XVI, XVII y XVIII y literatura castellana contemporánea	
1923	Es electo presidente de la Academia Mexicana de la Lengua (9o director)	Muere José López Portillo y Rojas
1924	Es separado de sus clases	
1925	Regresa a dar clases (31 oct) Isidro Fabela lo injuria en el periódico Excélsior	
1926	Comienza a escribir artículos para el Universal	
1928	19 de mayo. Gamboa estrena <i>Entre hermanos</i> 26 de diciembre. Se le informa que se le separaba de sus labores docentes por acuerdo del presidente de la República,	AHUNAM. Sección de personal. Exp. 21084. Carta de Alfredo E. Uruchurtu, oficial mayor de la SEP a Federico Gamboa, 26 de diciembre de 1928: "Porque su ideología es enteramente ajena al momento actual de la Revolución Mexicana... no pretende estorbar la libertad de pensamiento... pero sí evitar que ocupen puestos oficiales, con especialidad en materia docente, personas no identificadas con los ideales y las doctrinas del movimiento social de México". (Mac Gregor,

		2009: 53)
1929	Mayo. Solicita su jubilación	
1931	<p>Febrero. Se le concede una pensión de 5.25 pesos diarios por parte de la UNAM</p> <p>O1 de febrero. Casamiento de su hijo Miguel Gamboa Sagaseta</p> <p>Comienza la filmación (28 de noviembre) de la 2ª adaptación de <i>Santa</i></p>	Muere Victoriano Salado Álvarez
1932	30 de marzo. Se estrena la versión sonora de <i>Santa</i> en el cine Palacio	
1934	24 de agosto. Publica <i>Mi Diario IV</i>	
1935	<p>2 de enero. El Consejo Universitario de la UNAM le confirió el grado de doctor Honoris causa</p> <p>20 de marzo. Miembro honorario de la Academia Colombiana de la lengua.</p> <p>El rector Fernando Ocaranza lo nombra profesor de literatura mexicana en Filosofía y Letras.</p>	
1937	<p>19 de marzo. Se estrena la versión sonora de <i>Suprema Ley</i> en el Cine Rex</p> <p><i>La llaga</i> fue adaptada por segunda ocasión (sonora), dirigida por Ramón Peón, con René Cardona y María Luisa Zea y Adria Delhort, estrenada el 18 de julio de 1937 en el cine Palacio</p>	
1938	14 de octubre publica <i>Mi Diario V</i>	
1939	<p>15 de agosto. Muere Federico Gamboa e Iglesias.</p> <p>De acuerdo con el acta de defunción, fue en la calle de Chihuahua 156 (D.F.) a las 6 horas y 35 minutos. Inhumado en el Panteón Francés. El médico que firma es: Luis Morales Bolaños. Anotan que tenía 75 años (técnicamente, le faltaban casi cuatro meses para cumplirlos). Enfermedad: Arterioesclerosis. Síncope cardíaco. (Juzgado 4; Libro 12; Acta No. 19; Año 1939)</p>	

ANEXO D

Lecturas de Federico Gamboa

Año / Autor / Libro	Cita textual	Fuente
1880 – 1881 Poesía	<p>La clase consistía en lectura en voz alta y análisis gramatical junto al pizarrón, donde el mismo Mr. Golday (profesor) escribía largos y complicados períodos; tres veces á la semana, lectura é interpretación libre de los poetas ingleses y americanos, Longfellow, muy especialmente...</p> <p>Henry Wadsworth Longfellow, poeta hogareño, de gran aceptación por parte del público americano. 1807 – 1882.</p>	Impresiones y recuerdos 1893: 25
1882 José María Vigil <i>Impresiones literarias.</i> <i>Historia de la literatura en México.</i> <i>Sátiras de Persio.</i>	Su magistral estudio sobre Lope de Vega, que modestamente bautizó de “Impresiones literarias”. Estas dos últimas obras (se refiere a <i>Historia de la literatura en México</i>) y el ejemplar elzeviriano impreso por Escalante, de sus “Sátiras de Persio” con que me obsequió cuando seguí su curso de Lógica (1882), los guardo como preseas que son de mi modesta biblioteca.	Mi Diario V 1938: 11 7 marzo 1909
1882 Eugenio Sue <i>El Judío errante</i> <i>Historia de veinte siglos</i>	En lugar de atender a su interesante curso de geografía (se refiere al geógrafo Miguel E. Schulz), me encaramaba hasta la grada superior para leer a hurtadillas <i>El judío errante</i> y la <i>Historia de veinte siglos</i> de Eugenio Sue.	Mi Diario II 1910: 64 16 mayo 1898

<p>1883 – 1884</p> <p>Lecturas dispersas</p>	<p>De mala gana, sin ningún aliciente, me preparaba yo para el examen de 4º año de Derecho [...] La escuela y un humilde empleo se disputaban mi tiempo [...] Quedábame libres las más de las tardes, que yo aprovechaba con <i>lecturas heteróclitas</i> y solitarios paseos.</p>	<p>Impresiones y recuerdos 1893: 58</p>
<p>1886</p> <p>Novelas malas y revistas verdes</p>	<p>Creí que la Théo (Luisa Théo / Ana Luisa Piccolo, cantante de ópera y opereta) era un enviado extraordinario del París que yo conocía al través de novelas malas y revistas verdes, del París ése con que deliramos todos los hispanoamericanos cuando somos jóvenes.</p> <p>Nota: “Más o menos hacia 1840 aparecen en Francia los primeros daguerrotipos con desnudos femeninos. Muchos de ellos eran coloreados y en general su representación seguía los cánones estéticos de la pintura del siglo XIX. Así comienzan a desfilar por la antigua fotografía salomés, cleopatras, matronas romanas, majas, odaliscas y virginales afroditas, muchas de ellas en situaciones decididamente lésbicas. Otras escenas representan todo tipo de situaciones entre hombres y mujeres. Hasta 1860 se habrían realizado más de cinco mil daguerrotipos eróticos. En Francia también</p>	<p>Impresiones y recuerdos 1893: 73</p>

	<p>se popularizaron las fotografías microscópicas a través de pequeños visores que a la luz dejaban ver la imagen erótica.</p> <p>FIGARI, Carlos Eduardo. Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de géneros. La ventana, Guadalajara, v.3, n.27, jul. 2008. <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362008000100007&lng=es&nrm=iso> consultado el 23 abril 2012</p>	
1887	<p>Michelet El Sacerdote, la Mujer y la Familia.</p> <p>Y cuando cruzaba yo la puerta, me llamó, tomó de su biblioteca giratoria El Sacerdote, la Mujer y la Familia, de Michelet, que todavía conservo, y me lo regaló con esta dedicatoria de su puño y letra: Al Benjamín de los redactores de El Diario del Hogar. —Filomeno Mata.</p>	<p>Impresiones y recuerdos 1893: 77 – 78.</p>
1888	<p>Autores mexicanos varios</p> <p>Volví la cara á nuestros novelistas ya consagrados, en busca de rumbos y derroteros; no me remonté mucho, me quedé con los novelistas de ayer y ningún rumbo me dieron. Llenan una librería, han escrito mucho, mas lo mucho que han escrito, fuera de una que otra página llamada á perdurable vida, antojóseme empolvado, con telarañas casi y con pequeños resabios de los novelistas españoles anteriores á Alarcón,</p>	<p>Impresiones y recuerdos 1893: 218 – 219</p>

<p>Emilio Rabasa</p>	<p>Pérez Galdós y Pereda. No eran de mi época; hablaban á la manera de los conocidos viejos de mi casa, los que con mis padres lamentaban el desaparecimiento de tiempos mejores y marchitos.</p> <p>Del grupo, y escarbando bien, caíame de vez en cuando un brillante, como: “Una rosa y un harapo”, del viejo Ramírez; obra interesante más todavía al que cual yo ha conocido á su autor – muerto hace poco – en su decadencia desconsoladora y prolongada.</p> <p>Y fue un contemporáneo, Emilio Rabasa, quien con sus novelas recién publicadas me dió sin saberlo la solución que yo necesitaba para aventurar mis tentativas. No pintaba la luna, ni aventuras extraordinarias, ni amores inverosímiles, sino que pintaba sucesos y personas que nos eran conocidísimos, que nos sabíamos de memoria; y sacó á luz nuestros pueblos, nuestra capital; no se sonrojó de hablar de calles como la del Puente de Monzón, ni de nuestras casas de huéspedes; mas lo hizo con tal arte y con tal verdad de colorido.</p> <p>Notas:</p> <p>Para esas fechas Rabasa había publicado: La gran ciencia (1887), La bola (1887), El cuarto poder (1888) y Moneda falsa (1888).</p>	<p>Impresiones y recuerdos 1893: 219 -220</p>
----------------------	---	---

	<p>Algunos años después, por ejemplo, a raíz de la muerte de Guillermo Prieto (el 1 de marzo de 1897) Gamboa, en una anotación larga en su Diario, con fecha de entrada 9 de marzo de ese año, reflexiona más a detalle de lo que acostumbra sobre Prieto y otros escritores. A la letra: “De todas sus obras, me quedo con la poética, no obstante que mucho hay de notable, y aun de plausible, en su obra de prosador y en su larga obra política. De sus versos, prefiero sus romances, y los que ensalzan á nuestro pueblo; gusto más del cantor popular que del poeta con vistas á Tirteo. Prieto es tal vez de todos nuestros hombres de letras —sin incluir al «Pensador» quien más se ha inclinado á escuchar los latidos de nuestros humildes, las picardías de nuestros «léperos,» [...] La prosa de Prieto no me convence, y en su obra de historia patria, menos, no obstante que posee lo que sus rimas, y su palabra familiar, y sus discursos, y su ser entero poseían: fuego y amor, alma y entusiasmo. Creo que deben exceptuarse del entredicho, los «Viajes de Orden Suprema,» por desgracia incompletos, y el «Viaje á los Estados Unidos,» que es de enjundia regocijada y sabrosa. Hánme asegurado que el poeta dejó, manuscritas pero íntegras, sus «Memorias.» ¡Quiera Dios que ello sea cierto y que sus ejecutores testamentarios no demoren el aparecimiento de esas hojas vividas! (Gamboa, 1910: 19 – 29)</p>	
--	---	--

	<p>De los otros escritores, Gamboa comenta: “De cuatro poetas, principalmente, me pedían noticias y descripciones, en nuestras inolvidables reuniones literarias de que hablo en el tomo primero de este “Mi Diario” (En Buenos Aires): de Manuel Gutiérrez Nájera, de Guillermo Prieto, de Juan de Dios Peza y de Salvador Díaz Mirón. De los cuatro y de muchos más, prosadores inclusive, di muchedumbre de pormenores, hasta donde mi memoria ó mis noticias alcanzaban; y se leyeron composiciones tuyas, algunas merecieron la reproducción en diarios ó revistas. Aun recuerdo que esta suerte corrieron «Las Mariposas” de Manuel”. (Gamboa, 1910: 26 – 27)</p>	
<p>1888 Camino a Guatemala</p> <p>Pierre Alexis Ponson du Terrail</p> <p>y</p> <p>Manuel Fernández y González</p>	<p>Diríase que todas la concepciones calenturientas de un Poson du Terrail o de un Fernández y González se habían encarnado en el edificio aquel (se refiere a un Teatro en el Barrio Chino de San Francisco, Cal.)</p> <p>Nota: no menciona qué obras leyó de estos autores</p>	<p>Impresiones y recuerdos 1893: 179</p>

<p>1888 – 1890 Guatemala</p>		
<p>a) Alfredo de Musset <i>On ne badine pas avec l'amour</i> (obra de teatro, 1834) y otros textos del autor</p>	<p>a) Juntos leíamos el teatro y las poesías de Alfredo de Musset, en alta voz, declamando versos, leyendo dos y tres veces una misma pieza.</p> <p>Nota: Durante su estancia en Guatemala Gamboa, junto con su compañero de cuarto, el secretario de la legación de Francia, Le Brun, suelen dedicar los domingos a la lectura</p>	<p>a) Impresiones y recuerdos 1893: 194</p>
<p>b) Danton, Robespierre Discursos</p>	<p>b) Otras tardes las consagrábamos á la historia palpitante siempre de la Revolución Francesa; leíamos íntegros los discursos de los hombres de entonces, de Danton, de Robespierre, y yo me entusiasmaba.</p>	<p>b) Impresiones y Recuerdos 1893: 194</p>
<p>c) J. J. Rousseau <i>Las confesiones</i>. Alfonso Daudet <i>Les femmes d'artistes</i></p>	<p>c) Roa (su jefe en la legación en Guatemala), por su lado, me encargo á París <i>Las confesiones</i> de J. J. Rousseau y <i>Les femmes d'artistes</i> de Alfonso Daudet, sin decirme nada; una verdadera sorpresa que hallé un buen días sobre mi mesa de trabajo.</p>	<p>c) Impresiones y Recuerdos 1893: 195</p>
<p>d) Gustave Flaubert <i>Madame Bovary</i></p>	<p>d) Así conocí esa eterna joya literaria, esa obra maestra de la novela contemporánea, la <i>Madame Bovary</i> de Gustavo Flaubert.</p>	<p>d) Impresiones y recuerdos 1893: 195</p>

<p>1892 Buenos Aires, Argentina</p> <p>Julián Martel <i>La Bolsa</i></p>	<p>José María Miró, el novelista argentino que bajo el seudónimo de Julián Martel publicó hace poco una novela sociológica, <i>La bolsa</i>, que alcanzó un gran éxito, almuerzo conmigo.</p>	<p>Mi Diario I 1908: 4 14 mayo 1892</p>
<p>Edgar Allan Poe</p>	<p>(Fruto de la narración que le hace un compañero sobre los terremotos en Japón): Prodúceme un pavor artístico, cual si viera yo, con fantástica luz iluminadas, las obras de Edgar Alan Poe, ilustradas por un Gustavo Doré imposible.</p> <p>Nota: Por lo menos dos veces más recurriré a Poe cuando quiera señalar algo macabro o grotesco. Por ejemplo (4 de mayo de 1901): “Y la noche de hoy ¡la noche de hoy! yo me la he pasado con Ana Radcliffe, (Ernest Theodor Amadeus) Hoffmann y Poe, en una pesadilla imborrable, que quién sabe si no me dejará lacrado para siempre.” (Gamboa, 1920: 61) O el 18 de julio de 1897, a propósito de unos dibujos de Julio Ruelas, dice: “sus dibujos parecen ideados por el Dante, Edgar Allan Poe ó Baudelaire”. (Gamboa, 1910: 39)</p>	<p>Mi Diario I 1908: 18 18 junio 1892</p>
<p>Martín Coronado</p>	<p>En casa de Calixto Oyuela. Nos lee su drama <i>Martín Coronado</i>; tres actos románticos y un tanto pesados; la acción arrástrase perezosa</p>	<p>Mi Diario I 1908: 26 28 junio 1892</p>

	<p>ó cándida; de cuando en cuando, un chispazo de verdadero talento, del bueno de Coronado posee de sobra, y luego, aquello decae de nuevo. Casi á la medianoche concluye la lectura.</p>	
<p>Miguel de Cervantes Saavedra El Quijote</p>	<p>En la casa de del Solar, un señor lee, a propósito del “Quijote”, un estudio sobre el Fuero Juzgo, que podrá ser todo lo erudito y estimable que se quiera, pero al que no le hallo contacto con la obra inmortal de Cervantes; sin embargo, se lo aplauden á rabiar.</p> <p>Nota: ¿Es suficiente para inferir que ya leyó El Quijote?</p>	<p>Mi Diario I 1908: 26 1 julio 1892</p>
<p>1892 Buenos Aires, Argentina</p>		
<p>Rafael Obligado</p>	<p>Me quedo yo solo con el poeta, en un momento de expansión íntima. Me lee versos suyos, de los viejos; confiésame que está enamorado de su composición intitulada “las quintas de mi tiempo”.</p>	<p>Mi Diario I 1908: 32 16 julio 1892</p>
<p>Leopoldo Díaz</p>	<p>Se lee el prólogo de mis “Impresiones”, y Leopoldo Díaz, el parnasiano argentino, el elegantísimo poeta algo simbolista, lee una traducción suya, en verso, de una poesía naturalista portuguesa y que parece escrita</p>	<p>Mi Diario I 1908: 34 19 julio 1892</p>

	<p>por el doctor Ricord; hasta de copaiba y de nitrato de plata se habla en ella!</p> <p>Les portugais sont toujours gais*</p> <p>Notas:</p> <p>*Frase de la ópera bufa (cómica) <i>Le Jour et le Nuit</i> (El día y la noche) 1881. Sería algo como: ¡los portugueses son siempre alegres!</p> <p>Copaiba: es una planta medicinal, el aceite que se extrae del árbol alivia los síntomas de muchas enfermedades que causan inflamación en los tejidos blandos o en las membranas mucosas.</p> <p>Creo, se refiere al Doctor francés Philippe Ricord (1800 – 1889) cuyos estudios sobre las enfermedades venéreas le dieron prestigio en el mundo de la medicina.</p>	
<p>Hermanos Goncourt <i>Soeur Philoméne</i></p>	<p>Los Goncourt, - de cuya compañía impresa vengo disfrutando – estudiaron en su <i>Soeur Philoméne</i> á la hermana de la caridad en el hospital.</p>	<p>Mi Diario I 1908: 40 25 julio 1892</p>
<p><i>Historia de María Antonieta</i></p>	<p>Termino la lectura de la “Historia de María Antonieta” de los Goncourt. Un primor el libro éste; me ha hecho detestar la Revolución y convencídomme de que el fondo del pueblo francés es cruel y sanguinario. Los hermanos geniales llegan á llamarlo, al hablar del 10 de agosto, un pueblo de asesinos.</p>	<p>Mi Diario I 1908: 46 – 47 09 agosto 1892</p>

<p>1892 Buenos Aires, Argentina</p> <p>Luís de Camoës</p>	<p>Hasta el idioma se me atraviesa; tengo que recordar á cada paso que Camoens existió (Luís de Camões, poeta portugués del siglo XVI), a fin de no declarar jerga lo que oigo hablar á mi alrededor.</p> <p>Nota: Se encuentra de viaje, por su papel de encargado de negocios (interinato), en Brasil.</p>	<p>Mi Diario I, 1908: 46 07 agosto 1892</p>
<p>Benito Pérez Galdós</p>	<p>Pienso en la misma España, la patria madre, en los puñados de años que Pérez Galdós vivió incógnito no obstante ser el autorazo que es.</p> <p>Nota: Siete años después, el 24 de agosto de 1899, Gamboa anota: “Anoche terminé la lectura de los “Episodios Nacionales” de Pérez Galdós. No me lo imaginé tan descuidado en ellos. ¡Qué diferencia, en cuanto á estilo, con cualquiera de sus “Torquemadas”, por ejemplo! Tampoco me lo imaginé nunca tan descreído. ¡Mire usted que se trae una guasa con la Iglesia y con la Divinidad misma!” (Gamboa, 1910: 123).</p>	<p>Mi Diario I 1908: 49 23 agosto 1892</p>
<p>Enrique Heine</p>	<p>Mal momento el en que me ha ocurrido leer á Enrique Heine, cuando estoy que aúllo por mi conflicto sentimental.</p> <p>Notas:</p>	<p>Mi Diario I 1908: 65 14 octubre 1892</p>

	<p>¿Leyó sus poemas, sus confesiones o las memorias?</p> <p>Años después, 14 de febrero 1910, anotó en su Diario: "Terminé, anoche, con el ánimo acongojado, la lectura de los tres tomos de la "Correspondencia" de Heine, víctima perpetua de su pésima salud, y hasta sus últimos momentos preocupado por la obra de arte: ¡seis años en cama, derribado por la parálisis!... Heine es un ególatra de muchísimo talento, y un artista de raza". (Gamboa, 1938: 135)</p>	
<p>1893 Buenos Aires, Argentina</p> <p>Flaubert / Stendhal Correspon- dencia</p>	<p>Encantado tres días con la lectura de las correspondencias de Stendhal y de Gustavo Flaubert, respectivamente. Son hombres que estimulan; lecturas como ésta deberíamos hacerlas todo de tiempo en tiempo los que por una ú otra causa nos hemos dado á la envenenada carrera de las letras.</p>	<p>Mi Diario I 1908: 78 – 79 18 enero 1893</p>
<p>Schopenhauer</p>	<p>Concluyo la lectura de Schopenhauer.</p> <p>Nota: ¿Leyó El mundo como voluntad y representación?</p>	<p>Mi Diario I 1908: 80 22 enero 1893</p>
<p>Paul Bourget <i>Etudes et</i></p>	<p>Más camino de hierro, rumbo al Tandil, á</p>	<p>Mi Diario I 1908: 85 13 febrero 1893</p>

<p><i>Portraits</i></p>	<p>conocer su célebre piedra movediza. Al fin de amenizar las nueve horas que dura el viaje, apelo a un buen compañero: los <i>Etudes et Portraits</i> de Paul Bourget. Y caigo precisamente en uno de los viajes á Inglaterra, en el que se ocupa, á propósito de los lagos, de De Quincey, el artista británico comedor de opio, y heredero del “cottage” que en famoso se tornó por haberlo vivido también el bardo Wordsworth. ¡Cuánto sufrió De Quincey y cuánto amó?</p> <p>Nota. Tres años después, 31 de marzo de 1896, anotó en su Diario: “Luego de hojear un libro de Bourget – sus “Mensonges”, que para mí no habrán de envejecer –”. (Gamboa, 1908: 262)</p>	
<p>Flaubert Correspondencia</p>	<p>Y recuerdo que Flaubert cuenta en su Correspondencia que varias veces atravesó él por idénticos períodos, lo que no me consuela; él lloraba por defecto de amor, yo por exceso. ¿Será necesidad la de ambos?</p> <p>Notas:</p> <p>Además de los hermanos Goncourt, Flaubert era parte de los ritos de lectura de Gamboa. Un 14 de enero de 1895, por ejemplo, el escritor mexicano escribió: “Cuando concluyo una lectura y mientras elijo lectura nueva, indefectiblemente caigo sobre la</p>	<p>Mi Diario I 1908: 94 31 marzo 1893</p>

	<p>“Correspondencia” de Flaubert o sobre el “Diario” de los Goncourt”. (Gamboa, 1908: 234)</p> <p>Un 13 de mayo de 1894 Gamboa escribió: “¿Pues no Flaubert en su Correspondencia escribió á propósito del público francés, que era extraordinario el número de imbéciles que se necesitaban para componer un público?” (Gamboa, 1908: 208)</p> <p>A pesar de su admiración, muchos años después, un 11 de abril de 1902, Gamboa escribió: “Honda desilusión la que sufro con la lectura de Bouvard et Pécuchet, obra póstuma de mi admiradísimo Gustavo Flaubert. Creo en mi ánimo que si la novela luciese firma distinta, pocos leeríanla y menos aplaudiríanla. Vaya un libro más tedioso y más estafalario y más feúcho. Asegura el autor en su Correspondencia que para poder escribirlo hubo de echarse al colete unos cinco mil volúmenes. ¡Qué lástima que lectura tanta produjese un hermano, a mi juicio monstruoso, de las magistrales y deliciosas Bovary y <i>Éducation sentimentale</i>” (Gamboa, 1920: 147)</p> <p>Entre 1894 y 1895, Federico Gamboa y Ángel de Campo publicaron en <i>El Mundo</i> una columna, “Siluetas que pasan”, que firmaban como Bouvard o como Pécuchet, lo cual permite inferir que, a pesar de no haberlo leído aún, pero dada la admiración que le</p>	
--	---	--

1893 Buenos Aires, Argentina	profesaba a Flaubert, firmó con dichos nombres, que después habría de denostar.	
Casanova <i>Memorias</i>	Concluyo de leer el 1er tomo de las “Memorias” de Casanova, y comprendo que no podré ir más allá.	Mi Diario I 1908: 132 04 agosto 1893
1893 (En Francia)		
Tolstoi <i>La Guerra y la Paz</i>	De paseo nocturno por el Cours de l’Intendence (en Burdeos), compro “ La Guerre et la Paix ”, de Tolstoi y me prendo de un puñal japonés de cubierta de bronce.	Mi Diario I 1908: 152 21 septiembre 1893
Emile Zola	(París) Realizo uno de los mayores deseos de mi vida de hombre de letras: hoy visité a Emilio Zola [...] De súbito, ábrese una puerta y el autor de los ROUGON – MACQUART me tiende una mano: - <i>Monsieur désire?</i> – Nada más que esto, señor, conocerlo a usted de cerca y en persona, después de haberlo seguido mucho tiempo de lejos, en sus libros [...] Háblome de sus obras, y por halagarlo, de los festejos que acaban de obsequiarlo en Londres. Notas: ¿Habría leído Gamboa las 20 obras que lo componen, tomando en cuenta que la última, Doctor Pascal, la publicó en 1893?	Mi Diario I 1908: 156 – 158 4 octubre 1893

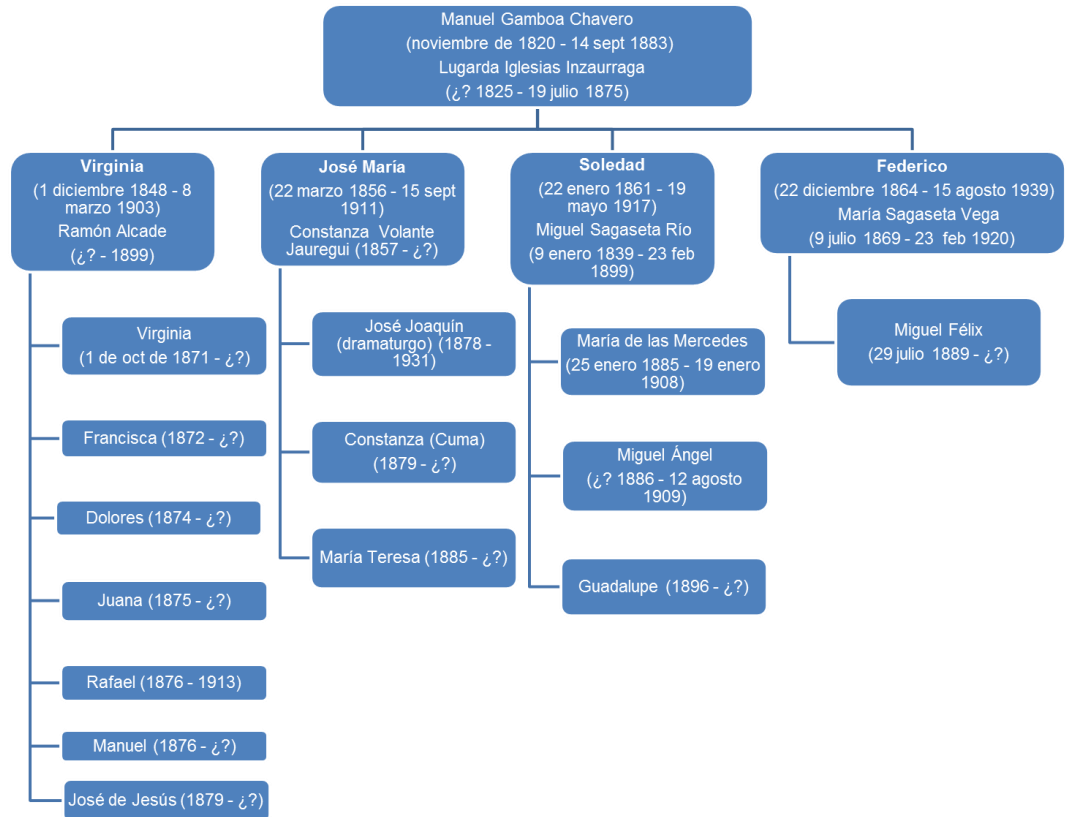
	<p>Posiblemente sí.</p> <p>Es común encontrar entre los diarios anotaciones que refieren el conocimiento de parte de Gamboa de más obras de Zola. Por ejemplo, con entrada 14 de marzo de 1895, Gamboa anota: “Pienso al acostarme, a pesar del desaliento que me embarga, que podría escribirse – conociendo este mundo nuevo cual yo voy conociéndolo – un libro intenso, por el estilo de “Germinal” de Zola (Gamboa, 1908: 243)</p> <p>El desaliento al que se refiere Gamboa es por su descontento por el empleo burocrático en la Aduana, donde trabajará por espacio de dos meses para cambiar a un puesto en la SHCP. Otro ejemplo, con entrada 14 de octubre de 1895, con motivo de la coronación de la Virgen de Guadalupe (12 de octubre) Gamboa habla de una velada que organizó el partido conservador en un edificio propiedad de Manuel Iturbe, cuyo jardín inmenso, “emparentado con el PARADOU del Abate Mouret” (Se refiere a la obra de Zola: <i>La caída del abate Mouret</i>, 1875) (Gamboa, 1908: 255).</p>	
<p>Hermanos Goncourt</p>	<p>Mejor de la bronquitis que me encamó desde ayer [...] yo me lanzo a Auteuil otra vez a ver si encuentro en su casa a Edmundo de Goncourt [...] en ese vestíbulo maravilloso que, al igual de la morada toda, está idéntico</p>	<p>Mi Diario I 1908: 160 8 octubre 1893</p>

	a la minuciosa descripción hecha por el viejo novelista en sus dos tomos de la <i>Maison d'un artiste</i> .	
Flaubert Salammbó	(París) En la ópera a escuchar "Salammbó"... el libro, como todo libro dramatizado, con mutilaciones y jibas. Si Flaubert viviera ¿aprobaría la dramatización de su novela?	Mi Diario I 1908: 170 18 octubre 1893
Tolstoi <i>Memorias</i>	(En Nantes) Sin ningún aliciente en esta ciudad viejísima; sin nadie con quien cambiar ideas; sin nadie que distraiga mi espíritu, excepción hecha de las "Memorias" de Tolstoi, que leo á ratos.	Mi Diario I 1908: 175 29 octubre 1893
Hermanos Goncourt Diarios	Aparte de la atmósfera de estulticia propia á las ciudades provincianas de Francia, - tan admirablemente mencionada y censurada por los hermanos Goncourt en su "Journal", - Nantes ofrece otra particularidad: una falta de temperancia absoluta.	Mi Diario I 1908: 182 12 noviembre 1893
Benjamín Constant <i>Adolfo</i>	Día de muertos que me paso clausurado en mi fementido "hotel-garni", absorto en la lectura del ADOLFO de Benjamin Constant. Y aunque comprendo que al libro aféanlo defectos fundamentales, que entre sus páginas anda muy acentuada la influencia de WERTHER y de RENE, léolo con deleite, con avidez casi.	Mi Diario I 1908: 177 2 noviembre 1893

	<p>Nota: Por el comentario se puede inferir que ya leyó la novela <i>Werther</i> de Goethe, y la autobiografía novelada <i>Rene</i> de Chateaubriand. <i>Adolfo</i>, publicada en 1816 por primera vez, es una de esas obras que explora la neurosis en el amor.</p>	
--	--	--

Anexo E

Árbol Genealógico de la Familia Gamboa – Iglesias



Notas varias:

A) Federico Gamboa menciona en uno de sus diarios (V) que fueron 13 hijos los del matrimonio Gamboa – Iglesias. Algunos de estos fueron:

1. Manuel José Gamboa Iglesias (1846 – ¿?)

2. Manuel José (1847 - ¿?)

3. Virginia (1848 – 1903)

4. Antonio (1851 - ¿?)

5. Arturo (1854 - ¿?)

6. María Dolores (1855 - ¿?)

7. José María (1856 – 1911)

8. Ernesto (1859 - ¿?)

9. Soledad (1861 – 1917)

10. Francisco de Paula (1862 - ¿?)

11. Federico (1864 – 1939)

B) Lugarda Iglesias Inzaurraga viene de una familia de 10 hijos; ella ocupó el lugar número 6. Su hermano José María el número 4. El último de sus hermanos, Agustín, se casará en primeras nupcias con María Loreto Medina, y de ese enlace nacerá Adela Iglesias Medina (1859) quien fuera esposa de José Luis Blasio Prieto (13 enero 1842 – 5 septiembre 1923). En segundas nupcias con Antonia Guerra tendrá a Elisa (ambas vivirán hasta el final con José Luis, ya que Adela muere más o menos por 1893).

C) Manuel Gamboa Chavero sólo tuvo un hermano, José María

D) Miguel Sagaseta Río (magistrado de la Suprema Corte de Justicia), en primeras nupcias (octubre de 1866) con Dolores Vega Martínez, tuvo cuatro hijos:

1. Miguel Rafael (1866 – 1908) (Será secretario particular de Federico Gamboa por algunos años y los acompañará a Guatemala y Washington)

2. María de la Concepción (será la esposa de Federico Gamboa)

3. Manuel (se casará con la sobrina de Federico Gamboa, Cuma, un 12 de mayo de 1908, morirá un 24 de mayo de 1931)

4. Gabriel

En segundas nupcias, Miguel Sagaseta se casará con Soledad Gamboa (1 de mayo de 1884), hermana de Federico.

E) Los padres de Federico Gamboa se casaron un 15 de diciembre de 1845. Su hermana Virginia posiblemente en 1870 - 1871. Su hermana Soledad un 1 de mayo de 1884. Su hermano José María un 18 de febrero de 1877. Todos sus familiares se casan entre los 21 y los 23 años, sólo Federico se casará a los 33 años.

f) La única hija sobreviviente de Soledad y Miguel, Guadalupe, se casará hasta 1925 con su primo hermano Manuel Riba Sagaseta (hijo de la hermana de su padre)

Información obtenida de la página: <http://gw.geneanet.org/>; consultada el 5 de mayo de 2013.